Jerome Murphy-O'Connor

Pablo, su historia

Pablo, su historia

Jerome Murphy-O'Connor

© SAN PABLO 2008 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)
Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723
E-mail: secretaria.edit@sanpablo.es
© Oxford University Press Inc., Nueva York 2004

Título original: *Paul, his story*
Traducido por *Eduardo Valls Oyarzun*

Distribución: SAN PABLO. División Comercial
Resina, 1. 28021 Madrid
Tel. 917 987 375 - Fax 915 052 050
E-mail: ventas@sanpablo.es
ISBN: 978-84-285-3258-7
Depósito legal: M. 682-2008
Impreso en Artes Gráficas Gar.Vi. 28970 Humanes (Madrid)
Printed in Spain. Impreso en España

A David y Catherine Manning,
que me pidieron la historia,
y a Declan y Emer Meagher,
que se aseguraron de que yo
sobreviviera a la redacción
de este libro.

Prólogo

La redacción de este libro ha supuesto la maravillosa aventura de intentar transformar la vida en historia. Hay muchas vidas de Pablo de Tarso, pero todas ellas se conforman con subrayar aquellos datos que pueden quedar establecidos con cierto grado de probabilidad. La discusión se centra en los argumentos que apoyan las conclusiones y los «hechos» que salen a la luz se presentan como trofeos completamente aislados. La propia naturaleza del proceso garantiza que la figura de Pablo nunca pueda surgir como una personalidad vital. Se descubren muchas cosas sobre su persona, pero nunca se le llega a distinguir como un individuo en sí mismo. En muchos casos suele aparecerse, esencialmente, como una mente desnuda de cuerpo y de la cual manan diversas ideas teológicas.

Con *Paul: A Critical Life (Pablo: una biografía crítica)* (1996) escribí justo un libro como el que acabo de describir. Lo único que lo diferenciaba de las demás biografías era la importancia que otorgué a las cartas como fuente primaria del material biográfico. El resultado fue el esbozo de una vida que no sólo difería en los aspectos más cruciales de aquella que escribió Lucas en los Hechos de los apóstoles, sino que también resultaba mucho más detallada. Todos los elementos que ya quedaron establecidos allí (la cronología de la vida de Pablo, su relación con su filosofía básica, los problemas con los que hubo de enfren-

tarse en diversas situaciones, la complejidad de algunas de sus cartas, etc.) se dan por supuestos en el presente volumen sin necesidad de más pruebas.

Hoy en día, sin embargo, percibo estos «hechos» como partes constitutivas de un esqueleto mayor (muy bien conservado, por cierto). La calavera y los huesos están ahí; ya han sido medidos y definidos; son fuertes y robustos. Pero no se mueven. En el presente volumen quiero dar vida a esos huesos cubriéndolos de carne e insuflándoles aliento. Pablo se ha convertido en el héroe de la historia.

Por ello, he reconstruido su vida con el suficiente detalle como para darle consistencia y color, además de recapitular los hechos en orden cronológico. El único modo de dar sentido a la vida de Pablo como persona consiste en elaborar una sólida línea narrativa. Por fuerza, gran parte de lo que se narra es hipotético e incluso se completa con la imaginación. Pero, en cualquier caso, la hipótesis que se maneja siempre es la más probable y la información que proporcionan fuentes y monumentos contemporáneos, y mi propia experiencia en los lugares que visitó el propio Pablo han controlado mi imaginación.

Al contrario que en el caso de Lucas, no pongo discursos en boca de Pablo, si bien me preocupo por lo que este pudo haber pensado o sentido. El control, en este caso, lo pone el mero sentido común. Pablo debió de reflexionar bien las cosas antes de tomar cualquier decisión. Así, en ocasiones lo presento sopesando posibilidades, a menudo en el contexto de un proceso de cambio hacia una nueva situación. Pero también podía ser impulsivo, e incluso cometer errores de estrategia o de táctica. En tales casos, intento explicar por qué salieron mal las cosas y cómo Pablo trató de evitar los mismos errores en el futuro.

Doy también por sentado que Pablo era una persona normal en lo que respecta a sus respuestas a los estímulos externos. Por ello, al verme yo mismo conmovido por la extraordinaria belleza del Monte Casio al amanecer, debo suponer que el corazón de Pablo también se elevó al dirigirse hacia Antioquía. La visión de la calle principal de Pesino, construida sobre el lecho de un río (y siempre inundada, por fuerza, durante las fuertes lluvias) me habría dejado del todo estupefacto; por tanto, imagino que Pablo debió rascarse varias veces la cabeza de asombro durante el invierno que pasó entre los gálatas. ¡Así no se hacían las cosas en casa, en Antioquía! Los celtas eran, sin duda, tipos muy raros.

Un rasgo característico de este libro es el énfasis que pongo en los tiempos y las distancias. He sacado estas últimas del *Barrington Atlas of the Greek and Roman World* (Princeton University Press, Princeton 2000), al cual hago referencia siempre que es posible. Con todo, su escala es tan amplia, y los mapas están tan bien dibujados y coloreados que casi se podría ver el terreno por el que viajó Pablo. Mi intención es mostrar al lector que todo duraba mucho más en los tiempos de Pablo. Necesitamos frenarnos de forma radical para poder apreciar el ritmo de su vida. Tenemos tendencia a pensar que los viajes y las comunicaciones eran algo más lentos entonces, pero, de hecho, había una diferencia muy importante en términos cuantitativos, lo cual tenía, por supuesto, una notable repercusión en la calidad de la comunicación.

Sólo en el momento en que nos damos cuenta de que Pablo, o uno de sus mensajeros, podía recorrer con suerte treinta y dos kilómetros al día (una cifra que se estima teniendo en cuenta enfermedades, heridas, mal tiempo, asaltos de bandidos y lobos por los caminos, o la nece-

sidad de esperar a una caravana que pudiera garantizar cierta seguridad) podremos entender «[su] obsesión diaria: [su] preocupación por todas las iglesias» (2Cor 11,28). Las cartas tardaban semanas, si no meses, en llegar a su destino. La mayor parte del tiempo, Pablo apenas tenía contacto con las personas a las que convertía, aun cuando estas necesitaban que estuviera junto a ellas. Se puede deducir, por tanto, sin temor a especular, que la frustración y la aprehensión eran partes fundamentales de su alma. Y cuando le llegaba la información, sus sentimientos influían, inevitablemente, en su respuesta.

Esto es sólo un ejemplo ilustrativo de cómo he aprovechado los detalles de sus cartas para revelar lo que ocurría en el interior de Pablo. Sus emociones residían muy cerca de la superficie. La rapidez de los cambios de humor que se suceden en el capítulo cuarto de la primera Carta a los corintios es extraordinaria. La moderación razonable (vv. 1-6) da paso al sarcasmo salvaje (vv. 7-10), al cual sustituye una valiente autocompasión (vv. 11-13), que acaba convirtiéndose en un afecto cargado de preocupación (vv. 14-17) como preludio a una explosión de vehementes advertencias (vv. 18-21). Hay muchas pistas para llegar a los sentimientos de Pablo, pero nunca se han seguido de forma sistemática. Aun así, hemos llegado a conocer el carácter de Pablo descubriendo qué le hacía sentirse deprimido o qué lo llenaba de júbilo, qué le provocaba indiferencia o preocupación, qué cosas le asustaban o cuáles le relajaban. Sus emociones formaban parte de su personalidad, tanto como su inteligencia. Es más, las dos estaban en continua interacción. Pablo ha sido cualquier cosa menos el frío pensador que ha construido la crítica académica dominante.

Ahora bien, para evitar la deriva hacia el género de la novela histórica, he decidido ahorrarme situaciones demasiado específicas o diálogos imaginarios. No he descrito a Pablo levantándose bruscamente, con el rostro encendido por la esperanza, ante la llamada a la puerta que podría anunciar la largamente demorada llegada de Timoteo de Tesalónica. Tampoco he puesto palabras en las bocas de Pedro o Pablo para describir sus charlas sobre Jesús en Jerusalén o sus debates sobre la conveniencia de cenar con gentiles en Antioquía. Creo que entrar en detalles tan específicos restaría legitimidad al uso de la imaginación histórica que empleo en este volumen, más que nada porque, en ese caso, resultaría imposible aplicar control alguno.

El *costumbrismo* es, sin embargo, harina de otro costal. Los barcos, los caminos o las posadas del siglo primero eran todos iguales. Y, además, tenemos numerosos datos sobre la época con los que poder construir el vívido cuadro de un largo periplo, una excursión o una noche en una posada. En tales casos, la imaginación se halla bajo un estricto control. Es decir, tales escenas son imaginarias sólo porque generalizan y colorean las experiencias históricas individuales.

A lo largo de mi carrera académica, he trabajado sobre muchos aspectos de la vida y la teología de Pablo. Sin embargo, el intento por destilar ese conocimiento tan refinado en la historia del presente volumen me ha proporcionado una profundísima comprensión del asunto, y eso es algo que jamás habría podido predecir. Ahora, Pablo se me aparece como una persona mucho más real, y su teología como un discurso mucho más inteligible. Sólo puedo desear que a mis lectores les pase lo mismo.

JEROME MURPHY-O'CONNOR, OP

1

Los años de juventud

Pablo estaba orgulloso de su herencia ancestral. Se jacta de ello en un par de ocasiones. Escribe a los filipenses: «Aunque yo sí podría confiar en lo humano; pues si alguno cree poder confiar en lo humano, más podría yo: Fui circuncidado al octavo día; soy del linaje de Israel; de la tribu de Benjamín; hebreo, hijo de hebreos y, por lo que a la ley se refiere, fariseo» (3,4-5).

En la segunda Carta a los corintos, Pablo se compara con sus adversarios: «Pero de lo que otro se atreva a presumir –hablo a lo loco–, también yo. ¿Son hebreos? También yo. ¿Son israelitas? También yo. ¿Son del linaje de Abrahán? También yo» (11,21-2).

En ambos textos, Pablo reclama ser, no ya un «israelita», sino, incluso, un «hebreo». Los dos términos se solapan hasta cierto grado considerable, y ambos se utilizaban para designar judíos en tiempos de Pablo. Pero cuando se usan juntos, como aquí, debe ser porque uno añade cierta connotación al otro.

En oposición a «israelita», que sólo tiene un significado (y bien obvio), el término «hebreo» a menudo se utiliza en el Nuevo Testamento para designar la lengua de los judíos en Palestina. Lucas, por ejemplo, describe a Pablo dirigiéndose a la muchedumbre en «lengua hebrea» (He 22,2), y Juan nos provee con una serie de topónimos hebreos en Jerusalén. El hebreo, sin embargo, se hablaba

poco y al menos una palabra que Juan identifica como perteneciente a la lengua hebrea es, de hecho, un vocablo en arameo (Jn 19,13), que fue la lengua dominante de Palestina durante el siglo I. Por tanto, el hebreo solía emplearse para designar al arameo, una lengua muy afín a la primera.

Pablo, por tanto, se jacta claramente de ser un judío arameo-parlante que ha heredado la lengua de sus padres. La conclusión más inmediata, pues, es que la familia era de origen palestino, pues los judíos que vivían fuera de la tierra prometida no tenían ninguna necesidad de saber arameo. Estos utilizaban cualquier dialecto local que fuera necesario para la comunicación diaria y hablaban griego para comunicarse con un mundo más amplio. La Biblia hebrea tuvo que ser traducida al griego para los judíos de la diáspora.

Galilea

Pablo era galileo de nacimiento[1]. Sus padres vivían en Guiscala (hoy Jisha), un pueblo de las montañas de la Alta Galilea, famoso por su aceite de oliva. Pablo tendría unos dos años de edad en el año 4 a.C., cuando la tranquila vida de sus padres se vio alterada de forma violenta.

Ese año murió el rey Herodes el Grande, lo cual provocó el estallido de la nación. Sus súbditos lo odiaban. Y cuando ya no pudieron tomar represalias contra él, se volvieron contra sus hijos. Estos, sin embargo, tenían el apoyo de Roma y, para imponer la paz, Varo, el gobernador de Siria, llevó sus legiones a Palestina hasta en dos

1 Jerónimo es el único autor que sitúa los orígenes de Pablo en Galilea *(Commentaria in Epistolam ad Philemon*, vv. 23-24 y *De viris illustribus*, 5). Llegó a la conclusión gracias a una fuente cuya creación no beneficiaba a nadie.

ocasiones. Durante la segunda expedición, Varo destruyó Séforis, la capital de Galilea.

En Roma, era práctica habitual hacer que los vencidos pagaran por su derrota. La medida se llevaba a cabo de diversas formas, pero, en esa ocasión, el imperio optó por el modo más simple y eficaz: capturaron prisioneros (no sólo combatientes, sino de toda la población en general) y los vendieron como esclavos en el extranjero. Los padres de Pablo no tuvieron mucha suerte y fueron apresados por una patrulla de reconocimiento que avanzaba por la zona de Galilea tras la revuelta.

Tras volver a su base en Antioquía de Orontes (actual Antakya, al sur de Turquía), las legiones solían vender los prisioneros a los omnipresentes traficantes de esclavos, que luego vendían su mercancía por rutas marítimas a lo largo y ancho del Mediterráneo. Al fin y al cabo, los esclavos no eran sino una mercancía más de la época, igual que el vino o la pasta de pescado, que se comercializaban allá donde la demanda fuera más alta. En la enorme isla de Delos, se vendían diez mil esclavos al día. Probablemente, los padres de Pablo y su hijo salieron en barco de Tolemaida (actual Akko, al norte de Israel). Al ver cómo las verdes colinas desaparecían en lontananza, poco podrían imaginar que su destino se hallaba a los pies de montañas más altas, en la sierra de los montes de Tauro, en la zona suroriental de Turquía.

Tarso

El nuevo hogar de la familia de Pablo fue Tarso, capital de la provincia romana de *Cilicia Pedias*[2]. La ciudad se

2 Un excelente resumen de la historia de Tarso se puede encontrar en W. WARD GASQUE, *Tarsus* en *The Anchor Bible Dictionary* VI, Doubleday, Nueva York 1992,

hallaba situada a 16 kilómetros al interior del río Kydnos y su historia se remontaba cerca de 4.000 años atrás. Tarso era paso de una de las grandes rutas comerciales del mundo antiguo, la que unía Siria (y otros diversos puntos clave situados al oriente de aquella ciudad) con Asia Menor y el mar Egeo. La fértil llanura, tan bien regada, de los alrededores albergaba cultivos de cereales, uva y, sobre todo, lino, materia prima esencial para la principal industria de la región. Más típico de la región era la tela de fieltro que se fabricaba con lana de las cabras negras que pastaban por los alrededores de Tarso. Era tan característica de la zona que incluso tomó su nombre, *cilicium*, de la región.

Dado que los nativos no explotaban los recursos económicos de Tarso hasta el máximo de sus posibilidades, los seléucidas trajeron colonos griegos y judíos durante el siglo II a.C., época en que la ciudad alcanzó el estatus de ciudad-estado griega. Esta mezcolanza cultural (oriente y occidente juntos) constituyó una de las características más duraderas de la ciudad. La urbe quedó tan impresionada por la figura de Julio César, cuya primera visita se produjo en el año 47 a.C., que la ciudad cambió su nombre por Juliópolis. Pero, al mismo tiempo, las mujeres continuaron vistiendo el típico *chador* oriental que cubría todo el cuerpo hasta bien entrado el siglo II d.C.

Absorta por el sistema económico-social romano impuesto por Pompeyo durante la redivisión de Asia menor en el año 63 a.C., la ciudad fue gobernada por oficiales de la talla del gran orador Cicerón (51-50 a.C.). Marco Antonio recompensó la lealtad al recuerdo de Julio César que la ciudad había mostrado tras su asesinato en el

333-334. Sobre los *Discursos de Tarso*, de Dión Crisóstomo (32-34), cf C. P. JONES, *The Roman World of Dio Chrysostom*, Harvard University Press, Cambridge 1978, 71-82.

44 a.C. concediendo a la población la exención de pagar el impuesto imperial. Este privilegio, bastante raro para una ciudad que no pertenecía a las colonias romanas, fue confirmado por Octavio (que luego gobernaría con el nombre de Augusto), tras la muerte de Marco Antonio en la batalla de Actium, en el año 31 a.C.

El constante interés que Roma mostraba por Tarso implica, con toda seguridad, que las personalidades principales de la ciudad debían disfrutar de la ciudadanía romana. Con el incremento de las familias, el número de ciudadanos romanos creció proporcionalmente. Este dato es importante porque ofrece la explicación más simple al hecho de que Pablo heredara la ciudadanía romana (He 22,27-28). Un ciudadano romano debió comprar a los padres de Pablo en Tarso y, tras su liberación, aquellos debieron obtener la ciudadanía romana automáticamente.

No hay forma de conocer la edad de Pablo cuando esto ocurrió. De hecho, no hay datos seguros sobre su infancia. Sin embargo, hay dos cosas que se pueden suponer fácilmente. En primer lugar, sus padres debieron disfrutar de una situación holgada (en todos los aspectos) cuando Pablo alcanzó los diez años, como se deduce de la altanera actitud, propia de las clases ociosas, que mostraba nuestro protagonista hacia los trabajos manuales. Pablo tachaba tales actividades de «serviles» (1Cor 9,19) cuando no de «degradantes» (2Cor 11,7). Los nacidos para ser artesanos hablaban de su profesión con orgullo y frecuentemente hacían grabar su ocupación en sus lápidas.

En segundo lugar, las cartas de Pablo demuestran que poseía una excelente educación, tanto de corte religioso como seglar. La educación era un privilegio tan caro que la gran mayoría de judíos no se lo podía permitir. Alguien,

seguramente sus padres, tuvo que pagar a Pablo dicha educación. Además, el estudio implica desocupación laboral. Por eso, resulta razonable pensar que Pablo no tuvo que ir a trabajar ni de niño ni de adolescente.

La educación

Con respecto a la educación religiosa de Pablo, hay que señalar que conocía muy bien la traducción al griego de las escrituras hebreas[3]. Las cita casi noventa veces, sin contar las numerosas alusiones a las mismas que aparecen en sus escritos sagrados. El modo en que maneja las escrituras sagradas de su pueblo revela la profunda familiaridad que resulta del contacto frecuente. Es decir, su conocimiento de las escrituras debió provenir, por una parte, de la costumbre inculcada en su casa, y, por otra, de su asistencia regular a la sinagoga. Pablo recordaba los textos porque estaba convencido de que las escrituras le hablaban a él personalmente. En efecto, las escrituras eran una voz, no del pasado, sino del presente. Esta revelación de la preocupación de Dios evocaba un amor que permitía a Pablo el utilizar las escrituras con la libertad que tanto nos sorprende hoy en día. No obstante su posterior abandono de la ley de Moisés como regla de vida, Pablo nunca olvidó el sentido de las Escrituras como comunicación directa de Dios a su pueblo.

La calidad de la educación seglar de Pablo no se manifiesta sólo en este dominio de la lengua griega, también se trasluce en el modo en que organizaba el contenido de sus epístolas. Desde luego, no era un filólogo, pero escribía

3 Cf sobre todo R. B. HAYS, *Echoes of Scripture in the Letters of Paul*, Yale University Press, New Haven 1989.

en un griego muy vivo, con el cual lograba transmitir sus emociones a la vez que sus pensamientos. Su dominio de las figuras literarias, así como la organización retórica de sus epístolas, no podían haber sido fruto más que de un estudio riguroso y una larga práctica. Su manejo de los principios persuasivos de la oratoria era tan sólido que hasta se permitía parodiar tales principios.

Valga un único ejemplo. Al hablar en defensa de uno mismo, la técnica estándar consistía en enumerar los logros de cada uno, siguiendo un orden ascendente, para así llegar al punto crítico y relatar el mayor éxito personal. Cuando a Pablo le toca defenderse de las críticas de sus enemigos en Corinto, decide dar la vuelta a la estructura. Enumera así sus fracasos, y termina con el clímax de su experiencia más humillante. ¡Cuando era un bebé fue arrojado sobre las murallas de Damasco en una cesta! (2Cor 11,32-33). Nadie que hubiera aprendido los rudimentos de la retórica de forma casual habría jamás intentado un *tour de force* estético como este. Pablo era experto en un campo que lo condujo a un meteórico ascenso social en el mundo grecorromano. Es más, las ideas filosóficas tan sofisticadas que encontramos en su interpretación de la resurrección (1Cor 15) nunca podrían proceder de una conversación casual. En pocas palabras, Pablo debió de recibir cierto adiestramiento en la disciplina filosófica.

El hogar familiar y la sinagoga sirven para explicar la alta calidad de la educación religiosa que recibió Pablo. Ahora bien, ¿de dónde proviene su educación seglar? La respuesta más simple es que Pablo fue a la Academia de Tarso. Como corresponde a una población tan ávida de conocimientos, en el siglo I, esta institución rivalizaba con sus homónimas de Atenas y Alejandría, las eminen-

tes escuelas de la antigüedad. La escuela retórica de dicha academia era especialmente famosa. Y muchos de los estudiantes que asistieron a la academia de Tarso fueron al extranjero en busca de otras fuentes de conocimiento, por lo cual acabaron sus carreras en otros países. Un ejemplo paradigmático es el de Atenodoro de Tarso, que acabó convirtiéndose en un eminente filósofo estoico, y en amigo además del gran abogado defensor Cicerón y de Estrabón, el geógrafo. Sirvió a Augusto de Roma como filósofo de la corte e incluso fue enviado por este para gobernar Tarso tras la caída de Marco Antonio.

Con antecedentes como estos, era inevitable que la Academia de Tarso se convirtiera en un bastión del estoicismo. Y a duras penas podría Pablo haber evitado esta influencia, aunque no la estudiara. Hay huellas de esta tradición en sus epístolas. Los principios básicos del sistema eran bastante sencillos[4]. Todo lo que acontece es por designio divino. La sabiduría se alcanza cuando se acepta esta verdad; la virtud, cuando se logra vivir en armonía con la razón divina. Así, los sabios consienten todo lo que les ocurre en el mundo. Todas las demás circunstancias externas resultan accesorias. En consecuencia, los sabios desarrollan una falta de virtud para protestar en contra del dolor, la pobreza, la injusticia, la muerte, etc. No obstante, la acción humana se mueve desde la libertad, por lo que todos los individuos son responsables de sus propios actos. Y como cada uno posee una chispa de la razón divina, las distinciones entre, por ejemplo, griegos y bárbaros, señores y esclavos, carecen de significado. Todos pertenecen a una hermandad universal.

Este programa resultaba bastante atractivo para los jóvenes idealistas, pero Pablo no podía suscribirlo en su totalidad. Como judío que era, Pablo creía que pertenecía a un pueblo único, distinto de todos los demás pueblos. La ley de Moisés, bajo la cual vivió, reforzaba esta creencia fundamental, pues separaba a judíos de gentiles por medio de las normas referentes a hábitos alimenticios. Esta premisa hacía imposible el trato social entre unos y otros, a no ser que los últimos aceptaran las severas condiciones impuestas a los primeros sobre qué se podía y qué no se podía comer.

4 Para más detalles, cf T. SCHMELLER, *Stoics, Stoicism*, en *The Anchor Bible Dictionary* VI, *o.c.*, 210-214.

Pablo, como cualquier judío que intentara vivir entre el mundo gentil y judío, sufría continuas tensiones producidas por las demandas de cada uno, unas demandas que, frecuentemente, entraban en conflicto. Sería muy raro que Pablo no hubiera desarrollado una actitud distante hacia la ley de Moisés. Por una parte, dicha ley le impedía participar plenamente de las actividades que desarrollaban sus colegas estudiantes. No podía ni compartir una botella de vino con sus amigos paganos, a menos que él comprara la botella. Ahora bien, por otra parte, la ley constituía una fuente de orgullo suficiente para sostener su identidad. La ley mantenía unidos a los judíos en un mundo ajeno a ellos. El compromiso entre las dos castas era imposible. Pablo no podía observar una selección de los 613 preceptos que constituían la ley. O todos o ninguno. Pablo tenía que sumergirse por completo en el mundo judío o, por el contrario, abandonarlo del todo para vivir como un pagano. Optó por lo primero y marchó a Jerusalén.

Camino de Jerusalén

Ya que el curso de cuatro años de retórica acababa cuando el estudiante tenía entre 19 y 20 años, Pablo debía haber

entrado en la veintena cuando partió para Jerusalén, hacia el año 15 a.C., con toda probabilidad. No lo sabía, pero aquel iba a ser el primero de muchos viajes.

Pablo tenía, en principio, dos opciones: viajar por tierra o por mar. Embarcar en uno de los barcos mercantes que recorrían la costa de un lado a otro parecía la opción más cómoda, además de la más segura. No se fatigaría y, además, estaría a salvo de los bandidos. No podemos excluir esa opción, pero si consideramos el vehemente temperamento de Pablo, la posibilidad del viaje por mar resulta poco probable. A él le habría gustado entrar en Jerusalén en las condiciones más idóneas, es decir, como un peregrino de Pascua. Y los peregrinos caminaban.

Debemos imaginarnos a un joven nervioso y entusiasmado uniéndose a un grupo de peregrinos judíos de Cilicia con un hogar sinagoga esperándoles en Jerusalén (He 6,9). Jerusalén se situaba a algo más de 800 km al norte de Tarso. Pablo debía estar ansioso por pasar esas seis semanas de camino[5]. La Pascua podía celebrarse en cualquier momento entre marzo y el final de abril. Una fecha muy temprana debía imponer condiciones muy duras a los peregrinos, pues febrero está justo a la mitad de la temporada de lluvias. El viaje debía de ser incómodo, pero no era, ni mucho menos, imposible. Los caminos que cruzaban la llanura de Cilicia seguramente estarían embarrados, pero la altitud de uno de los pasos de los montes Amanos, las Puertas de Siria, tenía sólo 145 metros de altura.

Una vez cruzado el paso, Antioquía de Orontes apenas quedaba a un día de marcha. Antioquía era la capital de la Siria romana, además de una de las ciudades más

5 Para la ruta, cf R. TALBERT (ed.), *Barrington Atlas of the Greek and Roman World*, Princeton University Press, Princeton 2000, mapas 66, 67, 68, 69, 70.

espléndidas del este. Con todo, no creo que Pablo tuviera tiempo de admirarla; los rostros de los peregrinos sólo miraban hacia Jerusalén. Poco podía imaginar Pablo que, apenas un cuarto de siglo después, aquella ciudad habría de albergar su morada por varios años.

La marcha de los peregrinos por los pasos montañosos hacia el sur de Antioquía resultaba más ligera gracias al placer que les proporcionaba la forma redondeada, similar a un seno, del monte Casio (actual Jebel Alakhra, con 1.728 metros de altitud), al oeste del camino. Su extraordinaria aura lo había convertido en monte sagrado tanto para griegos como para fenicios. Cuando los peregrinos llegaban a la costa de Laodicea (actual Latakia), ya sólo les quedaba seguir el camino principal hasta llegar a la estrecha llanura de costa, con el continuo rumor de la mar sonando por su derecha.

Sus corazones se henchían de orgullo al seguir los arcos del acueducto al norte de la puerta de Cesarea Marítima, la cual contaba, por aquel entonces, con unos escasos 25 años de historia (se trataba, no en vano, de la mayor joya arquitectónica construida en tiempos de Herodes el Grande). El diseño urbano en cuadrícula de Cesarea Marítima, esbozado por sus grandes avenidas y sus brillantes monumentos (el teatro, el estadio, el templo) resultaba familiar a los peregrinos, que ya habían visto estructuras similares en las ciudades grecorromanas que conocían. Ahora bien, estas construcciones eran obra de *un rey judío*, el cual, además, había levantado un puerto sin parangón en la misma ciudad. ¿Recordaría Pablo que la muerte de Herodes provocó el exilio forzado de sus padres?

Desde Cesarea ya sólo restaba una fácil marcha de dos días hasta Jerusalén. La ruta más frecuentada era, además, la más antigua. La subida de Bet Jorón fue la ruta que

siguió Josué unos mil años antes, cuando fue perseguido por la coalición de cinco reyes de Gabaón (Jos 10). Bajando desde el norte, los peregrinos que seguían esta ruta estarían a unos escasos tres kilómetros de Jerusalén cuando la vieron por primera vez. Según la tradición poética, Jerusalén está situada en una montaña. En realidad, la ciudad está rodeada de altas colinas.

Los peregrinos reconocerían el Templo al este de la ciudad inmediatamente. El humo procedente del altar de los sacrificios debería llamar su atención hacia el sancta sanctorum, un edificio que se hace visible justo a la izquierda de la masa de gente en la fortaleza Antonia. Si se preguntaron por el edificio de tres torres inmensas al otro lado de la ciudad, pronto aprenderían que ese era el palacio construido por Herodes el Grande. En ese momento era la sede del gobernador romano, que, por otra parte, tenía su residencia en Cesarea.

El instinto de los peregrinos debía ser ir, sin ninguna dilación, al Templo. Pero estaba prohibido entrar con equipaje, hatillos, sandalias o, incluso, polvo del viaje. Primero tenían que encontrar un sitio donde dormir y donde poder lavarse a conciencia. Pero eso no era tarea fácil durante la Pascua, cuando los peregrinos de todo el mundo superaban en número (casi en proporción de tres a uno) a los habitantes de Jerusalén. Sólo los ricos podían permitirse un alojamiento dentro de la ciudad. Los peregrinos más pobres tenían que acampar al norte de la ciudad, o bien en las colinas del Monte de los Olivos (si es que no lograban encontrar acomodo en las villas cercanas, como Betania o Betfagé).

Una ciudad situada en la montaña

La Jerusalén que Pablo conoció tan bien era, en efecto, obra de Herodes el Grande[6]. Herodes tuvo que luchar para establecer la autoridad real que los romanos le habían conferido en el año 40 a.C. Jerusalén no se sometió fácilmente y, al comienzo del verano del 37 a.C., las catapultas de sus aliados romanos atacaron la ciudad, sin piedad, durante cincuenta y cinco días sin descanso. Por fin, cuando el ejército rompió el sitio, Herodes se encontró con una tierra devastada, llena de edificios en ruinas y con una población diezmada en sentido literal. Su orgullo, su energía y su perspicaz sentido de la organización hicieron posible que esa situación tan miserable no durara mucho.

Consciente de que tenía pocos amigos, la primera preocupación de Herodes fue su propia seguridad. Su primera construcción monumental fue la fortaleza Antonia, llamada así en honor de su amigo Marco Antonio y situada en la esquina noroeste del Templo. Contaba con cuatro torres. La que se situaba en la esquina sureste superaba casi en 3 metros a las demás. A primera vista, poco podía imaginar Pablo que un día acabaría siendo invitado forzoso en el que era el cuartel general de la guarnición romana en Jerusalén (He 21,31-35).

Cuando la construcción de la fortaleza Antonia estaba a punto de concluirse, Herodes ya había comenzado un proyecto más grandioso si cabe: un nuevo palacio situado al oeste, en el punto más alto de la ciudad. Los curiosos quedarían impresionados por las tres grandes torres, llamadas Miriam, por la mujer asesinada de Herodes,

6 Para la descripción de Jerusalén por un testigo ocular, cf FLAVIO JOSEFO, *La Guerra de los judíos*, 5.

Hippicus, por su amigo, y Phasael, por su hermano. En un principio, la torre debía medir 46 metros de alto, superando incluso al faro de Alejandría, que era una de las siete maravillas del mundo antiguo.

Una inversión tal en construcción supuso un período de mucha prosperidad para Jerusalén. Para asegurarse el entretenimiento de sus seguidores, Herodes construyó un teatro al sur de la ciudad, justo a las afueras. También construyó un hipódromo o quizá un anfiteatro, cuyo emplazamiento se desconoce. Los juegos que albergaba dicho estadio contenían todo el boato de los festivales paganos y, en consecuencia, provocaba graves ofensas entre los judíos.

El Templo

Herodes no podía permitirse el lujo de gobernar sin hacer caso a los judíos. Para tener al pueblo de Israel contento, Herodes reconstruyó el Templo de Salomón, que tantas veces había sido reparado. Amplió el área sacra original por tres lados, creando así el complejo religioso más grande de todo el mundo grecorromano. Dado que tenía que elevar el templo sobre tres colinas, la construcción necesitaba enormes murallas que sostuvieran la estructura interior. Había galerías cubiertas alrededor de aquellos tres lados. En paralelo al lado sur se elevaba el pórtico real, donde se realizaba la mayor parte de las transacciones comerciales de la ciudad.

En medio de la vasta explanada, los límites del Templo cuadrado original quedaban marcados por una muralla que llegaba hasta la altura de la cintura. En cada puerta de esa muralla había un cartel prohibiendo la entrada, bajo

pena de muerte, a todos aquellos que no fueran judíos. Los paganos sólo tenían acceso al patio de los Gentiles, cuyas alas norte y sur estaban comunicadas por un pasillo estrecho que se extendía por todo el lado oeste. Todos los edificios específicamente religiosos se hallaban dentro de ese cuadrado. Si se entraba por el este, se podían ver sucesivos patios que representaban distintos grados de santidad: el dedicado a las mujeres, el dedicado a Israel, el dedicado a los sacerdotes. Después, bajo techado, se entraba al santuario, y, finalmente, al altar. La fachada del santuario estaba cubierta de oro. Y en lugar de puerta había una especie de cortina bordada en azul, escarlata y púrpura.

Diversos miembros de la aristocracia más religiosa (muchos de ellos, con toda probabilidad, eran los propios sacerdotes) habían construido casas carísimas en las cercanías del palacio real, así como en lo escarpado del valle situado en el centro de la ciudad. Los miembros del escalafón bajo del sacerdocio no vivían, ni mucho menos, con tanto lujo, así que lo único que podían hacer era admirar con envidia las casas de aquellos. En la gran mayoría de los casos vivían en edificios bajos y pequeños. Tan pequeños que, a veces, las moradas no ocupaban más de la mitad de un patio.

El agua es crucial para la supervivencia de cualquier ciudad. Cada casa en Jerusalén tenía su cisterna para recolectar agua de lluvia. La piscina de Siloé se alimentaba gracias a la fuente de Guijón, pero estaba en el punto más bajo de la ciudad, por lo que debía ser el último recurso para los ciudadanos; recoger agua de allí suponía tener que subir cuesta arriba un buen trecho. La gran parte de las reservas de agua provenía de dos acueductos que comenzaban en los estanques de Salomón, justo al sur de Belén.

El acueducto inferior abastecía al Templo y a la parte baja de la ciudad, mientras que el acueducto superior hacía lo propio con el palacio y la parte alta de la ciudad.

Todos los edificios, grandes o pequeños, estaban construidos con piedra caliza de Jerusalén, que brilla mucho ante el reflejo de la luz. El sol modulaba el resplandor dorado de la ciudad de forma sutil. Y el brillo resplandeciente de la ciudad amurallada contrastaba vivamente con el paisaje yermo de los alrededores, un lugar cuyo rasgo más prominente eran las tumbas que allí se habían cavado. Los fértiles árboles del monte de los Olivos no hacían sino subrayar la ausencia de vida en el resto del terreno.

Varios aspectos de Jerusalén ya resultaban familiares al joven Pablo. Este ya había visto edificios modernos y guarniciones romanas, tanto en Tarso como en Antioquía. Allí podían confundirse con el paisaje y parecer parte constituyente de la ciudad. Pero aquí, en Jerusalén, constituían una presencia extraña, un recordatorio constante de la sumisión del pueblo judío. Aun así, los romanos jamás quisieron restarle méritos a la implacable autoridad del Templo. La magnificencia con que lo construyó Herodes proclamaba, sin ambages, que aquel lugar era la casa del Señor, el hogar simbólico del Dios único y verdadero. Esta idea determinaba la ética de la ciudad. Le daba a Jerusalén un sentido de unidad sin parangón en otras ciudades, salvo, quizá, en Roma, donde el emperador se situaba por encima de cualquier competencia. Esta circunstancia no significaba que todos los habitantes de Jerusalén estuvieran de acuerdo en el modo como se debía servir a Dios. Si Pablo quería integrarse del todo, sin duda tenía que tomar ciertas decisiones.

Un fariseo en la ciudad sagrada

Pablo sólo tendría tiempo de reflexionar sobre su futuro una vez que la Pascua hubiera terminado, los peregrinos hubiesen desaparecido y Jerusalén volviera a su rutina diaria. Pablo nos cuenta entonces que se volvió un fariseo (Flp 3,5).

Lucas hace que este suceso parezca bastante natural. Lo hace poniendo en boca de Pablo el famoso enunciado: «Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseos» (He 23,6). En otras palabras, Pablo aceptó, lisa y llanamente, sin tomar ninguna decisión consciente, la religión que le dieron sus padres. Es bastante probable que Lucas esté equivocado. Los fariseos no contaban con una población permanente en Galilea, por lo que hubiera sido extremadamente complicado que los padres de Pablo hubieran adoptado esa fe en Guiscala. Los pocos fariseos que fueron a Galilea (y los evangelios sugieren que algunos fueron), debieron viajar a esas tierras con el propósito de cobrar el diezmo y probar la calidad de la comida que embarcaban hacia Jerusalén. Los padres de Pablo tampoco pudieron convertirse al fariseísmo en Tarso, pues no había fariseos en la diáspora. Únicamente en Jerusalén pudo Pablo encontrarse con los fariseos.

¿Y qué le atrajo de ese grupo en concreto? Si el motivo que Pablo tenía para ir a Jerusalén era vivir en un ambiente auténticamente judío, entonces el fariseísmo era, en la práctica, la única religión que de verdad podía abrazar. Jamás podría haberse convertido en sacerdote, pues pertenecía a la tribu de Benjamín (Flp 3,4). El sacerdocio era hereditario, y para conseguirlo tendría que haber nacido en el seno de la tribu de Leví. Otra posibilidad hubiera sido unirse a los saduceos, pero estos provenían tanto de la aristocracia sacerdotal como del rico patriciado, lo que les alejaba del

grueso de la población, en la que aquellos no tenían ningún interés. Ninguno de los dos grupos que abastecía a los saduceos era propenso a aceptar en sus filas a recién llegados. Un judío rico e influyente acaso lograra entrar en una casta tan selecta. Un judío veinteañero, desconocido, no tenía ninguna posibilidad.

Los fariseos, en cambio, eran bastante propensos a reclutar nuevos adeptos. Tenían planes de reforma para el judaísmo, pues querían fundar una nueva identidad, tanto social como religiosa, para los judíos en un mundo cambiante y en claro desarrollo. No tenían poder alguno para imponer su visión del mundo, así que lucharon continuamente para, por una parte, influir sobre la clase dirigente ofreciéndole apoyo y, por otra, ganarse el respeto de las clases más bajas aclarando los requisitos que la ley imponía sobre la vida doméstica. Más de dos tercios de los cambios sociales propiciados por los fariseos tenían que ver con las leyes sobre alimentación, la pureza de las comidas, así como la calidad y los impuestos sobre el producto agrícola.

La época que Pablo pasó en Jerusalén coincidió con el auge del gran maestro fariseo Gamaliel I, que se hizo famoso por la sabiduría con que aplicaba su tolerancia (He 5,34). Un nuevo recluta entusiasta como Pablo buscaría con ahínco sus consejos (He 22,3), porque no tenía más remedio que tomarse en serio el axioma fariseo de que «un hombre ignorante no puede ser sabio». La meticulosa observancia de los mandamientos requería un conocimiento detallado no sólo de la ley escrita, sino también de su interpretación tradicional, la conocida entre el pueblo como ley oral[7].

7 Para más detalles sobre los fariseos y los saduceos en tiempos de Pablo, cf J. P. MEIER, *A Marginal Jew*, en *The Anchor Bible Reference Library* III, Doubleday, Nueva York 2001, 289-487.

Estilo de vida

Todo esto tuvo claras consecuencias para el estilo de vida de Pablo, el joven fariseo. El consenso acerca de qué se debía hacer se fraguaba en el estudio y el debate común, por eso debemos deducir que pasó un tiempo considerable con sus colegas discípulos. Esta tendencia farisea de concentrarse en grupos se reafirmaba al reconocer, desde el sentido común, que la vida resultaba más sencilla si uno comía con aquellos que respetaban la exigencia de los mismos preceptos de pureza ritual. Uno sólo podía desarrollar su identidad propia si se mezclaba con gente que pensara igual que él. Las reuniones durante las comidas eran el punto crítico de la vida en grupo de los fariseos.

No se requiere mucha imaginación para vislumbrar el ambiente enrarecido de tales grupos, así como la competitividad y hasta el exhibicionismo que fomentaban. La fatiga proverbial de Simón, hijo de Gamaliel I, evoca con elocuencia la atmósfera enfebrecida que se desarrollaba en aquellos interminables debates: «He pasado mis días entre los sabios y no he hallado nada mejor para una persona que el silencio. La exposición de la Ley no es, ni de lejos, el aspecto más importante del código. Su puesta en práctica: eso es lo que de verdad importa. Y aquel que multiplica palabras sin criterio alguno es quien origina el pecado»[8].

Pablo no era inmune a esto. De hecho, se sentía cómodo en esas situaciones. En varios de sus escritos de años posteriores, al echar la vista atrás sobre un aspecto de su vida que él había repudiado, Pablo aún incluía una nota de petulante satisfacción personal en sus palabras:

8 *Tratado Aboth* 1,17 en la *Misná*.

«¡Y cómo aventajaba en el judaísmo a muchos de mi edad en conservar con todo rigor las tradiciones de mis antepasados!» (Gál 1,14). «Las tradiciones de mis antepasados» contiene claros tonos provenientes de la ley oral, mientras que el tono combativo y el espíritu competitivo son característicos de su pertenencia a un grupo de la elite.

Pablo se sentía orgulloso por pertenecer a tal minoría, pero no sacaba nunca las cosas de quicio. Nunca se consideró el mejor fariseo de todos, sólo uno de los mejores de entre los de su edad. Con todo, sólo eso era ya un logro considerable, pues Pablo era un judío de la diáspora asimilado, más tarde, al grupo fariseo. Rondaría los veinte cuando comenzó su militancia, mientras que otros, como Simeón y Gamaliel, fueron seguramente adoctrinados desde su más tierna infancia.

La energía y la total dedicación para recuperar ese tiempo perdido que se traslucen de la proclama de Pablo significaban que nuestro protagonista empleaba muy poco tiempo en ganarse la vida. Ben Sirá comienza a desarrollar su contraste entre el artesano y el académico con la frase: «La sabiduría del escriba depende del ocio, sólo quien tiene poco que hacer se convierte en sabio» (Si 38,24) y sigue excluyendo del acceso a la sabiduría a cada «artesano y maestro artesano que trabaje de noche tanto como de día» (Si 38,27). Cualquier ocupación suponía distraerse del estudio de la Ley.

Pobreza

¿Cómo logró sobrevivir Pablo? No es del todo imposible que sus padres le mantuvieran. Si tuvieron los recursos económicos suficientes para dar a Pablo una buena educación, bien pudieran haber ayudado económicamente a su hijo durante su estancia en Jerusalén. Sin duda, los padres de Pablo se habrían sentido orgullosos de que su hijo volviera a la tierra que hubieron de abandonar.

Ahora bien, Pablo pasó unos veinte años en Jerusalén antes de convertirse al cristianismo. ¿Dispusieron sus padres de la suficiente holgura económica hasta una edad tan madura? Aunque no dispusieran de dicha holgura, había un mecanismo para que Pablo se aprovechara de ese recurso al máximo[9]. Acaso no era el mecanismo más eficiente, pero siempre era mejor que nada. Dar limosna en la ciudad sagrada era considerado un mérito y, de hecho, se esperaba que los visitantes de Jerusalén trajeran fondos para distribuirlos en obras de caridad. Para numerosos académicos, este suplemento económico que venía con la gratitud de sus pupilos, suponía, muchas veces, la diferencia entre la vida y la muerte. Y tenían más derecho que los mendigos, los cuales no contribuían con nada.

¿Hablaba Pablo desde su experiencia como hombre pobre fariseo cuando decía lo siguiente a los corintios: «Si sembramos con vosotros bienes espirituales, ¿es mucho que recojamos bienes materiales?» (1Cor 9,11)? La energía que Pablo gastara varios años más tarde en la colecta para los pobres de Jerusalén (2Cor 8-9) estuvo inspirada, sin duda alguna, por la experiencia que el propio Pablo tenía de la precariedad en que vivía la mayor parte del pueblo de Jerusalén. Y las condiciones de vida para los cristianos no hacían más que empeorar. A medida que se ensanchaba

9 «Es típico de Jerusalén que una gran parte de la población viva, en buena medida, si no completamente, de la caridad» (J. JEREMIAS, *Jerusalem at the Time of Jesus*, SCM Londres 1969, 111-112; trad. esp., *Jerusalén en tiempos de Jesús*, Cristiandad, Madrid 1977³).

la brecha entre judíos y cristianos, poco a poco se les fue negando a estos últimos la caridad de los primeros. Para los cristianos de Jerusalén, la caridad de los creyentes que vivían fuera de aquellas fronteras se convirtió en condición indispensable para su supervivencia.

A pesar de la pobreza, no había fariseo que rechazara el matrimonio como método para obtener riqueza. Para aquellos judíos que obedecían la ley, el celibato no suponía una opción posible. «Sed fecundos y multiplicaos» (Gén 1,28) se entendía como un mandamiento, de ahí que todo el mundo concibiera el matrimonio como una obligación[10]. No se veía bien el matrimonio una vez cumplidos los veinte años. En efecto, la especulación que hiciera el gran filósofo judío Filón de Alejandría (la edad ideal para que se casen los hombres sabios es a los cuarenta) no debió tener ninguna influencia entre los judíos de Jerusalén. Dado que Pablo era un emigrante de la diáspora, que además buscaba la aceptación de los demás con desesperación, es bastante probable que aceptara con felicidad la posibilidad del matrimonio antes de los veinte años. De haber desobedecido una obligación social tan fundamental como esa, no creo que Pablo hubiera podido hablar con la suficiencia con que lo hace en la Carta a los gálatas (1,14). Lo más lógico es que su esposa proviniera de una familia farisea, por lo que no debió recibir una buena dote a resultas de su boda.

Y si Pablo tuvo esposa, muy probablemente también tuvo hijos. Entonces, ¿por qué nunca los menciona? No tenemos dato alguno que proporcione una respuesta razonable a una cuestión tan personal. Personalmente, me

10 El número de judíos que no habían contraído matrimonio puede contarse con los dedos de una mano; cf T. THORNTON, *Jewish Batchelors in New Testament Times*, Journal of Theological Studies 23 (1972) 444-445.

inclino a pensar que murieron en accidente traumático, lo cual explicaría por qué Pablo decidió no hablar de ellos nunca más. Fue un hecho demasiado luctuoso para ser recordado, y demasiado sagrado para ser compartido con sus iguales. Sea como fuere, Pablo nunca volvió a casarse (1Cor 7,8).

¿Se encontraron Pablo y Jesús en Jerusalén?

Si Pablo emigró a Jerusalén hacia el año 15 a.C. y aceptó a Jesús de Nazaret como Mesías alrededor del año 33 a.C., es muy probable que aquel estuviera en la ciudad tanto durante el período de tiempo en que Cristo desarrolló su misión como durante la crucifixión. Y aun así, en sus escritos, Pablo jamás hace la más mínima referencia a un posible contacto con el hombre llamado Jesús.

No hay razón para que la vida de uno no se hubiera cruzado con la vida del otro. En aquella época, Pablo estaba volcado en sus estudios. Entonces, suponiendo que alguna vez oyera a Jesús, ¿por qué habría de perder Pablo su precioso tiempo siguiendo y escuchando a un individuo cuya filosofía no se correspondía, al menos por tres motivos, con la suya? En primer lugar, Jesús había nacido en Galilea, en segundo lugar, no tenía experiencia que lo cualificara como predicador y, en tercer lugar, parecía creerse el Mesías.

La premisa cristiana de que toda la población de Jerusalén se acercó a ver la crucifixión de Jesús es falaz. De hecho, no hubieran tenido tiempo. El viernes 7 de abril del 30 a.C. fue el día dedicado a la preparación de la Pascua, que empezaba a la puesta del sol. Ese año, además, la Pascua coincidía con el shabat. Por esta razón quedaba

terminantemente prohibido realizar trabajo alguno tras la puesta de sol.

Durante el día, las mujeres tuvieron que cerciorarse de que no hubiera mota de polvo ni en los vestidos ni en las habitaciones. Las calles se desbordaban con hombres cargando corderos. Se necesitaban unos dieciocho mil corderos extra para satisfacer a la muchedumbre de peregrinos (recuérdese que, durante la pascua, la llegada de los peregrinos suponía un aumento de casi el cien por cien de la población de Jerusalén). Durante la pascua, la población laica estaba autorizada a llevar a cabo el sacrificio de los animales, pero como se trataba de un período sagrado, dichos sacrificios tenían que realizarse en el templo. Así, aquellos que se dirigieran al templo andarían cargados de animales vivos que tratarían de zafarse de sus ataduras y luchar por su vida. Y no sólo eso, también andarían sorteando a aquellos ciudadanos que volvían tirando del cuerpo de los animales muertos. Sólo había una puerta que condujera al lugar del sacrificio, que tenía unos 4.255 metros cuadrados de espacio hábil (un espacio que, sin embargo, estaba dividido por el altar mayor y el lavatorio). No se olvide que los oriundos de Oriente Medio nunca han tenido la virtud de saber mantener la disciplina en las colas.

Era tal el caos que reinaba el día de la preparación de la Pascua, que nadie salía a la calle si no tenía necesidad de ello. Un pequeño desfile de soldados romanos escoltando a un criminal camino de la cruz no debió causar mucho entusiasmo entre los habitantes de Jerusalén. Es más, la pequeña comitiva de la crucifixión de Jesús no debió ser sino un obstáculo más para cruzar la calle.

Pablo no reflexionó en serio sobre la figura de Jesús hasta después de su confrontación con el cristianismo.

Confrontación con el cristianismo

El encuentro que tuvieran los discípulos con el Señor resucitado fue una experiencia que, en efecto, imbuyó a aquellos de un nuevo espíritu, de valor y de energía. Supieron entonces, con absoluta certeza, no sólo quién era Jesús, sino también que todo lo que había dicho era cierto. Investidos con el poder del Espíritu Santo, salieron a las calles de Jerusalén y proclamaron con valentía que Jesús era el Mesías prometido, el último actor de Dios en la tierra. Su entusiasmo fue tan contagioso que rápidamente afloraron los primeros conversos.

Dado que el número de creyentes en Jesús no dejaba de aumentar, los fariseos se sintieron atraídos por el fenómeno; no en vano, estos últimos percibían el incremento de cristianos como una amenaza hacia el numeroso apoyo con que contaba la secta farisaica. Sin embargo, cualquier represalia violenta que hubiera podido pergeñarse contra los cristianos fue rápidamente sofocada por el maestro de Pablo, Gamaliel I, quien dijo: «Por lo que hace al caso presente, os digo que no os metáis con estos hombres y que los dejéis en paz; porque si su empresa es cosa de hombres, se desvanecerá por sí misma; pero si es de Dios, no podréis deshacerla» (He 5,38-39). Los fariseos, en general, decidieron esperar a ver qué pasaba.

Pablo no siguió la política oficial del movimiento fariseo. No aceptó darle la palabra al tiempo. Supo ver, con más claridad que sus coetáneos, lo que implicaba el movimiento cristiano. Los fariseos, siguiendo a Gamaliel, concibieron el nacimiento de la Cristiandad como un nuevo movimiento mesiánico que había perturbado momentáneamente la historia de los judíos. Si no se les daba ninguna importancia (no oponiéndose a ellos) lo

más probable es que desparecieran en un corto período de tiempo. Por su parte, los cristianos de Jerusalén se veían a sí mismos como judíos normales. Ninguno de ellos había dejado de asistir al templo, ni siquiera después de haber saludado al Mesías y de haber celebrado incluso una cena de acción de gracias en su honor. Puede que se sintieran superiores a los demás judíos, pero nunca radicalmente diferentes.

Para Pablo, cualquiera de esas dos formas de ver el judaísmo representaba un tipo de ideología bastante endeble. Por el interés de ambas sectas, las dos estaban dispuestas a creer que la presente situación no excluía a nadie. Había sitio para todos. Pero Pablo, gracias a la habilidad que tenía para ir directamente al corazón de los problemas (habilidad que, con el tiempo, se convertiría en su marca personal), percibió con claridad que la situación no admitía medias tintas. Eran unos u otros; no podía haber tolerancia mutua[11]. Debía haber vencedores y vencidos, no una valla separadora para que todos pudieran vivir en armonía.

O la ley o el Mesías

Como cualquier judío, Pablo el fariseo vivía en un mundo espiritual que distinguía muy bien entre presente y futuro. El presente estaba marcado por la ley de Moisés. Esta fase particular de la historia de la salvación se caracterizaba por una obediencia meticulosa a los mandamientos de la ley. No había sitio para ningún Mesías. Este representaba

11 Sobre esta intuición, crucial para el resto de la vida de Pablo, cf T. L. DONALDSON, *Zealot and Convert: The Origin of Paul's Christ-Torah Antithesis,* Catholic Biblical Quarterly 51 (1989) 655-682.

la figura del futuro. Algún día habría de llegar, y, cuando lo hiciera, lo haría en la comunión de la salvación, tal y como la definía y la garantizaba la ley. Así se inauguraría una nueva era en la cual no habría necesidad de ley alguna.

Al insistir en que Jesús era el Mesías, los cristianos no se daban cuenta de lo que le estaban haciendo a la tradición judía. En pocas palabras, afirmaban que las dos fases de la historia de la salvación (dos fases que debían ser sucesivas) estaban, de hecho, superponiéndose entre ellas. El Mesías había aparecido durante el período de la ley. Por eso los cristianos no veían incompatibilidad entre aceptar a Jesús y continuar obedeciendo la ley. Pero, por el contrario, Pablo concebía esta actitud como extremadamente subversiva. Al insistir en la necesidad de creer en Cristo como paso indispensable para alcanzar la salvación, Pablo veía que, en realidad, los cristianos daban de lado a la ley como garante de la salvación. Al aceptar a un grupo de «pecadores» rechazados por la ley, los cristianos daban la ley por superada.

Sólo Pablo fue suficientemente perspicaz para comprender que la *existencia simultánea* de la ley y el Mesías los convertía en profundos enemigos. Los judíos no necesitaban dos salvadores. O se salvaban gracias a la ley, o se salvaban gracias al Mesías. Y aquellos que optaban por el Mesías rechazaban la ley *de facto.* De igual modo, aquellos que se comprometían con la ley debían rechazar la identificación de Jesús con el Mesías.

No había duda de en qué bando militaba Pablo. Estaba totalmente comprometido con la ley y no había experimentado ningún tipo de revelación (pública o privada) que le hubiera hecho pensar en la derogación de dicha ley. Por otra parte, las actividades de Jesús no se correspondían

con las propias del Mesías concebido por los fariseos. Estas actividades están descritas en los *Salmos de Salomón*, un texto fariseo que data del primer siglo a.C.

Los salmos 17 y 18 expresan la confianza en la llegada de un rey que habría de ser hijo de David y del Señor. Libraría a la nación de sus enemigos y recuperaría Jerusalén devolviéndole su santidad. Su arma sería su palabra. Como rey justo que sería (instruido por Dios y libre de la mancha del pecado), ejercería las funciones de juez y pastor. Con la destrucción de los pecadores y la dirección de los gentiles, reuniría a un pueblo sagrado en cuyo seno no habría espacio para la iniquidad. La comunidad mesiánica no tendría pecadores.

Según estos principios, era imposible que Jesús fuera el Mesías. Sus seguidores, por tanto, estaban muy equivocados, y sus errores debían corregirse. Pablo se tomó muy en serio este deber, como si fuera una prueba de su celo por la ley (Flp 3,6). Era una manera de diferenciarse de aquellos que no habían percibido la amenaza que suponía el cristianismo para la ley. Su empresa revela la seriedad con que se tomaba la responsabilidad de ser fariseo. Eso es lo único que sabemos seguro. Hasta qué punto le sirvió además de válvula de escape para la ira contenida ante la trágica muerte de su mujer y su hijo, es sólo conjetura.

En las epístolas no hay datos que sugieran que Pablo tuviera un cargo oficial en su trato a los cristianos. Fue una opción personal. Sólo se satisfacía a sí mismo. Por ello, al contrario de lo que sostiene Lucas, no es posible que Pablo hiciera arrestos, utilizara la tortura o metiera a nadie en la cárcel para obligar a que los cristianos reconocieran que estaban equivocados. Lo único que podía hacer era perseguirlos, acosarlos y, en general, convertir su vida en un infierno. La insistencia con que Pablo reafirma su

deseo de destruir el cristianismo (Gál 1,13) sólo puede indicar que los cristianos jamás llegaron a relajarse o a sentirse seguros. Cada vez que visitaban la sinagoga se arriesgaban a que Pablo los desafiara. Por ejemplo, en ocasiones les invitaba a recitar una oración tradicional judía que afirmaba la no existencia del Mesías. Si la recitaban, Pablo recalcaba la incongruencia con desdén. Si no la recitaban, Pablo los acusaba de ser falsos judíos. A pesar de que Pablo no debió utilizar la fuerza bruta, la presión a la que sometió a los cristianos fue considerable.

Sin embargo, la actitud «o ellos o nosotros» de Pablo hacia los cristianos tuvo otro aspecto que trajo consigo enormes consecuencias. La actitud de Pablo se resumía, vagamente en «nosotros tenemos razón y ellos no», pero el principio básico de su concepción era la imposibilidad de que existieran dos salvadores. Sólo se necesitaba uno: o la ley o Jesús. Por eso, el día en que se convenció de que Jesús era el Mesías de verdad, Pablo ya estaba mentalmente preparado para abandonar la ley de forma inmediata y absoluta.

IDTP LIBURUTEGIA BIBLIOTECA

2

Conversión y sus consecuencias

La razón más sencilla para explicar por qué Pablo estaba cerca de Damasco cuando se encontró con el Señor resucitado es que volvía a Tarso para realizar una visita. Por seguridad, se hacía obligatorio viajar en compañía de una caravana, pero había mucho tráfico comercial entre Jerusalén y Damasco, las dos grandes encrucijadas comerciales de Siria. Desde allí podría asegurarse la compañía de muchas caravanas regulares entre Antioquía de Orontes y las ciudades que quedan más allá del Oeste.

La ruta hacia Damasco condujo a Pablo, el ambicioso académico, por zonas que aquel jamás había visto antes[1]. El primer día de marcha no resultaba muy complicado, ni siquiera para un fariseo sedentario. El camino inicial era cuesta abajo, desde el desierto de Judea hasta el oasis de Jericó. Los cuatro días siguientes, bajo el calor del valle del Jordán –que en su lado sur está a 369 metros bajo el nivel del mar–, fueron otro cantar. Pablo debió de sentir un gran alivio al ver el mar de Galilea. El sonido de las olas bien pudiera haber proporcionado a Pablo, al menos, cierta sensación refrescante.

En ese punto la caravana se hallaba a medio camino de Damasco. La ruta luego cambiaba de dirección, hacia la

1 R. Talbert (ed.), *Barrington Atlas of the Greek and Roman World*, Princeton University Press, Princeton 2000, mapas 70, 69.

orilla este del Jordán y bordeaba el gran lago de Hule, rico en fauna y flora. Después de pasar Cesarea de Filipo, el camino se transformaba en una larguísima y dura subida que llevaba a la meseta del Golán y de la que Pedro no tardaría mucho en hablar a Pablo. Desde allí arriba, a Pablo le hubiera sido muy difícil ver su antiguo hogar, Guiscala, pero seguro que pudo ver el monte Merón, en cuya falda se situaba la ciudad.

El altísimo monte Hermón (2.769 metros) quedaba a la izquierda de los caminantes. Estos llegaban entonces a la fértil llanura de Jaurán. Según se alejaban del monte, el oasis se hacía más y más claro a la vista. El río Baradá fluía por la garganta que separaba el Hermón y las laderas del Líbano, al este de Damasco. Estas hacían de pantalla para que las arenas que venían del desierto de Arabia no inundaran la ciudad.

Aceptar lo inaceptable

No se sabe con exactitud el emplazamiento de la llanura de Jaurán, donde Pablo tuvo la experiencia que cambió su vida. Había muy pocos hitos (si es que había alguno) y ninguno le resultaba familiar. Además, el encuentro con Jesús causó tal impacto en Pablo que este, literalmente, perdió la noción del espacio y del tiempo.

Pablo sólo habla de su experiencia en un tono muy general. Sí nos dice que su experiencia fue idéntica a la que vivieron Pedro y el resto de personas a las que se apareció Jesús tras su resurrección (1Cor 15,5-8). Si se leen con cuidado los diferentes relatos de los Evangelios sobre esta experiencia, se verá que todos comparten una estructura común bastante clara:

1) Jesús ha muerto y toda la esperanza se ha desvanecido,
2) Jesús interviene,
3) Jesús ofrece una señal de su identidad,
4) los discípulos acaban reconociendo a Jesús.

Si reflexionamos un poco sobre esta estructura, nos daremos cuenta de lo cercanas a la vida que resultan estas narraciones, ya sea un problema individual, como el de María Magdalena (Jn 20,11-16), de pareja, como los dos discípulos que van camino de Emaús (Lc 24,13-42), o de grupo, el de los once (Jn 20,19-20). A pesar de que Jesús había proclamado su futura resurrección, el recuerdo más vívido que anida en la cabeza de todos estos personajes es la agónica muerte de Cristo en la cruz. Estaba muerto, y punto. Ese era el final de su historia. Es, pues, inevitable, que la resurrección de Cristo causara un estremecimiento incrédulo. Los discípulos no podían creer lo que veían. Y sólo tomaron conciencia de lo que realmente había pasado cuando Jesús les dio una prueba de su identidad: les enseña las manos y los pies (Lc 24,39), o les bendice y comparte el pan con ellos (Lc 24,30). Por último, los discípulos admiten lo imposible. La persona que permanece de pie frente a ellos es el crucificado, el Señor resucitado.

Para comprender la pista que nos da Pablo, debemos interpretar su experiencia según este esquema. Estas historias, sin embargo, son narraciones de un proceso de reconocimiento. Los discípulos que habían conocido a Jesús en vida, le reconocían ahora en un estado espiritual distinto. Esto nos obliga a determinar aquello que Pablo sabía de la vida y obra de Cristo antes de su encuentro mutuo en Damasco.

¿Qué sabía un fariseo de Jesús?

En la segunda Carta a los corintios, Pablo afirma lo siguiente: «Un tiempo conocimos a Cristo a lo humano» (2Cor 5,16). La aseveración es interesante porque muestra sin ambages que Pablo llegó a pensar sobre Cristo en términos que, con el tiempo, acabaron avergonzándole. No es posible que se refiera a otra cosa que no fuera al conocimiento que tuvo del mensaje de Cristo antes de su conversión. Es inconcebible que Pablo persiguiera el cristianismo sin haberse informado antes sobre el fundador del movimiento. Así, podemos suponer, con poco riesgo a equivocarnos, que sabía tanto de Jesús como el historiador judío Josefo, que, a la sazón, era fariseo confeso. Este predicaba que Jesús era un maestro a quien se le atribuían maravillas, que había sido crucificado por los romanos según orden de Poncio Pilato, habiendo sido declarado culpable de cargos presentados por el pueblo judío, y, por último, que un creciente número de sus seguidores creía que se trataba del Mesías[2].

No es probable que Pablo se contentara con tan poca información. Su antipatía hacia la cristiandad (especialmente cuando los intereses de esta chocaban frontalmente contra los intereses del fariseísmo) a buen seguro le llevó a informarse mejor.

Dada la dedicación que tenían los fariseos a transformar a los judíos a través de la ley (tanto oral como escrita), es muy probable que aquellos se preocuparan notablemente porque Cristo tuviera discípulos a los que transmitía sus enseñanzas. El éxito de otros maestros amenazaba el monopolio de la ley que aspiraban a tener

2 FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades judaicas* 18.

los fariseos. Los fariseos interrogaron a varios seguidores entusiastas de Cristo, e incluso llegaron a infiltrarse en las filas cristianas. De este modo descubrieron que Jesús restaba importancia al valor de la ley de Moisés. Incluso el más simple de sus seguidores reconocería las implicaciones que traen consigo expresiones como: «Sabéis que a los antiguos se dijo (...), pero yo os digo» (Mt 5,21), sobre todo si se daba a entender que Jesús representaba la piedra de toque de la salvación (Mt 10,32-33).

Dicho de otro modo, los fariseos curiosos podrían pensar que Jesús se veía a sí mismo como un Mesías investido del poder para articular la voluntad de Dios de una vez por todas. La ley ya no constituía la única autoridad, y tampoco la más importante. Pablo encontró en ideas como estas los principios que justificaban su persecución contra los cristianos: cualquier proclamación de que el Mesías había llegado a la tierra suponía una amenaza directa contra la ley, a la cual él había dedicado su vida.

Por último, hay un aspecto de las habladurías sobre Cristo que bien pudiera haber resultado particularmente interesante para los fariseos. Al contrario que los saduceos, que negaban la vida después de la muerte, los fariseos creían en la resurrección de la carne. Para los cristianos era fundamental proclamar que Dios había elevado a Cristo de entre los muertos. La resurrección era un signo que daba validez a la misión de Cristo en la tierra al tiempo que aseguraba la enseñanza de dicha misión. Ningún cristiano podía evitar hablar de la resurrección de Cristo. Por eso, tras oír la noticia, los fariseos debieron sentirse ultrajados.

Ni que decir tiene que el Pablo fariseo no creía ni una palabra de todo lo que había oído sobre Jesús. Su resurrec-

ción debió ser algún truco; Dios jamás recompensaría a nadie que se pusiera a sí mismo por encima de la ley.

Encuentro con el Señor resucitado

Dada su actitud, seguramente Pablo no esperaba que le sucediera nada durante su viaje a Damasco. Su actitud mental era similar a la de los discípulos de Cristo: esto es, la crucifixión representa la muerte de la esperanza. Pablo estaba convencido de que Jesús había tenido una muerte acorde con su actitud osada. Por eso, la única tarea que restaba por hacer era la de reconducir a los seguidores de aquel a la senda del auténtico judaísmo.

Pablo dice, explícitamente, que fue Jesús quien tomó la iniciativa: «Y después de todos, como a uno que nace antes de tiempo, también se me apareció a mí» (1Cor 15,8), circunstancia que le da pie a preguntarse, en otro pasaje: «¿Es que no he visto a Jesús, señor nuestro?» (1Cor 9,1)[3].

Pero, ¿cómo sabía Pablo que tenía a Jesús enfrente? Al contrario que María Magdalena, Pedro y los demás discípulos, Pablo no había conocido a Jesús en vida. Por eso, lo más probable es que Pablo se hiciera una idea mental de Jesús basada en lo que sabía de él. La presión que tuvo durante el viaje pudo haber incrementado su sensibilidad hacia el centro de sus emociones.

Fuera como fuere, lo único que sabemos con absoluta certeza es que, gracias a la experiencia que tuvo camino

3 Tal reticencia contrasta con la vivaz narración que Lucas hace del desmoronamiento de Pablo al escuchar la voz divina diciendo «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». Lucas, en cambio, da tres versiones de la conversión de Pablo (He 9,3-9; 22,6-11; 26,12-18), que sólo varían en detalles insignificantes. Por tanto, es probable que Lucas, que no fue testigo ocular del suceso, adornara la esencia de la historia que le reveló Pablo a fuerza de añadir elementos gráficos pensados para sostener su programa teológico.

de Damasco, Pablo se convenció de que Jesús de Nazaret, que había sido ejecutado por Poncio Pilato, estaba vivo. En efecto, la resurrección que Pablo tanto había descalificado por fraudulenta se demostró ante sus ojos como un hecho absolutamente real. Jesús había vuelto a existir, sólo que ahora en otro plano del ser. La aceptación de este hecho por parte de Pablo es suficiente para justificar su conversión, pues sirvió para cambiar todo su sistema de valores.

Pablo evoca la brutalidad del giro de 180 grados que dio su mentalidad cuando dice: «Fui aprehendido por Jesucristo» (Flp 3,12). Jesús lo cautivó con irresistible fuerza, por eso pudo conducirlo por un camino completamente distinto al que había llevado hasta entonces. Es difícil, aunque no imposible, hallar una metáfora más gráfica de lo que significa el liderazgo de Jesús. De ese modo, la primera verdad que Pablo debió aceptar con respecto de Jesucristo es que este, en verdad, era el Señor. Una vez aceptada esa realidad, ya no habría problema para reconocerlo como Cristo «el ungido». Jesús no era cualquier Señor, sino el Mesías judío a quien Pablo el judío había esperado. Además, si Cristo era el Mesías, también era el hijo de Dios, pues ambos conceptos van estrechamente ligados en el judaísmo.

En otras palabras, desde los primeros días de su vida como cristiano, las ideas de «Jesús», «Cristo», «Señor» e «hijo» estuvieron íntimamente relacionadas en la mente de Pablo, debido, sobre todo, a que todas ellas estaban ancladas en la experiencia personal que aquel tuvo del poder del Mesías.

El paso siguiente hacia la conversión era bastante más fácil, primero porque Pablo ya lo había previsto y segundo porque estaba preparado para darlo. Si Jesús era el Mesías,

la época de la ley se había terminado. Los preceptos que proponía la ley como requisitos previos a la salvación ya no tenían validez alguna. Los gentiles, por tanto, ya no se distinguían de los judíos en lo que se refería a la esperanza de la salvación. Ya no importaba la obediencia a la ley, sino la aceptación de Jesús. El Mesías no era sólo de los judíos, era Señor del mundo entero.

Pablo corroboró esta deducción racional por su propia experiencia. Se había opuesto a Jesús en nombre de la ley, pero se le había concedido la gracia. Su aceptación de Jesús no dependía, en modo alguno, de su obediencia a la ley, era, más bien, un acto subversivo contra la ley. De ese modo, Pablo pudo inferir que la gracia se ofrecía también a los paganos que habían sido excluidos de la ley.

Estas dos ideas se fundieron en la mente de Pablo. «Pero cuando Dios, que me había elegido desde el vientre de mi madre, me llamó por su gracia, y me dio a conocer a su Hijo para que yo lo anunciara entre los paganos inmediatamente sin consultar a nadie» (Gál 1,15-16). Pablo entendía que la sumisión a Cristo traía consigo el deber de proclamarlo como el Hijo de Dios en el mundo pagano.

Misión en Arabia

Aunque el encuentro con Jesús lo dejó impresionado, Pablo se las arregló para llegar a Damasco. Allí se puso en contacto con la comunidad cristiana. No es descabellado pensar que los cristianos de Damasco recibieran noticias de la persecución a la que Pablo había sometido a sus correligionarios de Jerusalén, pero debieron olvidar la circunstancia tan pronto como Pablo confesara su aceptación de Cristo como Mesías salvador en los mismos términos

en que aquellos lo habían aceptado. Pablo debió de sentirse como en casa al encontrarse con otras personas que habían tenido la misma experiencia que había tenido él. Pero no disfrutó mucho de esa comodidad. Él mismo nos informa de que su primera decisión tras la conversión fue ir a «Arabia» (Gál 1,17).

Los geógrafos de la antigüedad designaban con el nombre de Arabia a la actual Arabia Saudí, es decir, aproximadamente la enorme masa de tierra que se halla entre el Mar Rojo y el Golfo Pérsico. No obstante, en la práctica, un judío de Jerusalén en el siglo I utilizaría el nombre Arabia para referirse a una zona mucho más restringida de esa enorme área: concretamente, al actual reino de Jordania y a las dos costas del Golfo de Aqaba, es decir, al territorio de Nabatea, cuyo rey, Aretas IV, reinaba desde Petra[4].

Los primeros años treinta d.C. no eran la mejor época para que un judío se aventurara a viajar por el norte de «Arabia». Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande, que había heredado el reino de Galilea, también reinaba sobre el territorio de Perea, que limitaba al sur con «Arabia». Las relaciones entre los judíos y los habitantes de Nabatea había sido, desde siempre, bastante tensa, pero Herodes Antipas llevó esas relaciones hasta un punto sin retorno cuando repudió a su mujer, la hija de Aretas IV. Aretas no estaba dispuesto a tolerar este insulto, de modo que se embarcó en una guerra contra Herodes, cuyo ejército destrozó antes de volver a su reino. Antipas, además, acabó quejándose al Gobierno de Roma.

Aretas sabía, por experiencia propia, que el emperador Tiberio consideraba inaceptable cualquier cambio en la

4 D. F. GRAF, *Nabateans*, en *The Anchor Bible Dictionary* IV, Doubleday, Nueva York 1992, 970-973.

frontera oriental del Imperio romano (particularmente si se producía por medios violentos). Así, Aretas y su gente aguardaron la respuesta del emperador con mucho temor. A Tiberio le bastaba con dar una orden al gobernador de Siria, que tenía cuatro legiones a su disposición. Durante la larga espera, la actitud que mantuvo Aretas hacia los judíos no fue precisamente benigna. Los judíos, simbolizados en la persona de su Rey, habían sido los causantes de la tensa espera que vivía su pueblo. La respuesta romana, que Aretas no podría aplazar en ningún caso, sería la gota que colmaría el vaso de una serie de desastres que los judíos habían provocado en el pueblo de Nabatea. Estos compartían el temor y la ira de su dirigente.

Cuando Pablo llegó a Nabatea, hacia el año 34 d.C., la tensión ya llevaba acumulándose unos tres años. No era el momento más propicio para comenzar la difusión de un mensaje que los habitantes de Nabatea probablemente entenderían como una nueva variedad de judaísmo. Los destinatarios del mensaje que Pablo quería transmitir verían a este como un agente judío intentando infiltrarse en sus filas para dividirlos y debilitarlos. Una posible invitación a la traición hubiera desencadenado una reacción inmediata y violenta. Pablo corría serio peligro de ser linchado. Pero, de algún modo, logró escapar. Aun así, se le recordó como un sujeto peligroso; por eso, tres años después, las autoridades de Nabatea se dispusieron a pedirle cuentas de sus acciones.

Si esta evaluación de la situación es correcta, parece bastante improbable que Pablo lograra adentrarse mucho en territorio «árabe». Es probable que ni siquiera llegara a Bosra, al sur de la moderna frontera de Siria. Cerca de Damasco había tres ciudades nabateas (Filópolis, Kanatha y Suweida). También es probable que Pablo no permaneciera mucho tiempo en ellas. En cuanto comenzara a hablar, parecería sospechoso. En mi opinión, no habría durado ni una semana. Su silencio sobre la duración de su estancia confirma de algún modo que esta no se alargó mucho en el tiempo, pues habla de dos semanas de estancia en Jerusalén y tres años en Damasco (Gál 1,18). La única explicación para su imprudencia es que estaba convencido, desde el principio, de que su misión estaba dirigida a los gentiles.

Tres años en Damasco

Si Pablo volvió a Damasco con el rabo entre las piernas, por lo menos debió de tener el consuelo de poder lamerse las heridas en una bella ciudad que bien pudiera rivalizar con Jerusalén[5].

La ciudadela romana que se hallaba en el ángulo noroccidental aseguraba cinco kilómetros de muralla abierta por ocho puertas. Dicha muralla cercaba un área casi rectangular (1,35 kilómetros de este a oeste) del mismo tamaño que la que rodeaba las murallas de Jerusalén. Había un detalle, sin embargo, que diferenciaba claramente ambas ciudades. La parte septentrional de Damasco quedaba protegida por el río Baradá, la fuente de la fertilidad del oasis. El agua se traía a la ciudad a través de, al menos, dos importantes canales, incluido el acueducto de Baradá.

Las calles de la ciudad formaban una cuadrícula, lo cual creaba bloques rectangulares de edificios con lados desiguales. La calle principal cruzaba la ciudad de este a

5 Para la historia y la arqueología de Damasco, cf R. BURNS, *Monuments of Syria: An Historical Guide*, Tauris, Londres-Nueva York 1992, 72-108.

oeste. Con sus aceras dentro de las columnatas, la acera tenía unos 26 metros de ancho. La orografía obligaba a que hubiera dos leves desvíos, ambos señalados con un arco en la intersección mayor. Durante la época, las calles no tenían nombre, lo cual hacía casi imposible encontrar a alguien en la ciudad. Así, cuando Lucas comenta que Pablo se alojaba en la «calle Recta» de Damasco (He 9,11), puede que tenga intención de recordar un viejo chiste de los habitantes de Damasco. Por definición, todas las calles de una cuadrícula son «Rectas», y la vía principal, sin embargo, ¡estaba torcida! De ahí la ironía del nombre.

El monumento principal de la ciudad era el santuario de Júpiter. El espacio abierto que rodeaba el edificio del templo era de proporciones majestuosas, pero seguro que los judíos se alegraban de que fuera algo más pequeño que el templo que construyera Herodes el Grande en Jerusalén. Los judíos de Damasco no debían de estar tan orgullosos de la contribución de Herodes a la ciudad: esta se reducía a un teatro y a un gimnasio. Ambos resultaban ofensivos para los fieles. Con razón pensaban que Herodes podía haber construido algo más útil para su pueblo.

La población judía de Damasco era bastante numerosa, pero, de igual modo, estaba claro que era una ciudad pagana. Como miembro fundador de la liga de las diez ciudades designada para propagar la cultura griega, la cultura de la ciudad estaba muy influida por las costumbres helenas. Por ejemplo, las monedas que se usaban en Damasco sólo tenían efigies de dioses y diosas griegas. Damasco debía su preeminencia política y su riqueza a su privilegiada situación geográfica, pues no en vano se hallaba en una de las encrucijadas más importantes

de la antigüedad. Las rutas comerciales entre Anatolia y Mesopotamia se unían cerca de la ciudad antes de separarse, una en dirección a la meseta árabe, y otra a la costa mediterránea. Si los comerciantes, ya en el siglo II a.C., podían llegar hasta la isla de Delos, en el mar Egeo, seguramente Damasco servía de base para mercaderes de distintas partes de la geografía de Oriente Medio. Esto hizo que la mayoría pagana de Damasco creciera bastante. Así, durante sus tres años en Damasco (Gál 1,18) no es probable que Pablo tuviera muchas dificultades para hacer realidad su vocación misionera. La ciudad abundaba en gentiles que convertir.

Aprendiendo un oficio

En Damasco, Pablo no sólo daba, también recibía. Estaba claro que era predicador, pero también aprendía cosas. Todavía tenía que absorber buena parte del mensaje de la cristiandad, y, además, tenía que aprender una habilidad concreta que debía convertirle en persona autosuficiente. Su movilidad como misionero sólo podía garantizarse con independencia económica.

Según hemos visto, Pablo no tuvo que trabajar para vivir en Jerusalén ni en Damasco. En ambos lugares Pablo sólo se dedicaba al estudio y vivía de la caridad. En calidad de misionero, sin embargo, Pablo comenta que tuvo que realizar trabajos manuales para sobrevivir (1Tes 2,9; 2Tes 3,7-9; 1Cor 4,12). De ahí se deduce que, en algún momento, tuvo que haber aprendido un oficio. No obstante, según las pruebas que tenemos es imposible afirmar que aprendiera alguno durante su estancia en Damasco. Durante esos tres años, Pablo debió reflexionar mucho

sobre la estrategia que debía seguir para llevar a cabo su misión, sobre todo después del fiasco de Arabia.

Pablo contaba con varias opciones. Tenía la posibilidad de trabajar bajo el patronazgo de alguien. Esta posibilidad, sin embargo, le obligaría a ponerse al servicio de su señor, lo cual era contraproducente, pues podría suceder que el posible señor quisiera mediatizar las enseñanzas de Pablo. Por si fuera poco, la posibilidad del mecenazgo le impediría viajar de un sitio a otro llevando la palabra del Señor. El inconveniente de esta circunstancia no era la precariedad del modo de vida que llevaría Pablo, sino el hecho de que las ciudades del mundo grecorromano estaban infestadas de charlatanes que sacaban partido económico de promesas piadosas y bienintencionadas que venían apoyadas por falsos milagros. Si Pablo tomaba esta opción probablemente se hubiera visto abocado a perderse entre la muchedumbre por siempre jamás.

A pesar de su heredada parcialidad, Pablo tuvo que haberse dado cuenta con cierta rapidez de que no tenía opción de pagarse sus propios viajes. Por eso, tendría que ir reuniendo el dinero según viajaba. Eso suponía que debía convertirse en artesano, y además, habilidoso. En resumen, tenía que meterse a aprendiz.

¿Qué negocio podía servir mejor a los propósitos de Pablo? Él no quería ser rico, sino sobrevivir sin ayuda de nadie. Pablo, sin duda, supo aprovecharse de la situación con la misma perspicacia y la inteligencia con la que más tarde resolvería problemas teológicos de diferente envergadura. El oficio que aprendiera tendría que ser demandado por todo el mundo grecorromano: tanto en mar como en tierra, en ciudades grandes y en pequeñas, en caminos y encrucijadas. Tendría que aprender un oficio que le pusiera en contacto con todos los sectores de la población

del mundo antiguo. Las herramientas propias del oficio debían ser fáciles de manejar y de transportar, mientras que la actividad propia del oficio debía ser tranquila y sedentaria, pues sólo así tendría tiempo para predicar la palabra de Dios mientras trabajaba.

Para Pablo, el único oficio que reunía estas cualidades era la fabricación de tiendas de campaña (He 18,3). Hoy en día puede parecernos una opción extraña, pues Pablo ejercía su ministerio en un entorno urbano, ¿y de qué servía un constructor de tiendas de campaña en un entorno urbano? Sin embargo, desde el punto de vista del siglo I, la decisión era muy sabia[6].

La habilidad que se necesitaba para construir tiendas de campaña era mínima, por tanto se podía aprender con rapidez. Resultaba esencial conocer la mecánica del buen corte de la lona y el cuero; también era importante saber coser esos materiales con doble vuelta. Pablo necesitaba un cuchillo en forma de media luna para cortar duras capas de cuero o lona, un punzón para perforar las hendiduras por donde pasar el hilo encerado y agujas curvas. El lote completo cabía en una pequeña cartuchera. La profesión, además, favorecía el desarrollo de hombros fuertes y manos duras. El coser se efectuaba dando un golpe seco con las dos manos en el lugar por el que se pasaba el hilo. Por eso sorprende poco que Pablo sólo pudiera escribir con enormes caracteres desdibujados (Gál 6,11).

6 Para los textos en que se basa esta descripción, cf J. MURPHY-O'CONNOR, *Prisca and Aquila: Travelling Tent-Makers and Church-Builders,* Bible Review 8/6 (diciembre de 1992) 40-51.

El trabajo de un fabricante de tiendas

En las ciudades había demanda de varios tipos de toldos, que requerían de tiras de lona cosidas de varios pesos distintos. Aquellos que servían para dar cobijo al teatro y al foro podían retraerse por medio de cables tensores. Se necesitaba proteger del sol veraniego los patios de las casas privadas. Los toldos con inscripciones servían para anunciar y para ensombrecer los frontales de las tiendas. Aquellos que gustaban de ir a la playa usaban una clase de sombrillas de lona para conseguir sombra pero sin frenar la brisa refrescante.

El mercado de las tiendas de campaña no era tampoco nada desdeñable. Las posadas las usaban para acomodar a los viajeros que no cabían dentro de las dependencias. Esto sucedía con mucha frecuencia durante las grandes fiestas locales. Los viajeros más astutos tomaban siempre la precaución de llevar con ellos tiendas de campaña suficientes para resguardarse en caso de que cualquier circunstancia les impidiera llegar a una posada antes de la caída de la noche. Si tenían planeado recorrer largas distancias en barco, los viajeros no podían prescindir de la tienda de campaña. No había ferrys y los barcos de carga no disponían ni de cabina ni de camarotes. Sin las tiendas, los viajeros estaban a merced de los rayos del sol, las ráfagas de viento o el agua que salpicaba, pero, sobre todo, estaban a merced de la falta de plazas en las posadas cuando los barcos hacían noche en los puertos.

Las ciudades con templo tenían su propia fiesta. Era entonces cuando los comerciantes montaban sus tiendas alrededor del santuario. Las ciudades que contaban con la enorme suerte de albergar los festivales panhelénicos ofrecían trabajo a los fabricantes de tiendas durante todo

el año. La competición continuaba durante la mayor parte de la semana, y el gran número de visitantes que acudían de todas partes del mundo griego tenían que ser alojados en tiendas, igual que los tenderos que les proveían. En Corinto, por ejemplo, se celebraban los Juegos ístmicos cada dos años en los meses de abril o mayo. Siempre había necesidad de nuevas tiendas para reemplazar a las antiguas, así como de mano de obra que pudiera dedicarse al mantenimiento continuo de las lonas.

Las reparaciones menores también suponían una buena fuente de ingresos para los fabricantes de tiendas de campaña. Pablo podía emplearse también en la reparación de lonas en vagones, puestos de mercado o, incluso, arneses de animales de carga. Una vela rota se volvía casi nueva tras pasar por las manos de Pablo. Pablo tenía la habilidad de poner costuras nuevas en cualquiera de los artículos derivados del cuero que utilizaban los viajeros: sandalias, polainas, cinturones, capas, carteras y bolsas. Seguro que lo hubieran aceptado con los brazos abiertos en cualquier taller de marroquinería.

Pablo se armó con las habilidades de un oficio que le garantizaba la subsistencia prácticamente en cada camino que recorriera y en cada mar que navegara. No obstante, su oficio contaba con una desventaja: el trabajo de fabricante de tiendas de campaña le señalaba como miembro de la clase trabajadora, una clase a la cual despreciaban los miembros de la clase acomodada, de la cual precisamente Pablo debía convertir a uno o dos miembros en cada ciudad que visitaba para poder alojar a todos los conversos que pretendía reclutar. El lugar más propio para reunir a sus nuevos discípulos eran las dependencias de los talleres que contaban con los servicios de nuestro protagonista. Eso les daría la oportunidad de hablar de sus asuntos. Con

todo, debía haber algo en la personalidad de Pablo que impelía a sus nuevos conversos a hablar sobre Jesucristo.

Una salida apresurada

La tranquila vida que Pablo llevaba en Damasco llegó a su fin bruscamente a finales del año 37 d.C. El emperador Tiberio había muerto el 16 de marzo de ese año y le sucedió Cayo, más conocido como Calígula («botas pequeñas»). Calígula cambió de inmediato la política que su predecesor había aplicado con respecto a la frontera oriental del Imperio. Tiberio había confiado en la buena organización de las provincias romanas, en lugar de en reinos dependientes. Esta última opción sólo tenía cabida en el Imperio si los reyes declaraban su fidelidad eterna al gobierno de Roma, caso, por ejemplo, de Herodes el Grande. A Cayo, por el contrario, no le preocupaba poder o no fiarse de los reyes, por eso levantó reinos enteros para sus amigos a partir de terrenos fronterizos.

Cayo tenía que agradecer mucho a los habitantes de Nabatea, pues no en vano ellos constituyeron uno de los pueblos que con más ahínco apoyaron a su padre (Germánico) en sus enfrentamientos con Cneo Calpurnio Pisón, el todopoderoso gobernador de Siria. Cayo, que por entonces tenía siete años, presenció la muerte de su padre (supuestamente envenenado por Pisón) en Antioquía (19 d.C.). Si había alguna ciudad que los habitantes de Nabatea más desearan, era Damasco, es decir, el mejor enclave para dominar las rutas comerciales más importantes. Cuando Damasco pasó a manos nabateas, Pablo se vio acorralado por un peligro que no había previsto. «En Damasco, el gobernador del rey Aretas montó guardia en

la ciudad de los damascenos para prenderme y por una ventana fui descolgado muro abajo en un canasto, y así escapé de sus manos» (2Cor 11,32-33).

Este último incidente resulta de lo más curioso. El lapso de tiempo deja claro que Roma no tenía intención de reprender a Aretas por iniciar la guerra contra Herodes Antipas. Pero es que, además, Tiberio había muerto y el nuevo emperador Cayo era amigo de los nabateos. Toda la preocupación que había llevado a los nabateos a considerar a Pablo como un provocador judío se había disipado. No había razón para que el representante de Aretas actuara contra Pablo. Esta circunstancia nos obliga a preguntarnos si Pablo no estaba exagerando un poquito la situación de peligro. Es bastante probable que supusiera que todavía le perseguían los árabes y que tomara por tanto precauciones para poder seguir predicando en otro sitio. En ese caso, el único peligro que le acechaba en su dramática huida era, simplemente, la fragilidad de la cuerda.

Pedro y Jesús

Tras abandonar Damasco para siempre, Pablo se dirigió de nuevo a Jerusalén. Dada la importancia que atribuía a su misión entre los gentiles, lo lógico habría sido que Pablo se dirigiera hacia el territorio virgen del noroeste, a las grandes ciudades paganas de la costa mediterránea. Pero como hizo lo contrario, es de suponer que se vio impelido por argumentos muy racionales.

Por razones que se harán evidentes cuando hable de la Carta a los gálatas, Pablo utiliza conscientemente un verbo ambiguo para explicar los motivos que tenía para ir a Jerusalén. Pablo esperaba que sus lectores entendieran el

versículo 18 del primer capítulo de la Carta a los gálatas como «fui a Jerusalén a conocer a Pedro», pero la ambigüedad del verbo original también incluye la acepción «fui a Jerusalén a obtener información de Pedro». ¿Qué tenía que hablar con él? Es absurdo pensar que Pablo pasara dos semanas con Pedro hablando sobre el tiempo, la salud de la suegra de este, o su nostalgia por no poder pescar más en el mar de Galilea. Sólo había una pregunta básica en la mente de Pedro: ¿Cómo era realmente Jesús?

Durante el tiempo que pasó en Damasco, Pablo tuvo que haber oído historias sobre Jesús. Pero ese conocimiento era de oídas y no podía dar respuesta satisfactoria a las perspicaces preguntas que bullían en la mente de Pablo. Seguro que sintió envidia del tiempo que los discípulos pasaron con su Señor durante su juventud. Me sorprendería que no se arrepintiera amargamente por haber malgastado todos aquellos momentos en lugar de seguir las enseñanzas de Jesús en Jerusalén. Pero ya era demasiado tarde para ello.

Pedro era la persona que mejor le podía informar. Pedro había sido testigo ocular de las palabras y los hechos de Jesús. En el año 37 d.C., Pedro ya llevaba unos siete años predicando las enseñanzas de Jesús. Por las muchas repeticiones que de su historia tuvo que hacer, la narración de Pedro había adoptado ya forma fija. Así se resaltaban sólo los milagros y las parábolas más importantes de Cristo. Esto, claro, servía a Pedro de mucha ayuda. Aun así, lo más importante era que Pedro podía contestar cualquier pregunta que le hiciera Pablo.

La personalidad de Jesús

Pablo pudo forjarse una idea cabal y muy detallada de

la personalidad de Jesús gracias a estas fuentes. Estas, de hecho, se convirtieron en parte esencial de los discursos orales de Pablo (2Cor 11,4), así como en base para sus enseñanzas morales (Gál 6,2). El comportamiento de Jesús estaba tan bien definido en la mente de Pablo que casi podía imitarlo (1Cor 11,1) hasta el punto de que, conscientemente, su estilo de vida manifestó el estilo de vida de Jesús (2Cor 4,10).

Lamentablemente, Pablo no reproduce en sus cartas el fiel retrato de Jesús que solía pintar oralmente en sus discursos (Gál 3,1). Todo lo que llegamos a conocer es una breve lista de «hechos». Jesús nació en el seno de una familia judía (Gál 4,4) descendiente del rey David (Rom 1,3). Tuvo varios hermanos que se casaron (1Cor 9,5), uno de los cuales se llamaba Santiago (Gál 1,19). Una noche fue traicionado, celebró una Última Cena repartiendo el pan y el vino con sus discípulos y pidió que esa cena se convirtiera en ritual conmemorativo (1Cor 11,23-25). Pero estos hechos no eran más que la punta del iceberg. Tenemos suerte de que, en ocasiones, Pablo rellene los huecos de color que quedan en el retrato ofreciéndonos atractivos destellos de dos rasgos característicos de Jesús que tanto le impresionaron.

El primero era la absoluta dedicación que Jesús empleó en su ministerio. Pablo admira su constancia, su «paciencia» (2Tes 3,5) y su «fidelidad» (Gál 2,16.22). A pesar de la creciente hostilidad que lo rodeó, Jesús nunca titubeó; su vida fue un continuo «sí» que se dirigía a realizar las promesas de su Padre (2Cor 1,19). La completa confianza de Jesús representa «la verdad de Cristo» (2Cor 11,10). Jesús constituía la «norma» de su propia enseñanza (Rom 6,17).

Una determinación tal como la que Pablo percibió en Cristo puede, en ocasiones, dar pie a un frío egoísmo. Pero

eso no es lo que Pablo descubrió en el modo en que Cristo trataba con aquellos que le rodeaban. Esa es la segunda característica que tanto impresionó a Pablo. La educación de Jesús se caracterizaba por la «gentileza y la amabilidad» (2Cor 10,1), y en el trato que dispensaba a la gente siempre sobresalía la ternura (Flp 1,8). No anteponía sus necesidades a las de los demás, pues Cristo «no buscaba su propio placer» (Rom 15,3). Al contrario, se daba con amor a los demás todo el día (2Cor 5,14; Gál 2,20).

Pablo sólo cita a Jesús en tres ocasiones (1Cor 7,10-11; 9,14; 11,23-25), pero sus cartas abundan en alusiones y ecos de las enseñanzas de Cristo. Nos hubiera gustado que nos diera citas más explícitas, pues sus cartas datan de una generación anterior a los evangelios sinópticos, pero eso es porque pensamos como historiadores. Pablo, por el contrario, pensaba como el pastor que conoce el poder evocador que las alusiones y los ecos tienen sobre aquellos que acogen las enseñanzas. Las alusiones a Cristo constituían un lenguaje secreto inaccesible para aquellos que no pertenecían al grupo cristiano. Es difícil saber hasta qué punto esta forma de proceder era una técnica consciente por parte de Pablo, porque las enseñanzas de Jesús revelaban tan bien su pensamiento que cualquier intento de distinguir el fondo de la forma resulta un acto insustancial, imposible y sin sentido[7].

Un Mesías que no debería haber muerto

Es difícil creer que Pedro no simpatizara con la insaciable sed de conocimiento sobre Jesús que embargaba a Pablo.

7 Para el conocimiento que tenía Pablo sobre el Jesús histórico, cf especialmente J. DUNN, *The Theology of Paul the Apostle,* Eerdmans, Grand Rapids (Michigan) 1998, 182-206.

Sin duda, las preguntas de Pablo trajeron de nuevo a su mente los avatares y las impresiones que ya había olvidado. Hasta ese punto debieron embarcarse en una búsqueda común. Sin embargo, había una cuestión importante sobre la cual, a buen seguro, ambos discrepaban. Un rasgo característico de los sermones de Pablo era su insistencia en el hecho de que Cristo había muerto en la cruz[8]. Pablo hacía que sus oyentes creyeran estar presentes ante la cruz. Y para conseguir dicho efecto, no bastaba sólo con utilizar trucos retóricos. Pablo debía poner en marcha toda su imaginación para recrear el suceso en sí mismo. Sólo así podría revivir las emociones apropiadas antes de lograr la intensidad verbal de la que hace gala en Gál 3,1. Pablo sentía la obligación de reproducir la crucifixión. Este hecho sólo se explica si aceptamos que aquel suceso tuvo un enorme impacto en él.

No hay pruebas para poder afirmar que Pedro sentía la misma emoción por la crucifixión. El mensaje de la Iglesia primitiva, de la cual Pedro es uno de sus principales autores, ponía el énfasis en la muerte de Jesús, así como en su significado salvador, pero no decía nada del modo como murió Cristo (por ejemplo, 1Cor 15,3-5). Reticencias de este tipo son bastante comprensibles. Resultaba realmente complicado promover el mensaje de un Mesías que había muerto sin conseguir, en apariencia, apenas nada. Predicar el mensaje de un Mesías que había sido crucificado por traidor significaba poco más que solicitar su condena.

Entonces, ¿por qué Pablo hizo de la crucifixión (un suceso del cual oyó hablar durante su etapa de fariseo) el foco de atención de sus sermones, si ninguno de sus

8 Para un análisis detallado de todos los textos, cf J. MURPHY-O'CONNOR, *Even death on a cross: Crucifixion in the Pauline Letters,* en E. DREYER (ed.), *The Cross in Christian Tradition from Paul to Bonaventure,* Paulist Press, Nueva York 2000, 21-50.

coetáneos había adoptado esa estrategia? Pablo había sido el único que supo advertir la oposición fundamental que separaba al judaísmo del cristianismo, pues ni los cristianos ni los fariseos supieron entender, al principio, la diferencia entre ambos credos. La perspicacia que le hizo entender esa diferencia le sirvió también para percibir un problema que sus colegas cristianos no llegaban a contemplar. Si Jesús era el verdadero Mesías, entonces no tenía por qué haber muerto.

Comencemos recordando un poco los antecedentes fariseos de Pablo, especialmente el retrato que del Mesías se hace en los *Salmos de Salomón*, 17. Allí se nos dice que el Mesías estará «libre de pecado» (v. 36) y que su pueblo será el pueblo santo, esto es, el pueblo elegido (vv. 26, 32, 43). Al subrayar la santidad del pueblo del Mesías, se logra reflejar la visión del final de los tiempos que dominaba entre los judíos. Todos los grandes profetas enseñan que «[el tuyo] será un pueblo de justos» (Is 60,21); «vivirán y no pecarán nunca más» (Libro de Enoc I 5,8). El sentido común dicta que el Mesías, el máximo responsable del pueblo sagrado, no puede ser un pecador, es decir, que su absoluta rectitud se le da por supuesta.

Este razonamiento tenía una consecuencia de suma importancia. Todos los judíos creían en la inmortalidad del Mesías. La llegada del Mesías se percibía como el glorioso momento crítico de la historia, tras el cual no se podía concebir lo que habría de suceder. Por ello era lógico concebir al Mesías en términos de eternidad. ¿Por qué debía, entonces, morir? Esta percepción ajustada al sentido común se veía reforzada por la enseñanza de las escrituras, que estipulaban que la muerte no era un componente estructural del cuerpo humano, sino más bien una pena impuesta por el pecado. El libro de la Sabiduría

puede servirnos de epítome a una serie de textos que van desde el Génesis hasta el siglo segundo de nuestra era: «Dios creó al hombre para la incorrupción y lo hizo al margen de su propia [eternidad]. Mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen» (Sab 2,23-24).

El dilema de Pablo estaba bien claro. El Mesías a quien había reconocido camino de Damasco había sido ejecutado en la cruz. Pablo se enfrentaba con un Mesías que no cometía pecados, pero también con un Mesías que resultaba estar muerto. Puede que otros cristianos advirtieran la paradoja. Si fue así, decidieron no prestarle atención. El lado idealista del carácter de Pablo impedía a este vivir sin resolver la incompatibilidad que marcaba a los dos elementos. Esa tensión debía ser resuelta por completo: no podía lidiarse mediante la negación de algún componente ni mucho menos mediante la ambigüedad calculada de un sistema filosófico compartimentado.

Crucifixión como sacrificio personal

Con el tiempo, Pablo vio que sólo había una solución posible. La única explicación para que una persona que se halla fuera del alcance de la muerte muera, es que esa persona ha elegido morir. El resto de seres humanos sólo pueden llegar a aceptar la muerte, pues algún día les ha de llegar, les guste o no. Jesús nunca tuvo esa restricción. Su muerte fue el resultado de una decisión personal. En consecuencia, Pablo concibe a Jesús como «nuestro Señor, el cual se entregó *a sí mismo* por nuestros pecados» (Gál 1,4). «El hijo de Dios, el cual [...] se entregó *a sí mismo* por mí» (Gál 2,20).

Una vez que aceptó que la muerte de Jesús había sido un sacrificio personal, la muerte de un Mesías libre de pecado dejó de ser un problema para Pablo. El modo de la muerte se convirtió entonces en el foco de atención de su mensaje. ¿Por qué habría de escoger Jesús el modo más horrible de morir, el más cruento entre todos, la agonía de la crucifixión? No hace falta decir que, al plantearse esta cuestión, Pablo caminaba hacia atrás. Jesús no tenía por qué morir. Pero si eligió morir, entonces, es razonable pensar también que él mismo escogió ese particular modo de muerte.

Las enseñanzas de Pedro y otros primeros cristianos dieron a Pablo varias pistas para poder dar respuesta a aquella pregunta. Pedro insistía en que «Cristo murió por nuestros pecados» (1Cor 15,3) así como que «nuestro señor Jesucristo murió por nosotros» (1Tes 5,9). En otras palabras, la humanidad se benefició de la muerte de Cristo. Pablo buscaba un motivo para explicar la decisión de Jesús, pero, en el camino, se dio cuenta de que el argumento debía contemplarse al revés. Con su muerte, Cristo buscaba el beneficio de la humanidad, no el suyo propio. Así, al elegir la crucifixión, Cristo buscaba el hacer el bien a aquellos que no se daban cuenta o que no estaban interesados en el potencial de su figura. A los ojos de Pablo, una acción tan desinteresada sólo podía explicarse como un acto de amor. «[Él] me amó y se entregó a *sí mismo* por mí» (Gál 2,20).

Para Pablo, la idea resultaba abrumadora, de ahí que no quisiera predicar la muerte de Cristo sin hacer ver a los demás el profundo amor que revelaba la decisión de Jesús. Pablo no podía limitarse a hablar del amor de Cristo, debía mostrarlo en movimiento. En la práctica, esta actitud significaba obligar a sus oyentes a enfrentarse

con la cruz; de ahí su promesa: «Pues nunca entre vosotros me precié de saber otra cosa que a Jesucristo crucificado» (1Cor 2,2) (y, de ahí también, sus críticas a la enseñanza tradicional). En sus cartas, Pablo cita dos himnos litúrgicos. El primero dice: «Y, en su condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte», a lo cual, Pablo añade: «Y muerte de cruz» (Flp 2,8). El otro cantar habla de Dios que «quiso también por medio de él reconciliar todas las cosas» (Col 1,20).

Así se comprende por qué la muerte es el único «suceso» en la vida de Cristo al cual Pablo recurre una y otra vez en sus cartas. Para Pablo resultaba de enorme importancia que sus conversos supieran lo que Jesús había dicho y hecho, por eso lo narraba en sus sermones orales (2Cor 11,4), pero en el último análisis esa faceta no era precisamente la que convertía a Jesús en personaje único. Otros maestros ofrecieron visiones internas muy profundas de Cristo. Otros se ganaron la reputación de ser obreros del milagro. Para Pablo, el hecho de que Jesús considerara la opción de morir o no, colocaba a Cristo en una categoría separada del resto de los hombres, que no podían evitar la muerte. Así, la muerte de Jesús se convirtió en la clave de la vida de Pablo. La muerte en la cruz le enseñó aquello que hace genuinamente a un ser humano: el sacrificio de uno mismo por amor, el sacrificio que enseñó Jesús. Esta idea, por encima de todas, es la que Pablo quiso depositar en el corazón de cada uno de sus discípulos.

3

Aprendizaje en Antioquía

Tras el estímulo que supusieron sus dos semanas de aprendizaje con Pedro, Pablo debió de salir de Jerusalén enfervorizado. El Jesús a quien había decidido dedicar su vida se mostraba ahora como una persona mucho más real. Dadas estas premisas, sería razonable que Pablo se hubiera apresurado entonces a desarrollar una intensa campaña misionera. Si eso fue así, debió ocurrir en Siria y Cilicia (Gál 1,21), pero no tenemos pruebas de que esto sucediera. El resultado es que se pierde el rastro de Pablo en los tres años siguientes. Retomamos su historia de nuevo alrededor del año 40 de nuestra era. En aquella época, Bernabé lo reclutó para trabajar en Antioquía de Orontes (He 11,25-26).

La iglesia de Antioquía (en la actual Antakya, Turquía) fue fundada con tan mala definición como la ciudad de Damasco. Parece que la fundación tuvo lugar hacia los años 39 o 40 de nuestra era. El mensaje entusiasta de los nuevos conversos (el mensaje de que el Mesías había llegado en la persona de Jesús de Nazaret) provocaba un fuerte resentimiento entre la comunidad judía, la cual, por cierto, se hallaba por entonces bajo una presión extrema.

En la primavera del año 40 de nuestra era, el emperador Cayo ordenó al gobernador de Siria, P. Petronio, que transformara el Templo de Jerusalén en un santuario imperial, erigiendo una estatua del emperador caracteri-

zado como Júpiter en el sancta sanctorum. Petronio era muy consciente de la cruenta reacción que tal sacrilegio podría provocar en la población judía. Entonces, trató de ganar tiempo hasta convencer a Cayo de que debía cambiar de opinión. Eso se produjo en algún momento del verano del año 40.

Durante esos meses de tensión, los judíos de Antioquía se preparaban para sacrificarse en lo que sabían que habría de ser un vano intento por detener la marcha de las legiones de Petronio hacia Jerusalén. Varias autoridades de la comunidad cedieron a la presión y utilizaron a los misioneros cristianos como pretexto para fomentar la oposición contra Roma. Durante el proceso, los judíos aprovecharon para distanciarse de sus vecinos paganos, los cuales, en consecuencia, se rebelaron contra los judíos, matando a muchos de ellos. Petronio logró detener el estallido de violencia en la ciudad y detuvo a los instigadores de las revueltas. Al darse cuenta de que podían ser culpados de las revueltas, los fundadores de la iglesia huyeron, dejando tras de sí a un grupo de conversos a los que se tildaba de «cristianos». En el subconsciente colectivo, el término «cristiano» se asociaba con la idea de «alborotador», pendenciero, problemático. Ese al menos es el sentido que le dan ciertos historiadores como Suetonio y Tácito[1].

Poco tardaron en llegar a Jerusalén las noticias del desastre que asolaba a la recién inaugurada iglesia de la ciudad más importante de la región. La respuesta de Jerusalén fue enviar a José, un chipriota converso (He 4,36-37), para dar estabilidad a la desmoralizada comunidad. Su apodo, Bernabé, significa «hijo de la consolación» (He 11,22), lo cual quizá explique por qué fue elegido para esa misión en concreto o refleje los logros que alcanzó en Antioquía.

1 Para esta reconstrucción de los inicios de la iglesia de Antioquía, cf J. TAYLOR, *Why were the Disciples First Called «Christians» at Antioch?*, Revue Biblique 101 (1994) 75-94.

Una vez que estableció la comunidad cristiana, Bernabé viajó a Tarso para reclutar a Pablo. No es difícil imaginar cómo sabía dónde encontrar a Pablo. El recuerdo del fariseo que les perseguía, Saulo de Tarso, todavía estaba muy presente entre los cristianos de Jerusalén, y su nombre revelaba su ciudad natal. Las implicaciones de la visita, aparentemente secreta, de Pablo a Pedro debieron conocerse poco a poco entre los miembros de la comunidad (Gál 1,23).

El propósito de Bernabé es igual de obvio. La presencia de Pablo entre los afligidos creyentes de Antioquía habría de servir para que estos comprobaran el poder de la gracia que se les prometía en los evangelios. La presencia de Pablo supondría un incentivo enorme para la comunidad: el instigador de los cristianos, convertido en uno de ellos y compartiendo sus mismas aflicciones. Dios sí obraba milagros. Había, pues, esperanza en el futuro. Antioquía iba a ser el centro de operaciones de Pablo durante la década siguiente.

La tercera ciudad del Imperio

Damasco ya era una venerable (pero siempre elegante) ciudad mucho antes de que naciera Antioquía. Seleuco I Nicátor fundó la ciudad alrededor del año 300 a.C. Seleuco se había forjado una reputación como general de Alejandro Magno y llegó a conquistar gran parte de Oriente Medio hasta casi la India. Descubrió un empla-

zamiento magnífico para situar una ciudad portuaria allá donde el río Orontes se abre paso hacia el Mediterráneo. Ahora bien, con el objeto de favorecer la prosperidad y garantizar la seguridad de la ciudad, Seleuco tenía que controlar militarmente la salida interior del valle del Orontes, es decir, el lugar por el cual las rutas comerciales atravesaban la fértil llanura de Amuk y su lago de abundante pesca[2].

Seleuco construyó su ciudad interior en una llanura limitada al oeste por el río Orontes y al este por las laderas del monte Silpius (492 metros). Las murallas daban cobijo a una serie de calles dispuestas en forma reticular y que servían para delimitar barrios rectangulares. El ágora original se situaba a la orilla del río, el cual, a su vez, soportaba mucho tráfico comercial. Un acueducto que arrancaba en los jardines de Dafne (a unos ocho kilómetros al sur), traía abundante agua dulce a la ciudad.

La belleza y la prosperidad de Antioquía no dejaba de atraer a nuevos habitantes, pero el crecimiento de la ciudad estaba cuidadosamente controlado. Bajo el reinado de los seléucidas, se construyeron nuevos barrios debido a la demanda de vivienda. Cada nuevo barrio disponía de su propia muralla. Los dos primeros se situaban al norte del núcleo original y en una isla del río Orontes. El tercero, llamado Epifanía, se situaba entre el núcleo original y el monte Silpius. A pesar de sus murallas, estos nuevos barrios continuaban la disposición en forma de rejilla que caracterizaba al centro de la ciudad original fundada por Seleuco.

2 Para una descripción detallada de la historia y la arqueología de Antioquía, cf G. DOWNEY, *A History of Antioch in Syria from Seleucus to the Arab Conquest*, Princeton University Press, Princeton 1961. Un punto de vista algo más práctico aparece en F. W. NORRIS, *Antioch of Syria*, en *The Anchor Bible Dictionary* I, Doubleday, Nueva York 1992, 263-269.

Cuando Pompeyo (en el año 64 a.C.) convirtió Antioquía en la capital de la provincia romana de Siria, la ciudad vio cómo numerosos emperadores, reyes y hombres de gran fortuna en general competían por aumentar el esplendor de la ciudad. En época de Pablo, la ciudad ya se había transformado en la más «romana» de las ciudades de Oriente Medio. Su importancia sólo se veía superada por la propia Roma y por Alejandría. Por ello, era inevitable que su población creciera. Agripa, el yerno del emperador Augusto, añadió un nuevo barrio (probablemente al norte de Epifanía) y dos baños públicos. También amplió la capacidad del teatro, que tuvo que ser alargado poco después. Para entretener a ciertos sectores de la población, Agripa decidió reformar y volver a usar el hipódromo. Durante el siglo primero de nuestra era, la población de Antioquía llegó a los 100.000 habitantes. Una amplia variedad de templos se utilizaban para satisfacer las necesidades religiosas de una población tan heterogénea.

El orgullo de la Antioquía que Pablo conoció se debía, en cierta medida, a Herodes el Grande, el constructor de aquellos edificios que Pablo había admirado en Jerusalén. Un arquitecto urbanista anónimo, bastante inteligente, había observado que la ciudad necesitaba una enorme avenida de proporciones magníficas para articular los distintos barrios. Para construirla, había espacio entre la ciudad original y Epifanía, y bien podría extenderse más al norte si hiciera falta.

Una vez hecha la propuesta, las donaciones para la construcción tardaron muy poco en aparecer. Herodes dispuso el mármol suficiente para pavimentar toda la longitud (3,2 km) de la, por otra parte, anchísima avenida (9,6 m). El futuro emperador Tiberio fue el responsable del ancho pórtico (10 m) que cubría la avenida de lado a

lado, así como de las cúpulas y las *tetrapyla* que adornaban las principales encrucijadas de las vías romanas. El arquitecto tuvo la habilidad de hacer que la calle siguiera una línea recta perfecta. Colocar columnas en toda la calle, para que la vista percibiera una reducción de tamaño perdiéndose en el infinito hubiera resultado un poco soso, por ello, el responsable del diseño creó la calle con un punto focal: una plaza oval adornada con una estatua del emperador Tiberio sobre una columna. En ese punto, la dirección de la avenida cambiaba ligeramente.

Pablo debió de haber visto esta gloriosa avenida (la primera en su género) en su esplendor más prístino un par de veces, como mucho, durante su estancia en Antioquía. La razón es que hubo dos terremotos que dañaron la vía: el primero durante el gobierno de Cayo (37-41 d.C.) y el segundo, durante el de Claudio (41-54 d.C.), cuando todavía estaba siendo reparada del terremoto anterior. Sin embargo, habría resultado muy complicado estropear la inmensa majestuosidad de la avenida. Supongamos, pues, que Pablo la contempló con el orgullo de un hijo adoptivo de la ciudad.

Una comunidad heterogénea

Uno de los aspectos de Antioquía que más debió atraer a Pablo era su tolerancia. Como es natural, la ciudad era testigo de incidentes cotidianos, pero, por regla general, los habitantes cosmopolitas de Antioquía se llevaban bastante bien. Esta circunstancia se hacía patente en la comunidad cristiana, donde los cristianos conversos (ya vinieran del judaísmo o de los credos paganos) estaban sorprendentemente bien integrados.

No se puede estimar el número de cristianos que había en Antioquía hacia el año 40 d.C., pero todas las pruebas inducen a pensar que la comunidad cristiana era numerosa, activa y muy animada. Por ello, la población mínima no podía ser menor que los cincuenta creyentes que, se estimaba, tenían base en Corinto. Este número debió provocar algún problema de índole práctica para Pablo y Bernabé.

Al contrario que los judíos, que tenían sus sinagogas, los primeros cristianos no tenían derecho a reunirse en un sitio público. Así, debían arreglárselas con la hospitalidad de aquellos miembros más activos de la comunidad. No hay prueba alguna de que estos miembros pertenecieran al patriciado de la ciudad, es decir, a la clase dirigente que poseía las grandes mansiones. La clase media alta de la ciudad se situaba casi en el mismo escalafón social que los cristianos del siglo I. La casa de uno de estos habitantes no podía cobijar cómodamente a cincuenta personas. Por tanto, una reunión de toda la iglesia habría supuesto un indigno hacinamiento. En consecuencia, debemos suponer que, en Antioquía, como en el resto de las ciudades de Oriente Medio, la comunidad cristiana debía agruparse en pequeñas subdivisiones, las llamadas casas-iglesia[3].

Un arreglo así contaba con la ventaja de ofrecer una elección a los conversos. Mientras que en teoría elegían pertenecer a una única comunidad, en la práctica debían optar por una casa-iglesia concreta entre las que había. Muchos y muy diversos factores debieron influir en la decisión que tomaban los nuevos conversos, pero sería poco verosímil suponer que las pequeñas casas contaban

3 Sobre el problema del espacio para los cristianos del siglo I, cf J. MURPHY-O'CONNOR, *St. Paul's Corinth: Texts and Archaeology*, Liturgical Press, Collegeville (Minnessotta), 2002³, 178-185.

con antiguos judíos y antiguos gentiles. Una situación así hubiera complicado mucho las cosas para el desarrollo normal de la convivencia. Lo normal es que las casas-iglesia se fundaran separando a los antiguos judíos de los antiguos gentiles, aunque luego todas ellas estuvieran al abrigo de una institución mayor, la «Iglesia de Antioquía». Sin embargo, para que este abrigo no fuera una mera ficción, debían crearse fuertes vínculos entre las diversas casas-iglesia.

Compañerismo en la mesa

El vínculo más relevante que unía a estas iglesias era el compañerismo en la mesa. En el antiguo Oriente Medio, el principal acto social era una cena formal. Compartir comida suponía iniciar, cuando no recuperar o fortalecer, cierto vínculo social que implicaba compromiso permanente, así como obligaciones éticas concretas, entre aquellos que se sentaban a la mesa. A los ojos de los habitantes de Antioquía, los antiguos cristianos no habrían formado una genuina comunidad a no ser por sus reuniones alrededor de la mesa, además de por la eucaristía.

El significado de la cena no está tan subrayado en ningún otro credo como en el judaísmo[4]. No todos los judíos debían ser tan escrupulosos como los fariseos. Es igual de cierto, sin embargo, que la gran mayoría de judíos distinguía entre comida limpia y comida sucia, e incluso habría insistido en que el primer tipo de comida estuviera completamente limpia de sangre (cf He 10,14). Se trataba

4 E. P. SANDERS, *Jewish Association with Gentiles and Galatians 2,11-14*, en R. T. FORTNA-B. GAVENTA (eds.), *The Conversation Continues: Studies in Paul and John in Honour of J. Louis Martyn*, Abingdon, Nashville 1990, 170-188.

de una cuestión de principios por la que habían muerto sus antepasados (1Mac 1,62-63) y, además, suponía una de las señas de identidad más características de la religión judía en general. «Separaos de las demás naciones, es decir, no compartáis el alimento con ellos» *(Libro de los Jubileos,* 22,16). El reconocimiento del efecto de unión que crea el acto de compartir la comida se halla en el núcleo de esta prohibición.

Entonces, ¿cómo pudieron las casas-iglesia judías y gentiles de Antioquía mantener una imagen de unidad? Hemos de excluir enseguida la idea de que los judíos dieron todo tipo de facilidades a los gentiles ignorando sus propias leyes. También debemos descartar el hecho de que los gentiles se adaptaran al régimen judío de comidas adoptando unas normas de observancia de la dieta parecidas a las que predicaban los fariseos. Lo más probable es que hubiera una situación intermedia.

Cuando los creyentes de origen gentil cenaban con los de origen judío, solían aceptar la comida que estos últimos les ofrecían, incluso aunque no les gustara el *kosher.* Cuando los cristianos de origen judío, por su parte, cenaban en casa de un converso «gentil», aquellos confiaban en que los gentiles les ofrecerían alimento y bebida permitidos por la ley judía. Desde la perspectiva judía, un acto de confianza como aquel, constituía una concesión extraordinaria. La mayor parte de la carne (si no toda) que se obtenía fuera de Jerusalén provenía, casi con toda seguridad, de sacrificios hechos al modo pagano, y la idea general que tenían los judíos es que los gentiles, por pura maldad, contaminaban la comida judía a la menor oportunidad.

Lo plausible de un acuerdo como el que se ha descrito queda reforzado por el número de gentiles que fueron atraídos hacia el judaísmo en Antioquía, sin llegar nunca

a convertirse. Si, como parece probable, la mayoría de los conversos de origen gentil de Antioquía surgieron de entre esos «temerosos de Dios», es fácil comprender que hicieran esa pequeña concesión en cuanto a la comida se refiere para favorecer el vínculo de unión con el resto de cristianos, los conversos de origen judío. En la práctica, lo único que debían hacer era comprar en las tiendas judías cuando tuvieran invitados judíos. Seguro que era más caro, como ocurre con todos los productos de especial manufactura, pero la pureza legal del producto estaba garantizada. Así, los invitados estarían tranquilos.

Otro cambio de opinión acerca de la ley

En lugar de responder con admiración incondicional a la inmensa buena voluntad de ambas partes, que hacía posible este tipo de arreglo, la reacción de Pablo fue ambivalente. Por una parte, Pablo reconocía que los cristianos de Antioquía vivían según los preceptos básicos del amor al prójimo. Pero, por otra, desde que se encontró con Jesús, Pablo sentía que la ley por la cual se regían los conversos judíos no tenía ninguna autoridad sobre los cristianos. A su modo de ver, el problema no existía, por tanto los esfuerzos que se dedicaban a resolver dicho problema eran en vano.

Sea como fuere, Pablo aceptó la situación, mostrando así que, de nuevo, había cambiado su visión particular de la ley. Siendo estudiante en Tarso, la ley suponía para Pablo una fuente de orgullo, pero también de vergüenza, propia y ajena. Más tarde, cuando profesó el fariseísmo en Jerusalén, su compromiso hacia la ley fue absoluto. Tras convertirse al cristianismo, Pablo se convenció de que la ley era totalmente irrelevante en lo concerniente a la salvación. Ahora, en Antioquía, Pablo toleraba la ley, pues comprendía su utilidad como seña de identidad étnica. Con todo, en lo que a Pablo atañía, las señas de identidad no tenían ninguna importancia, y, si por él fuera, podían reducirse al vestido y/o al tocado. Dichas muestras eran suficientes para distinguir los segmentos de población según sus distintos orígenes étnicos.

De ese modo, Pablo se hizo consciente de que apoyar a la ley, aunque fuera mínimamente, en la comunidad cristiana, suponía una invitación hacia el desastre. Su posición final en la ley es que no debía permitirse que los judíos conversos al cristianismo la obedecieran (He 21,21). Pero esto no se llevaría a cabo hasta mucho tiempo después.

Misiones desde Antioquía

Dado el grado de caridad que animaba las relaciones internas de la iglesia de Antioquía, se esperaba que alguien lo predicase. La consecuencia natural de que todos los miembros quisieran compartir su amor hacia el prójimo es que también quisieran compartir la buena nueva con los extranjeros.

La única narración de que disponemos del primer viaje apostólico que Pablo hizo desde Antioquía se halla en el libro de los Hechos (13-14). Lucas cuenta que Pablo y Bernabé viajaron primero a Chipre y que desde allí se trasladaron a la parte meridional de Asia Menor central. Un análisis cuidadoso de esta narración revela tantos hechos improbables que el lector sólo puede cuestionar su confianza en el narrador[5]. Sólo se puede especular sobre

5 La complejidad de estos capítulos recibe un cuidadoso análisis por parte de M.-É BOISMARD–A. LAMOUILLE, *Les Actes des deux apôtres*, Études bibliques, nouvelle série

las posibles fuentes de Lucas y sobre el uso que este hizo de ellas. Sin embargo, parece probable que Lucas tuviera cierta información sobre dos expediciones misioneras, una hacia Chipre y la otra hacia la parte meridional de Asia Menor central. Es probable que ambas se dieran, sobre todo si tenemos en cuenta la situación de Antioquía de Orontes.

Antioquía tenía una estrecha relación con la isla de Chipre. Ambas regiones eran socias comerciales naturales y las comunicaciones navieras entre isla y ciudad resultaban más fáciles de lo normal debido a las montañas, que servían como hitos naturales para los navegantes. Entre aquellas montañas destacaban la sierra de Troodos (1.230 m en su pico más alto) en Chipre y el monte Casio (1.728 m) justo al sur de Seleucia, el puerto de Antioquía[6]. De hecho, Chipre se ve desde lo alto del monte Casio. Esos vínculos geográficos, tan mundanos y tan prácticos a la vez, tenían también notables asociaciones mitológicas. Según la leyenda, los primeros pobladores del área de Antioquía eran nativos de Chipre. Además, varios dioses siguieron los pasos de aquellos. Al darse cuenta de que los sacerdotes impedirían el transporte de sus estatuas, los dioses inspiraron a los artesanos de Antioquía para que ejecutaran copias de las estatuas originales tan perfectas que pudieran sustituir a los originales, que estaban siendo trasladados a Antioquía sin ningún obstáculo. Por último, un episodio narrado en He 11,19-20 da cuenta de una tradición que atribuye a los cristianos chipriotas las primeras misiones en Antioquía.

12-14, Gabalda, París 1990, 2, 229-241, 265-278, 357-360; 3, 179-194, y J. TAYLOR, *Les Actes des deux apôtres,* Études bibliques, nouvelle série 23, Gabalda, París 1994, 5, 127-196.

6 Cf R. TALBERT (ed.), *Barrington Atlas of the Greek and Roman World,* Princeton University Press, Princeton 2000, mapa 3.

Con todo, es poco probable que Pablo tuviera interés en llevar su misión hasta Chipre. Su norma era predicar sólo en territorio virgen (Rom 15,20). Y la semilla de los evangelios ya había arraigado en Chipre. Asia Menor, por el contrario, parecía un destino más atractivo para alguien, como Pablo, dispuesto a llevar el evangelio a los confines de la tierra. Para comprender las diferentes posibilidades que se abarrotaban en la cabeza de Pablo, es necesario explicar algunas nociones sobre el sistema de vías y caminos de Asia Menor[7].

Las vías romanas en Asia Menor

La vía más importante de toda Asia Menor era la ruta comercial que unía la costa del mar Egeo con el río Éufrates. Sus orígenes se pierden en la remota niebla de los tiempos. Al final del siglo II d.C., el geógrafo griego Artemidoro de Éfeso hizo un mapa de toda la ruta hasta la India, facilitando incluso las distancias que separaban las ciudades más importantes. Un siglo más tarde el geógrafo romano Estrabón continuó la tarea de Artemidoro y volvió a describir la ruta llamándola la «calzada común». No en vano, todo el mundo la utilizaba[8].

Los romanos se hicieron con el control de la mitad occidental de la ruta cuando Roma heredó el reino de Atalo III de Pérgamo, a su muerte en el año 133 a.C. Roma transformó entonces la zona en la provincia de Asia. Uno de los mayores logros del gobierno de Manio

7 Sobre las vías hacia Asia Menor, cf S. MITCHELL, *Anatolia: Land, Men and Gods in Asia Minor,* Clarendon Press, Oxford 1993; Índice alfabético, cf voz «vías».

8 ESTRABÓN, *Geografía* 14. 2. 29. La ruta aparece trazada, en buena medida, en R. TALBERT (ed.), *o.c.,* mapas 61, 65, 62, 63, 66 y ss.

Aquilio (129-126 a.C.) fue el de pavimentar los 288 km que separaban Éfeso de Apamea (actual Dinar). Esta sección discurría en paralelo a la orilla norte del río Meandro y cruzaba la orilla sur cerca de Antioquía de Meandro. En dirección hacia la meseta de Anatolia, cruzaba Laodicea en el valle del río Lico, el mismo lugar en el que, años después, se construirían las primeras iglesias paulinas. Desde Apamea, la ruta trazaba una larga curva alrededor del extremo noroccidental de la montaña de Sultan Dagh. Durante el tramo siguiente, la ruta rodeaba el extremo suroriental hasta llegar a Iconio (actual Konia). Es de suponer que alguno de los sucesores de Manio Aquilio continuara el proyecto de pavimentación desde Apamea. Desde Iconio, la «calzada común» se desviaba demasiado hacia el norte como si nadie en Antioquía de Orontes tuviera interés en transitarla.

La segunda ruta era la Vía Sebaste, que fue completada en el año 6 a.C. por el gobernador de Galacia, Cornuto Arruntio Aquila. La idea era unir las colonias romanas que se hallaban tras los montes del Tauro con la meseta Anatolia[9]. Estaba pavimentada desde Comama (Colonia Julia Augusta Prima Fida) hasta Listra. Esta ruta discurría por el este de Apamea y trazaba una curva alrededor del extremo norte del lago Egridir hasta Antioquía de Pisidia. Siguiendo desde allí, la ruta dejaba el Sultan Dagh a su izquierda, hasta que llegaba a Pappa (Tiberiópolis), lugar en que cruzaba un paso natural que conducía directamente al este de Iconio. Desde allí, la ruta discurría en dirección sur hasta Listra. Dos rutas secundarias unían la Vía Sebaste con la «calzada común», una pasaba justo al sur del lago Burdur y la otra cruzaba en dirección a

9 El trazado de la ruta aparece con ese nombre en ib, mapas 65 y 62.

Apamea. Esta disposición tenía consecuencias directas para la «calzada común»: la calzada estaba, de hecho, abandonada entre Apamea e Iconio, pues la Vía Sebaste acortaba la distancia entre las dos ciudades en unos 40 kilómetros (de 288 km se pasaba a 248 km). La diferencia era un día de marcha, un dato importante que cualquiera debía tener en cuenta si viajaba a pie.

Misión con Bernabé

Cualquier habitante de Antioquía de Orontes con curiosidad suficiente para hablar con los guías de las caravanas provenientes del oeste acabaría conociendo los rudimentos necesarios para transitar por las diversas rutas. Los creyentes de las visiones, es decir, los estrategas de las misiones de Antioquía comprendieron que se podía utilizar el sistema de caminos para llevar la cristiandad al extremo occidental de Asia Menor. Sin embargo, cuanto más largas fueran las líneas de comunicaciones, más importancia tenía garantizar un centro estable. Desde esta perspectiva, Antioquía de Pisidia e Iconio adquirieron una mayor relevancia a los ojos de los estrategas de Antioquía. Estas ciudades eran el centro. Era esencial, pues, conquistar estas ciudades en nombre de Cristo antes de seguir progresando hacia el oeste.

De esta forma, un día a comienzos de verano (en aquella época, viajar por la meseta de Anatolia en invierno era extremadamente difícil, si no imposible), Bernabé y Pablo salieron de Antioquía. La ruta con la que estaban más familiarizados se dirigía hacia el norte desde Tarso a través de las puertas de Cilicia[10], el estrechísimo paso que atraviesa

10 Ib, mapa 66.

los montes del Tauro. Al norte de Podanos, un río abría paso hacia el oeste. Siguiendo por el lado sur de la llanura de Licaonia, la ruta les condujo hasta Derbe, Listra y, por último, a Iconio y a Antioquía de Pisidia. Todo el viaje se extendía unos 824 km. Con todo, estas no eran las únicas ciudades que había en la ruta. Con toda seguridad, los nombres que encontró Lucas en sus fuentes son los únicos en los que Pablo y Bernabé lograron establecer iglesias.

¿Cuánto duró esta misión? Si ambos viajeros cubrían de media unos 32 km diarios, es posible que tardaran unos veintiséis días en recorrer la distancia que separa Antioquía de Pisidia de Antioquía de Orontes. De ese modo, el viaje de ida y vuelta debió durar unos dos meses. La cifra, sin embargo, es puramente especulativa, pues no tiene en cuenta ampollas, enfermedades, calor excesivo, accidentes o la necesidad de trabajar para hacer frente a los costes del viaje. Tampoco tiene en cuenta si la ruta iba cuesta arriba o cuesta abajo. Es más, es imposible calcular cuánto tiempo pasaron Bernabé y Pablo en aquellos lugares en los que se paraban a predicar. Su ministerio no fue nada fácil. En su última carta, Pablo recuerda «las persecuciones y los sufrimientos que me sobrevinieron en Antioquía, en Iconio y en Listra» (2Tim 3,11). ¿Cuánto tiempo, por término medio, luchaban los misioneros en un lugar hasta darse por vencidos y seguir adelante su camino? Si tenían éxito, ¿cuánto tiempo pasaban instruyendo a los conversos? ¿Volvió alguno de los dos a los lugares donde ya se habían establecido las iglesias para estabilizar la situación de los nuevos conversos? Para ser realistas, deberíamos pensar mejor en un período máximo de cuatro años antes de que Bernabé y Pablo volvieran a Antioquía de Orontes.

A pesar de tanto tiempo y tantos esfuerzos invertidos

en la misión, podría dar la sensación de que, pasado cierto tiempo, Pablo no tuvo más interés en el bienestar de las iglesias fundadas en Antioquía de Pisidia, Iconio, Listra y Derbe. Ese «abandono» de las nuevas iglesias contrasta con el generoso cuidado que dispensó a aquellas iglesias cuyo único fundador era él mismo. (Por ejemplo, volvió a Corintio en dos ocasiones y escribió cinco cartas a los corintios). La única respuesta a este enigma es que Pablo estaba convencido de que la responsabilidad sobre aquellas otras iglesias recaía en otra persona y que él estaba ejerciendo esa responsabilidad de forma fiel.

¿Y quién era esa otra persona? Las pocas fuentes con que contamos sólo nos permiten dar una respuesta: Bernabé. Igual que había asumido la responsabilidad de traer a Pablo a Antioquía, Bernabé también tomó la iniciativa al establecer el trampolín de lanzamiento de las misiones cristianas del sur de Anatolia en la zona de Antioquía. Pablo cooperó para ello de buen grado y con mucha eficacia, pero no asumió toda la responsabilidad sobre esas iglesias. La función que Pablo tuvo en estas misiones fue similar a la que más tarde desempeñara Timoteo cuando Pablo actuase sin la tutela de Bernabé.

El viajero en tierras extrañas

En aquel momento de su vida, Pablo ya habría caminado más de 3.200 kilómetros. Era, sin duda, un avezado viajero, pero de sus experiencias de viaje sólo daría un breve resumen años más tarde: «Incontables viajes con peligros de ríos, peligros de salteadores, peligros de los de mi raza, peligros de los paganos, peligros en la ciudad, peligros en los desiertos, peligros en el mar, peligros de los falsos

hermanos» (2Cor 11,26). Las condiciones de viaje en el mundo de la época están bastante bien documentadas y permiten ampliar los comentarios del propio Pablo[11]. El argumento no sólo tiene interés histórico. La integración de la experiencia de Pablo en su visión del mundo tuvo una repercusión bastante significativa en su teología.

El elemento más sorprendente del pasaje de la segunda Carta a los corintios es el énfasis que Pablo pone, no en la dificultad, sino más bien en el «peligro». El elemento del riesgo tiene, por tanto, más peso en su percepción de las cosas que el elemento de la lucha. No debía haber mucho peligro en los ríos que fluían en paralelo a las principales arterias viales de la zona. Los romanos habían salvado los pasos de los ríos con buenos puentes. Las calzadas secundarias eran ya otro cantar. Al este, se habían construido para la larga temporada de secano, cuando las corrientes llevaban poca o ninguna agua. En la primavera, el exceso de agua del invierno transformaba los cruces de caminos en peligrosos vados cuya violencia todavía puede experimentarse si se camina por las orillas del Mar Muerto y del valle de Arava.

Peligros en el camino

Tales peligros, aunque reales, eran bastante esporádicos. Los ladrones sí representaban una amenaza mucho más persistente. Incluso en Italia, como consecuencia de la anarquía que reinaba tras las guerras civiles, la presencia

11 La mejor primera fuente para conocer las condiciones bajo las que viajó Pablo es APULEYO, Las *Metamorfosis*, junto con el magnífico comentario-resumen de F. MILLAR, *The World of The «Golden Ass»*, Journal of Roman Studies 71 (1981) 63-75. Para un tratamiento más general, cf L. CASSON, *Travel in the Ancient World*, Allen & Unwin, Londres 1979; J. M. ANDRÉ–M. F. BASLEZ, *Voyager dans l'Antiquité*, Fayard, París 1993.

de forajidos era endémica. Además, los viajeros también se enfrentaban al peligro adicional de ser secuestrados y forzados a trabajar como esclavos para los terratenientes de las poblaciones que cruzaba el camino. El emperador Augusto reaccionó ante esta situación ubicando tropas en las vías, delegando en Tiberio la responsabilidad de inspeccionar las capturas de esclavos para asegurarse de que ningún hombre libre fuera retenido en contra de su voluntad. Siendo ya Tiberio emperador, este tuvo que concentrar sus guarniciones en distancias mucho más cortas para garantizar la seguridad de los caminos. Y, sin embargo, a finales del siglo I de nuestra era, Plinio el Joven todavía escribía sobre la desaparición absoluta de un caballero romano y de un centurión, con sus acompañantes, en las rutas principales de Umbría, como si fuera un suceso habitual de las carreteras.

Si esa era la situación en el centro del Imperio, es fácil imaginar que las condiciones debían de ser mucho peores en las provincias más alejadas. Las legiones romanas que tenían su base en Siria, Asia y Macedonia no actuaban como fuerza policial, en el sentido moderno de la expresión. Sí se enviaban destacamentos especiales para enfrentarse con una banda de ladrones especialmente problemática, pero esas medidas tampoco constituían la política habitual, sino que eran una respuesta a la presión de un ciudadano muy influyente. En las provincias senatoriales, el procónsul tenía a su disposición, por lo general, unidades auxiliares que lo acompañaban en todo viaje que realizaba por su territorio. En principio se esperaba que un procónsul estableciera cortes en varias ciudades como parte de las tareas que se esperaban de él en su año en el cargo, pero el tamaño de las provincias y la complejidad de los casos que se veían en las cortes, hacían que hasta

un administrador competitivo y trabajador (una especie rara) sólo interviniera esporádicamente y en los centros urbanos más importantes, es decir, en aquellos lugares en los que, suponemos, el acceso estaba monopolizado por las más prominentes figuras. Los pobres no tenían recursos y la gran mayoría de las pequeñas ciudades y los pueblos nunca vieron a un oficial romano. Apuleyo describe la situación en la advertencia de un amigo a Lucio en Hípata, en Tesalia:

> «No te quedes mucho tiempo en la cena. Vuelve tan pronto como puedas, pues, de madrugada, Hípata se ve aterrorizada por una banda de jóvenes malhechores que se divierten asesinando al primero que pasa por la calle, dejando después toda la calle llena de cadáveres. Son miembros de las familias más prominentes de la ciudad y los barracones romanos están tan lejos que no se puede hacer nada para terminar con este incordio».

La seguridad en las zonas rurales era mucho peor todavía. La pobreza movía a muchos a emprender una carrera como bandidos. Cualquier ladrón sabía con certeza que los viajeros llevaban dinero consigo; en efecto, debían pagar todos los gastos del camino y no había cheques ni tarjetas de crédito que valieran. Los que se veían obligados a viajar solos lo hacían con respeto, miedo y temor, sobre todo en rincones oscuros del camino, al pasar cerca de un bosque, en aquellos lugares donde un animal representaba tanto peligro como un bandido. Apuleyo habla de osos y de jabalíes, animales que atacan sin previo aviso. Pero su estilo más sórdido lo utiliza para describir a los lobos:

> «Las autoridades nos pidieron que no continuáramos nuestro camino esa noche, y si fuera posible, tampoco a la mañana siguiente, pues la zona estaba infestada con manadas de lobos enormes, animales tan audaces que se atrevían tanto con forajidos como con viajeros y no dudaban en aniquilar el contenido de las granjas, mostrando muy poco respeto ni por los habitantes armados ni por los rebaños indefensos. Nos avisaron de que el camino que queríamos tomar estaba sembrado de cadáveres medio devorados y de esqueletos bien limpios, por lo que teníamos que caminar con cuidado extremo, viajando sólo de día (cuanto más alto estuviera el sol, los lobos se comportarían con más suavidad) y todos juntos; nadie debería quedarse rezagado por ningún motivo».

Los viajeros iban en grupo siempre que fuera posible, y dado el doble peligro, parece razonable suponer que muchos viajeros fueran armados, aunque fuera con palos, bastones o báculos. Pero claro, esto suponía que los habitantes de las poblaciones vecinas al camino no verían con buenos ojos a los viajeros. Las consecuencias son bastante predecibles:

> «Y, naturalmente, cuando llegamos a un pequeño poblado, los habitantes nos tomaron por bandidos. Estaban tan asustados que desencadenaron una jauría de enormes mastines (perros que usaban como guardianes; bestias salvajes, peores que los osos o que los lobos) y los lanzaron contra nosotros, azuzándoles y pegando gritos»[12].

Los habitantes de las aldeas vecinas sólo podían confiar su seguridad a ellos mismos. Si su actuación no resultaba suficiente, entonces tenían que confiar en la ayuda de los vecinos. Los esclavos podían llegar a saquear las casas de

12 APULEYO, *Las Metamorfosis,* 2, 18; 8, 15; 2, 18; traducción de Graves, adaptada.

sus dueños asesinados y escapaban del castigo mudándose a otra ciudad. Era inevitable que los extranjeros provocaran sospechas, el grado de las cuales, por cierto, era inversamente proporcional al tamaño de la población. No se trataba, ni mucho menos, de un brote de xenofobia, sino más bien del resultado de largos años de experiencia.

Si uno se ausentaba un momento de su propiedad, corría el riesgo de ser asaltado, y aquellos que intentaban defender sus pocas posesiones siempre ponían en peligro sus vidas. Aunque estuvieran protegidos por muros, sólidas puertas y un gran número de esclavos armados para los casos de emergencia, las grandes mansiones tampoco eran inmunes al latrocinio. Los ladrones usaban todo tipo de trucos para infiltrarse en las dependencias de la propiedad, primero para informarse del lugar en el que se escondían las joyas y, segundo, para abrirles las puertas a sus cómplices. La alternativa era una entrada silenciosa, pero forzada. Cuando todos pensaban que iban a resistir a los ladrones, estos atacaban frontalmente, echaban abajo la puerta principal y mantenían en silencio bajo amenaza a los habitantes de la hacienda mientras reunían el botín.

Las posadas eran, si cabe, menos seguras todavía. En la vía romana que cruzaba Asia Menor, había posadas separadas por un día de distancia (a unos 35 kilómetros cada una). Cada posada disponía de un pequeño establecimiento *(mutatio)* en el que los jinetes mensajeros podían cambiar los caballos a medio camino entre posadas. Las habitaciones de las posadas se agrupaban en torno a los tres o los cuatro lados del patio interior. Las habitaciones públicas se hallaban en el piso bajo y las alcobas arriba. Los que tenían dinero para gastar podían alquilar un lugar privado, pero aquellos que tenían poco peso en sus monederos debían compartir la habitación con uno

o varios extraños (el número dependía de las camas que el posadero pudiera meter en la habitación o bien de que permitiera que un número determinado de personas durmiera en el suelo). A menos que quisieran llevarse el equipaje consigo, los huéspedes debían dejarlo sin custodia mientras visitaban los baños o el restaurante.

La facilidad con la que se podía cometer un robo no necesitaba ser ponderada. La legislación romana responsabilizaba a los posaderos de cualquier fechoría que cometieran sus empleados, y no todos los huéspedes eran honestos. En una habitación llena de gente, por la noche, sólo había que alargar una mano para apropiarse de algún bien que sobresaliera del equipaje de otro. Si una posada estaba bien aislada y los bandidos eran suficientes en número, estos jamás dudaban en atacar el establecimiento.

Cada ciudad tenía sus propios magistrados, los cuales eran responsables del orden público y llevaban a cabo sus tareas por medio de siervos de la corte. Ahora bien, sólo los ricos podían ser elegidos para cargos municipales. Así, en ciudades más pequeñas, los puestos se transmitían entre los miembros de las familias dominantes, que gobernaban la ciudad según sus propios intereses. Era inevitable que quienes estaban sujetos a su capricho vigilaran con mucha atención cómo actuaban aquellos, e incluso lanzaban indirectas acerca de un posible uso de la violencia. Los ricos podían robar o asesinar con total impunidad, pero si se pasaban de la raya, en ocasiones, podían dar lugar a una respuesta violenta por parte del pueblo llano. La opinión popular podía forzar a los magistrados a tomar cartas en el asunto si, por ejemplo, venía una avalancha de ladrones. Pero aquellos que ocupaban el puesto de magistrado, en lugar de buscar al verdadero culpable, solían tomar el

camino más fácil acusando del robo a un extranjero sin conocidos en la zona.

El origen del concepto de pecado de Pablo

Esta breve descripción generalizada es válida para aquella parte del mundo grecorromano en la cual vivió Pablo: es decir, para las provincias de Siria, Asia, Macedonia y Acaya. No hace falta mucha imaginación para vislumbrar los conflictos internos que debía provocar en él un ambiente como el que acabo de describir. Por su conversión, Pablo se había hecho seguidor de Jesús, aquel que había dado su vida por la salvación de la humanidad. Ese modo de existencia orientado hacia los demás se convirtió en el ideal de Pablo. Su objetivo consistía en transparentar ese modo de vida a través de su propio comportamiento: «Llevamos siempre y por doquier en el cuerpo los sufrimientos de muerte de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste también en nosotros» (2Cor 4,10).

Aun así, cada ruta que pisaba le obligaba a preocuparse por su seguridad personal. Cada posada que visitaba le hacía considerar a los demás como potenciales ladrones, aunque sólo fuera porque tenía que tomar precauciones para proteger las preciosas herramientas de las cuales dependía su vida. Las circunstancias conspiraban contra él y empujaban a su yo contra el centro de su conciencia, pero él quería concentrarse en la realidad del otro, no de sí mismo. Su vida se convirtió en una lucha perpetua contra el insidioso egocentrismo.

Es en ese conflicto personal donde encontramos las raíces de la concepción que Pablo tenía del pecado. Cuando dice que «tanto los judíos como los paganos están

bajo [el poder del] pecado» (Rom 3,9), Pablo habla de algo más que de un hecho pecaminoso personal. Es evidente que el pecado, en estos textos, sirve como símbolo o mito para expresar un mundo en el cual los individuos están obligados a ser otra cosa distinta de lo que en verdad quieren ser. El auténtico yo está siempre alienado (Rom 7,20). Por su experiencia como misionero errante, Pablo aprendió que la gente no era egoísta porque eligiera ser egoísta, sino más bien porque uno está obligado a ponerse por delante de los demás para sobrevivir. Su modo de conducta está dictado por una irresistible presión social. Está controlado por una fuerza mayor que cualquier fuerza individual: el sistema de valores que se ha desarrollado en las sociedades. El poder de este sistema se hizo patente en Pablo por la dificultad que experimentaba al ser fiel al modelo de Jesucristo (1Cor 11,1). De ahí su grito de angustia: «¿Quién desfallece que yo no desfallezca? ¿Quién se escandaliza que yo no me indigne?» (2Cor 11,29).

Además de este pequeño vistazo a los factores que impiden a la gente vivir sus aspiraciones («puedo desear lo que es bueno, pero no puedo hacerlo» [Rom 7,18]), Pablo aprendió otra importante lección durante sus viajes. Descubrió que la cooperación era indispensable para la supervivencia. Sólo una caravana fuerte y bien organizada podía moverse con seguridad por territorios de bandidos o por áreas donde camparan animales salvajes. La protección recíproca («todos para uno y uno para todos») significaba que nadie, en un grupo de amigos, podía permitirse el lujo de ser egocéntrico. En lugar de cuidarse uno mismo, cada uno tenía que cuidar de otro. En una posada, Pablo no tenía que preocuparse por la seguridad de sus herramientas mientras iba a tomar un baño o a disfrutar de una comida, pues Timoteo se las cuidaba.

Incorporando estas dos nociones en una misma idea, el concepto del sacrificio personal por amor que Cristo reveló como componente genuino de la humanidad, Pablo empezó a comprender que se necesitaba algo mucho más fundamental que la cooperación para la supervivencia espiritual contra el poder del pecado. Las radicales divisiones de la sociedad podían ser reparadas sólo gracias a que existiera una verdadera comunidad.

4
Viaje a Europa

Una vez finalizada su misión en Anatolia, Bernabé y Pablo volvieron a la base de Antioquía de Orontes. Allí se produjo una división entre ambos. La razón que da Lucas para explicar este suceso no es muy verosímil (He 15,36-41), pero sí parece que hubo una especie de choque de personalidades. Lo que está claro es que no había divergencias entre la doctrina y la práctica apostólica de ambos misioneros. Antes al contrario, cinco años después, Bernabé y Pablo volverían a trabajar codo con codo para librar a la iglesia de Antioquía de Orontes de la influencia de Jerusalén (Gál 2,1). Cualquiera que fuera la causa, lo cierto es que los dos colegas siguieron cada uno por su camino.

Lucas narra la segunda expedición misionera de Pablo en He 16-18. En esta ocasión, sin embargo, las sucesivas etapas del viaje (esto es, los topónimos) se confirman gracias a las propias cartas de Pablo. El recorrido general, por tanto, está bastante claro. Ahora bien, los detalles que da Lucas son ya otra cuestión. Cuanto más cercanos sean los detalles al plan general del viaje, más confianza merecerán por nuestra parte. Otros aspectos concretos de esos capítulos (especialmente los discursos que Lucas pone en boca de Pablo y los diálogos que reproduce) son los artificios normales que utilizaban los historiadores de la época para dar vida a la escueta sucesión de hechos

narrados, por eso deben ser entendidos como un reflejo de la intención de Lucas, más que una expresión de la realidad histórica[1].

Como cabría esperar, Pablo, esta vez en compañía de Silas, se trasladó directamente a la misión-avanzadilla que él mismo había fundado en el triángulo geográfico formado por Antioquía de Pisidia, Iconio y Listra. En Derbe, o puede que en Listra, Pablo tuvo la enorme fortuna de reclutar para su misión a Timoteo, que habría de convertirse en su amigo de por vida y en el más estrecho colaborador de Pablo (He 16,3).

La madre de Timoteo, Eunice, y su abuela Loida, parecen aceptar el credo cristiano (2Tim 1,5), quizá coincidiendo con la primera visita de Pablo, antes de que Timoteo fuera convertido por aquel (1Cor 4,17). Lucas sostiene que la madre de Timoteo era judía, pero los nombres de sus ancestros no confirman esa hipótesis. Eunice no es un nombre judío (no más de lo que puede ser Timoteo), pero ambos eran también bastante raros entre los paganos. Quizá fue la cualidad única de ambos lo que impresionó a Pablo hasta el punto de recordar a ambos al final de su vida. Claro está que el fuerte vínculo que lo unía a Timoteo también ayudó a que se produjera dicha circunstancia.

Pablo nunca habla de su ayudante sin dedicarle comentarios afectivos o elogiosos. Timoteo tiene «sentimientos parecidos» (Flp 2,19). De forma inconsciente, Pablo revela la profundidad de su relación en una de sus cartas a los corintios. Pablo había enviado a Timoteo a Corinto

1 Sobre la complejidad de He 16-18, cf M.-É BOISMARD–A. LAMOUILLE, *Les Actes des deux apôtres*, Études bibliques, nouvelle série 12-14, Gabalda, París 1990, 2, 285-303, 363-366; 3, 207-234; J. TAYLOR, *Les Actes des deux apôtres* Études bibliques, nouvelle série 23, Gabalda, París 1994, 5, 227-335.

para informar de la situación de allí. De repente, mientras escribe 1Cor 4,14-21, Pablo se dio cuenta de las consecuencias de lo que ha hecho y su imaginación se desata. ¡Había echado a Timoteo al foso de los leones! Si los intelectuales corintios habían tratado a Pablo con desdén, ¿que no harían con Timoteo, que era más joven y más inexperto que él? Se lo comerían vivo. Timoteo no llegaba al nivel intelectual y retórico de Pablo. En el mejor de los casos, los corintios acabarían humillándolo, en el peor, su fe en sí mismo acabaría destrozada. La sangre de Pablo bullía por la amenaza que sufría su joven ayudante, por eso se descuelga con la amenaza de que, llegado el caso, si las cosas se ponen feas, él mismo viajaría a Corinto para poner las cosas en su sitio: «¿Qué queréis, que vaya con la vara o con amor y ternura?» (1Cor 4,21).

En el futuro veremos a Pablo asignando a Timoteo otras misiones igual de importantes. Timoteo, por su parte, aparecerá como coautor de seis de las cartas de Pablo. La beneficiosa influencia que Timoteo ejerció sobre la estrategia pastoral de Pablo se hace patente al comparar las dos cartas a los corintios: la primera fue redactada cuando Timoteo estaba fuera. Lamentablemente, Timoteo tuvo escaso éxito cuando se le asignó como responsable y máxima autoridad independiente de la iglesia de Éfeso. Había sido un actor secundario perfecto, pero no tenía lo necesario para ser un líder. Seguro que Pablo, ya anciano, tuvo gran pesar de corazón cuando reclamó a Timoteo desde Roma para que reanudaran su relación de jefe y ayudante (2Tim 4,9).

Visita inesperada a los celtas

Al salir de Antioquía de Pisidia, Pablo tenía intención de coger la «calzada común» hacia Éfeso, la capital de la provincia de Asia. Este era el segundo paso natural que seguía en el plan de los estrategas apostólicos de Antioquía de Orontes. Sin embargo, hubo un problema que impidió a Pablo seguir ese camino. Lucas sólo nos da una explicación piadosa. «El Espíritu Santo prohibió a los misioneros predicar la palabra por Asia» (He 16,6). Sin duda, Pablo fue guiado, en todo momento, por la Providencia, pero provoca curiosidad saber qué cúmulo de circunstancias llevó a que la Providencia se manifestara ante Pablo.

Si Pablo tenía prohibido predicar por Asia, lo más lógico hubiera sido coger la Vía Sebaste y dirigirse al sur. Ese camino le hubiera llevado directamente a la provincia romana de Galacia, en la cual se criticaba la labor del apóstol, y, más tarde a la provincia de Panfilia. Lucas no explica por qué se desechó esta opción, tan obvia, por otra parte. En su lugar, Lucas sólo menciona que Pablo decidió dirigirse al norte, a la provincia de Bitinia. Justo detrás de Antioquía de Pisidia y de Sultan Dagh, la provincia de Asia se extendía hacia el este[2]. Para permanecer lo más cerca posible de la frontera oriental de la provincia, Pablo debía tomar la vía hacia Ancira desde Antioquía de Pisidia, que cambiaba luego de dirección al noroeste camino de Germa. Allí, Pablo debió cambiar de dirección hacia el noroeste de Dorilea, y, desde allí, a Bitinia[3].

2 El mejor mapa de fronteras de las provincias romanas durante la época de Pablo se puede consultar en *Tübinger Atlas des Vorderen Orients*, BV7.

3 R. TALBERT (ed.), *Barrington Atlas of the Greek and Roman World*, Princeton University Press, Princeton 2000, mapa 62.

Este proyecto también fue desestimado. Con su acostumbrada amabilidad, Lucas sólo establece que el «espíritu de Jesús no lo permitía» (He 16,7). Por fortuna, en esta ocasión, el propio Pablo nos da una explicación indirecta de los entresijos de cómo actúa la Providencia para transmitir esos mensajes: Pablo cayó enfermo.

Sobre el principio de una alusión a «una espina [clavada] en el cuerpo» (2Cor 12,7), muchos estudiosos han concluido que Pablo tenía algún tipo de enfermedad congénita, ya fuera esta física o psíquica[4]. Ninguna de las enfermedades propuestas resiste un análisis serio, y cuando uno piensa en la cantidad de kilómetros que Pablo había caminado hasta ese momento de su vida, se hace patente que nuestro protagonista disfrutaba de una salud de hierro, así como de una constitución robusta. Por ello, resulta más probable pensar en una enfermedad repentina cuya naturaleza resulta difícil de determinar.

Debido a los efectos de su enfermedad, Pablo decidió ir a evangelizar a los gálatas. Debemos pensar que el apóstol, todavía bajo los síntomas de la enfermedad, cruzó el río Sangario (el moderno Sákara), pues en aquella época el río Sangario marcaba la frontera étnica del territorio gálata, así como la provincia romana de Galacia[5]. La única ciudad gálata que había al otro lado del río era Pesino (la actual Balahisar). Fue a algunos de los habitantes de aquella ciudad a los que Pablo escribe: «Pero sabéis que, debido

4 Para una lista mayor de sugerencias, cf V. FURNISH, *II Corinthians*, en *Anchor Bible* 32A, Doubleday, Garden City, NJ, 1984, 547-549; R. MARTIN, *2Corinthians, Word Bible Commentary*, Word, Waco (Texas) 1986, 412-416. La espina en el cuerpo de Pablo es, en realidad, la hostilidad que se vivía dentro de la comunidad que había fundado.

5 Algunos estudiosos piensan que los gálatas evangelizados por Pablo eran habitantes de Antioquía, Iconio, Listra y Derbe, ciudades de la parte sur de la provincia de Galacia. Esto puede ser refutado por completo hoy en día; cf J. MURPHY-O'CONNOR, *Gal 4,13-14 and the Recipients of Galatians*, Revue Biblique 105 (1998) 202-207. Así, los gálatas en cuestión deben ser los gálatas oriundos de las provincias septentrionales de la provincia romana.

a una enfermedad que tuve, os anuncié por primera vez el evangelio; y aunque mi enfermedad fue para vosotros una prueba no me despreciasteis ni me rechazasteis, sino que me acogisteis como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús (...). Doy fe de que, si hubiera sido posible, hasta os hubierais arrancado los ojos para dármelos a mí» (Gál 4,13-15). El agradecimiento a la generosidad de sus anfitriones traiciona a Pablo, pues relativiza la virulencia de su enfermedad. La visita de Pablo supuso una gran carga para los habitantes de Pesino. Tuvieron que emplear muchas horas y energía para cuidar al misionero.

Los tolistobogos

Pesino era la capital de la tribu de los tolistobogos, la comunidad situada más hacia el oeste de las tres tribus celtas de la Galacia asiática. Pesino estaba localizada en las faldas del monte Dindimos (actual Günjüsü Dagh). Los autores clásicos hablan de galos y celtas indistintamente[6]. Sus ancestros provenían de la región de los Pirineos y se asentaron en Asia Menor durante el siglo III a.C. Tras una cruenta guerra contra Roma en el año 189 a.C., los galos se asentaron pacíficamente alrededor de Ancira, la moderna Ankara. La descripción que del comportamiento de los gálatas en aquella guerra hizo Tito Livio muestra que estos galos no se diferenciaban en gran medida de los celtas de la Galia. Diodoro Sículo (80-20 a.C.) evoca el comportamiento de estas tribus con mucho detalle:

6 Sobre los celtas en Galacia, cf, sobre todo, S. MITCHELL, *Anatolia: Land, Men and Gods in Asia Minor*, Clarendon Press, Oxford 1993, 1. 42-58. Para un despliegue gráfico del movimiento migratorio de los celtas en Grecia y Asia Menor, cf J. HAYWOOD, *The Historical Atlas of the Celtic World*, Thames & Hudson, Londres 2001, 38-41.

«Los galos son altos, musculosos, de piel pálida y pelo rubio. Utilizan medios artificiales para marcar los rasgos naturales que les caracterizan (...) algunos afeitan sus barbas pero otros se las dejan crecer un poco; los más nobles se afeitan las mejillas, pero se dejan crecer el bigote hasta que les cubre la boca. En consecuencia, cuando comen, sus bigotes se enredan con la comida y, cuando beben, el líquido debe pasar a través de una especie de colador, por así decirlo.

Suelen invitar a los extranjeros a sus banquetes y esperan hasta el final del festín para preguntar a aquellos por su procedencia y sus necesidades. Tienen también costumbre, incluso durante los banquetes, de discutir sobre temas de lo más trivial, lo cual suele acabar en combates individuales sin cuidado alguno por la vida de los contendientes.

El ropaje que llevan llama mucho la atención: las camisas suelen estar teñidas y bordadas de muchos colores, así como los pantalones, a los cuales se refieren en su lengua por el nombre de *bracae*. También llevan gabanes a rayas, abrochados con hebillas en los hombros. Estas son más pesadas cuando es invierno que cuando es verano. Dichos gabanes se adornan con cuadros, dispuestos muy juntos entre sí y con varias tonalidades [como el *tweed* o el tartán].

Los galos tienen un aspecto terrorífico, sus voces son profundas y ásperas, cuando hablan no usan más que unas pocas palabras y hacen muchos acertijos que aluden indirectamente a las cosas sin nombrarlas. Usan una palabra cuando quieren decir otra y les encanta hablar con superlativos, para así poder ensalzarse a ellos mismos y despreciar al contrario. Suelen ser muy fanfarrones, amenazadores y utilizan un lenguaje muy pomposo. Con todo, tienen un sentido agudo del ingenio y no han aprendido estupideces. Entre los habitantes hay poetas líricos a los cuales llaman bardos»[7].

7 *Biblioteca de Historia*, 5, 28-31. Traducción del Patriarca.

La idea general que se tenía de los gálatas en tiempos de Pablo era que se trataba de grandes individuos, tontorrones impredecibles, naturalmente generosos, feroces y muy peligrosos cuando estaban enfadados, aunque se cansaban pronto y eran fáciles de engañar. Nunca superaron estas cualidades. Los gálatas, en efecto, nunca fueron «helenizados» y los romanos impusieron directamente su estructura administrativa sobre la estructura tribal celta. Los gálatas todavía hablaban celta en el siglo V d.C. Por supuesto, los pocos gálatas que vivían en las ciudades aprendieron a hablar algo de griego, pero sólo como segunda lengua. Si no, Pablo nunca hubiera podido comunicarse con ellos.

Un mundo extraño

En cualquier caso, Pablo se halló a sí mismo en un mundo completamente extraño. Cuando por fin pudo caminar por las calles de Pesino, Pablo debió notar que la ciudad tenía ciertas similitudes con Antioquía de Orontes. Ambas poblaciones fueron construidas al pie de un monte y, en consecuencia, tenían graves problemas con el agua que caía por la ladera. En Antioquía, los ingenieros adoptaron la solución más obvia. Limpiaron y encauzaron el curso de las corrientes que discurrían por la ciudad y construyeron puentes sobre los que pasaban las vías y las calzadas. La solución adoptada en Pesino acentuaría la extrañeza que Pablo debió sentir al pasear por sus calles. El lecho del río Galo estaba pavimentado y se habían construido balaustradas en las orillas. Durante la época de lluvias más intensas, el curso del río servía como principal canal acuífero, mientras que durante el resto del

año, la construcción era, de hecho, la calle principal de la ciudad[8].

El contraste que había entre los altos individuos rubios de pelo color pajizo que caminaban por las calles de Pesino y los habitantes de origen semítico a cuya presencia Pablo estaba acostumbrado, a buen seguro reforzó la sensación de extrañeza que debió de sentir el misionero. Pablo nunca habría escogido predicar en Galacia como primera opción. La lengua y la escasa y dispersa población no auguraban un futuro muy prometedor para la misión. Con todo, Pablo no iba a dejar escapar la oportunidad de predicar la palabra de Cristo.

La primera estrategia que Pablo utilizó para predicar fue a través de conversaciones con aquellos que le ofrecían su hospitalidad. Eran paganos y, con toda probabilidad, jamás se habían encontrado con un judío. Galacia del norte era uno de los pocos lugares del mundo grecolatino que carecía de población judía. El modo en que Pablo logró transmitir el mensaje de Cristo sigue siendo un misterio, pues el apóstol carecía de poco o ningún terreno común con los gálatas para construir su discurso cristiano. Sólo puedo apelar a la determinación de la voluntad del apóstol como vía principal para expresar el ardiente fervor que Pablo sentía hacia la idea de Cristo como salvador del mundo.

En cualquier caso, Pablo causó tan buena impresión entre los gálatas que estos no se dejaron convencer fácilmente cuando, seis años más tarde, unos emisarios de Antioquía de Orontes viajaron a la región para hacerles creer que la interpretación paulina de los evangelios era

8 Sobre la topografía de Pesino, cf S. MITCHELL, *Anatolia: Land, Men and Gods in Asia Minor*, Clarendon Press Oxford 1993, 1, 105; su fundación y su estatus se discuten en 1, 86-89.

incorrecta. La presión que Pablo tuvo que soportar fue, sin duda, importante, y puede que los gálatas flaquearan, pero a la larga, la situación debió tener su origen en la dura interpretación que Pablo hizo del hecho de que sus conversos habían prestado oídos a sus adversarios. Como veremos más adelante, Pablo era muy posesivo con sus conversos, y tenía muy pocos escrúpulos a la hora de atacar a aquellos que disentían de sus teorías. En cualquier caso, la oposición a la que me refiero no ocurriría hasta muchos años después de los hechos que estamos narrando.

No se puede comprender el arraigo del evangelio de Pablo entre los gálatas si no se da por sentado antes que el apóstol pasó mucho tiempo conviviendo con aquellos. Es improbable que Pablo llegara al norte de Galacia antes del otoño del año 46 d.C. y no sabemos cuánto tiempo duró su convalecencia. En cualquier caso, por muy corta que esta fuera, sus anfitriones debieron de poner muchas objeciones a que Pablo se trasladara antes del verano del año 47 d.C. Los gálatas conocían mucho mejor que Pablo los riesgos que implicaba iniciar un viaje por campo abierto en invierno. La meteorología era tan dura que nadie sin motivo imperioso se aventuraba a salir de las aldeas entre los meses de octubre y mayo.

Por aquel entonces, Pablo ya se habría dado cuenta de las ventajas que podía tener el pasar una larga estancia en Pesino. Esta no sólo era el centro comercial más importante de la zona (lo cual, claro está, atraía a mercaderes de todo tipo), también albergaba el templo de la Madre de los Dioses, una portentosa atracción para los peregrinos. Aunque el culto a esa divinidad estaba muy extendido en tiempos de Pablo, Pesino era, además, el hogar de Cibeles, la deidad suprema de Frigia, cuyo culto habían adoptado

los gálatas. Pesino era la única región del mundo antiguo en la cual reinaba, sin rival, una diosa. Atis, el dios masculino asociado a Cibeles, no era sino un acompañante inferior, un simple sirviente de la diosa. Esta circunstancia, como es natural, afectaba a la situación de las mujeres en Frigia y debió, sin duda, afectar a la concepción que Pablo tenía de las mujeres cristianas como iguales a los hombres.

Esos dos motivos hacían de Pesino una ciudad atractiva. Durante el verano del año 47 d.C., la ciudad debió ser un sitio muy animado lleno de caras nuevas que Pablo podía abordar para iniciar su ministerio. Por lo demás, seguro que tampoco faltaban clientes que requirieran sus servicios como fabricante de tiendas de campaña. Si su misión apostólica fue, en verdad, tan larga, cosa que parece bastante probable, Pablo debió de verse condenado a pasar allí el invierno del año 47-48 d.C. Y tendría que haber iniciado pronto su viaje para poder atravesar la meseta de Anatolia antes del invierno siguiente.

A comienzos del verano del año 48 d.C., Pablo hizo ya lo que pudo por las comunidades que había fundado en Galacia. Ya les había dedicado prácticamente la misma cantidad de tiempo que dedicó a las otras misiones que había fundado y había mucho trabajo que hacer en otras partes. A pesar de su compromiso incondicional, el corazón de Pablo seguramente sintió pesar durante su despedida de aquellos que tan generosamente se habían comportado con él en época de necesidad. Es muy poco probable que tuviera planes de volver. En aquel momento de su carrera, Pablo creía que su misión consistía en fundar iglesias. La misión del Espíritu Santo, por su parte, era nutrir esas iglesias una vez que hubieran echado a andar. Pablo pronto se daría cuenta de que las cosas no iban a ser tan simples.

Hacia el oeste y Europa

Por las propias cartas de Pablo sabemos que, tras evangelizar por Galacia, el apóstol fue a fundar iglesias por las regiones de Macedonia y el norte de Grecia. Lamentablemente, no dice cómo llegó hasta allí. Lucas despacha el asunto con su habitual laconismo: «Cruzando Misia, llegaron a Tróade» (He 16,8). Estas palabras dan pábulo a una gran cantidad de hipótesis bastante elaboradas. Si creemos la información al pie de la letra, habremos de suponer que Pablo varió en ese punto su plan original.

Si no pudo atravesar la provincia de Asia para llegar a Éfeso, el hecho de que Pablo estuviera tan al norte, en Pesino, sugiere que no era fácil llevar a cabo la segunda mejor opción. Incluso considerando Misia como la parte septentrional de Asia, la mayor parte de ella pertenecía a una región separada administrativamente de la provincia de Asia: el Helesponto, un territorio gobernado por un procurador. Pablo lo fió todo a las supuestas facilidades que, para desarrollar su apostolado, podría disfrutar en un territorio de jurisdicción extranjera. Por eso, la primera intención de Pablo era viajar hacia Tróade. Para Julio César, esta ciudad era una perfecta candidata para ser capital de un Imperio que ya se había expandido demasiado por oriente.

Los caminos que Pablo tenía ante sí para ir de Pesino a la costa del mar Egeo hacían un recorrido con forma de ocho. Cotiaeo es la ciudad donde se tocan los dos círculos. La curva norte que va de Pesino, a través de Dorilea parecía ser la más corta. En Cotiaeo, el viajero tenía la opción, bien de seguir en dirección noroeste por el valle del río Rinaldaco, bien por la curva sur siguiendo el valle del río Asteles hasta llegar a su nacimiento; desde allí

habría que coger la línea divisoria de aguas en Sinnada para bajar hasta la cuenca principal del río Mequestos (que hacía una larga curva hacia el norte). En este caso, la ruta sur sería la más recomendable. Ambas rutas volvían a encontrarse en Adrianoutherai (hoy Balikesir); allí nacía una larga calzada que llegaba hasta la ciudad portuaria de Adramicia y luego bordeaba la costa de Tróade[9].

La distancia total del viaje era de unos 640 km. En teoría podía hacerse en tres semanas, pero el calor asfixiante del verano anatolio se cobraría su precio en un terreno tan complicado, el cual, además, estaba infestado de bandidos. Lo más probable es que Pablo y sus compañeros de viaje, Timoteo y Silas, tardaran unos dos meses en hacer toda la ruta. A menos que no tuviera éxito en ninguno de los lugares en los que hablaba, Pablo no predicaba durante el viaje. Su objetivo era llegar a Tróade, lo cual no le permitía ninguna distracción.

Si los cálculos son correctos, Pablo llegó a Tróade a mitad del verano del año 48 d.C., pongamos a finales de julio. Tróade, según el geógrafo Estrabón, era una de las «ciudades más notables del mundo»[10]. Una enorme muralla de unos ocho kilómetros rodeaba una población de entre treinta y cuarenta mil habitantes. Su ubicación estratégica (era lugar de paso del comercio de Asia y Europa) le daba mucha prosperidad. Las rutas de llegada y de salida eran muy fáciles en todas las direcciones, por tierra y por mar[11].

9 R. TALBERT (ed.), *o.c.*, mapas 62 y 56.
10 ESTRABÓN, *Geografía*, 13, 1, 26.
11 Cf E. YAMAUCHI, *Troas*, en *The Anchor Bible Dictionary* VI, Doubleday, Nueva York 1992, 666-667.

Invitación a Macedonia

Estas ventajas coincidían justo con los rasgos que Pablo buscaría más adelante al establecer su estrategia misionera personal. Parece que el apóstol no hizo ningún esfuerzo para fundar una comunidad cristiana en Tróade. De hecho, Pablo no predicó en la ciudad hasta mucho más tarde (2Cor 2,12-13). Afortunadamente, no tenemos que especular acerca de los motivos de Pablo. A este punto, Lucas cita una de sus fuentes, que parece, además, ser testigo ocular de lo sucedido. Nótese que se cambia la perspectiva de los versículos precedentes, pasando del «ellos» al «nosotros»: «Durante la noche, Pablo tuvo una visión: un macedonio, puesto en pie, le suplicaba: "Ven a Macedonia y ayúdanos". Inmediatamente después de la visión intentamos pasar a Macedonia, persuadidos de que Dios nos había llamado para evangelizarlos» (He 16,9-10).

Esta «fuente» en primera persona del singular continúa con una descripción tan precisa y detallada de Filipos que hasta algunos académicos han sugerido que su autor es el propio «hombre de Macedonia», y, más concretamente, un ciudadano de la propia Filipos. Supongamos, entonces, que ese supuesto macedonio fue convertido por Pablo en Tróade y, consecuentemente, que aquel presionó a este para que predicara el evangelio en Filipos. Una vez allí, el ciudadano macedonio bien pudiera proveer a Pablo con casa y manutención. La confusión mental que dicha propuesta pudo causar en Pablo no debió durar mucho.

El mandato que Pablo había recibido de Antioquía de Orontes era implantar la fe en la parte occidental de Asia menor. Si tenía éxito, se convertiría en el apóstol pionero de la región, una región rica en posibilidades para el crecimiento espiritual. Filipos, sin embargo, pertenecía ya a

otro continente. Durante sus años de estudiante en Tarso, Pablo debió familiarizarse con las tres grandes divisiones territoriales del mundo antiguo. Europa y Asia se miraban una a la otra a través del Bósforo y, por el sur, justo frente a la costa de Libia (en África). El reto de ser el primer apóstol en llevar la cristiandad a Europa se hacía irresistible a Pablo. No tenía dificultad en convencerse a sí mismo del carácter providencial que mostraba esta nueva oportunidad. Y además, siempre podría volver a Tróade en cualquier otra ocasión, incluso a Éfeso si fuera necesario. Pablo no sabía que diversos emisarios de Jerusalén ya habían penetrado en Roma, el auténtico corazón de Europa.

Primer viaje por mar

A la cabeza del sistema de carreteras más extenso del norte de Asia Menor, Tróade enviaba frecuentes barcos a Neápolis (actual Kevala), punta oriental de la Vía Egnacia, la gran calzada pavimentada que iba desde el norte de Grecia hasta la costa del Adriático. La Vía Egnacia fue construida alrededor del año 130 a.C., por Cneo Egnatius, procónsul de Macedonia, y constituía la ruta principal para ir desde Roma hacia el este. Pablo y sus compañeros no debieron tener problemas para encontrar un barco que les trasladara hasta Neápolis, a la sazón, el puerto más cercano a Filipos.

Aquella era la primera experiencia de viaje por mar para todos ellos; seguro que emprendieron la ruta con no poca excitación. Está claro que iban a aprender mucho de la experiencia[12]. Dado que los pasajeros no generaban

12 Cf L. CASSON, *Travel in the Ancient World*, Allen & Unwin, Londres 1979, 149-162.

más que una pequeña parte del beneficio total que obtenía el dueño del barco (quien, por otra parte, exprimía todo lo que podía las posibilidades económicas de sus pasajeros), no había posibilidad de obtener comida, bebida o refrigerio en el barco. Los pasajeros tenían que reunir sus propias provisiones para un viaje cuya duración era imprevisible. Nadie cocinaba para los pasajeros, pero estos sí podían usar la chimenea de la galera después de que hubiera comido la tripulación. El fuego podía apagarse en cualquier momento por efecto de una ola salida de la nada. En las condiciones más duras, la tripulación tiraba las brasas incandescentes por la borda. Si se vertieran por la cubierta, el barco de madera podía acabar en llamas.

No todo era tan malo para Pablo, también había un lado bueno. Pablo estaba en condiciones de proveer una tienda de campaña para hacer más llevadera la vida a bordo. La lona protegía del sol, del agua del mar y de la lluvia. También podía pagarse parte del precio total del transporte arreglando la lona de las tiendas de los demás pasajeros, incluso reparando velas u otros elementos del equipamiento de la nave que no pudieran ser reparados por los demás miembros de la tripulación.

Mientras esperaban a que se cargara el barco, a que llegaran los auspicios y los vientos más favorables, los nuevos conocidos les informarían de los peligros más inmediatos. Con todo, no había nada en el viaje que impidiera la iniciación de Pablo. En otras ocasiones, Pablo no tuvo tanta suerte: «Naufragué tres veces, he pasado en los abismos del mar un día y una noche» (2Cor 11,25). Pablo escribió estas palabras unos diez años después. No sabemos dónde, ni cuándo ocurrieron los sucesos a los que se refiere Pablo, pero el lacónico resumen de ellos dice poco del valor estoico de nuestro protagonista.

Si estuvo a la deriva un día y una noche enteros, el barco debió de haberse hundido muy lejos de tierra, bien porque hubo un incendio a bordo, bien porque se rompieron las junturas del casco. Sea como fuere, tuvo bastante suerte de poder llegar a la costa arrastrado por la corriente. Aunque hubiera barcos en las proximidades, no tendrían el suficiente control de la nave para poder salirse de su rumbo y acercarse a recogerlo. O quizá no tenían ningún interés en recogerlo. La vida costaba muy poco. Pablo debió de sentir que la mano de Dios lo protegía cuando sobrevivió al embate de olas que lo llevó hasta la playa pedregosa, pero es poco probable que esa idea le tranquilizara en ocasiones sucesivas, cuando cayó al agua en medio de una tormenta y el barco acabó agujereado y encallado en las rocas.

Una sola de esas experiencias haría que cualquiera renegara del mar para siempre. Si Pablo perseveraba era porque creía necesario pasar por esas experiencias. El viaje por mar era, o el único modo de ir de un lugar a otro, o el modo más rápido. Pablo pensaba que le quedaba poco tiempo antes de volver a Cristo de forma gloriosa. Era, por tanto, su deber predicar el evangelio a cuanta gente le fuera posible. Si sufría durante el proceso, o si se asustaba hasta la locura, lo tomaba como una parte del proceso que había de aceptar.

Lucas da la impresión de que el viaje transcurrió sin grandes novedades: «Zarpamos de Tróade y fuimos derechos a Samotracia, al día siguiente a Neápolis» (He 16,11). Los viajeros pasaron la noche en la isla de Samotracia. Esto era lo más normal. Otra circunstancia que hacía necesarias las tiendas de campaña.

Un rápido vistazo al mapa ilustra por qué los barcos de la época no navegaban por la noche o durante el

invierno[13]. Para llegar a Samotracia desde Tróade, el capitán tenía que, primero, dejar la isla de Tenedos a babor, segundo, evitar una serie de islotes de roca por delante, tercero, darse cuenta de que el enorme volumen de agua que caía del Helesponto (el actual estrecho de Dardanelos) habría de empujarles, con toda seguridad, hacia la isla de Lemnos si intentaban circunnavegar la isla de Imbros (la actual Gokce) por el oeste. En un mar tan abarrotado de cosas, era infinitamente más seguro navegar de día que de noche, cuando uno podía trasladarse, con toda confianza, de un hito concreto a otro. En invierno, la visibilidad podía verse reducida de forma drástica por la niebla, por la lluvia o por el cielo encapotado. Estas circunstancias aumentaban el peligro hasta el punto de que no había seguros marítimos disponibles durante el período de octubre a abril.

Desde Samotracia, los viajeros fueron al norte por la isla de Thasos para llegar, sanos y salvos, al puerto de Neápolis al caer la noche del día siguiente. El capitán de Pablo no sólo era un navegante experto, también había sabido leer las inclemencias del tiempo con extrema precisión. Recorrer unas 60 millas náuticas (112 km) en el espacio de dos días consecutivos supone moverse a una media de cinco nudos[14]. Ello, a su vez, implica que el viento venía de popa, es decir, que gozaron del viento más favorable para llegar a su destino con el tipo de barco que llevaban. Vientos de esa naturaleza no se daban mucho por la zona, pues el viento dominante en los Dardanelos viene del cuadrante norte. Años después Pablo volvería a hacer el mismo viaje, pero en sentido contrario –esto es,

13 R. TALBERT (ed.), *o.c.*, mapas 56 y 51.

14 Una milla náutica equivale a 1853,2 m. Un nudo equivale a una milla náutica por hora.

de Neápolis a Tróade (He 20,6)–, y tardó cinco días, es decir, que la media de velocidad fue de un exasperante nudo con viento en contra. Y, por si fuera poco, pasaron varias noches incómodas en alta mar.

Sociedad en Filipos

Al caminar los escasos 16 kilómetros que unen Neápolis con Filipos, los mojones del camino debieron de recordar a Pablo que volvía al familiar territorio de una colonia romana. Las indicaciones bilingües que había cerca del puerto iban transformándose en carteles escritos en latín conforme se acercaba a la ciudad. Es de suponer que el «hombre de Macedonia» habría hecho que Pablo esperara algo parecido a Tróade. Si fue así, Pablo iba a llevarse una decepción. Filipos era tan pequeña que se podía recorrer completamente en diez minutos[15].

Los apenas tres kilómetros y medio de muralla encerraban un área total de tan sólo 167 acres (68 hectáreas), en las cuales vivía una población de entre 5.000 y 10.000 habitantes, la mayoría de origen tracio, griego, macedonio y romano. Los oriundos de la capital, por supuesto, controlaban la administración de la ciudad. Los veteranos de la legión se habían asentado en las tierras que rodeaban la ciudad, primero por gracia de Marco Antonio en el año 42 a.C. y después por la de Augusto en el año 31 a.C. Al ser la clase dominante, los romanos impusieron el latín como lengua oficial de la región, pero el griego también se

15 Todo lo que se sabe sobre la estancia de Pablo en Filipos se puede leer en P. PILHOFER, *Philippi* I: *Die erste christliche Gemeinde Europas;* II: *Katalog der Inscriften von Philippi,* Wissenschaftliche Untersuchungen zum Neuen Testament 87 y 119, Mohr Siebeck, Tubinga 1995 y 2000. Se puede leer un buen resumen en H. HENDRIX, *Philippi,* en *The Anchor Bible Dictionary* V, Doubleday, Nueva York, 1992, 313-317.

hablaba, sobre todo entre los habitantes nativos. La compleja situación lingüística se ilustra con el hecho de que las inscripciones en latín se hacían bien en caracteres griegos, bien en una mezcla de caracteres griegos y latinos.

Aunque no pasó mucho tiempo en Filipos, Pablo se dio cuenta de que no era inmune a la influencia del latín. El estilo de su griego sonaba afectado. En vez de dirigirse a los creyentes filipenses en verdadero griego *(Philippeis o Philippênoi),* Pablo se refiere a ellos como *Philippêsioi,* que se deriva del latín *Philippenses* (Flp 4,15). Pablo escribió a los filipenses en griego, lo cual indica que la gran mayoría de sus conversos no pertenecía al segmento latino-parlante de la población. Esto se confirma por los pocos nombres de miembros de la comunidad que se mencionan en la epístola. Clemente (4,3) es romano, pero Evodia, Síntique (4,2) y Epafrodito (2,25) son griegos, y ninguno es judío.

La mayoría de los conversos gentiles de Antioquía de Orontes, el origen de las misiones paulinas, eran «temerosos de Dios», es decir, paganos que se sentían atraídos por la austeridad monoteísta del judaísmo y que, al asistir a la sinagoga, llegaban a conocer las escrituras. Ese era el terreno fértil sobre el que Bernabé y Pablo construían su mensaje apostólico. Pablo debía saber que sí había judíos en Macedonia, y que Filipos, al contar con una posición primordial en la ruta comercial de Vía Egnacia, tenía todas las probabilidades para atraer a los miembros de la comunidad judía. Así, durante su primer sábado en Filipos, Pablo debió ir en busca de la sinagoga, pues ese era el lugar donde habrían de congregarse los «temerosos de Dios».

Para su sorpresa, no había ninguna sinagoga en la ciudad. Tampoco había casa alguna donde se congregaran

los judíos. Todo lo que pudo descubrir fue que las mujeres judías se reunían para rezar cerca del río, fuera de las puertas de la ciudad (He 16,13). No es razonable pensar que esas mujeres estuvieran casadas con paganos que les dejaran practicar la confesión judía. Las mujeres judías se congregaban allí donde podían.

En aquella ocasión, Pablo logró «convertir» a una «temerosa de Dios», oriunda de Tiatira en la parte occidental de Asia Menor, de nombre Lidia (He 16,14). Lidia era una rica mujer de negocios que tenía su propia casa y sus criados. Actuaba de agente en Filipos para vender telas teñidas de púrpura provenientes de su tierra natal[16]. El tinte utilizado no se extraía del caracol de mar de murex (ese negocio era un monopolio imperial), sino de la raíz de la *rubia tinctorum,* que producía un color rojo intenso. Aunque resultaba más barato que el púrpura imperial, los objetos que Lidia vendía eran artículos de lujo.

Ministras

Con el carácter resuelto de una fuerte personalidad, Lidia convenció a Pablo para que utilizara su casa como base de operaciones durante su visita a Filipos (He 16,15). Es de suponer, pues, que la casa de Lidia se convirtió en el lugar donde se reunían los primeros cristianos de la ciudad. Así, no es descabellado pensar que Lidia participó activamente en la evangelización de Filipos. Lo cierto es que otras mujeres participaron en la tarea. Pablo menciona concre-

16 A mediados del siglo I d.C., una mujer llamada Iunia Theodora hacía las funciones de agente comercial y diplomática para los licianos en Corinto; cf J. MURPHY-O'CONNOR, *St. Paul's Corinth: Texts and Archaeology,* Liturgical Press, Collegeville (Minnessotta) 2002, 82-84.

tamente a dos: Evodia y Síntique, que habían «trabajado mucho en el evangelio conmigo y con Clemente y demás colaboradores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida» (Flp 4,3).

Pablo utiliza los términos «atleta» y «atlético» para describir la actividad de las dos mujeres. Los términos subrayan la energía y el compromiso que ambas pusieron en la tarea de llevar la buena nueva de los evangelios. Ambas predicaban el mensaje de Jesús del mismo modo en que lo hacían Pablo, Clemente y los demás. No se hacía distinción entre los logros obtenidos por hombres o mujeres. Todos eran «colegas colaboradores».

¿Fue Filipos el primer sitio en donde Pablo se encontró con mujeres de acción dispuestas a cooperar en el proceso de evangelización? Lo que está claro es que Filipos es el primer lugar del cual tenemos noticia. La circunstancia, por su parte, no parece constituir problema alguno. Es lícito suponer que Pablo dio por sentado que, como cristianas, las mujeres eran iguales a los hombres en todo. Al fin y al cabo, todos eran seguidores de Jesús, igual que él: y eso lo decía todo. La idea de que las mujeres pudieran ser menos capaces que los hombres nunca pasó por la cabeza del apóstol. En lo que a él concernía, no había necesidad de justificar o explicar a los demás cristianos por qué había de repudiarse la ética patriarcal que reinaba en el mundo antiguo. Los creyentes tendrían que ver con claridad que acababan de entrar en un nuevo mundo.

Tras valorar la efectividad del trabajo apostólico de Evodia y Síntique, y posiblemente también de alguna otra mujer, Pablo animó a más mujeres a seguir el camino de aquellas. Su éxito probaba que ellas también estaban agraciadas por el espíritu. Ahora bien, si las mujeres eran iguales que los hombres en la fundación de la iglesia de

Filipos, debe suponerse que siguieron disfrutando de esa misma igualdad cuando se trataban los asuntos internos de la iglesia. No debe sorprender, por tanto, que Evodia y Síntique llegaran a ocupar el puesto más alto en la jerarquía de las casas-iglesia. Esto explica por qué Pablo, obrando de forma contraria a su práctica habitual, llama la atención, en público, a la necesidad de reconciliación de ambas compañeras. La disputa debió ir más allá de los problemas personales, lo cual debió, sin duda, dividir a la comunidad cristiana de la ciudad. No hay duda de que ambas líderes tenían un buen número de seguidores.

Pablo nunca toleraría tener una favorita entre las iglesias que fundó, pero la comunidad de Filipos siempre tuvo un lugar especial en su corazón. Es comprensible que Pablo guardara un afecto particular a esta misión, pues no en vano se trataba de la primera iglesia que el apóstol fundó en el continente europeo, pero el cariño que nuestro protagonista pudiera sentir hacia la iglesia de Filipos iba más allá. Filipos se acercaba mucho al ideal de lo que, según Pablo, debía ser una iglesia. Colectivamente, los miembros de la iglesia de Filipos «[brillaban] como astros en el universo, manteniendo firme la palabra de la vida» (Flp 2,15-16). Al haber sido transformados por la gracia, los fieles de Filipos eran muestras vivas del poder de Dios. Proclamaban el evangelio sin decir palabra. Eran la prueba irrefutable del mensaje salvador de Pablo. Era, pues, comprensible, que Pablo se sintiera agradecido por su «participación en el progreso del evangelio [en Europa] desde el primer día hasta ahora» (Flp 1,5).

La calidad de la vida en comunidad en Filipos, así como la profundidad de la relación de dicha comunidad con el apóstol, dan a entender que Pablo debió predicar en Filipos durante buena parte del año (esto es, desde finales

de verano del año 48 d.C. hasta más o menos la misma época del año siguiente). Si alguna vez tuvo intención de quedarse más tiempo (lo cual resulta harto improbable), la decisión le fue arrebatada de sus manos.

Expulsión

Pablo y el resto de compañeros de la misión fueron denunciados ante los magistrados del foro: «Los presentaron a los pretores y dijeron: "Estos hombres alborotan nuestra ciudad. Son judíos y predican costumbres que nosotros, siendo romanos, no podemos aceptar ni practicar"» (He 16,20-21)[17]. El ministerio que Pablo había desarrollado entre los paganos de Filipos ya había tenido el suficiente éxito como para que ciertas clases dirigentes se sintieran intranquilas. Los pretores eran responsables de mantener el orden público. El emperador Tiberio expulsó de Roma a los judíos en el año 19 d.C. por proselitismo. El castigo fue un aviso para que los pretores no toleraran comportamientos similares. El ejemplo de la capital tendría muchas repercusiones en las administraciones locales de las provincias. Los pretores de Filipos no llevaron a cabo investigación alguna y, tras la denuncia, desvistieron a Pablo y a sus compañeros, los apalearon y los encerraron en prisión (He 16,22-24). A la mañana siguiente, les obligaron a abandonar la ciudad por indeseables.

Pablo decidió protestar entonces, pues consideraba que sus derechos como ciudadano romano no habían

17 Para la complejidad de la historia de la tradición de He 16,13-40, cf M. É. BOISMARD–A. LAMOUILLE, *Les Actes des deux apôtres*, Études bibliques, nouvelle série 12-14, Gabalda, París 1990, 2, 288-293, 3, 214-223; J. TAYLOR, *Les Actes des deux apôtres*, Études bibliques, nouvelle série 23, Gabalda, París 1994, 5, 252-264.

sido respetados (He 16,37). La protesta asustó a los magistrados. En efecto, no era descabellado que el gobernador de Macedonia escuchara las quejas del apóstol. Aquel ejercía su puesto en Tesalónica y podía suponer una amenaza para la estructura administrativa de Filipos. No debe sorprendernos, pues, que los pretores se disculparan. Eso, sin embargo, no fue obstáculo para que mantuvieran en pie, aunque algo atemperada, su resolución. Así, los pretores «invitaron» a Pablo a abandonar la ciudad (He 16,39).

Filipos fue, en efecto, uno de los tres lugares donde Pablo fue «apaleado» (2Cor 11,25) y «tratado con desprecio» (1Tes 2,2). Pablo bien podría haber evitado estos tratos invocando su ciudadanía romana mucho antes en el tiempo. Con su actuación, sin embargo, logró incriminar a los magistrados, se aseguró, de hecho, el reconocimiento de su ministerio y garantizó un cierto grado de protección para sus conversos. ¡Pablo no dejó su huella en el mundo greco-romano poniendo siempre la otra mejilla!

Estrategia misionera

Aunque Lucas no tuviera noticia de ello («Pasaron por Anfípolis y Apolonia, donde los judíos tenían una sinagoga y llegaron a Tesalónica» [He 17,1]), es casi seguro que, tras ser expulsado de Filipos, Pablo se dirigió al oeste siguiendo la Vía Egnacia. Pablo había tenido éxito fundando sus primeras iglesias, lo cual pintaba bien para el futuro de Europa, así que, ¿por qué habría de volver a Asia Menor, en cuyo corazón ya había prendido el cristianismo? No importaba cuáles fueran entonces los planes que tenían sus superiores en Antioquía de Orontes. Las

iglesias de Galacia y alrededor de Antioquía de Pisidia tenían la obligación de llevar su mensaje a las costas del mar Negro, el Egeo y el Mediterráneo. Occidente le llamaba. La gran vía que se extendía ante de él era, nada menos, que la gran ruta hacia Roma: quién sabe qué sueños le inspiraría ese pensamiento[18].

Las etapas que, según Lucas, recorrió Pablo para ir de Filipos a Tesalónica son las mismas que se recogen en los itinerarios de los siglos III y IV d.C., las cuales, además, especifican las distancias correspondientes. Filipos de Anfípolis estaba separada por 47 kilómetros, después había 45 kilómetros más hasta llegar a Apolonia, desde donde quedaban 55 kilómetros hasta llegar a Tesalónica. Aunque el camino fuera llano y en línea recta (salvando el tramo final hasta Tesalónica), estas distancias resultaban excepcionalmente largas. Los emisarios hacían descansar a sus caballos dos veces en cada etapa (cuando lo normal era que descansaran una sola vez).

Es obvio que Pablo había perdido práctica en la marcha de largas distancias. Sospecho, pues, que la primera etapa de su viaje fue muy corta. Como indica su nombre, el pueblo de Ad Duodecimum estaba a tan sólo 12 millas romanas (18 km) de Filipos. Al día siguiente, y sufriendo de agujetas, tuvo que emprender una etapa de 29 km hasta Anfípolis, una ciudad rodeada de bellas murallas y situada en un alto afloramiento al lado de un meandro del río Estrimón.

Pablo no se detuvo a predicar en Anfípolis, y eso que la ciudad era dos veces más grande que Filipos. Esta circunstancia mueve a pensar que Pablo tenía un plan concreto

18 Para el trazado de la Vía Egnacia a través del norte de Grecia, cf R. TALBERT (ed.), *o.c.*, mapas 49 y 51. Hay también publicada una guía informativa de F. O'SULLIVAN, *The Egnatian Way*, David & Charles, Newton Abbot 1972.

y bien definido. El viaje directo que Pablo hizo de Pesino a Tróade venía dictado por el resabio de lealtad que el apóstol todavía sentía hacia el plan de sus jerarcas superiores en Antioquía de Orontes. Tróade era el mejor sitio después de Éfeso, pero allí podría distraerse con la idea de Europa. En Filipos, Pablo no tenía tiempo de reflexionar. Su misión vino como resultado de una llamada divina. ¿Adónde debía dirigirse una vez completada dicha misión? ¿Acaso debía esperar a la llegada de otra señal divina o debía usar el sentido común? No es sorprendente que se decidiera por lo segundo.

Dado el poco tiempo de que disponía (Pablo confiaba que Cristo volviera muy pronto investido de gloria) y la enormidad del mundo, era evidente que el apóstol no podía permitirse desperdiciar energías parando en todas las ciudades, bien porque estuvieran en su camino, bien porque recibiera una invitación para visitarlas. Necesitaba desarrollar su tarea en lugares donde la gente tuviera capacidad tanto para absorber su mensaje, como para transmitirlo. Es decir, debía concentrarse en lugares donde sus esfuerzos pudieran multiplicarse. En la práctica, esto quería decir lugares con habitantes que se movieran, con visitantes que, al volver a sus lugares de origen, pudieran trasladar el mensaje de los evangelios a sitios a donde el propio Pablo no podría llegar. Por eso, Pablo marchó durante tres o cuatro días más desde Anfípolis a la ciudad más cercana que cumplía estos criterios, esto es, Tesalónica (actual Salónica), capital de la provincia romana de Macedonia[19].

19 A pesar de su importancia, no sabemos casi nada sobre la Tesalónica de principios del siglo I: cf C. VOM BROCKE, *Thessaloniki–Stadt des Kassander und Gemeinde des Paulus: Eine frühe christliche Gemeinde in ihrer heidnischen Umwelt*, Wissenchaftlche Untersuchungen zum Neuen Testament 2, 125, Mohr Siebeck, Tubinga 2001.

El trabajo en Tesalónica

La estancia de Pablo en Tesalónica hizo ver a Pablo la suerte que había tenido en Filipos. Allí, muy al principio, halló una mecenas rica (Lidia) que le dio acomodo y facilitó su misión apostólica ayudándole a entrar en contacto con la clase media de la ciudad. La libertad de poder confiar en sus recursos le liberó de tener que ganarse la vida trabajando durante su misión. Así, pudo darse por completo a la difusión de los evangelios. ¡Y además había gente con tiempo libre para escuchar el mensaje!

Las cosas eran bien distintas en Tesalónica. Pablo recuerda a sus conversos, hasta en dos ocasiones, cuánto y de qué forma tan dura tuvo que trabajar: «Hermanos, recordad nuestros trabajos y fatigas; cómo trabajábamos día y noche para no ser gravosos a ninguno de vosotros mientras os anunciábamos el evangelio de Dios» (1Tes 2,9); «ni comimos gratis el pan de nadie, sino que, con sudor y fatiga trabajamos de noche y de día para no resultar gravosos a ninguno de vosotros» (2Tes 3,8). El artesano medio trabajaba desde el amanecer al anochecer. Si Pablo tuvo que trabajar de noche debía de ser porque no le cuadraban las cuentas para llegar a fin de mes. No podía pagarse ropas cálidas para soportar el frío invierno de la Grecia septentrional (2Cor 11,27)[20].

La implicación directa de esta circunstancia era que los conversos tesalonicenses (todos ellos de origen pagano, 1Tes 1,9) no podían mantener al apóstol. En efecto, ellos también pertenecían a la clase trabajadora y algunos

20 Para las condiciones de trabajo de los artesanos durante la época de Pablo, cf R. HOCK, *The Social Context of Paul's Ministry: Tentmaking and Apostleship*, Fortress Press, Filadelfia 1980, y J. MURPHY-O'CONNOR, *St. Paul's Corinth*, 192-198.

tenían que trabajar de forma esclava unas doce horas al día, siete días a la semana para poder sobrevivir (1Tes 4,11; 2Tes 3,12). No tenemos el menor indicio de que hubiera mecenas acaudalados en Tesalónica. Por tanto, no había nadie que pudiera encargarse de dar cobijo a la comunidad. El resultado, por tanto, era que todos los conversos debían contribuir a las comidas de hermandad (2Tes 3,10). Los cristianos de Tesalónica se reunían en locales vecinales, no en villas.

Del salón al taller

Dadas las circunstancias, el taller, y no el salón, debía ser el escenario principal del ministerio de Pablo en Tesalónica. No se sabe quién le empleó en la ciudad. También desconocemos el tamaño del establecimiento. Claro está, sin embargo, que la ciudad debía de albergar una enorme demanda de tiendas de campaña y artículos relacionados con la artesanía del cuero, pues estaba atestada de comerciantes. Tesalónica no sólo disfrutaba de las ventajas de ser un punto principal en la Vía Egnacia, también albergaba un puerto magnífico. Además, una importante ruta comercial discurría por el norte a través del valle del río Axios hasta la cuenca del Danubio.

Gracias al taller, Pablo tenía ya una dirección, una base estable y una red de contactos que provenía tanto de su patrón como de los clientes o los colegas de taller. Los tres grupos tenían, claro, familias y amigos, los cuales, a buen seguro, mantenían trato continuo de todo tipo. Pablo pudo hacer uso de esa red de contactos («recordad nuestros trabajos y fatigas» [1Tes 2,9]). Un taller como ese debía estar localizado en una calle muy transitada, o

quizá en el mercado, otro contexto que requería todas las energías de Pablo.

A medida que el ministerio de Pablo daba sus primeros frutos, comenzaban a aparecer compromisos inevitables que el propio apóstol debía atender. Esto debió afectar a sus horas de trabajo, que se verían rebajadas en la misma proporción en que se rebajaban sus ganancias (Pablo debía cobrar por trabajo realizado, es decir, que no ganaba un sueldo). ¿Cómo pudo sobrevivir entonces? Pablo se vio salvado por la generosidad de los filipenses que le enviaban dinero (Flp 4,16). ¿Acaso un visitante de Filipos fue testigo de la precaria situación de Pablo? ¿O fue quizá el propio Pablo quien, sabedor de los ricos recursos con que contaban los filipenses, suplicó la ayuda de estos? Esto último parece lo más probable. Pablo estaba convencido de que aquellos que daban bienes espirituales merecían recibir bienes materiales (1Cor 9,11), pero habla de la ayuda recibida de los filipenses en términos de «robo» (2Cor 11,8). Ya fuera por su avezado ojo para los negocios o porque las mujeres líderes de Filipos sentían gran preocupación por los pobres, lo cierto es que los conversos filipenses tuvieron la suficiente perspicacia para percibir que, cuanto mayor era el éxito de las misiones de Pablo, más problemas tenía este para sobrevivir sólo con sus propios recursos financieros. Por este motivo, los filipenses continuaron financiando al apóstol y pagándole un segundo subsidio para que sobreviviera en Tesalónica. Esta circunstancia hace pensar que la misión en Tesalónica duró, por lo menos, tanto como la de Filipos, desde el verano del año 49 d.C. hasta comienzos de la primavera del año 50 d.C.

Para Pablo, el ministerio apostólico era tan importante como respirar. No importaba lo cansado que se sintiera,

siempre encontraría un hueco para continuar su ministerio. Ahora bien, ¿por qué habrían de escucharle sus colegas de la clase trabajadora? ¿Por qué iban a pararse un solo minuto de sus agotadas existencias para escucharle? En ese momento concreto de su estancia en Tesalónica, el mensaje de Pablo alcanzó una especie de vacío espiritual[21].

La trampa de Cabiros

La leyenda de Cabiros cuenta la historia de un joven, asesinado por sus hermanos, al cual se esperaba para que ayudara a los desamparados de Tesalónica. Su símbolo era el martillo. A Cabiros se le invocaba para terminar con éxito los trabajos anuales. Cabiros era el dios que protegía, aseguraba la libertad y la realización de la clase trabajadora griega. Por motivos desconocidos, la elite gobernante griega incorporó el culto a Cabiros en el canon religioso oficial. Esta situación dejó a los artesanos y trabajadores de Tesalónica huérfanos de benefactor. Asumieron con total naturalidad que Cabiros, como los demás dioses, hacía más caso a las peticiones y a los sacrificios de la clase adinerada. Además, el sentimiento de alineación se veía intensificado porque la clase trabajadora veía a los miembros de la clase gobernante romana, que también habían adoptado el culto, como intrusos. Estos no sólo negaban la igualdad democrática (un derecho que los ciudadanos griegos percibían como innato), sino que también

21 Este vínculo crucial entre el ministerio de Pablo y las expectativas sociales de sus oyentes fue desarrollado como idea por primera vez por R. JEWETT, *The Thessalonian Correspondence: Pauline Rhetoric and Millenarian Piety*. Foundations and Facets, Fortress Press, Filadelfia 1986, 127-132.

monopolizaban las fuentes de los beneficios económicos, y ahora se habían apropiado de la divinidad amiga de los pobres.

Dadas las circunstancias, es fácil comprender por qué los desposeídos y desafortunados sentían atracción por el discurso evangélico de Pablo. Este discurso recogía las líneas maestras de una teología que se creía ya perdida. Pablo celebraba la figura de un joven asesinado que, de hecho, se había levantado de entre los muertos. Eso quería decir que la nueva figura tenía poder suficiente para conferir los beneficios necesarios a los más desfavorecidos y en el momento actual. Además, el nuevo Cabiros acogería a sus seguidores en un mundo totalmente nuevo.

No es difícil suponer que la idea de un nuevo «dios» con capacidad para transformar radicalmente el *statu quo* de los ciudadanos más desprotegidos, era vista por parte de las autoridades municipales como una amenaza subversiva. Si el nuevo movimiento llegaba a arraigar y a desarrollarse, podría acabar convirtiéndose en elemento peligroso para el tejido social de la ciudad. Por muy ridícula que pareciera la naturaleza divina de la figura de Jesús resucitado a los griegos y romanos más poderosos, lo cierto es que la clase dirigente tenía la suficiente astucia como para reconocer el potencial peligro de un nuevo «dios» incontrolado más allá de las estructuras de la religión de la ciudad. Un nuevo culto religioso de esa categoría podría hacer las funciones de elemento de cohesión del proletariado, algo que, por definición, no satisfaría a las clases dirigentes. El mensaje de Cristo podría acabar siendo la chispa que prendiera en el combustible de las ambiciones frustradas. Bajo la inspiración del nuevo «dios», los primeros indicios de descontento podrían derivar en actos revolucionarios.

Con el tiempo, las comunidades cristianas se enteraron de que las autoridades municipales tenían intención de actuar contra ellos. Pablo y sus compañeros decidieron esconderse, así que huyeron de la ciudad, la cual, por entonces, parece que carecía de murallas. Pablo tuvo primero el instinto de continuar hacia el oeste por la Vía Egnacia, igual que hizo al huir de Filipos por causas similares. Pero tras una breve reflexión, el propio apóstol se dio cuenta de que esa ruta facilitaría la labor de su búsqueda por parte de las autoridades tesalonicenses. Por ello, es posible que haya algo de verdad cuando Lucas afirma (He 17,10) que Pablo salió de la Vía Egnacia justo después de cruzar el río Axios para continuar en dirección suroeste, hacia Berea (actual Veria).

Pronto se hizo patente que Macedonia no ofrecía garantías de seguridad para Pablo. No pasaba inadvertido para las autoridades tanto de Filipos como de Tesalónica. La oposición a sus misiones no iba sino a crecer y a endurecerse. Esta circunstancia hizo que Pablo cancelara cualquier plan que hubiera tenido para llevar su ministerio a las poblaciones que quedaban al oeste de la Vía Egnacia. Lo único que importaba ahora era salir de Macedonia lo antes posible. La mejor solución era tomar un barco que fuera hacia el sur por la costa de la provincia romana limítrofe de Acaya. Un rápido traslado a una jurisdicción distinta supondría hacer borrón y cuenta nueva[22].

Conforme zarpaba desde Metone (o quizá Pidna), la vista de Pablo se obnubilaba a la vista de las cumbres nevadas del monte Olimpo, la cima más alta de Grecia (2.918 m). Quizá se acordaba del Monte Hermón, cuya altura era más o menos similar, y de la ruta hacia Damasco.

22 Las relaciones entre Tesalónica, Berea, Metone, Pidna y las calzadas que las unían están descritas en R. TALBERT (ed.), *o.c.*, mapa 50.

Pero había una gran diferencia. En la mitología griega, el Olimpo albergaba el trono de Zeus, era el hogar de los dioses. Simbolizaba todo aquello contra lo que luchaba Pablo. ¿Acaso la solidez y envergadura del monte traían a su mente el tremendo esfuerzo que se hacía necesario para la victoria de la Cruz?

5
Hacia el Sur: Acaya

Todo lo que se puede decir de la travesía de casi 300 millas (unos 480 km) por la escarpada costa griega es que el viento dominante debía de ser favorable. En consecuencia, el viaje no pudo durar demasiado[1].

No importa dónde desembarcó Pablo, su objetivo era llegar a Atenas (He 17,15). Durante su etapa de estudiante en Tarso, Pablo habría oído hablar de la gran universidad rival, el centro cultural de Grecia y el Peloponeso, tan apreciado por los mecenas romanos más filohelénicos. Nuestro protagonista veía Atenas como el lugar ideal para comenzar su ministerio en la provincia romana de Acaya.

Inquietud en Atenas

La principal preocupación que tendría Pablo era, sin duda, por los conversos que había dejado atrás en Tesalónica. No había razón para pensar que los cristianos de allí fueran a escapar de la persecución que él mismo había evitado gracias a la huida. No temía que los tesalonicenses fueran a ceder por las presiones físicas de sus vecinos (1Tes 2,14): el verdadero peligro residía en otra circunstancia,

1 La ruta se puede seguir fácilmente en R. TALBERT (ed.), *Barrington Atlas of the Greek and Roman World*, Princeton University Press, Princeton 2000, mapa 57.

bastante más sutil. Pablo conocía el modo de pensar de sus conversos. Estos creían, con cierta ingenuidad, que por su nueva condición quedarían a salvo de la violencia endémica que les había precedido en su anterior condición de pobres obreros. Pablo temía que cundiera la desilusión, que sobreviniera una decepción tan grande como para hacerles renegar de su nueva fe. Si los creyentes de Tesalónica llegaban a sentirse estafados, seguramente todo estaría perdido.

No debe sorprendernos, pues, que Pablo se sintiese inquieto por saber lo que había ocurrido. Intentó volver a Tesalónica en más de una ocasión, pero nunca lo logró. ¿Por qué? Su respuesta es, cuando menos, poco satisfactoria: «Satanás nos lo impidió» (1Tes 2,18). Esta explicación providencial puede significar una enfermedad que lo mantuvo convaleciente y demasiado débil para viajar. Una vez recuperado como para valerse por sí mismo de nuevo, envió a Timoteo (puede que a Silas) de Atenas a Tesalónica para informarse de lo que había ocurrido (1Tes 3,1).

Comenzó entonces un largo período de espera. La moderna autopista que une Salónica con Atenas tiene unos 512 km; la ruta del mundo grecolatino no se conoce con precisión. A buen ritmo y velocidad constante, día tras día, Timoteo bien podría haber cubierto la distancia en dos o tres semanas. El viaje de vuelta duraría aproximadamente el mismo tiempo. Y no es probable que Timoteo hubiera ido y venido de Tesalónica sin más. Su estancia duraría al menos un par de semanas, ya que un período de tiempo más corto no le hubiera permitido tomar el pulso espiritual de la comunidad. Así, el alma de Pablo debió de esperar pacientemente al menos durante dos meses.

En ese intervalo de tiempo, Pablo intentó predicar el evangelio en Atenas. Pero su ministerio no tuvo ningún

éxito. El silencio que guarda en sus escritos acerca de los conversos atenienses confirma la tendencia básica de la versión que Lucas da en He 17. No se debe descartar que la inquietud de Pablo (su preocupación por el destino de Timoteo en Tesalónica) contribuyera a su fracaso en Atenas. Su ansiedad mermó el entusiasmo que se requiere para llevar a cabo un apostolado efectivo.

Planes para el futuro

Pablo debió de reconocer bien pronto su error de intentar predicar el evangelio en Atenas[2]. Esta era por entonces una vieja ciudad en decadencia que todavía vivía de los recuerdos de su glorioso pasado. Y en los últimos siglos había dejado de ser la ciudad creativa y productiva que una vez llegó a ser. Ya no surgían grandes mentes entre los oriundos de la ciudad. Y aquellos que venían de fuera para dar cierto lustre cultural a la urbe solían ser personas mediocres. Atenas era, en esencia, una ciudad universitaria dedicada a la conservación de su herencia intelectual, de ahí que viera las nuevas ideas con cierto recelo. Las ideas propuestas por los extranjeros se topaban con un muro de complacencia inexpugnable. La idea de tradición estaba encumbrada en una rígida jerarquía y servía a modo de cordón de seguridad contra la amenaza de lo nuevo.

Durante su estancia en Atenas, Pablo tuvo que oír hablar de Corinto, la ciudad que se levantaba al otro

2 Para Atenas en el mundo de Pablo, cf H. MARTÍN, *Athens* en *The Anchor Bible Dictionary* I, Doubleday, Nueva York 1992, 513-518; D. J. GEAGAN, *Roman Athens: Some aspects of Life and Culture* I: *86 B.C.-A.D. 267*, en H. TEMPORINI-W. HAASE (eds.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II, 7.1: De Gruyter, Berlín 1979, 371-437.

lado del golfo Sarónico. La sola mención de que aquella ciudad podía ser más próspera que su vecina volvía verdes de envidia a los atenienses. En el siglo IV a.C., los autores atenienses aliviaban su melancolía haciendo juegos de palabras con el nombre de la ciudad vecina. El nombre servía para expresar diversos aspectos del «negocio del amor»: por ejemplo, *korinthiazesthai* significaba «fornicar»; *korinthiastês,* «proxeneta»; *korinthia korê,* «prostituta», y de ahí para abajo. En tiempos de Pablo se llegaba a decir que la luna era más bonita vista desde Atenas que desde Corinto.

El menosprecio que los atenienses sentían por Corinto bien pudiera haber despertado ciertas reminiscencias en la mente de Pablo, reminiscencias, claro está, que el apóstol se encargaba de proyectar hacia el futuro, no hacia el pasado. La «falta de cultura» evocaba la enérgica eficiencia de los negocios; «ganar dinero a toda costa» sugería que los corintios se fijaban más en lo real que en lo ideal; «ausencia de vida intelectual» implicaba que los corintios estaban abiertos a nuevas ideas (en efecto, se puede hallar beneficio en los sitios más inesperados); «tener suerte en la vida» traía a la mente de Pablo la imagen de un cruce de caminos donde se encuentran viajeros de paso en todas las direcciones. Sería sorprendente que Pablo no hubiera elegido Corinto como el lugar más adecuado para desarrollar su misión antes del regreso de Timoteo.

La ausencia de este debió provocar en Pablo cierta frustración. Dado su carácter, Pablo habría querido trasladarse a Corinto sin dilación, pero eso hubiera hecho imposible que le llegaran noticias de Timoteo, y Pablo tampoco quería retrasos en las noticias de Tesalónica. ¿Cómo si no hubiera podido Timoteo dar con Pablo en una gran

ciudad, desconocida para él, sin nombres ni números para identificar las calles?

Timoteo volvió al fin... ¡Y traía buenas noticias! Los tesalonicenses permanecían firmes en medio de la desgracia. Una vez pasado el peligro, Pablo estalló de júbilo, lo cual inspiró su primera carta pastoral (1Tes 2,13–4,2), la cual, a su vez, sólo habría de escribir cuando ya estuviera asentado en Corinto[3]. El sentimiento de alivio absoluto se palpa en el cálido y afectuoso trato que dispensa a los tesalonicenses. Pablo alienta a sus conversos porque sabe que, de ninguna manera, van a comportarse mal: «Hermanos, os pedimos y os exhortamos en el nombre de Jesús el Señor, a que os portéis de la manera que os enseñamos para agradar a Dios; ya lo hacíais, pero hacedlo ahora todavía mejor» (1Tes 4,1).

La visita de Timoteo a Tesalónica y la primera Carta a los tesalonicenses constituyen las primeras pruebas del seguimiento que Pablo hacía de sus misiones. Antes de esto, Pablo se contentaba con dejar las iglesias que fundaba al cuidado del Espíritu Santo. En este caso, sin embargo, le movía una inquietud personal. Pablo tendía la mano a los tesalonicenses porque se había implicado con ellos emocionalmente. Y, sin embargo, también se dio cuenta de que debía mantener un diálogo con los conversos ausentes. Un padre no puede abandonar a sus hijos (1Tes 2,11).

3 Para la justificación de dividir 1Tes en dos cartas independientes en origen y su relación cronológica, cf J. MURPHY-O'CONNOR, *Paul, A Critical Life,* Clarendon Press, Oxford 1996, 104-110.

Corinto, el cruce de caminos

Pablo, Timoteo y Silas emprendieron viaje de Atenas a Corinto. Por delante tenían unos ochenta kilómetros de recorrido, una ruta rica en asociaciones religiosas y peligros que pervivían en la mente gracias a las épicas hazañas de Teseo[4]. A cada paso, el apóstol se encontraba con algo que le recordaba la historia política y religiosa de Grecia (en el caso de que prestara atención a los profesores que lo instruyeron en Tarso). Pablo recorrió los primeros 22 km de ruta por la vía sagrada de Eleusis, calzada por la cual pasaban las procesiones de otoño en honor a Deméter. Una vez en el golfo Eleusino, Pablo dejó a su derecha los estanques de agua salada, llenos de peces, consagrados a Deméter y Perséfone, y los campos de Rharia, el lugar en el que, según la tradición mitológica griega, se cultivó la primera cosecha de la historia. Para equilibrar un escenario tan sereno, Pablo pudo recordar la historia de Procrustes, el bandido que torturaba a sus víctimas hasta que cupieran en su cama: estirando a los más bajitos y amputando los miembros de los más altos. No parece probable que Pablo perdiera el tiempo admirando el gran santuario de Eleusis. Su único objetivo era alcanzar Megara, 19 km más adelante, antes del anochecer. Seguro que fue un largo día de camino.

Puede que esa noche Pablo concentrara sus pensamientos, no en los problemas que a buen seguro se iba a encontrar en Corinto, sino en la primera parte del camino que iba a recorrer al día siguiente. Esa etapa del camino sí que constituía una amenaza inmediata. Los primeros

4 Hay dos descripciones antiguas de la calzada. PAUSANIAS (*Descripción de Grecia,* 1, 36, 3-44) caminó desde Atenas a Corinto, mientras que ESTRABÓN (*Geografía,* 9, 1, 1-16) hizo la misma ruta pero en sentido contrario. cf R. TALBERT (ed.), *o.c.,* mapas 58 y 59.

ocho kilómetros de vía que habrían de recorrer al día siguiente pasaban por las rocas Escironianas, a la sazón poco más que unas cornisas en el lateral de un acantilado. El peligro físico era aún mayor debido a la presencia de bandidos en la zona. El lugar recibía su nombre de un asaltador mitológico llamado Escirón. Este obligaba a los viajeros a lavarse los pies y, cuando terminaban, les daba una patada para que cayeran al acantilado. Con todo, Teseo dio buena cuenta de él. En tiempos de Pablo, la zona era un lugar en el que se podían percibir «peligros de ríos, peligros de salteadores (...) peligros en los desiertos» (2Cor 11,26).

Cruzando el istmo

En Esqueno, Pablo experimentó por primera vez la viveza dinámica de Corinto. Si el estrecho istmo (apenas 6,4 km) no era sino un puente de tierra que permitía el paso de mercancías entre el Peloponeso y la Grecia continental, también suponía una barrera para los barcos que iban del este hacia el oeste; por eso, los navegantes necesitaban una alternativa para recorrer mejor la gran ruta del Peloponeso. Ya en el siglo VI a.C., los corintios pensaron en abrir un canal en el istmo. El proyecto acabó en nada, como ocurriría con otros muchos proyectos posteriores. Por eso se mantuvo durante 1.300 años una solución muy imaginativa que, sin embargo, debía ser provisional. Los corintios trazaron una calzada, el *diolkos*, para unir el golfo de Corinto y el Sarónico. La anchura varía de 3,4 a 6 metros. Unas ranuras cortadas en el pavimento y separadas por un metro y medio de distancia guiaban las ruedas de los carros de madera que se utilizaban para trasladar

los barcos de un lado al otro del istmo. El transporte se impulsaba con animales de tiro a cada lado[5].

Pablo seguramente supo que estaba en Corinto cuando se vio abriéndose camino entre la bulliciosa multitud de obreros que pasaban por esta calzada. De ese modo tuvo un primer contacto de cómo iba a ser su vida en Corinto. Hasta entonces nunca se había encontrado con nada similar. Las ciudades provincianas de Asia y Macedonia eran, por comparación, tranquilos remansos de ocio, en las cuales el ministerio de Pablo era hasta una agradable distracción para la vida en comunidad. Corinto albergaba más negocio del que podía. El inmenso número de mercancías que pasaba por la ciudad se veía acrecentado por la cantidad de viajeros que recorrían sus calles. La riqueza llegaba pronto para aquellos que estuvieran dispuestos a trabajar duro y la feroz competitividad aseguraba que sólo aquellos que se comprometían con su profesión sobrevivieran. «El viaje a Corinto no es para todo el mundo» era uno de los proverbios más populares del mundo antiguo. Sin duda, Pablo se preguntaría si gentes tan ocupadas y *pre*ocupadas, tan dispuestas a obtener beneficios tendrían tiempo para escuchar su mensaje apostólico.

Una vez mezclado entre la multitud, Pablo encontró un mundo completamente distinto. La calzada que recorría conducía al templo de Poseidón en el istmo. A pesar de que la restauración de los grandes santuarios no había hecho más que comenzar, el lugar debió de evocarle los juegos Ístmicos, el gran festival panhelénico, que se celebraba al final de la primavera cada dos años. Quizá

5 Sobre el trabajo arqueológico ya realizado, cf N. VERDELIS, *Der Diolkos am Isthmos von Korinth,* Mitteilungen des deutschen archäologischen Instituts, athenische Abteilung 71 (1956) 51-59; J. WISEMAN, *The Land of The Ancient Corinthians*, Aström, Göteburg 1978, 45-46.

quedarían restos de los juegos que se disputaron en el 49 d.C., unos nueve meses antes. Pablo ya había madurado suficiente como para que su mente se distrajera pensando en la corona de laurel deshidratado con que se coronaba a los vencedores (1Cor 9,25). Como mucho, Pablo reflexionaría sobre el papel de cohesión del mundo conocido que tenían los juegos. Al maravillarse por el grado de cohesión que los juegos habían traído al mundo antiguo, ¿no rezaría Pablo para que las iglesias que había fundado y que tan lejanas quedaban se sintieran unidas por un vínculo igual de sólido?

Sus reflexiones espirituales se verían, a buen seguro, completadas con casi una muestra de la gracia divina: era muy fácil encontrar trabajo en Corinto. En la semana que duraban los juegos ístmicos, los visitantes abarrotaban la zona, provocando que los habitantes de la ciudad salieran en tropel para servirles (y celebrar los juegos, claro). Los viajeros, visitantes y peregrinos necesitaban tiendas de campaña para dormir y los habitantes de la ciudad ponían casetas para mostrar sus mercancías. Un buen fabricante de tiendas tendría mucho trabajo que hacer. Las reparaciones se hacían tan necesarias como la fabricación de nuevas tiendas y los próximos juegos del istmo estaban a sólo quince meses de distancia. El entusiasmo de saber que no iba a tener muchos problemas para encontrar trabajo debió de servir de acicate a Pablo para ascender con ánimo los últimos 10 kilómetros hasta llegar a la ciudad.

La ciudad de Pablo

Mientras subía hacia Corinto, Pablo podría admirar la silueta de la ciudad dominada por el Acrocorinto (580 m),

la colina que, desde tiempo inmemorial, servía a Corinto de ciudadela. Todavía es una de las fortalezas naturales más impenetrables de Europa[6].

Si en algún momento tuvo que subir a la cima, la ciudad debió parecerle una maqueta. El monte tenía anclado una muralla en ruinas de unos 10 km de largo; los albañiles la utilizaban, principalmente, de cantera. Dicha muralla albergaba una meseta de aproximadamente 400 hectáreas. Las cuestas más bajas del monte Acrocorinto estaban ocupadas por el suburbio de Craneum. Más allá de este, en la llanura, uno de los mejores arquitectos urbanos de Julio César había diseñado una magnífica ciudad romana, de diseño reticular, alrededor del antiguo templo de Apolo. A mano izquierda, la altísima pared trasera del teatro (un recinto con capacidad para 14.000 espectadores) impedía ver la piscina de Lerna y el templo colindante de Asclepio, situado en el empinado borde donde comenzaba la llanura de la costa. Desde ambos extremos de la muralla septentrional, dos paredes adyacentes llegaban hasta las azules aguas del Golfo de Corinto. Los corintios las habían construido para proteger las rutas que unían la ciudad con el Lequeo, el tercer puerto más grande del mundo grecolatino.

El viento del mar debió de traer a oídos de Pablo la cacofonía de la políglota ciudad que yacía a sus pies. Fundada de nuevo como colonia por Julio César en el año 44 de nuestra era, la ciudad no tardó en llamar la atención de empresarios provenientes de Grecia, así como de los núcleos comerciales del mediterráneo oriental. Las continuas inyecciones de

6 PAUSANIAS describe la ciudad con cierto detalle *(Descripción de Grecia*, 2, 1-5, 5) y también lo hace ESTRABÓN (*Geografía* 8, 6, 20-23). Comento ambas descripciones en J. MURPHY-O'CONNOR, *St. Paul's Corinth: Texts and Archaeology*, Liturgical Press, Collegeville (Minnessotta) 2002, 5-39 y 52-66. En esas páginas trato también otros aspectos de la antigua ciudad. Un resumen de estas páginas aparece en J. MURPHY-O'CONNOR, *Corinth*, en *The Anchor Bible Dictionary* I, Doubleday, Nueva York 1992, 1134-1139; *The Corinth that Saint Paul Saw*, Biblical Archaeologist 47 (1984) 147-159.

capital en una ciudad comercial de primer orden pronto le valió a Corinto el apelativo de «ciudad rica», fama que ostentaba desde los tiempos de Homero *(Ilíada* II, 570).

En resumen, Corinto era un imán para todos aquellos que viajaran en busca de fama y fortuna. La verdadera riqueza, sin embargo, solía estar en manos de una minoría muy selecta. Muchos habitantes, a pesar de haber llevado a cabo ímprobos esfuerzos, no habían logrado hacer realidad sus sueños y esperanzas. Estos últimos eran tantos en número que no llama la atención la fama de que gozó el mito de Sísifo en Corinto. Un mítico rey de Corinto, Sísifo, al cual Homero llegó a referirse como «el hombre más astuto» *(Ilíada* VI, 154) fue condenado a empujar una piedra montaña arriba en el Hades; sólo así podría mantenerse ocupado sin maquinar nuevos planes. Cada vez que se acercaba a la cima de la montaña, la piedra se le resbalaba y debía volver a empezar de nuevo. Sísifo se convirtió en un símbolo de lo absurdo de la existencia humana. Los fracasados de Corinto pronto se dieron cuenta de que no había necesariamente relación entre los esfuerzos empleados y los resultados obtenidos. Era una época turbulenta de mucha inquietud. La arbitrariedad de la suerte generó un mundo interior habitado por el miedo y la incertidumbre. La esperanza se había desvanecido. El éxito no era más que una quimera.

Al llegar a una ciudad tan convulsa, Pablo pudo haber temido que el culto al comercio que dominaba en Corinto fuera un escollo casi insalvable en su misión apostólica. La idea del éxito económico era tan absorbente que pocos prestarían sus oídos al mensaje del misionero. Sin embargo, pronto descubriría el apóstol que la buena nueva de los evangelios habría de llenar un vacío de pesimismo que asolaba la ciudad.

El encuentro con Priscila y Áquila

Seguro que había muchísimos fabricantes de tiendas de campaña en Corinto, pero por una feliz coincidencia, Pablo encontró trabajo entre cristianos. Priscila y Áquila eran esclavos libertos de origen judío que se habían convertido al cristianismo en Roma, pero que habían decidido abandonar Italia el año 41 d.C., después de que el emperador Claudio decidiera cerrar la sinagoga romana a causa de la continua agitación política que provocaban los debates sobre la figura de Cristo[7]. Tanto Priscila como Áquila habían abandonado Roma temiendo una persecución contra los cristianos.

El trauma fue suficiente para que ninguno de los dos confesara su fe al llegar a Corinto. Primero creyeron que Pablo no era más que otro artesano competente. Por eso, no cabe duda de lo extraordinario que debió de parecerles a ambos oír predicar a nuestro protagonista. En efecto, era el mismo mensaje evangélico que les había cautivado en Roma. Pablo estaba acostumbrado a predicar en territorio virgen, por eso debió sorprenderse en la misma medida en que se alegraron sus dos colegas. Tras sobrevivir espiritualmente sólo a base de información rudimentaria, Priscila y Áquila eran de repente anfitriones, no ya de un auténtico emisario de Cristo, sino de uno que había estado en la mismísima Jerusalén.

El tipo de talleres que utilizaban artesanos como Priscila y Áquila era fácil de encontrar en cualquier punto de la ciudad. Bien se alineaban a lo largo de las calles de

7 Para el 41 d.C., en lugar del más convencional 49 d.C., como fecha del edicto de Claudio, cf J. MURPHY-O'CONNOR, *St. Paul's Corinth: Texts and Archaeology*, Liturgical Press, Collegeville (Minnessotta) 2002, 152-160. Sobre los anfitriones y patrones de Pablo cf J. MURPHY-O'CONNOR, *Prisca and Aquila: Travelling Tent-Makers and Church-Builders*, Bible Review 8/6 (diciembre de 1992) 40-51.

comercio principales, bien se concentraban en conglomerados comerciales concretos. Poco antes de que Pablo llegara, se había terminado de construir el mercado norte, un lugar cuyas características concretas pueden servir de ejemplo para entender las condiciones en las que vivía y trabajaba Pablo, primero en Corinto y luego en Éfeso.

Las tiendas daban a una ancha galería cubierta que daba la vuelta a los cuatro costados de la plaza. Tenía una altura uniforme y una profundidad de unos 4 m. El ancho variaba de 2,8 m a 4 m. No había agua corriente ni servicios. En una esquina del fondo, unos escalones de piedra o ladrillo acababan en una escalinata de madera que conducía, a su vez, a un desván diáfano iluminado tan sólo por un ventanuco sin vidrio colocado hacia el centro sobre la tienda. El ventanuco se cerraba por la noche con una especie de persiana. Priscila y Áquila dormían en el desván, mientras que Pablo dormía en el piso de abajo, entre los bancos llenos de herramientas, los rollos de lona y las tiras de cuero.

El taller era perfecto para llevar a cabo los encuentros preliminares, particularmente con mujeres. Si Pablo trabajaba en una capa, una sandalia o un cinturón, siempre tenía la oportunidad de conversar con alguien. La costumbre se transformó pronto y la conversación se convirtió en seguida en adoctrinamiento. Así, los encuentros posteriores podían justificarse por la necesidad que tenía el interlocutor de arreglar más piezas o comprar otras nuevas. Sin embargo, como extendiera su misión apostólica, Pablo se dio cuenta de que necesitaba desarrollar su mensaje evangélico en otro contexto más apropiado. El taller tenía tan poco espacio para el trabajo, que tenía que dejar todas las tareas si venía un grupo de personas a escuchar a Pablo. El grupo sería más o menos numeroso, pero

acabaría llamando la atención de otros viandantes. La falta de privacidad impedía llevar a cabo discusiones privadas. Sólo la casa de un creyente relativamente rico (una casa con su atrio y sus salones) podría ofrecer el espacio y el aislamiento necesarios.

Los primeros frutos obtenidos en Acaya

Curiosamente, los primeros corintios conversos fueron individuos lo suficientemente ricos como para dar a Pablo el espacio necesario: «Doy gracias a Dios de no haber bautizado a ninguno de vosotros, excepto a Crispo y Cayo (...). También bauticé a la familia de Esteban; no recuerdo haber bautizado a nadie más» (1Cor 1,14-16).

La familia de Esteban fue «la primera que se hizo cristiana en Acaya» (1Cor 16,15). El liderazgo que ejercieron en la comunidad implica un grado de tiempo libre difícil de compatibilizar con aquellos que ganaban el pan con el sudor de su frente. La libertad con que la familia de Esteban participa en la delegación de Pablo en Éfeso (1Cor 17,17) viene a confirmar este extremo. O era un empresario de éxito que no debía rendir cuentas a ningún patrón, o no tenía que trabajar en nada. Y como no se dice nada de su contribución al discurso espiritual, la familia, muy probablemente, estaba formada por mecenas, patrones y benefactores de un tipo u otro.

A Crispo se le identifica en el libro de los Hechos como un «archysinagogos». Se trata de un título honorífico que sólo recibían los miembros de la comunidad judía en agradecimiento por la donación de un espacio de reunión y oración (normalmente su casa). El requisito indispensable para ser patrón era, por tanto, tener un excedente

de riqueza. Crispo, por tanto, no debía ser precisamente pobre.

A Cayo se le menciona en Rom 16,23. De él se dice que era «[anfitrión] mío y de toda la comunidad». Si los conversos corintios se reunían en un solo grupo, entonces, el adjetivo «toda» parece, a todas luces, superfluo. Lo más probable es que hubiera pequeños subgrupos: es decir, casas-iglesia a pequeña escala. Una casa algo más grande de lo común se hacía necesaria si se quería dar cobijo a toda la comunidad. Por tanto, debemos suponer que Cayo poseía más riquezas que el creyente medio.

No puede ser una coincidencia que los primeros bautizados de Corinto fueran justo aquellos individuos que mejor servían a los propósitos de la misión de Pablo. Fueron unas conversiones tan rápidas que necesariamente deben entenderse como el resultado de una estrategia apostólica muy bien meditada. El contraste entre las experiencias que Pablo vivió en Filipos y Tesalónica hizo que percibiera la imperiosa necesidad de articular un sólido núcleo de conversos que fueran capaces de proporcionar las instalaciones necesarias para la misión. Además, Pablo se había visto obligado a reconocer que, aunque el evangelio se ofrecía a todos los hombres y mujeres de la tierra, sólo aquellos con tiempo libre, educación e iniciativa podían divulgar el mensaje evangélico con eficacia. Puede que los esclavos fueran cristianos modelos, pero no eran sus propios señores y, por tanto, no podían disponer de su tiempo como desearían. Tampoco podían ni Priscila ni Áquila, que debían trabajar para vivir.

A los tres conversos corintios que ya hemos mencionado siguieron otros que también gozaban de independencia financiera. Febe llevaba los asuntos de la iglesia de Cencreas. Su casa y su bolsa estaban abiertas para los

creyentes (Rom 16,1-2). El tesorero de Corinto, Erasto (Rom 16,23), podía ofrecer protección y ayuda.

¿Por qué escucharon el evangelio?

La iglesia de Corinto empezó pronto y con muy buen pie. ¿Por qué? ¿Qué hacía tan atractivo el mensaje del evangelio? Hay una posibilidad que no cuadra. Pablo afirma, explícitamente, que no hizo uso de sus portentosas dotes retóricas para hacer digerible el evangelio: «Cuando llegué a vuestra ciudad, llegué anunciándoos el misterio de Dios no con alardes de elocuencia o de sabiduría; pues nunca entre vosotros me precié de saber otra cosa que a Jesucristo, y a Jesucristo crucificado. Me presenté entre vosotros débil y temblando de miedo» (1Cor 2,1-3). Una opción plausible es que la paradoja de un salvador crucificado resonara en las vidas de ciertos prohombres corintios y les diera significado.

Tomemos, por ejemplo, el caso de Erasto. La inscripción del monumento que él mismo se erigió cerca del teatro no incluye el nombre de su padre. Esto es señal de que, en algún momento de su vida, Erasto fue un esclavo. Y, sin embargo, había logrado la ciudadanía romana y disponía del excedente monetario que demandaba su cargo. Pero por muchos logros que hubiera conseguido Erasto a lo largo de su vida, jamás podría sentirse cómodo entre los nacidos en libertad. Cuando estaba con otros de su clase, el estigma de sus orígenes serviles estropeaba todos sus momentos de placer.

El miedo a ser tratado con desdén suele provocar una agresividad irracional. El sentimiento de inseguridad de un hombre que ha sido liberado y, consecuentemente, ha

conseguido el éxito siempre ha sido un tema interesante en la literatura. Corinto tenía su propio ejemplo y Pablo no debió pasarlo por alto. Una pequeña estructura circular en el ágora llevaba la misma inscripción tanto en el pedestal como en la banda que adornaba por encima de las columnas. «Gnaeus Babbius Philinus, edil y pontífice, hizo erigir este monumento a cargo de su propia riqueza y lo aprobó en calidad de edil recaudador». La ausencia del nombre de su padre identifica a Babbius como esclavo liberto. Había llegado a un alto puesto, ¡pero no estaba preparado para correr el riesgo de que su sucesor en la magistratura de la ciudad rechazara este pequeño ejercicio de autorrecomendación!

Su inseguridad residía en que, lamentablemente, sabía que no se le valoraba por lo que había conseguido en la vida. Sus coetáneos –pensaba– imponían sobre la realidad una imagen poco halagadora que provenía, necesariamente, de otras fuentes. Erasto creía que aquellos que se fijaban en él no veían al flamante tesorero de la ciudad, sino más bien a un simple ex esclavo. Con todo, los libertos no eran los únicos que sentían las molestias de un estatus ambiguo. Febe de Cencreas, aunque disponía de suficientes riquezas para ser patrona tanto de Pablo como de muchos otros (Rom 16,2), era, a los ojos de sus convecinos, por encima de todo, una mujer, con todas las desventajas políticas y sociales que la circunstancia traía consigo. Crispo era, sin duda, un personaje distinguido y generoso pero, para sus contemporáneos paganos, no era más que otro judío que vivía a disgusto entre ellos.

El mensaje central de los evangelios (el salvador murió torturado) da cuenta de las contradicciones que definían la vida de todos estos personajes. Aunque se les percibiera como figuras débiles, todos ellos eran conscientes

de su propio poder; por eso llegaban a comprender, sin grandes dificultades, una idea que se revela en la vida de Cristo tanto como en la de Pablo: «Mi poder triunfa en la flaqueza» (2Cor 12,9). Para ellos, el cristianismo daba sentido a la ambigüedad de sus vidas al mismo tiempo que les hacía partícipes de una sociedad en la cual habrían de ser vistos como individuos únicos, todos igual de valiosos y valorados por igual. Les dio el espacio necesario para florecer en libertad.

Estos personajes, y probablemente otros cuyos nombres Pablo no menciona, formaban un grupo cerrado, el grupo de los «sabios, (...) poderosos, [y] nobles» (1Cor 1,26). Los «sabios» eran aquellos que habían recibido una educación, en particular aquellos con reputación de prudentes y moderados que mostraban cierto buen juicio en la política y en los negocios. Los «poderosos» eran los personajes influyentes, aquellos cuyas opiniones tenían cierto peso en la vida civil. Los «nobles» eran aquellos que habían nacido en la aristocracia de la riqueza creada por aquellos libertos que Julio César envió para refundar Corinto en el año 44 a.C. Con admirable sobriedad, Pablo evoca a una elite privilegiada, cuya repercusión social en Corinto no guardaba proporción alguna con el número de sus miembros. Estos eran minoría en la ciudad, como luego ocurriría con aquellos miembros de dicha clase que se convirtieron al cristianismo. Esta última casta desempeñó un papel protagonista en el desarrollo de los asuntos de la Iglesia. Quienes son conscientes y dan por sentada su autoridad no necesitan de puesto oficial alguno para reforzarla.

La construcción de la iglesia de Corinto

La gran mayoría de los creyentes no eran tan afortunados, pero tampoco estaban en lo más bajo del escalafón social. Conocemos los nombres de dieciséis individuos de la iglesia de Corinto. Dos de ellos (Priscila y Áquila) estaban casados entre sí. Dos eran mujeres (Priscila y Febe). Seis son de origen judío (Áquila, Crispo, Priscila, Sóstenes, Jasón, Síspatro). Tres son de origen gentil (Cayo, Erasto y Tito Justo). Hay otros que no resulta fácil de clasificar (Acaico, Fortunato, Lucio, Cuarto, Esteban y Tertio). Tertio era taquígrafo profesional, así que pudo haber sido esclavo de algún tipo. En cuanto a Acaico, el nombre es un apodo latino («el hombre de Acaya»), lo cual nos hace pensar que debió de ser esclavo en Italia antes de prosperar, ya como liberto, en su tierra natal. Las familias de Esteban y Crispo, con toda seguridad, debieron de ser dueñas de esclavos. Aunque tuvieran pocos privilegios legales, los esclavos nacidos en el seno de una casa consolidada solían disfrutar de ciertos estándares de comodidad y educación inalcanzables para los hombres libres nacidos en la pobreza. Su estatus era muy distinto del de los esclavos del campo o de la mina.

La única deducción segura que puede hacerse es que la comunidad era bastante pequeña: debía de tener unos cuarenta o cincuenta miembros. En lo que respecta a su composición, hemos de citar las palabras siguientes: «Sabéis bien que cuando erais paganos os dejabais arrastrar irresistiblemente por todos los ídolos mudos» (1Cor 12,2). Si Pablo podía afirmar esto es porque la gran mayoría de los corintios se habían convertido del paganismo. Esta teoría se ve refrendada por una prueba muy específica: el tipo de problemas que aparecieron más tarde en la comunidad. En efecto, los conversos judíos eran minoría.

La iglesia de Corinto era, sin duda, un grupo muy heterogéneo. Muchos de sus miembros sólo tenían la cristiandad como nexo de unión. Las diferencias que había entre ellos variaban desde su nivel cultural y de educación o sus fuentes de ingresos hasta sus antecedentes religiosos, su posición y habilidad políticas o, por encima de todo, las expectativas que tenía cada uno. Algunos miembros se acercaron a la iglesia cristiana porque parecía ofrecerles un vasto campo de nuevas oportunidades para poder desarrollar aquellos talentos cuya expresión había frustrado la sociedad. Se trataba de gente enérgica y con ambiciones, igual que Evodia o Síntique en Filipos, y sus ambiciones personales tenían muy pocas cosas en común. Por ello, la ética de la iglesia primitiva admitía cierto espíritu competitivo.

Para Pablo, tal diversidad convertía la iglesia de Corinto en un microcosmos. La iglesia estaba integrada en distintos niveles de su contexto más inmediato, por eso tenía cierto atractivo misionero. Aun así, lo que más apreciaba Pablo de sus fieles corintios era su disposición a aceptar la responsabilidad de interiorizar el cristianismo, es decir, de tratar de compaginar la expresión del sentimiento cristiano con la rutina de la vida cotidiana. El entusiasmo de los corintios era impermeable a cualquier temor a equivocarse. De hecho, la confianza que mostraban los corintios en sí mismos descartaba el error como una opción factible.

Hechos posteriores, sin embargo, muestran que Pablo había subestimado seriamente la capacidad de equivocarse que tenían los corintios. El propio Pablo tiene gran parte de culpa de que esto ocurriera. La imprecisión de sus mensajes hizo que los corintios malinterpretaran sus palabras. Casi todos los principios que Pablo les enseñó

arraigaron distorsionados en la mente de aquellos, y de esa semilla defectuosa florecieron extravagantes aproximaciones a diferentes aspectos de la vida cristiana. Estando presente, Pablo podía cortar su desarrollo desde el tallo. Pero, tras su marcha, el jardín siguió creciendo sin ningún orden.

Si tanta era la vitalidad de la iglesia de Corinto y tan firme la voluntad de esta para tomar iniciativas de muy diversa índole, Pablo pudo concebir que dicha iglesia en particular tuviera una dimensión apostólica. Por desgracia, no sabemos nada al respecto. Pablo cita a «todos los santos que hay en la Acaya» entre los destinatarios de la segunda Carta a los corintios. Sólo en una ocasión se cae el velo de esta vaga generalización. Había una comunidad en Cencreas, el puerto este de Corinto, administrada por una mujer, Febe (Rom 16,1-2).

Correspondencia con Tesalónica

El tráfico hacia Corinto, desde Corinto y en su interior era muy intenso. Corinto estaba situada en el centro de una red de rutas comerciales que se extendían en todas las direcciones. Esto era, sin duda, una ventaja para Pablo, no sólo porque su misión sería de mayor alcance, sino también porque así no tendría grandes problemas para encontrar un grupo que fuera allá donde quisiera enviar un emisario. Supongo que se aprovechó de esta circunstancia y confió su primera Carta a los tesalonicenses (1Tes 12,13-14) a uno de sus corintios conversos que iba camino al norte, por Macedonia.

Este mensajero trajo un informe bastante ambiguo de la situación que vivía la comunidad en Tesalónica. Por

una parte, los conversos tesalonicenses seguían siendo creyentes profundamente devotos y cuyas vidas radiaban el mensaje del evangelio (1Tes 1,6-8). Por otra, parecían haber malinterpretado las palabras de Pablo referidas al «comienzo de una nueva era». A causa de esto último, algunos conversos de allí habían dejado de trabajar porque estaban convencidos de que tenían suficiente para vivir hasta que Cristo reapareciera en toda su gloria. Pablo les había abandonado. ¿Acaso no debían preocuparse más por su sustento personal? Pablo les había dicho que ahora poseían una nueva vida. Y su muerte, ¿significaba que estaban perdidos para siempre?

En un nivel más personal, el emisario informó tímidamente a Pablo de que no era demasiado popular entre algunos miembros de la iglesia de Tesalónica. No se habían formulado acusaciones concretas contra él, pero el emisario había percibido cierto descontento con el comportamiento de Pablo. Puede que la crítica no fuera más que un comentario formulado de soslayo, pero el simple hecho de que alguien en Tesalónica pudiera haber motivado ese comentario sugería que ya había muestras de descontento hacia Pablo en Tesalónica.

La carta (1Tes 1,1–2,12 y 4,3–5,28) que Pablo escribió en respuesta a esto (su primer problema serio de control) resulta bastante reveladora. El tono difiere en buena medida del de sus primeras cartas (1Tes 2,13–4,2). La efervescente calidez y el halago incondicional daban paso ahora a la admonición más adusta y al consejo más comedido. Estas pruebas de distancia emocional se ven reforzadas por la ausencia de ciertas expresiones que pudieran dar a entender que Pablo tiene deseos de volver a encontrarse con sus conversos en Tesalónica una vez más. No hay duda de que Pablo ha evolucionado. Su afecto ha

sido absorbido por la incipiente comunidad corintia. Los tesalonicenses ya no ocupaban el lugar más privilegiado de su mente.

Al contrario de lo que podríamos esperar de un pastor, Pablo no se ocupa primero de arreglar aquellos asuntos más escatológicos, sino que prefiere dar una respuesta aplastante a todas aquellas acusaciones referidas a su comportamiento en Tesalónica (1Tes 2,1-12). A pesar del tono desapasionado, es sorprendente discernir tanta sensibilidad por lo que parece ser un comentario sin importancia, sobre todo en un hombre que ya estaba bien entrado en sus cincuenta, que había sido misionero de forma muy activa en los últimos diez años de su vida y que, en consecuencia, ya debía haberse topado con el fracaso en más de una ocasión. Puede que se tratara de una característica poco feliz de la personalidad de nuestro protagonista, pero también puede ser el anverso del compromiso absoluto que sentía por el mensaje de su apostolado (1Cor 4,10-11). No debía de ser muy sano para Pablo que este interpretara cada ataque personal como una afrenta directa hacia la palabra de Dios que justificaba (¿requería?) una respuesta concreta.

A mitad de la carta, Pablo llega por fin a tratar el problema con los tesalonicenses. Pero en lugar de dar una justificación teológica a aquellos que están más afligidos por la pérdida de seres queridos, lo único que hace es pintar un dramático esbozo de cómo será el día del juicio final. «Porque el Señor mismo, a la señal dada por la voz del arcángel y al son de la trompeta de Dios, bajará del cielo y los muertos unidos a Cristo resucitarán los primeros. Después nosotros, los vivos, los que estemos hasta la venida del Señor, seremos arrebatados juntamente con ellos entre nubes por los aires al encuentro del Señor»

(1Tes 4,16-17). El instinto de Pablo le decía que para saciar la angustia de aquellos necesitaba certezas, no especulaciones.

También había, entre los tesalonicenses, algunos cuya creencia en la inminente segunda venida de Cristo eliminaba el espacio que separaba el «hoy» del «mañana» espiritual. Pablo tuvo que recordarles que el espacio todavía existía y que lo que habrían de hacer en dicho intervalo determinaría su destino en el otro mundo. Así, el indisciplinado y ocioso sujeto que sostuviera esas ideas volvería a trabajar inmediatamente para ganarse de nuevo el pan con el sudor de su frente. Trabajar, sí, igual que hacía el propio Pablo cuando vivía con ellos. Desde el punto de vista de Pablo, los tesalonicenses debían haber solucionado las posibles dudas a la hora de interpretar las palabras del apóstol viéndole actuar. En otras palabras, en el intermedio que separaba el «hoy» del «mañana», la vida debía continuar como hasta entonces, aunque adaptada a esos cánones más elevados que había determinado el sacrificio personal de Jesús en la cruz.

De la ambigüedad a la confusión

Igual que otra mucha gente, Pablo creía que sus adeptos oían lo que querían oír. No parece que el apóstol considerara la opción de que sus palabras, en efecto, no diferían de lo que aquellos en verdad querían oír. Si le contaban un problema, Pablo respondía, exasperado: «Deberían haber interpretado bien lo que yo quería decir».

Pablo no fue capaz de hacerse entender bien cuando predicó en Tesalónica y esa circunstancia debió de contribuir a la confusión que reinaba en la comunidad con

relación a las consecuencias que traía consigo la cercanía o lejanía de la segunda venida de Cristo. La carta que estamos comentando, que debería haber aclarado la situación, no tuvo el efecto deseado. Y esto fue así porque los tesalonicenses, que a su vez deseaban mantener su propia opinión contraria, debieron leer en la carta ciertos enunciados que apoyaran su visión de los hechos. Pablo no puso el cuidado suficiente en su expresión.

Veamos un texto para ilustrar cómo podían los tesalonicenses interpretar algo que Pablo no había tenido intención de comunicar en su carta. Pablo escribió: «Dios no nos ha destinado al castigo, sino a la adquisición de la salvación por nuestro Señor Jesucristo que murió por nosotros para que, vivos o muertos, vivamos siempre con él» (1Tes 5,9-10). La oración principal es «Dios [nos ha destinado] a la adquisición de la salvación». Lo que Dios decide, además, debe ocurrir por necesidad. Los tesalonicenses estaban, por tanto, legitimados a creer que su salvación estaba garantizada, ¿no?

El corolario era igual de obvio. Su modo de vivir no tenía ninguna importancia, pues nada de lo que hicieran iba a alterar la decisión divina. Seguro que hasta podían hallar una justificación explícita para deducciones ulteriores como «aunque estemos dormidos o despiertos», Pablo quería que la expresión significara «aunque estemos vivos o muertos» (véase 1Tes 4,13-15). Pero justo un poco antes, en el mismo contexto, a Pablo se le había ocurrido utilizar la misma expresión con distinto significado: «Por tanto, no nos echemos a dormir como los otros, sino estemos alerta y seamos sobrios» (1Tes 5,6). En este contexto, «dormir» y «alerta» se refieren a guardar las reglas morales. Esto hizo más fácil que los tesalonicenses interpretaran «estemos dormidos o despiertos» como «seamos buenos o malos».

Aquellos que hayan pasado por una situación similar y hayan sentido que sus palabras han sido malinterpretadas, seguro que entenderán la irritación desconcertante con que Pablo debió de reaccionar ante el informe que trajo su emisario. Cualquiera que fuera la explicación (¿un malentendido sin más?, ¿una distorsión deliberada de los hechos?), se trataba de algo que Pablo no podía dejar pasar. Tenía que responder. Y lo hizo escribiendo una carta clara y fría, la tercera Carta a los habitantes de Tesalónica, la que conocemos como segunda Carta a los tesalonicenses[8]. Pablo enfatiza en ese texto las señales que deben anunciar la gloriosa vuelta de Cristo. Sólo así –pensó– conseguiría desmoronar la creencia que triunfaba entre algunos tesalonicenses de que la venida ya había comenzado (aunque de forma secreta). En la carta, además, Pablo reconviene con severidad a los más indisciplinados ociosos.

Los puntos de vista que los tesalonicenses atribuían a Pablo le resultaban tan ajenos a su propia percepción de sí mismo, que el apóstol llegó a considerar la posibilidad de que la carta que recibieron los tesalonicenses fuera una falsificación (2Tes 2,2). Era relativamente fácil que se produjera esta circunstancia, pues Pablo no escribía sus propias cartas (Rom 16,22). Si los conversos de Tesalónica notaron variaciones de algún tipo en la caligrafía de alguna de las tres cartas, seguro que las atribuyeron a que Pablo había hecho uso de escribas profesionales[9]. En

8 La autenticidad de 2Tes y su relación precisa con 1Tes 1,1–2,12 y 4,3–5.28 ha sido ampliamente demostrada por R. JEWETT, *The Thessalonian Correspondence: Pauline Rhetoric and Millenarian Piety.* Foundations and Facets, Fortress Press, Filadelfia 1986, 186-192.

9 Cf E. RICHARDS, *The Secretary in the Letters of Paul,* Wissenschaftliche Untersuchungen zum Neuen Testament, Mohr Siebeck, Tubinga 1991, 2, 42; J. MURPHY-O'CONNOR, *St. Paul the Letter-Writer,* Liturgical Press, Collegeville (Minnessotta) 1995.

el futuro, para evitar las falsificaciones, Pablo añadió una nota de su puño y letra en 2Tes, que supone su primera firma explícita: «El saludo es de mi puño y letra: Pablo. Esta es la señal que distingue todas mis cartas. Esta es mi letra» (2Tes 3,17).

Problemas financieros

La necesidad de mantenerse en contacto con otra iglesia, unido a la más obvia necesidad de alimentar espiritualmente a los corintios, acrecienta notablemente el principal problema que ya tenía Pablo: encontrar tiempo para trabajar y ganarse el pan (1Cor 4,12). El apóstol fue incapaz de sacar los trabajos adelante cuando estaba en Tesalónica, y ahora tenía incluso más distracciones, si cabe. En teoría, la situación no debía suponer un problema, pues, al contrario que en Tesalónica, en Corinto había muchos más creyentes con la riqueza suficiente como para patrocinarle. Pablo, sin embargo, optó por no deberles nada. No en vano se jactaba de predicar el evangelio «gratuitamente» (1Cor 9,18).

La supervivencia de Pablo seguiría siendo un misterio para nosotros si no supiéramos que todavía recibía el subsidio de los filipenses. «Cuando estaba entre vosotros y necesité algo no fui carga para nadie pues remediaron mi necesidad los hermanos llegados de Macedonia» (2Cor 11,9).

El tono inquieto del contexto nos muestra a un Pablo muy avergonzado que responde a una crítica de los corintios: «¿Por qué no nos pides ayuda? Has cogido el dinero de los filipenses, ¿por qué no el nuestro?». Durante su estancia en Corinto, Pablo se las arregló de algún modo

para dar la impresión de que ganaba lo suficiente para vivir, Priscila y Áquila debieron de ser cómplices de Pablo en este engaño. Después de todo, Pablo era su empleado. Ahora bien, ¿por qué pensó Pablo que debía dar esa impresión engañosa?

Lo que mantenía unidas las piedras que cimentaban el mundo grecolatino era el intercambio de favores[10]. Poseer riquezas, en sí mismas, no significaba nada. Sólo si se distribuían podían intercambiarse estas por prestigio y poder. Los regalos eran gestos públicos que reivindicaban la superioridad del donante sobre el destinatario que, en respuesta, debía mostrar su respeto hacia aquel. Los regalos debían ser correspondidos. Si la correspondencia era mayor en valor, el destinatario original ganaba ventaja sobre el donante original. Si el valor de la correspondencia era igual al valor del regalo original, entonces los dos sujetos permanecían iguales. Ahora bien, si la correspondencia era un regalo de menos valor que el regalo original, entonces el destinatario se convertía en cliente que tenía una obligación por cumplir con el donante original. Rechazar un regalo estaba fuera de toda posibilidad, pues la consecuencia podía ser un derramamiento de sangre.

Sólo podemos entender que Pablo aceptara dinero filipense y no corintio conociendo estos antecedentes. La aceptación y el rechazo de uno u otro estipendio no era, ni mucho menos, un capricho, sino que respondía a una estrategia misionera bastante coherente. Pablo aceptaría ayuda financiera de una comunidad dada, sólo después de abandonarla, no mientras estuviera allí presente. La distancia marcaba la diferencia.

El regalo filipense representaba el esfuerzo de todos los

10 Sobre la beneficencia y la gratitud como virtudes esenciales de los contemporáneos de Pablo, cf LUCIUS ANNAEUS SENECA, *De Beneficiis*.

miembros de la comunidad. La iglesia había creado un fondo común al que contribuían todos los miembros. Una delegación oficial se encargaba de llevar la suma resultante a manos de Pablo, presentándola en nombre de la iglesia. Esto quería decir que todos los miembros de la iglesia habían participado en la colecta, aunque unos hubieran contribuido más que otros. La contribución individual se había diluido en el total de la comunidad, ¡qué gran símbolo de la unidad de la comunidad! Pablo podía aceptar el subsidio como oferta para sostener su amistad. Nunca se metió en deudas con ningún individuo concreto. Su gratitud se dirigía únicamente a la iglesia, a la iglesia en su totalidad (Flp 4,10-20).

En Corinto, por el contrario, y dado que Pablo había decidido vivir allí, los regalos sólo podían ser personales. La beneficencia era particularmente necesaria, no sólo porque la entregaban individuos particulares, sino también porque eran en especie. Alojamiento significaba la casa de unos, una cena, la mesa de otros. ¿Cómo habría de responder Pablo a tal multitud de regalos individuales? Según la ética del mundo grecolatino, Pablo habría de organizar su tiempo de tal manera que aquellos que dieran más atención, recibieran, en correspondencia, más atención. Los pobres necesitados tendrían muy pocas oportunidades si comparamos sus recursos con aquellos de la elite. Incluso con las mejores intenciones del mundo, la elite hubiera monopolizado la atención de Pablo en detrimento de las necesidades reales de toda la comunidad.

Quizá tras comparar sus experiencias en Filipos y Tesalónica, lo que es seguro es que ocurrió antes de su llegada a Corinto, Pablo comprendió que aceptar regalos le ponía en una posición muy delicada. No sorprende, pues, que rechazara todas las ofertas, a pesar incluso de los

malos sentimientos que había generado. Si recibía regalos, estaba condenado, y si no los recibía, le maldecían. Él mismo debió de maldecir la perversión de la naturaleza humana.

Fecha crucial

La oposición judía a Pablo creció en Corinto en proporción al número de «temerosos de Dios» que el apóstol ganó para la cristiandad. La pérdida de la simpatía que los paganos sentían hacia el judaísmo se percibía por parte de estos últimos como una amenaza para la existencia del sionismo. Eran cada vez menos los que se alzaban para defender el judaísmo, por eso, los seguidores de la ley no podían permitirse el lujo de que Pablo siguiera captando judíos para su causa. Así, un buen día, «siendo Galión procónsul de Acaya, los judíos se sublevaron a una contra Pablo y lo llevaron ante el tribunal» (He 18,12).

El alto tribunal o *bema*, palabra que designa también la tarima de los oradores, se situaba en el centro de la gran ágora. Allí se leían las proclamas municipales. A buen seguro, Pablo se resistió, pero aun así, debió de acabar atado y con grilletes en la plataforma de piedra delantera, dando la espalda a la enorme estatua de Palas Atenea. Al contrario de lo que ocurriera en Filipos, este arresto no tuvo malas consecuencias para él. Galión negó los cargos porque se trataba, según él, de un simple problema interno de los judíos que a él no le interesaba.

Pero el episodio tiene cierta relevancia, pues muestra que el apostolado de Pablo en Corinto coincidió, al menos en parte, con la legislatura de Lucio Junio Galión, hermano de Séneca el filósofo. Galión tomó posesión del

cargo de procónsul de Acaya a comienzos de julio del año 51 d.C. No se mantuvo en el cargo el año entero que debía haber durado su mandato, pues dejó Corinto con la excusa de una enfermedad durante el mes de septiembre. Pablo, en consecuencia, tuvo que haberlo conocido a finales de verano del año 51 d.C.[11].

Poco después de producirse este encuentro, Pablo abandonó Corinto para volver a Antioquía de Orontes. Había pasado dieciocho fructíferos, pero no por ello poco arduos, meses en Corinto (He 18,11), y ya era hora de dejar la comunidad en manos de sus propios miembros. Mientras Pablo estuviera presente, todos los problemas le vendrían a él. Los corintios debían desarrollar su propio concepto de la cristiandad, y la comunidad necesitaba espacio para que emergieran sus propios dirigentes. La abrumadora presencia de Pablo impedía el normal desarrollo social de la iglesia en Corinto.

11 Para Galión y la fecha de su estancia en Corinto, cf J. MURPHY-O'CONNOR, *St. Paul's Corinth: Texts and Archaeology*, Liturgical Press, Collegeville (Minnessotta) 2002³, 161-169.

6

Antioquía y Jerusalén

Al dejar Corinto, Pablo no fue directamente a Antioquía de Orontes. Sus experiencias, tanto en Macedonia como en Acaya, le habían enseñado varias lecciones. La primera, como ya hemos visto en relación con Tesalónica, era la necesidad de llevar a cabo un proceso de seguimiento de las iglesias. En efecto, Pablo debía mantenerse en contacto con las iglesias que había fundado si quería que las comunidades resolvieran sus propios problemas. La segunda era la gran ventaja de tener una base ya preparada cuando llegara a una ciudad extranjera. Tuvo suerte en Filipos: encontró a Lidia y esta le ofreció sustento durante su estancia en la ciudad. No tuvo tanta suerte en Tesalónica, donde tuvo que luchar para poder sobrevivir. En Corinto, sin embargo, había encontrado un filón. Priscila y Áquila ya eran cristianos y estaban bien establecidos: ellos fueron quienes le ofrecieron un hogar y empleo.

Cuando dejó Corinto, Pablo decidió que, a su vuelta de Antioquía, se establecería en la ciudad de Éfeso, pues representaba la mejor elección para mantener el contacto con las iglesias que ya había fundado. En línea recta, Éfeso dista lo mismo de Galacia que de Tesalónica (445 km). Si utilizamos esa distancia como radio desde Éfeso, podemos trazar un círculo que incluye Corinto (400 km) y Filipos (445 km). Además, las rutas radiales, tanto por tierra como por mar, que nacían en Éfeso eran magníficas. Por

último, la ciudad entraría en la estrategia misionera que se había decidido en Antioquía unos diez años antes.

Una vez tomada la decisión, el siguiente paso parecía bastante lógico. Camino hacia el este, Pablo dejó a Priscila y Áquila en Éfeso (He 18,18-19). Ambos debían ser la avanzadilla que habría de preparar el terreno para cuando Pablo acabara uniéndose a ellos. Pablo sabía que era un magnífico plan, pero no contaba con que pedía mucho de ellos. De entrada, iban a perder el negocio que habían levantado con tanto esfuerzo en Corinto y, con ello, el sustento que les ayudaba a sobrevivir. Iban a tener que empezar de cero en una ciudad extraña, luchando por conseguir clientes para ganarse el pan.

Pero ya habían empezado de cero anteriormente, por eso sabían que podían volverlo a hacer. Y en esta ocasión operaban bajo un mandato mucho más profundo que la supervivencia económica. La implicación tan intensa que sugiere el elogio de Pablo –«arriesgaron sus cuellos por mi vida» (Rom 16,3)– indica que se habían convertido en una parte esencial de la misión paulina. En efecto, eran miembros, de su equipo permanente de colaboradores. Por eso, lo único que importaba era que el evangelio se difundiera. Las pérdidas financieras y el sacrificio personal eran igual de irrelevantes.

Para asegurarse de que volverían a encontrarse, Pablo decidió permanecer en Éfeso hasta que Priscila y Áquila encontraran un sitio para vivir. Cuando se reunieron de nuevo, un año después, él había fundado una iglesia muy próspera. Aun así, muchas cosas ocurrieron durante un suceso y otro.

Una misión sin reglas

A comienzos de otoño del año 51 d.C., Pablo ya llevaba unos cinco años fuera de Antioquía de Orontes. Lo que comenzó como una misión apostólica hacia Éfeso, se había transformado, providencialmente en una serie de exitosas campañas por Galacia, Macedonia y Acaya. La gran mayoría de los creyentes que Pablo había convertido en estas provincias eran de origen pagano, por lo que el proceso de conversión había resultado relativamente sencillo. Sólo habían tenido que renunciar a los ídolos que adoraron en el pasado. Debían reconocer a Jesucristo como el único salvador (Rom 10,9) y además mostrar su fe en público pasando por el rito del bautismo.

Como, por lo que se refiere a la salvación, para Pablo no había término medio entre la ley y el mensaje evangélico de Cristo (valía uno o valía el otro, pero no los dos), jamás se le ocurrió al apóstol que sus conversos tuvieran que estar sujetos a las demandas de la ley. Valía con creer en Jesucristo. Esta era la política que seguía la iglesia de Antioquía cuando Pablo se marchó y debemos suponer también que era la práctica seguida por Bernabé, el antiguo compañero de misiones de Pablo.

Lucas resume el viaje por mar que unía Éfeso con la costa de Palestina (521 millas náuticas, unos 965 km) en un par de frases (He 18,21-22). Con viento de cara, la travesía no tenía por qué durar ni siquiera una semana. El destino de la nave, sin embargo, era Cesarea, una ciudad mucho más alejada, en dirección sur, de lo que hubiera querido Pablo. Lucas sigue la estrategia de situar a Pablo lo más cerca posible de la ciudad de Jerusalén (He 22,3). Por eso, se aprovecha de la ruta marítima que siguió Pablo para insinuar que este hizo una visita de rigor a la

madre de todas las iglesias en Jerusalén. De hecho, lo más probable es que Pablo iniciara, sin dilación, la ruta hacia Antioquía de Orontes, pues sabía, por propia experiencia, que todavía le quedaban por recorrer unos 480 km y que los vientos contrarios podían ralentizar demasiado la travesía en paralelo a la costa[1]. ¿Por qué habría de gastar tiempo y energías desviándose hacia Jerusalén? Esa no era su iglesia.

Cuando por fin Pablo regresó a Antioquía de Orontes, esperaba una bienvenida triunfal, pues, no en vano, había llevado el evangelio con éxito a lugares muy remotos. Por eso debió de sentir un duro golpe moral al enterarse de que la política de las misiones ajenas a la ley judía se había puesto en cuestión. La base del trabajo de toda una vida estaba siendo atacada. Los conversos de Antioquía estaban menos preocupados por lo que Pablo había logrado que por saber si tenía derecho a haberlo logrado de ese modo.

Varios miembros de la iglesia madre de Jerusalén habían llegado a Antioquía e insistían en que todos los conversos de origen gentil debían hacerse judíos antes de ser aceptados en el seno de la cristiandad (He 15,1). Los paganos debían ser circuncidados y ya no podrían dejar de guardar los preceptos que, con respecto a la dieta, mandaba la ley. Todo eso era necesario si querían seguir a Jesús.

Pablo estaba furioso (Gál 2,4-5). Aquellos que habían causado tantos problemas eran «falsos hermanos» que se habían infiltrado en secreto para primero espiar y luego esclavizar a los fieles de Antioquía. La carga emocional de las expresiones de Pablo mueve a pensar que este creía que

1 Cf R. TALBERT (ed.), *Barrington Atlas of the Greek and Roman World*, Princeton University Press, Princeton 2000, mapas 67, 68, 69.

los cristianos de Jerusalén estaban totalmente equivocados, es decir, que estaban divulgando una teología totalmente equivocada. Pero las cosas no eran así.

Hasta el propio Pablo admitiría que la salvación estaba relacionada con el pueblo elegido, el pueblo que alababa al único Dios, el mismo Dios que le había enviado a su Mesías. Los jerosolimitanos incluso afirmaban que, durante su vida, Jesús, el Mesías, había sido circuncidado (Lc 2,21) y que seguía los preceptos de la ley (por ejemplo, cuando se fue de peregrinación a Jerusalén). Por si fuera poco, también afirmaban que ese mismo Mesías proclamaba la validez eterna de la Ley –por ejemplo, cuando dijo: «Porque os aseguro que, mientras no pasen el cielo y la tierra, ni un punto ni una coma desaparecerán de la ley hasta que todo se cumpla» (Mt 5,18)–. Por último, afirmaban que el Mesías ordenaba seguir los preceptos de la ley –por ejemplo, cuando dice: «Mira, no se lo digas a nadie; pero anda, muéstrate al sacerdote y presenta la ofrenda que ordenó Moisés para que les conste tu curación» (Mc 1,44)–. Si Jesús, es decir, el Mesías, había sido así de escrupuloso a la hora de seguir los preceptos de la ley, sostenían los jerosolimitanos, sus discípulos debían seguir su ejemplo. En resumen, todos los cristianos debían someterse al imperio de la ley.

Para los conversos de Antioquía que sabían algo sobre la vida de Jesús, este argumento tenía mucha fuerza, pues los argumentos en los que se basaba eran indiscutibles. Pero si volvían la cabeza a Pablo para que este refutara el argumento, entonces se sentían bastante decepcionados. Para Pablo, esos preceptos eran, lisa y llanamente, irrelevantes. Pablo veía las cosas desde un ángulo completamente opuesto. Para el apóstol, la identidad de Jesús era mucho más importante que cualquier cosa que hubiera

hecho o dicho. Como Mesías, Jesús inauguró una nueva era; llevó a la humanidad a un nuevo mundo, en el que no importaban ninguno de los viejos cánones, ninguno de los antiguos criterios, ninguno de los antiguos valores. «De modo que, el que está en Cristo, es una criatura nueva; lo viejo ya pasó, y ha aparecido lo nuevo» (2Cor 5,17). El Mesías representaba la alternativa a la ley.

Así, la iglesia de Antioquía se convirtió en el escenario en el cual dos enemigos irreconciliables luchaban sin llegar a ponerse en contacto el uno con el otro. Los proyectiles volaban por el aire sin llegar a su destino. Los argumentos iban por raíles paralelos que nunca se encontraban. Ambos bandos hablaban, pero no había diálogo alguno.

Una situación tan tensa no podía mantenerse mucho tiempo. La iglesia de Antioquía sólo veía un modo de acabar con ella. La comunidad mandaría emisarios a Jerusalén para presentar su política acerca de los paganos conversos al cristianismo. Como era de esperar, la misión recayó en Pablo y en Bernabé, quienes más habían hecho por atraer a los paganos al seno de la cristiandad. Tito les acompañó (Gál 2,1); era la primera vez que Pablo saldría en compañía de Tito. Este era gentil, probablemente oriundo de Antioquía, pero no era parte de la delegación. Es de suponer que Pablo lo llevó deliberadamente para ponerlo como ejemplo vivo del pagano converso de Antioquía. Si sólo hubiera querido un ayudante, hubiera escogido a Timoteo, que tenía mucha más experiencia y estaba disponible. Pero Timoteo no le servía a Pablo en esta ocasión: Timoteo había sido circuncidado (He 16,3).

Encuentro en Jerusalén

Atribulados, Pablo y Bernabé partieron para Jerusalén. El viaje duraría unas dos semanas, pero tenían mucho de lo que hablar en el camino. Ambos estaban convencidos de lo correcto de sus posiciones en la discusión que debían mantener en Jerusalén, pero todavía quedaban muchos temas, de mayor gravedad, que debían tratar. No podemos decir nada de Bernabé, pero en lo que a Pablo respecta la cosa estaba bastante clara. Él no pensaba que la circuncisión fuera mala, sino que era irrelevante a todas luces. Aceptarla, por tanto, como parte del credo cristiano daba una impresión falsa. En apariencia, la medida daba continuidad a la validez de la ley, pero esta, según la opinión de Pablo, había sido derogada en el momento en que llegó Jesús, el Mesías. Lo que más molestó a los dos emisarios es que el propio encargo que debían llevar a cabo suponía que la iglesia de Antioquía estaba dispuesta a aceptar el veredicto de Jerusalén acerca de la circuncisión de los paganos conversos.

Un problema preocupante

Pablo era capaz de cerrar su mente a la posibilidad de un fracaso; rechazaba creer que la decisión de las autoridades de Jerusalén pudiera ser contraria a su concepción de un apostolado que no estuviera supeditado a la ley. No era muy dado a ponerse en el lugar de los demás para ponderar el punto de vista de sus semejantes. Bernabé debía ser mucho más pragmático y seguro, e hizo ver a Pablo las consecuencias de una decisión contraria a sus intereses. Si perdían, ¿qué haría Pablo?

¿Acaso podría sacrificar su comprensión de la revelación divina en la obediencia a la autoridad moral de la madre iglesia? ¿Debería aceptar la decisión de Jerusalén hasta el punto de exigir a todos sus conversos que se circuncidaran, aun estando convencido, en su fuero interno, de que la medida era absurda? ¿Habría de romper del todo con las iglesias de Jerusalén y Antioquía para no tener que obligar así a que sus conversos paganos se circuncidaran? Esas eran las preguntas que bullían en su mente, mientras ponderaba, sin descanso, los pros y los contras de la situación.

Si Pablo se decidía por la última opción, que parecía la más probable según su temperamento, las consecuencias estaban muy claras. Las autoridades de Jerusalén podrían destruir todo lo que el apóstol había logrado y, es más, no dudarían en oponerse sistemáticamente a todas las empresas misioneras que Pablo llevara a cabo en el futuro. Mandarían emisarios a todas las iglesias que Pablo había fundado para informarles de que Pablo se había quedado solo, que se trataba de un inconformista sin poder representativo, que los auténticos seguidores de Jesús seguían los preceptos de la ley.

La amenaza era real y muy seria. Pablo se hacía pocas ilusiones con respecto a que sus conversos fueran leales a su teología. Su experiencia con los tesalonicenses le había enseñado lo fácil que podían malinterpretarse sus enseñanzas. Es más, los pocos que habían entendido de verdad el mensaje evangélico no tendrían muchas ganas de oponerse a lo que opinaba la mayoría. Por último, Pablo conocía las dificultades que se derivaban de tomar una decisión moral de manera completamente libre; y, además, como fariseo que había sido, conocía la seguridad seductora que ofrecían las leyes y las regulaciones. En un mundo en el que

sus conversos estaban siendo desestabilizados por fuerzas que ni podían entender ni podían controlar, la ley habría de parecerles la mejor cuerda de salvamento con la cual evitar ser arrastrados por las olas de la incertidumbre: la incertidumbre de no saber si las decisiones que tomaban eran o no las correctas. Cuanto más pensaba en ello, más temor sentía Pablo.

Al vislumbrar las brillantes masas que abarrotaban el templo y el palacio, cerca ya de las murallas, Pablo debió de recordar su anterior visita, catorce años atrás (Gál 2,1). Por aquel entonces, había acudido a Pedro lleno de dudas acerca de la figura histórica de Jesús. Ahora sólo le preocupaba una pregunta. Las respuestas de Pedro habían satisfecho su curiosidad sobre Jesús. Pero la respuesta que aguardaba sobre el modo como debía seguir a Jesús podría ahora cambiar su vida para siempre.

Pedro ya no estaba al mando

Si Pablo esperaba encontrarse a Pedro en el inigualable puesto de autoridad que ocupaba durante su anterior visita, a buen seguro que acabaría decepcionado. Su inquietud debió de acrecentarse. En la anterior ocasión, Pedro había reconocido el origen divino de la misión de Pablo hacia los gentiles (Gál 2,7). En esta ocasión, Pablo contaba con que Pedro también le daría su apoyo. Para su consternación, tanto él como Bernabé tuvieron que enfrentarse con un comité compuesto por Santiago, el hermano de Jesús, Pedro y Juan (Gál 2,9).

Quince años antes, Santiago era una figura en alza dentro de la comunidad (Gál 1,19). Es posible que no llegara a eclipsar a Pedro por completo, pero había lle-

gado a ser líder del grupo de Jerusalén. En cierto modo, su carrera se asemejaba a la de Pablo. Al comienzo, ambos se habían mostrado hostiles al ministerio de Jesús: Santiago en vida de Jesús (Jn 7,5), y Pablo tras escuchar el evangelio por primera vez. Ambos se convirtieron al ser testigos de una aparición de Cristo posterior a la resurrección (1Cor 15,7-8). Debido a su fuerte carácter, ambos llegaron a ocupar puestos de autoridad en el movimiento cristiano. Claro que el parentesco familiar de Santiago con Jesús no debió de ser impedimento alguno para que aquel escalara puestos en la jerarquía de la Iglesia. El sucesor de Santiago en la dirección de la iglesia de Jerusalén, Simeón, era primo de Jesús (era hijo de su tío Cleofás, el hermano de José).

Santiago no era tan cosmopolita como Pablo. Era vecino de Galilea y no había viajado más lejos de Jerusalén. Siempre había vivido al abrigo de una mayoría de población judía. En consecuencia, continuó su vida como judío sin cuestionarse ningún precepto, incluso después de aceptar a Jesús como Mesías. El bautismo y la eucaristía, como rito y como acto social en torno a una mesa, eran más añadidos familiares al culto que sustituciones radicales o subversivas. Pablo sólo tenía razones para pensar que Santiago era la cabeza pensante de los jerosolimitanos, el grupo que había perturbado la misión de Antioquía insistiendo en que los cristianos de origen pagano debían convertirse antes al judaísmo.

Santiago estaba completamente de acuerdo con todos los argumentos que sus seguidores ya habían expuesto en Antioquía. No es descartable incluso que intentara añadir otros: algunas profecías del Antiguo Testamento, por ejemplo, hablaban de la era del Mesías como la época en que todo el mundo pagano vendría sumiso en

peregrinación a Jerusalén (Is 60-62). Santiago llamaría la atención sobre las palabras que el profeta pone en boca de los paganos: «Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob, para que nos enseñe sus caminos y caminemos por sus sendas, pues de Sión saldrá la ley de Jerusalén, la palabra del Señor» (Is 2,3). Dado que Jesús había inaugurado la era del Mesías (sostendría Santiago), ahora era el momento para que los gentiles que reconocieran a Jesús como el Mesías aceptaran la ley.

De alguna forma, estas premisas conciliaban las posturas de Santiago y Pablo, pues no olvidemos que este último basaba su posición de desobediencia a la ley en el hecho de que Jesús era el Mesías. Desde otro punto de vista, el argumento alejaba las posturas de ambos hasta extremos opuestos. Pero esto último nunca ocurrió. Pablo se mantuvo firme y Santiago, de forma asombrosa, estuvo de acuerdo en que Tito no debía ser circuncidado (Gál 2,3). La decisión libró a todos los conversos paganos del yugo de la ley y dejó establecido, si bien de forma implícita, que lo único necesario para la conversión era la fe en Jesús[2].

¿Por qué Santiago estuvo de acuerdo con Pablo?

Incluso en el improbable caso de que Pablo hiciera uso de todos los recursos retóricos a su alcance, no puedo creer que fuera tan ingenuo como para creer que Santiago había

2 Sobre las dificultades de usar He 15 como crónica del encuentro de las delegaciones de Antioquía y Jerusalén, cf M.-É BOISMARD–A. LAMOUILLE, *Les Actes des deux apôtres*, Études bibliques, nouvelle série 12-14, Gabalda París 1990, 2, 279-285, 361-363; 3, 195-205; J. TAYLOR, *Les Actes des deux apôtres*, Études bibliques, nouvelle série 23, Gabalda, París 1994, 5, 197-225; *The Jerusalem Decrees (Acts 15,20.29 and 21,25) and the Incident at Antioch (Ga 2,11-14)*, New Testament Studies 47 (2001) 372-380.

cambiado de opinión debido a la brillantez de su presentación. Tuvo que haber otros factores que, para Santiago, valieran más que el principio teológico de la circuncisión de los gentiles. Aunque pueda parecer sorprendente, creo que esos factores eran más de índole política que religiosa[3].

En el imperio romano (no se olvide que Judea pertenecía a ese imperio), los judíos tenían privilegios que estaban específicamente protegidos por la ley romana[4]. En los quince años precedentes al encuentro en Jerusalén que nos ocupan (año 51 d.C.), hubo una serie de graves incidentes en los cuales los derechos judíos habían sido violados sin que luego intervinieran las autoridades romanas. En varias ocasiones, la responsabilidad era de las propias autoridades. El emperador Tiberio había expulsado a los judíos de Roma. Cayo, su sucesor, intentó transformar el templo de Jerusalén en un santuario imperial pagano colocando una estatua de sí mismo representando a Júpiter. El prefecto de Egipto agitó a un grupo de violentos revolucionarios antisemitas en Alejandría. Su colega, el procurador de Judea, quitó a los judíos el control que tenían sobre la manufactura de los ropajes sin los cuales los sacerdotes no podían ejercer sus funciones. La consecuencia más directa de estos incidentes (y alguno más que no haya podido ser documentado) fue un acuciante sentimiento de inseguridad entre los judíos.

La situación en Judea alcanzó un momento crítico en el 51 d.C. El procurador no hizo nada por castigar a los

3 Sobre los detalles que siguen cf J. MURPHY-O'CONNOR, *Nationalism and Church Policy: Reflections on Gal 2:1-14,* en G. R. EVANS-M. GOURGUES (eds.), *Communion et Réunion: Mélanges Jean Marie Roger Tillard,* Bibliotheca ephemeridum theologicarum lovaniensium 121, Peeters, Lovaina 1995, 283-291.

4 Cf, en particular, FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades judías* 14, 241-261 y C. SAULNIER, *Lois romaines sur les Juifs selon Flavius Josèphe,* Revue Biblique 88 (1981) 161-198.

samaritanos que habían matado brutalmente a un grupo de peregrinos de Galilea que iban camino de Jerusalén. Así, varios amigos de las víctimas y otros judíos de diversa extracción se tomaron la justicia por su mano y sembraron la semilla de la venganza contra los samaritanos. La situación llegó a ser tan tensa que cualquier observador medianamente perspicaz hubiera podido predecir una inminente escalada de violencia entre romanos y judíos. Era obvio que los judíos debían permanecer más unidos que nunca. Sólo así podrían llegar a sobrevivir. Cualquier debilidad en el compromiso de algunos sectores podría ser fatal para las aspiraciones de la etnia.

El dilema que, en las conciencias cristianas, provocaba esta situación era también obvio. Los cristianos eran, ante todo, judíos. Lo único que les separaba de sus hermanos era haber aceptado a Jesús de Nazaret como su único Mesías. Incluso sin recibir presiones por parte de sus correligionarios, sus propios instintos les llevarían a comprender que el comienzo de los cincuenta era la época adecuada para reafirmar, no para repudiar su identidad como judíos. ¿Y a qué propósito podría servir la circuncisión de los conversos gentiles? Está claro: la afirmación de su identidad como judíos. La circuncisión de los cristianos gentiles significaba poder reconocerlos públicamente como judíos, incluso aunque no tuvieran relación directa con el judaísmo (claro, eran seguidores de Jesucristo, no de Moisés). Si no, ¿qué lealtad hacia los judíos podría esperarse de este grupo de individuos cuando comenzara la escalada de violencia? En momentos de crisis, ¿acaso podría un verdadero judío nacionalista confiar en esa gente? ¿Podría dicho judío, antiguo gentil, estar preparado para defender, con su vida, si fuera necesario, el templo y la ley?

Los patriarcas más perspicaces de la iglesia de Jerusalén debieron de hacerse estas preguntas en varias ocasiones. Lo que parecía una buena medida a corto plazo no pintaba muy bien como recurso político en el futuro más inmediato. Mi teoría es que Santiago pertenecía a este grupo de «patriarcas perspicaces». Como máximo dirigente de la iglesia de Jerusalén, Santiago se debatía entre varias posibilidades, todas de índole práctica, nunca teológica. Aquellos que pedían la circuncisión de los gentiles podían tener razón en teoría, pero no era momento de insistir en principios teológicos superfluos.

Al final no importa cuáles fueran sus propias inclinaciones personales, lo cierto es que las circunstancias históricas conspiraron para que Santiago necesitara una razón teológica que justificara la no circuncisión de los gentiles. Esta necesidad debió resultar crucial para que Santiago se mostrara tan receptivo ante los argumentos y la personalidad incluso del propio Pablo. No más que hacía catorce años (Gál 1,19), pudo Santiago dudar de la sinceridad y de las implicaciones del modo en que él mismo había sido convertido. Como tampoco podía negar la gracia manifestada en el número de gentiles que había aceptado el evangelio paulino (Gál 2,9a). Éxito parecido debió tener Bernabé; el número, por tanto, que podemos estimar debía ser, en realidad, el doble. Esos signos de la presencia del Espíritu Santo manifestaban la voluntad divina de que los gentiles debían ser admitidos en la iglesia como gentiles. Pero Santiago nunca habría dado tanto valor a esa prueba si no fuera por la presión que generaban las circunstancias políticas.

Colecta para los pobres en Jerusalén

La pobreza que asolaba Jerusalén era conocida en todo el mundo judío. Casi dos tercios de la población recibía sustento económico gracias a la caridad pública o privada (He 4,34-37)[5]. Había momentos peores que otros, pero, en general, todos los días eran malos. Se animaba desde las autoridades a que los peregrinos que llegaban a Jerusalén trajeran todo lo que pudieran para dar limosna. Tanto Pablo como Bernabé habían tenido experiencia personal de las condiciones en las cuales se hallaba la ciudad sagrada. Por eso apoyaron la iniciativa de la iglesia de Antioquía de iniciar una colecta que luego habría de ser presentada como regalo financiero para la iglesia de Jerusalén antes de debatir el problema de la circuncisión (He 11,29-30).

Al final de la reunión, Santiago, Pedro y Juan pidieron a Pablo y Bernabé que continuaran buscando dinero para asegurar el subsidio de la iglesia de Antioquía (Gál 2,10a). La dirección de Jerusalén reconocía que, a pesar de su compromiso con el judaísmo, la comunidad cristiana arraigada en la ciudad sagrada comenzaba a adquirir una identidad social particular que le hacía apartarse del resto de la etnia judía en general. La posibilidad de que, llegado el momento, la comunidad cristiana no tuviera acceso a la caridad judía institucionalizada era cada vez más creciente. Se hacía necesario que la diáspora cristiana actuara como la diáspora judía para poder financiar a sus correligionarios de Jerusalén.

Pablo y Bernabé no dudaron en poner a la iglesia que representaban a trabajar en esa tarea. No necesitaban ni

5 Cf J. JEREMIAS, *Jerusalem in the time of Jesus: An Investigation into Economic and Social Conditions during the New Testament Period,* SCM, Londres 1969, 111-119. (trad. esp., *Jerusalén en tiempos de Jesús*, Cristiandad, Madrid 1977[3]).

consultarlo con las autoridades. Amar al prójimo es el deber de todo cristiano. Ahora bien, Pablo se comprometió personalmente a la tarea. Su entusiasmo venía inspirado, sin duda, por lo menos en parte, por la carestía económica que había sufrido en sus tiempos de fariseo pobre. ¡Imaginemos cómo apreciaría los dones más generosos! También estaría incluyendo (mentalmente) las iglesias que había fundado en su compromiso con el futuro económico de la iglesia de Jerusalén. Como vimos anteriormente, Pablo no tenía intención de quedarse en Antioquía. Nuestro protagonista tenía intención de salir hacia el oeste, hacia Éfeso, en cuanto las nieves de la montaña se derritieran. Pablo no veía razón por la cual las iglesias filiales de Antioquía no hubieran de contribuir a tan altruista proyecto. Parecía un gesto de correspondencia muy apropiado por parte de las iglesias paulinas, máxime teniendo en cuenta que Jerusalén había reconocido la libertad de dichas iglesias.

Problemas en Antioquía

Pablo y Bernabé regresaban alegres a Antioquía de Orontes. Ya no tenían la responsabilidad de llevar una gran cantidad de dinero. Podían dar la vuelta a los bolsillos con una sonrisa delante de cualquier bandido que quisiera abordarlos. Y lo que es más importante, ambos se habían quitado un tremendo peso de encima. Dios había dado el visto bueno a la estrategia misionera que ambos habían llevado a cabo. No era necesario hacer ningún cambio, pues podrían continuar predicando el evangelio como habían hecho hasta entonces.

La iglesia de Antioquía saludó con alegría y orgullo las noticias del éxito de la misión de Pablo y Bernabé,

no en vano la política misionera de la institución había sido ratificada por la iglesia madre. Ya era, pues, hora de que la iglesia de Antioquía conociera de primera mano los resultados de la expedición paulina por Europa. El apóstol pudo haber jugado la baza de los peligros que tuvo que pasar, pero no quería escatimar tiempo para contar los detalles espirituales. El público de Pablo debía ser informado, con todo detalle, de la ruta de su viaje, de las ciudades donde había predicado, de sus técnicas de evangelización, del número de conversos que había logrado y del tipo de comunidades que había fundado. Debía repasar la historia de los últimos cinco años. Seguro que el relato duró varios días.

Esto no significaba que Pablo se pasara semanas ensalzándose a sí mismo. Pablo se vanagloriaba en nombre del Señor (1Cor 1,31; 2Cor 10,17). Dejaría bien claro, desde el principio, que él mismo, el apóstol, no era más que el canal por el cual fluía, hacia el mundo, la energía divina (1Cor 3,5-9). Aparte de ensalzar a Dios, Pablo querría dejar claro que, si no se ofrecían como misioneros otros miembros de la iglesia de Antioquía, seguiría habiendo pocos canales que pudieran transmitir la gracia divina. Es fácil imaginárselo regodeándose en el inspirador ejemplo de la evangelización tan dinámica que llevó a cabo en Filipos. La comunidad en Antioquía tenía muchísimo tiempo para asimilar lo que Pablo había conseguido en su nombre.

Pedro en una comunidad heterogénea

No conocemos las razones por las que Pedro llega a Antioquía (Gál 2,11). Sospecho que la razón principal era pura curiosidad. Durante su encuentro en Jerusalén,

Pedro habría sentido intriga por la vívida descripción que Pablo habría hecho de la comunidad antioquena. Quizá también le habló de Corinto, ese lugar donde judíos y gentiles conversos vivían juntos en total armonía. Pedro nunca había vivido en una comunidad heterogénea.

Santiago, como se recordará, no se oponía a la conversión de los gentiles. El único extremo que estaba en disputa era el modo en que debían ser incorporados a la comunidad cristiana. Para Pablo, la fe y el bautismo eran más que suficientes. Para Santiago, la circuncisión también debía ser requisito indispensable. Si se quería construir una comunidad estable, Santiago era el hombre adecuado, pues era más realista en ese sentido. Las comunidades de judeocristianos que Santiago presidía eran heterogéneas sólo sobre el papel. Los miembros gentiles se habían convertido, de hecho, en judíos. Si habían aceptado pasar por el doloroso (en sentido físico) rito de la circuncisión, quería decir que también aceptaban el resto de requisitos que demandaba la ley. Esa percepción, común a todos los miembros, de los requisitos necesarios para convivir día a día garantizaba tanto la cohesión como la permanencia de los miembros en la comunidad.

Una comunidad heterogénea en la que los gentiles siguieran viviendo como gentiles y los judíos como judíos constituía, de origen, un grupo inestable. Como vimos en el caso de Antioquía, su propia existencia dependía de frágiles compromisos que siempre estaban abiertos a renegociación. Cualquier interferencia en la buena voluntad que se aplicaba a la convivencia cotidiana supondría eliminar el suministro de sangre al corazón de la comunidad.

Pedro representaba la incógnita en tan delicada ecuación. Al principio Pablo se preguntaría si su presencia en la comunidad iba a ser para bien o para mal. ¿Tenía

intención Pedro de mantenerse a distancia y observar? En ese caso, no sería raro que la comunidad percibiera un tufillo a crítica hostil y obrara en consecuencia. Ese temor no duró mucho. Pedro se integró perfectamente. Aun siendo judío, Pedro adoptó las costumbres habituales que se seguían en las comidas de hermanamiento de la comunidad, es decir, comió con los gentiles. Dados su origen y su formación, Pedro debió de hacer un gran esfuerzo para ofrecer ese gesto de confianza y buena voluntad. Sin duda corrió el riesgo inspirado por la gracia divina, la cual era palpable en el amor que unía a los creyentes de Antioquía.

Alborotadores de Jerusalén

El sentimiento de triunfo que Pablo y demás correligionarios de Antioquía sintieron tras la exitosa visita de Pedro no duró demasiado. Varios alborotadores llegaron de Jerusalén. Pablo no aclara si fueron enviados por Santiago o si viajaron a Antioquía por iniciativa propia. En cualquier caso, la excusa de su intervención era el corolario de la decisión que Santiago había tomado en Jerusalén. Si entonces la delicada decisión política hacía poco recomendable la circuncisión de los gentiles conversos para reforzar la identidad judía, ahora sí parecía el momento de reforzar dicha identidad.

Este extremo era de crucial importancia para los jerosolimitanos, sobre todo cuando se trataba de comunidades más o menos heterogéneas (y para iglesias heterogéneas, la de Antioquía), comunidades en las que la integración se había llevado tan lejos como era posible. Desde el punto de vista jerosolimitano, la integración significaba, lisa y

llanamente, asimilación. Su objetivo principal era trazar una línea divisoria entre cristianos de origen judío y gentil. Los judíos creían que sólo mediante el aislamiento serían capaces de preservar sus tradiciones, sus valores y sus costumbres. La primera medida práctica que se debía tomar consistía en desestabilizar las comidas de hermandad de Antioquía. El mejor modo de comenzar era sugiriendo que los creyentes de origen judío eran demasiado ingenuos si creían que los gentiles les iban a ofrecer comida aceptable. Era fácil jugar con el tópico judío de que los gentiles contaminaban la comida y la bebida de los judíos a la menor oportunidad. Ese temor tenía mayor arraigo que el imperativo de caridad que sostenía a la comunidad de Antioquía.

Pero esta estrategia del miedo no tuvo un éxito inmediato. Se encontró con la resistencia de aquellos que defendían el honor y la dignidad de los creyentes gentiles frente a las acusaciones indiscriminadas y sin fundamento. En contrapartida, los partidarios de la judaización aumentaron la intensidad de sus ataques al insistir en la aplicación de todos los estándares de calidad a las leyes de la dieta.

Además, podrían haber provocado que a Pablo le saliera el tiro por la culata. Su tendencia a concentrarse tan sólo en un elemento del problema en cada ocasión, sin considerar todos los imponderables que hubiera en juego, le hacía siempre un flaco favor. En el debate de la circuncisión, lo único que le preocupaba a Pablo era evitar la circuncisión de todos sus conversos gentiles. Por eso trabajaba con ahínco para que se reconociera que la fe en Jesucristo era el único requisito para conseguir la salvación. Esta actitud permitía a los partidarios de la judaización afirmar la conclusión obvia de que los contactos

sociales, muy particularmente las comidas en comunidad, entre judíos y gentiles eran absolutamente irrelevantes.

Esto no era, en modo alguno, lo que Pablo quería decir, pero seguro que no se esperaba que los demás leyeran entre líneas de su argumento. Ya era un poco tarde para aclarar que lo realmente importante era la «fe trabajando a través del amor» (Gál 5,6). Esta circunstancia no pararía de darse una y otra vez en el futuro.

Ahora, la tensión del debate había inquietado bastante a los creyentes de origen judío. Desde su punto de vista, había mucho que decir por ambas partes. Pero no tenían los instrumentos necesarios para tomar una decisión. Así, esperaron hasta ver qué hacía Pedro. Él no sólo era judío, también era miembro de la comunidad judía, la comunidad que había establecido las reglas de comportamiento de los judíos cristianos.

Con el tiempo, Pedro cedió, su ejemplo contagió y la iglesia entró en una dura crisis llevándose todo por delante. Pablo lo recuerda con tremenda indignación: «Pues antes de que viniesen algunos de parte de Santiago, él comía con los paganos, pero cuando vinieron, se retrajo y se apartó por miedo a los judíos, los otros judíos creyentes le imitaron en la misma hipocresía, incluso el mismo Bernabé» (Gál 2,12-13).

Aquí se pone de manifiesto la falta de empatía que sentía Pablo por aquellos que no opinaban como él. De forma instintiva, Pablo se decide por la explicación menos caritativa de todas. No podía creer que Pedro tuviera buenas razones para cambiar de opinión. Se le despacha con desprecio diciendo que «se apartó por miedo». Pablo no podía concebir que los demás creyentes judíos siguieran el dictado de su conciencia. Para él eran hipócritas que actuaban por conveniencia, no por principio. Por eso

no se esfuerza casi nada por excusar a su antiguo compañero de batallas, y el patetismo de la expresión «incluso el propio Bernabé» revela hasta qué punto se sentía Pablo decepcionado. Y la única explicación que sugiere es que su amigo se había dejado llevar por la hipocresía.

Este es, sin duda, el lado negativo del profundo compromiso de Pablo con el mensaje de Cristo. Para Pablo, la verdad era tan clara y distinta que no podía concebir que Pedro o Bernabé agonizaran por verse en la situación en la que estaban. Pablo no supo ver que Pedro se hallaba en una situación en la que era imposible no tomar partido por una parte u otra. La neutralidad no era una opción factible. Es posible que Pedro y Pablo estuvieran de acuerdo en la parte intelectual del problema, pero el corazón de aquel le obligaba a ponerse del lado de los más necesitados. La fuerza de la iglesia gentil era evidente en Antioquía, es más, sus dirigentes eran personas muy dinámicas. La iglesia judía, por el contrario, debía luchar mucho y sin duda se vería afectada si uno de sus máximos dirigentes se pasara al otro bando. Bernabé debió de tomar su decisión siguiendo las mismas premisas, o también puede que el discurso nacionalista de Santiago tocara su fibra sensible judía. Podían dar miles de razones para explicar su comportamiento; Pablo sólo tenía miradas de desprecio para ellos.

Despedida de Antioquía

A pesar, o quizá a causa de sus vehementes protestas, Pablo perdió la batalla para preservar el estatus de auténtica comunidad heterogénea para Antioquía de Orontes. La facción judía seguía rehuyendo el compañerismo en la

mesa con los gentiles. ¿Cómo respondieron estos? Probablemente de varias maneras. Algunos debieron de hacerse judíos del todo aceptando la circuncisión. Otros rechazarían pasar por el rito, pero aceptarían ciertas reglas básicas en su dieta (nada de cerdo, nada de carne sacrificada, etc.) para no ofender a sus hermanos judíos y mantener así algunos canales de comunicación entre grupos. Pero claro, habría otros que rechazarían convertirse en judíos y no prestarían más atención a la sensibilidad judía. No en vano, ellos mismos habían sido rechazados por los propios judíos.

¿Había entonces en Antioquía suficiente unidad cristiana como para celebrar una eucaristía común? Los más optimistas, aquellos que luchaban contra la esperanza de que se unieran ambas facciones, responderían, probablemente, que sí. Pablo, con toda seguridad, respondería que no. La comunidad no había puesto en práctica ese «amor que es el lazo de la perfección» (Col 4,14) y, por lo tanto, no podía haber eucaristía alguna. Sólo si la comunidad viviera de verdad en Cristo, en el amor compartido de todos sus miembros podría entonces el pastor de la eucaristía decir: «Este es mi cuerpo» (1Cor 11,24). Pero cuando Pablo juzgaba la asamblea de Antioquía con sus criterios idealistas más exigentes, la comunidad se aparecía como una caricatura de lo que debía ser una iglesia cristiana.

Pablo ya no quería formar parte de la iglesia de Antioquía y, por ende, no podía seguir representándola conscientemente. Este sería, acaso, el momento más decisivo de su vida después de su conversión. Fue, sin duda, el catalizador que lo llevó a replantearse su función en dos contextos fundamentales: su papel como apóstol misionero y el lugar que debía ocupar la ley judía en las

comunidades cristianas. Así, tomó una decisión que determinaría el resto de su carrera como misionero.

Autentificando a un apóstol

Aparte de su breve período de tiempo en Arabia, todo el trabajo misionero que Pablo había realizado hasta entonces se había llevado a cabo bajo los auspicios de la iglesia de Antioquía. Esta era la iglesia que le había encargado la misión apostólica, la iglesia que le había enviado a predicar el mensaje de Cristo (He 13,3; 15,40). Pero la relación no podía alargarse por más tiempo, y las consecuencias se ponen de manifiesto en el modo en que Pablo se expresa en sus cartas.

Cuando Pablo escribió a los tesalonicenses, todavía trabajaba en representación de la iglesia de Antioquía. Todavía se conservan las señas de dos de las tres cartas y, en ambas, Pablo se identifica sólo por su nombre: «Pablo, Silvano y Timoteo a la iglesia de los tesalonicenses» (1 y 2Tes 1,1). Aquí nos encontramos con la simplicidad de aquel que está seguro de sí mismo. Pablo sabía quién era y suponía que sus interlocutores también lo sabían.

Pablo no escribió más cartas hasta que rompió sus relaciones con la iglesia de Antioquía. Comienza así: «Pablo, apóstol –no de parte de los hombres ni por mediación de los hombres, sino por Jesucristo y por Dios Padre, que lo resucitó de entre los muertos–» (Gál 1,1). Recordemos, claro, que los gálatas sabían muy bien quién era Pablo (había pasado la mejor parte de dos buenos años con ellos). Aquella introducción tan elaborada sugiere que, entre medias, ha sucedido un cambio dramático. Pablo se distancia, conscientemente, de la iglesia de Antioquía

(bajo cuyos designios, por cierto, había convertido a los gálatas) y lo hace afirmando que no fue Antioquía quien le envió como apóstol. Incluso dice más, afirma que Antioquía tampoco medió para que Pablo recibiera su misión como apóstol. El único mediador que obró para que Pablo recibiera el encargo divino fue el propio Señor resucitado, a quien aquel encontró camino de Damasco. Esta justificación resulta muy elocuente de lo poco consciente que era Pablo de un problema muy serio.

Al finalizar su relación con Antioquía, Pablo había perdido su crédito como apóstol católico, así como la base que legitimaba sus actuaciones. Sintió ese aislamiento de forma profunda. No se trataba sólo de la tristeza que sentía por haber dejado Antioquía. Pablo había proyectado la sombra del desastre a sus propios pies; nunca volvió a mencionarlo. Al contrario, siempre miraba al futuro, y veía todo en términos apostólicos. Su aislamiento significaba que ya no podía defenderse del cargo de disidencia. De ahora en adelante no podría negar que sólo se representaba a sí mismo. Cualquiera podría acusar a Pablo de ser uno más de esos charlatanes que se hacían pasar por autoridades religiosas con el único fin de desplumar a los más crédulos. Horrorizado, Pablo se vio a sí mismo siendo tachado de iluminado, como el inventor de una rara secta montada alrededor de un criminal crucificado en un país muy lejano.

Si Pablo quería ganar algo de credibilidad, era necesario cubrirse de algún modo para así poder tener cierta autoridad. Su única opción era apelar a un poder incluso mayor, y afirmar que había sido enviado por el mismísimo Dios. Pablo hará esto en todas las cartas posteriores con excepción de la Carta a los filipenses. Aunque, en términos teológicos, la definición personal de Pablo como emisario

divino fuera cierta, no hace falta decir que no servía muy bien como garantía. ¿Habría concedido Pablo el trato que él se arrogaba a cualquier extraño que se le presentara en medio del camino diciendo que se había encontrado con Cristo? ¿Cómo podría verificarse la afirmación de ese individuo? ¿Y la suya propia?

Pablo pudo sentirse tentado de defenderse diciendo a sus enemigos en el seno de la Iglesia que comprobaran su afirmación hablando con el propio Cristo, mediante la oración. Si pensó eso, lo cierto es que no lo dijo. De hecho, tenía preparada una respuesta muy convincente: «Mi carta sois vosotros, carta escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres: pues es claro que vosotros sois una carta de Cristo redactada por mí, y escrita, no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo: no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne, en vuestros corazones» (2Cor 3,3). En otras palabras, la respuesta que Pablo daba a sus correligionarios más críticos con su persona era una simple invitación a que hicieran una prueba práctica: ved lo que soy y luego ved lo que he conseguido.

No había proporción cabal entre la causa aparente (un judío extranjero que vivía de hacer trabajos manuales) y el efecto logrado (comunidades llenas de vitalidad y dinamismo arraigadas en importantes núcleos urbanos cuyos miembros habían sido transformados de forma efectiva). La discrepancia era evidente y sólo dejaba de verse cuando uno aceptaba que Pablo no era causa del logro, sino el ayudante de Dios (1Cor 3,9). «Pero llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que aparezca claro que esta pujanza extraordinaria viene de Dios y no de nosotros» (2Cor 4,7). Así, Pablo se mostraba como manifestación visible de la gracia divina, lo cual le acreditaba para proclamar el verdadero evangelio. Dios no iba a emplear a un mentiroso egoísta.

Pablo no tenía ningún problema si le pedían pruebas de su condición de apóstol. Se identificaba muy bien con su interrogador cuando surgía el tema. El escepticismo, entendido de forma saludable, constituía una parte integral de su carácter, y, por tanto, sabía apreciar la cualidad en los demás. Cuando alguien hacía una afirmación de esa índole, Pablo exigía sin ambages: «¡Muéstramelo!». Así, si la gracia divina no se manifestaba claramente, entonces es que no existía. Los dones del Espíritu tenían que ser evidentes para que aquel los reconociera. Razón por la cual nunca designaba líderes en las comunidades que fundaba. Los creyentes podían arrogarse el puesto si primero demostraban que podían dirigir a la comunidad de forma eficiente. «Hermanos, os pedimos que tengáis consideración con los que trabajan entre vosotros y en el nombre del Señor os dirigen y amonestan. Corresponded a sus desvelos con amor siempre creciente. Vivid en paz entre vosotros» (1Tes 5,12-13; cf 1Cor 16,15-16).

La ley como rival de Cristo

El otro cambio fundamental que obró la crisis de Antioquía afectaba a la actitud de Pablo hacia la ley. Ya se ha dicho que la actitud de Pablo hacia la ley mosaica pasó por tres estadios distintos. La ambivalencia de su actitud cuando era adolescente, en Tarso, dio paso al compromiso total que adquirió el joven fariseo en Jerusalén. A su vez, esa actitud dio paso a la tolerancia con que permitía a sus judíos conversos seguir sus costumbres étnicas, si bien, ya por entonces, Pablo negaba la autoridad salvadora de la ley.

Los sucesos de Antioquía mostraron a Pablo que dicha tolerancia fortalecía la ley como rival de Cristo; y un rival peligroso, además. Por primera vez entendió que si se apoyaba la ley (en cualquiera de sus formas) dentro de la comunidad cristiana, aquella acabaría, más pronto que tarde, ocupando el lugar principal en el credo cristiano. Los seguidores de Cristo acabarían enterrados en una avalancha de prescripciones legales.

Pablo reconoció este peligro demasiado tarde y sólo porque la traición de Pedro le había obligado a reflexionar sobre su experiencia como fariseo de un modo como no había hecho antes. Doy por supuesto que Pablo, al igual que otros muchos fariseos, creía que la base de la vida judía era la elección de un acto divino gratuito. Esta y sólo esta era la verdad suprema. Los sucesos de Antioquía hicieron preguntarse a Pablo cómo se honraba esta verdad. ¿Acaso había pasado la mayor parte de sus días de juventud como fariseo contemplando esta verdad suprema? ¿Acaso le habían animado a entonar oraciones de acción de gracias por esa misericordia divina? ¿O acaso había sido iniciado en una profunda especulación teológica acerca de las razones por las que Dios había elegido a los judíos como su pueblo?

La respuesta a estas preguntas era siempre negativa. Como muestran todas las fuentes del saber fariseo, toda la atención de los jóvenes fariseos estaba dirigida a interpretar las demandas de la ley[6]. Pablo, el pragmático, volvía la vista atrás a Pablo, el fariseo, y se daba cuenta de que la forma en que se distribuía el tiempo por aquel entonces

6 Las preocupaciones de los fariseos han sido muy bien descritas por J. NEUSNER, *The Rabbinic Traditions Concerning the Pharisees before 70* (3 vols.), Brill, Leiden 1971, y, de forma más sucinta, por J. P. MEIER, *A Marginal Jew*, en *Anchor Bible Reference Library* III, Doubleday, Nueva York 2001, 313-330.

servía para distinguir las prioridades reales de las teóricas. La elección de Dios y la gracia divina se trataban sólo de boquilla, pues, en realidad, discusiones de ese tipo habían sido relegadas a posiciones marginales y sustituidas por un debate casuístico muy concreto. Nadie se ganaba el respeto de los fariseos elaborando complejas teorías teológicas sobre el porqué de la elección de Yavé, sino a base de una potente memoria legal puesta al servicio de formidables habilidades forenses. La ley alimentó el legalismo.

Tras reflexionar sobre sus experiencias anteriores a la conversión y contrastar estas con los sucesos de Antioquía, Pablo se dio cuenta de que lo mismo podría suceder, es más, iba a suceder en la comunidad cristiana si se daba validez a la ley judía. La principal prioridad (seguir el evangelio) sería sustituida por el pragmatismo de la obediencia.

Pero siendo la naturaleza humana como es, Pablo sabía que las demandas prácticas más específicas resultaban más fáciles de imitar por parte de los creyentes que el desafío de imitar el amor inherente al sacrificio personal obrado por Cristo. Cualquiera sabía cuándo había cumplido con una ley concreta, pero, ¿cómo se sabía si uno seguía los estándares propuestos por Jesús? Para la mayoría de la gente, si se trataba de la salvación, la claridad y la precisión eran cualidades casi indispensables, sobre todo si competían con un ideal cuyas implicaciones variaban según la situación personal de cada uno y cuyas garantías de éxito no estaban aseguradas por parte de nadie.

En consecuencia, Pablo decidió que la ley, en cualquiera de sus formas, no tenía sitio en las iglesias que había fundado. En otras palabras, tras los sucesos de Antioquía, Pablo abandonó el modelo, potencialmente inestable, de comunidad heterogénea en la que los gen-

tiles vivían como gentiles y los judíos como judíos. De entonces en adelante, por lo que a Pablo respectaba, los judíos que quisieran seguir a Cristo debían abandonar sus hábitos «legales», los hábitos que daban sustento a su identidad como judíos. Así, Pablo se ganó una reputación que Santiago describiría con gran precisión años después desde Jerusalén: «Pero han oído decir de ti que induces a los judíos que viven entre paganos a que dejen la ley de Moisés, que no circunciden a sus hijos y que no sigan las tradiciones» (He 21,21). Era inevitable que Pablo se ganara la animadversión de los judíos cristianos por todo el mundo, particularmente en Antioquía. Pablo había quemado todas sus naves y ya no había vuelta atrás. Ni él ni nadie del mundo judío consideraban que había espacio para la reconciliación.

Incluso cuando condenaba los preceptos de la ley, la actitud de Pablo hacia esta resultaba compleja y sutil a un tiempo. El apóstol hacía una distinción clara entre lo que él creía que era la intención de Dios hacia la ley y lo que los judíos habían logrado con ella. «Así resultó que el mandamiento que debía darme la vida, me trajo la muerte» (Rom 7,10). Pablo veneraba la ley porque era palabra de Dios y llegó a citarla en más de noventa ocasiones. Las escrituras mostraban cuál era el plan de la salvación, es más, ofrecían directrices para vivir de la forma más humana posible. Proponía una guía de cómo vivir. Pero al transformar estas directrices en preceptos vinculantes (es decir, en mandamientos que deben ser respetados), los judíos transformaron la ley en un instrumento de «muerte». Pablo condenaba esta comprensión «distorsionada» de la ley, no la ley como tal.

Así, sólo había una ley posible, «la ley de Cristo», es decir, la ley *que es* Cristo (Gál 6,29). La voluntad de Dios

estaba ahora encarnada en la vida, en el comportamiento y en el cuerpo de Cristo. Un personaje que ilustraba perfectamente aquello que Dios exigía a los hombres, así como la respuesta que estos debían dar ante dicha exigencia. El nuevo contexto deja bien clara la regla principal –«ayudaos unos a otros a llevar las cargas» (Gál 6,2)–: el amor es el único imperativo de la nueva ley. Ese era el rasgo principal de la humanidad que definía a Cristo, el contenido del único precepto verdadero que permanece (Gál 5,14; Rom 13,8-10), pues es la esencia de la vida auténticamente cristiana (1Tes 4,9; 1Cor 13,2).

Instrucción pastoral

Dado que el rechazo directo a la ley de Moisés por parte de Pablo se basaba en lo inevitable de un ulterior contexto basado en el legalismo derivado de los pretextos, es lógico, pues, que Pablo proclamara que la ley, como tal, no tenía espacio en la vida cristiana. Las vidas de los cristianos no podían verse determinadas por mandamiento ni estatuto alguno, ya fuera este promulgado por la autoridad que fuera. Esta premisa tuvo importantes consecuencias en la forma en que Pablo tenía de interactuar con las iglesias que él mismo había fundado.

En efecto, Pablo era la figura de autoridad, pero no podía reforzar sus palabras con el mismo tono coercitivo que él había censurado en los mandamientos de la ley. No podía exigir obediencia a sus preceptos porque él mismo sostenía que someterse a la ley suponía convertirse en pecador (Gál 2,18). En consecuencia, Pablo no podía gobernar por mandato. No podía obligar a sus conversos a que vivieran de un modo determinado. Y tampoco

podía permitir que nadie, ni siquiera el propio Cristo, les impusiera obligaciones de ningún tipo.

Pablo cita mandamientos de Jesús sólo en dos ocasiones. La primera cita se refiere a la prohibición del divorcio, en 1Cor 7,10, que Pablo acepta en un caso particular (1Cor 7,11), no porque se sintiera vinculado a la norma, sino porque no estaba de acuerdo con las razones del divorcio. En otro momento, sin embargo, Pablo halla razones para aceptar una separación como inevitable, permitiendo así el divorcio (1Cor 7,15), revelando que, a pesar de la expresión imperativa, el propio Pablo rechazaba interpretar la prohibición de Cristo como precepto vinculante[7].

La actitud que muestra Pablo hacia el segundo mandamiento que cita es incluso más claro. La forma en que lo cita –«así también el Señor ordenó a los que anuncian el evangelio que vivan del evangelio» (1Cor 9,14)– implica una obligación de recibir por parte del ministro, no un mandamiento para que la comunidad contribuya en términos financieros. Pero, sin solución de continuidad, Pablo se apresura a afirmar que nunca ha obedecido esa orden y que no piensa obedecerla jamás; seguirá viviendo de sus propios ingresos (1Cor 9,15-18). La cita de los dos mandamientos dominicales subraya el valor que tenía, para Pablo, así como el respeto que se debe guardar a ambos imperativos. Pero la actitud de Pablo indica que este no los comprendía como si fueran mandamientos vinculantes.

Dado que la expresión no se altera automáticamente por causa de la conversión ideológica, resultaba quizá inevitable que Pablo diera órdenes ocasionalmente. En

7 Para más detalles, cf J. MURPHY-O'CONNOR, *The Divorced Woman in 1Cor 7,10-11*, Journal of Biblical Literature 100 (1981) 901-906.

algunos casos, Pablo se da cuenta de su error y rectifica de una forma u otra, pero eso no ocurre siempre. Debemos distinguir entre dos tipos de situaciones. Pablo habla en modo imperativo cuando se refiere a las relaciones conyugales (1Cor 7,5) y a la generosidad inherente a las contribuciones para la iglesia de Jerusalén (2Cor 8,7), pero en ambos casos, aclara que dice las cosas «como concesión, no como mandato» (1Cor 7,6; 2Cor 8,8).

Pablo no rectifica cuando trata sobre el cambio de estatus social tras la conversión (1Cor 7,17), sobre cualquier tema que traten los corintios (1Cor 11,34) o sobre la mecánica de envío de la colecta para Jerusalén (1Cor 16,1). En otras palabras, Pablo se cuida mucho de no imponer obligaciones morales a sus conversos, pero no duda en tomar decisiones administrativas vinculantes. Estas últimas sólo afectan a problemas prácticos, mientras que las primeras tienen efecto sobre las relaciones personales, es decir, sobre la esencia de la vida cristiana. Cuando se tratan temas morales fundamentales, Pablo sólo está dispuesto a ofrecer consejo, nunca a dar órdenes: «Os digo esto para vuestro bien, no para tenderos un lazo» (1Cor 7,35).

La base ideológica que se halla tras esta actitud está clara, sobre todo si se compara con la concepción de la ley como aniquiladora de vida. Aun así, Pablo explicita su programa ideológico en un par de pasajes. En primer lugar, el apóstol se niega a obligar a que alguien contribuya a la colecta para Jerusalén, por cuanto «cada uno [debe dar] lo que le dicte la conciencia; no de mala gana o por compromiso, pues Dios ama a quien da con alegría» (2Cor 9,7). La libertad con que se debe tomar la decisión viene además subrayada de forma positiva y negativa. Debe salir de la conciencia, es decir, del corazón de la

personalidad. La elección debe salir de dentro. No puede ser forzada por nada ni por nadie. Lo que se da por obligación, se da siempre de mala gana y, por tanto, nunca complace a Dios (cf Prov 22,8).

El segundo pasaje es, si cabe, incluso más explícito. Pablo escribe a Filemón: «Por lo cual, aunque tengo plena libertad en Cristo para ordenarte lo que debes hacer, prefiero apelar a tu amor» (vv. 8-9a). Pablo sabía que tenía autoridad suficiente para obligar a Filemón a que hiciera lo correcto en el asunto de Onésimo (su huida como esclavo), esto es, volver a aceptarlo en el seno de su casa sin siquiera castigarlo. Gracias a una sutil *captatio benevolentiae*, Pablo espera que Filemón reconozca que el amor es la única respuesta válida para los cristianos. Pero también hay algo más: «Pero nada he querido hacer sin tu consentimiento, a fin de que me hagas esta buena obra no a la fuerza, sino de buena gana» (v. 14). La oposición entre «obligación» y «libre albedrío» es absoluta. El mismo acto no puede realizarse por obligación y por decisión personal a un tiempo. Si uno se considera obligado por un precepto cualquiera significa que ya no puede actuar libremente en lo que respecta a un acto en cuestión. Lo coercitivo del precepto cancela el libre albedrío. Si Filemón ha de amar a Onésimo, la decisión tiene que salir de él mismo.

Sólo cuando percibimos el patrón formal tan consistente de estos pasajes comprendemos la radicalidad de la postura antinómica de Pablo. Nunca más iba a obedecer ley alguna, pero tampoco demandaría la sumisión de sus conversos a precepto alguno, ni siquiera a los de Jesucristo o el propio Dios. De ese modo, el apóstol puso límites muy concretos a su misión como guía de las comunidades. Sí, podía sugerir lo que esperaba de sus comunidades,

podía intentar persuadirles para que modificaran su conducta, podía incluso proponerse a sí mismo como ejemplo a seguir (cf 1Cor 8,13; 11,1). Pero nada más. Si quisiera ahorrar tiempo y energía, hubiera sido mucho más eficiente haber impuesto, por la fuerza de su autoridad, el comentario que deseaba. Pero su experiencia en Antioquía le había mostrado que trabajar con preceptos coercitivos sólo traería como consecuencia la vuelta, de él y de sus conversos, a la órbita de la ley.

7
Primer año en Éfeso

Pablo no podía seguir siendo parte de la comunidad de Antioquía de Orontes. Estaba disgustadísimo por el comportamiento de la iglesia durante la crisis provocada por aquellos alborotadores de Jerusalén (Gál 2,11-14). Con todo, aun habiendo abandonado el encargo hecho por Antioquía, estaba decidido a seguir adelante con su plan de establecerse en Éfeso, el lugar que habría de servir como base para sus futuras misiones apostólicas.

Así, en la primavera del año 52 d.C., cuando los viajeros dieron noticia de que el paso por las montañas del Tauro (las puertas cilicias) estaba ya abierto y de que la mayor parte de la nieve había desaparecido de las tierras altas, Pablo dejó Antioquía para no volver jamás. Su plan de viaje era el mismo que había trazado seis años antes: hacia el norte por las puertas cilicias y luego al oeste por la «vía común» (aunque, en esta ocasión, su visita a los gálatas no iba a ser coincidencia).

De vuelta a Pesino

Bajo condiciones ideales, Pablo y su siempre fiel Timoteo habrían tardado unas tres o cuatro semanas en recorrer los 816 km que separan Antioquía de Orontes de Pesino. De vez en cuando, Pablo debía de preguntarse qué se iban a

encontrar allí. Era la primera vez que él mismo volvía a una de sus misiones. ¡Cuántas cosas no habrían pasado en cuatro años!

El temperamento de los gálatas era muy distinto al de los corintios. Estos últimos estaban ansiosos por resolver el desafío de encontrar el modo apropiado de integrar la cristiandad en sus vidas cotidianas. Su autoestima era tal que eran incapaces de concebirse cometiendo algún error. Los celtas constituían justo el caso opuesto. Eran lentos, prudentes y bastante reacios a cometer errores. Preferían que alguien les dijera lo que tenían que hacer, de esa manera no tenían que cargar con la responsabilidad de ningún error. Se sintieron algo consternados cuando Pablo les dejó dándoles apenas unos pocos preceptos morales. Seguro que los siguieron al pie de la letra. Pero la necesidad de emitir juicios morales en un territorio sin fronteras debió de ponerles bastante nerviosos.

Los gálatas recibieron a Pablo y a Timoteo con los brazos abiertos. Ahora todas sus preguntas recibirían respuesta. Sin embargo, lo que más llamó la atención de Pablo fue la falta de vitalidad de los gálatas. Su instintiva prudencia les había llevado al estancamiento. Pablo lamentó su falta de coraje e imaginación e intentó revitalizarlos insistiendo en que debían usar su libertad de forma más creativa. Sus palabras cayeron en saco roto. Su única preocupación era no cometer errores. Les encantaba la seguridad.

Varios miembros de la comunidad debieron de reclamar la atención individual de Pablo para así recibir respuesta a sus preguntas más específicas. Seguramente el apóstol echó mano de toda su paciencia para responder con tacto y de forma inflexible a la vez. Si Pablo les daba algo que se asemejara remotamente a una ley, una lista de

mandamientos o algo parecido, sólo conseguiría malograr su interés en que los gálatas maduraran y se convirtieran en adultos independientes. Todo lo más que se podía permitir era pincharles con preguntas que les obligaran a sopesar diversas opciones, es decir, a decidir por sí mismos.

Pablo también pidió a los gálatas cierta ayuda financiera para los pobres de Jerusalén (1Cor 16,1). Después de dejar la ribera del Orontes, asumió el encargo que había adquirido ante Santiago en nombre de la iglesia de Antioquía como un compromiso personal (Gál 2,10). Él mismo había conocido lo que significaba ser pobre en Jerusalén, pero su motivación para asumir el compromiso era algo más compleja que la mera simpatía por los pobres. El regalo supondría un acto de caridad unitario, lo cual supondría, a la vez, una dulce venganza por todos los problemas que los enviados de Jerusalén habían causado en Antioquía. Las palabras del libro de los Proverbios debían de resonar en su mente: «Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber, que si haces esto, harás que se sonroje» (Rom 12,20).

Con la claridad que a buen seguro hacía las delicias de los gálatas, Pablo enunció el procedimiento que a él le gustaría que siguieran. Esta faceta más prosaica y pragmática de su personalidad surge en muy raras ocasiones. Pablo sabía que los gálatas tenían pocas reservas de dinero en metálico, pero sí quería que hicieran una contribución de lo más generosa. Así, cada miembro de la comunidad debía comenzar por ahorrar. Cuando llegara el domingo, cada individuo debía contribuir, con cuanto quisiera, a la colecta por Jerusalén. Cuando Pablo volviera, las contribuciones individuales debían ser recaudadas para hacer un fondo común. Entonces, Pablo escribiría credenciales

para aquellos emisarios que la comunidad eligiera y ellos habrían de ser los encargados de llevar las contribuciones a Jerusalén.

Este procedimiento tenía muchas ventajas. Pablo se protegía de cualquier cargo de apropiación indebida de los fondos. Los emisarios eran numerosos y, por tanto, gozaban de más seguridad en el camino. Por último, los creyentes judíos de Jerusalén tendrían la oportunidad, quizá por primera vez, de conocer a cristianos gentiles.

Diversas circunstancias hicieron imposible que Pablo volviera posteriormente a Galacia. Y claro, si hacemos caso a sus instrucciones, debemos imaginar que la colecta nunca llegó a Jerusalén y que los gálatas acabaron disponiendo de grandes cantidades de dinero. Estoy seguro de que, tras cierto período de confusión, acabaron encontrando un buen modo de gastarlo.

Éfeso

Si Pablo hubiera tenido la capacidad de ver el futuro, se habría quedado en Galacia para contrarrestar el ataque que pronto iba a sobrevenir a su comunidad. Pero el apóstol nunca tuvo el don de adivinar el futuro. Pasó gran parte del verano con los gálatas, pero ya era hora de partir si quería llegar a Éfeso antes del invierno. Todavía tenía que recorrer 540 km[1].

La última vez que abandonó Pesino, Pablo había ido por el noroeste hacia Dorilea. Esta vez tuvo que volver sobre sus pasos, por el suroeste, hasta llegar a la «vía común» cerca de Antioquía de Pisidia. Desde Apamea

1 R. TALBERT (ed.), *Barrington Atlas of the Greek and Roman World,* Princeton University Press, Princeton 2000, mapas 62, 65 y 61.

(actual Dinar) había una cómoda cuesta abajo hasta el valle del río Lico. ¡Qué gran alivio debió de sentir Pablo al dejar los pedregosos terrenos de Anatolia y pisar de nuevo el pasto fértil y verde! Su mirada, tan acostumbrada al sempiterno tono marrón, debió de recibir inesperados destellos de diversos colores. Los rebaños de ovejas que deambulaban en el valle eran de dos tipos muy poco habituales. La lana de uno en particular era morado ciclamen. Mientras que la otra era de negro lustroso, casi azabache[2]. A través del río venía reluciente una cascada de agua clarísima. En efecto, desde tiempo inmemorial, agua caliente saturada de minerales había ido construyendo un depósito que ahora brillaba de blanco inmaculado bajo la luz del sol. Se trataba de Hierápolis (actual Pamukale), un lugar que, desde hacía un año o dos, albergaba su propia comunidad cristiana.

El Lico fluía hacia el Meandro (actual Menderes), sobre el cual Estrabón escribió: «Su curso es desmesuradamente sinuoso, tanto que a todo lo sinuoso se lo llama ya "meandro"»[3]. Se dice que el río inspiró la idea del laberinto al mítico artista Dédalo. La ruta de Pablo recorría la orilla norte, en la ladera del Monte Messogis (actual Aydin Daglari). Muchos viajeros debieron de comparar la calzada, recta hacia arriba, con las vueltas y revueltas del lecho del río. ¿Pudo Pablo ver en ese contraste una correspondencia entre su inequívoco compromiso con Jesús y los tortuosos esfuerzos con que los demás perturbaban la calma de su amor?

La «vía común» dejaba la parte ancha del valle en Magnesia del Meandro y cruzaba un paso bajo desde el cual se

2 «El país que rodea Laodicea produce un ganado ovino excelente, no sólo por la suavidad de su lana, que supera incluso a la lana de Mileto, sino también por su intenso color negro, de ahí que los habitantes de la región obtengan muy buen material de sus ovejas. Igual les ocurre a sus vecinos colosenses» (ESTRABÓN, *Geografía,* 12, 8, 6).

3 ESTRABÓN, *Geografía*, 12, 8, 15.

adivinaba ya la ciudad de Éfeso. No se veía la ciudad en sí misma, que se halla escondida en un valle entre dos colinas, sino la muralla de 7 metros de altitud que adornaba el Monte Pion (actual Bülbül Dagh), construida por Lisímaco en el año 286 a.C. Durante los últimos 5 km, antes de llegar a la ciudad, los viajeros caminaban dejando a su derecha los arcos del gran acueducto, el *Aqua Troessitica*. La época: finales del año 52 d.C.

Lisímaco había diseñado la ciudad de Éfeso con planta en forma de cuadrícula. Esto facilitaba mucho la tarea de encontrar a Priscila y Áquila[4]. Si Pablo hubiera estado muy abstraído al partir el año anterior, a buen seguro que Timoteo habría tomado las coordenadas del lugar según la posición de algún monumento que recordara. La alternativa hubiera sido una búsqueda tediosa y frustrante que además hubiera culminado las dos semanas de camino que habían completado desde su salida de Galacia. Pero sucedía que Pablo y Timoteo conocían bien dónde debían ir, en qué casa les aguardaba la bienvenida más cálida. Pablo debió de enorgullecerse por haber sabido prever la situación. Ahora, el descanso estaba garantizado. En lugar de ponerse a buscar acomodo y trabajo por toda la ciudad, Pablo tenía un empleo, cama y comida esperándole. Incluso tenía una congregación dispuesta a escuchar sus sermones con atención. Es inconcebible que Priscila y Áquila no hubieran ponderado a sus conversos las cualidades retóricas de Pablo. Pablo se quedaría dos años y tres meses en la ciudad de Éfeso (He 19,8-10).

4 Para Éfeso en tiempos de Pablo, cf J. MURPHY-O'CONNOR, *Paul: A Critical Life*, Clarendon Press, Oxford 1996, 166-171, en el cual doy diversas referencias; R. OSTER, *Ephesus*, en *The Anchor Bible Dictionary* II, Doubleday, Nueva York 1992, 542-549.

Noticias de Apolo

Es bastante probable que la primera conversación que mantuvieron Pablo, Priscila y Áquila girara en torno a Apolo, que había salido hacia Corinto hacía muy poco[5]. Apolo era un converso de origen judío nacido en Alejandría, en Egipto, que había sido instruido en las artes de la retórica (He 18,24-28). Su formación intelectual era similar a la de Pablo, mejor incluso en un aspecto concreto. Apolo había tenido la inmensa fortuna de haber estudiado con Filón, el gran dirigente intelectual de la Alejandría judía, el hombre cuyo trabajo intelectual había sido crucial para que los judíos helenizados (como el propio Apolo) adquirieran una particular perspectiva sobre la ley que les permitiera aceptarla sin salir del contexto pagano en el cual vivían.

En consecuencia, Apolo tenía la capacidad y el interés suficientes para poder relacionar ideas religiosas con conceptos filosóficos. Pablo consideraba ese ejercicio como una absoluta pérdida de tiempo. El apóstol proclamaba a Cristo crucificado como paradigma de la auténtica humanidad (1Cor 2,1-5) y no veía la necesidad en el desarrollo especulativo de la idea. Estaba más interesado en obtener pruebas del poder de la gracia transformadora, tanto en su vida como en la de los demás. En una palabra, su mensaje servía como estímulo, consciente y deliberado, para la acción; no quería que fuera simple material para reflexionar.

Varios mercaderes corintios, que estaban haciendo negocios en Éfeso, escucharon los sermones que daba

5 La única fuente de que disponemos para estudiar el origen cultural y los movimientos de Apolo está en He 18,24-28, que tiene dos versiones distintas; cf M.-É BOISMARD–A. LAMOUILLE, *Les Actes des deux apôtres*, Études bibliques, nouvelle série 12-14, Gabalda, París 1990, 1, 137-138, 2, 305-306; 3, 237-238; J. TAYLOR, *Les Actes des deux apôtres*, Études bibliques, nouvelle série 23, Gabalda, París 1994, 6, 13-22.

Apolo en su misa semanal. Quedaron bastante impresionados con las habilidades del retor. Apolo utilizaba los métodos de interpretación, así como el marco general de la filosofía de Filón para transmitir plenitud emocional a aquellos que la desearan. Apolo lograba dicha plenitud construyendo una rica síntesis de aquellos elementos que Pablo había puesto, sin desarrollar, sobre la mesa en el debate espiritual. Además, Apolo utilizaba su brillante elocuencia para convertirse en un dirigente religioso del que se podía estar orgulloso. Los corintios no dudaron en invitarlo a su ciudad (He 18,27). Salieron de la ciudad poco antes de que el invierno cortara el tráfico comercial de la zona.

Cuando escuchó el relato de la vida de Apolo, Pablo debió experimentar sensaciones encontradas. Lo que dictaba su cabeza estaba en conflicto con lo que dictaba su corazón. En teoría, debía estar contento de saber que Corinto había encontrado un líder de su misma talla intelectual. Pablo había plantado la semilla, ¿por qué no iba Dios a enviar agua para regarla? La realidad es que Pablo recelaba de Apolo. En el aspecto personal, Pablo temía perder el afecto y el respeto de los corintios a favor de un intruso, cuya brillantez no suponía para Pablo más que una concesión superficial a las convenciones. Pablo era extremadamente posesivo con relación a sus conversos.

En un plano más profundo, Pablo temía que la especulación sobre Dios acabara reemplazando el culto a Cristo. Como antiguo fariseo que era, Pablo conocía bien los placeres que proporcionaban el debate y la discusión interminables. Como cristiano, tenía claro que el amor inherente al sacrificio personal de Jesús crucificado constituía, para los creyentes, un desafío claro pero sobrecogedor, que sólo podía ser evitado concentrándose en la voluntad de Dios.

Esta, sin embargo, podía, virtualmente, manipularse de forma subjetiva para justificar todo lo que se quisiera.

Con todo, Pablo sabía que no podía hacer nada. El otoño ya había llegado y no habría contacto alguno entre Corinto y Éfeso hasta la primavera siguiente, cuando pasaran las tormentas de invierno y los días oscuros se abrieran. Sólo entonces volverían a navegar los barcos y los caminantes podrían volver a tomar la ruta por las montañas de Macedonia. Ocho meses habrían de pasar hasta que Pablo pudiera volver a tener una oportunidad de descubrir qué estaba ocurriendo en Corinto. Su única opción entonces era armarse de paciencia. Por fortuna iba a tener muchos asuntos para distraerse.

Discípulos de Jesús juanistas

El primer invierno que Pablo pasó en Éfeso (52-53 d.C.) estuvo marcado por un suceso que habría de recordar a nuestro protagonista los primeros años del movimiento cristiano. De algún modo, Pablo acabó estableciendo contacto con un pequeño grupo de individuos que se consideraban a sí mismos seguidores de Jesús de Nazaret, pero que nunca habían oído hablar de la pasión, la resurrección o el descenso del Espíritu Santo. Sólo conocían el bautismo de Juan (He 19,1-7).

El grupo en cuestión estaba formado por judíos de Éfeso que, de peregrinaje hacia Jerusalén, habían recibido el bautismo a manos de Jesús[6], como forma para limpiar

6 Por lo que sé, no soy el único que sostiene esta hipótesis; cf J. MURPHY-O'CONNOR, *John the Baptist and Jesus: History and Hypotheses,* New Testament Studies 36 (1990) 359-374. Una selección bastante ilustrativa de otras teorías aparece en M. WOLTER, *Apollos und die ephesinischen Johannesjünger (Act 18,24–19,7),* Zeitschrift für die neutestamentliche Wissenschaft 78 (1987) 49-73; J. TAYLOR, *o.c.,* 6, 13-22.

sus pecados. Sabían de él porque era el ayudante más cercano de Juan el Bautista. Cuando Juan y Jesús trasladaron su profético movimiento para reformar el judaísmo a la orilla occidental del río Jordán (una región mucho más densamente poblada), el primero se encargó de difundir su mensaje a los samaritanos, mientras que el segundo se concentró en predicar entre los habitantes de Judea (Jn 3,22-24). Los dos creían que tenían poco tiempo, de ahí que fuera necesario alcanzar a gran número de población. De este modo, Juan comenzó a bautizar en las fuentes de la ladera oriental del Monte Garizín (lo más cerca posible del templo samaritano, ya en ruinas, que había en la cima) y Jesús hizo lo propio en el corazón de la vida judía, en el templo de Jerusalén. Una vez allí, y para llamar la atención, volcó las mesas de los cambistas (Jn 2,13-16). Fue en el transcurso de esa misión cuando Jesús se encontró con los peregrinos de Éfeso, consiguiendo además su arrepentimiento.

Pedro pudo haber hablado con Pablo, largo y tendido, sobre este período en la vida de Jesús, pues había compartido esos días con su maestro. Ahora bien, ese encuentro se había producido hacía unos quince años. Las preguntas que a buen seguro Pablo formuló a Pedro, así como el posterior apostolado de aquel, se centraban todas en un período posterior, es decir, cuando Jesús se dio cuenta de que era el Mesías.

Ahora, Pablo se veía en la tarea de convencer al grupo de judíos de Éfeso de que Jesús era, de hecho, el Mesías que habían estado esperando. Debió hablarles de la resurrección como prueba irrefutable de la autenticidad de todo lo que Jesús había dicho y hecho, del poder del Señor resucitado, cuyo número de creyentes seguía creciendo.

Una vez que los juanistas aceptaron a Jesús como el Mesías y fueron bautizados en consonancia, Pablo no habría podido esperar a conocer los recuerdos de un día que acabó siendo crucial para la vida de aquellos judíos. Por fin Pablo dispondría de nuevas piezas para completar el retrato-mosaico de su Salvador.

Aparte de este grupo concreto, no se sabe nada específico sobre la composición de la iglesia en Éfeso. Como la ciudad se asemejaba a Corinto en muchos aspectos, debemos concluir que las dos comunidades se parecían entre sí, tanto en número de fieles como en su extracto social (1Cor 1,26-29). Cada ciudad era un microcosmos: más gentiles que judíos, unos pocos miembros acaudalados, la mayoría comercializaría con gente y esclavos, con toda probabilidad más mujeres que hombres, etc.

Expansión apostólica por Asia

Aunque hubiera elegido Éfeso como su base de operaciones (eran evidentes las ventajas que le ofrecía la ciudad en cuanto a la posibilidad de mantenerse en contacto con las iglesias que había fundado en el pasado), Pablo no detuvo su tarea de mantenimiento en los veintisiete meses que pasó allí (He 19,8-10). Le habría sido imposible hacer eso. Pablo era misionero de vocación (era más eficaz fundando iglesias que dirigiéndolas) y creía firmemente que las iglesias debían llegar también a los no creyentes. El cumplido que dedica a la iglesia de Tesalónica describe perfectamente su ideal de iglesia: «Hasta convertirlos en modelos para todos los creyentes de Macedonia y de Acaya. Así es como desde vosotros se ha difundido la palabra del Señor; y no sólo en Macedonia y en Acaya, sino por doquier es

conocida vuestra fe en Dios, de suerte que no tenemos necesidad de hablar de ella» (1Tes 1,7-8). La proclama verbal («la palabra del Señor») recibe su poder del modo de vida que viven los tesalonicenses («vuestra fe en Dios»), la prueba de que la gracia salvadora anida en ellos.

El alcance misionero de la iglesia de Éfeso viene confirmado por los saludos enviados por las «iglesias de Asia» a Corinto (1Cor 16,19). El propio Pablo menciona los nombres de tres de estas iglesias: Colosas, Laodicea e Hierápolis (Col 4,13). La lista, sin embargo, no es exhaustiva. Laodicea e Hierápolis se mencionan sólo porque corrían el riesgo de ser infectadas por el virus de las falsas enseñanzas que había asolado Colosas (las tres ciudades están cercanas al valle del Lico).

Pablo no evangelizó el valle del Lico personalmente (Col 2,1). Las comunidades fueron fundadas por Epafras, converso oriundo de Colosas (Col 4,12-13), según mandato de Pablo. La elección es reveladora de la estrategia misionera de Pablo. Desde su experiencia personal en Asia Menor y Macedonia, Pablo sabía lo difícil que resultaba empezar desde cero en una ciudad extraña. Halló una primera solución al problema enviando a Priscila y a Áquila a Éfeso antes que él. Ellos habían llevado la carga de la soledad y la alineación. Sin duda habría muchos otros dispuestos a hacer el mismo sacrificio por los evangelios. Ahora bien, reflexionaba Pablo, ¿por qué no escoger misioneros que tuvieran, por naturaleza, la ventaja que Priscila y Áquila habían creado para él? Cuantos menos obstáculos hubiera, más eficiente sería la misión.

De ese modo, concluyó Pablo, los agentes más cualificados para predicar la palabra debían ser hombres y mujeres enérgicos y emprendedores, como Lidia o Epafras, que se encontraron con Pablo en el transcurso de sendos viajes

de negocios. Ambos casos eran paradigmáticos. Una vez convertidos por Pablo, tanto Lidia como Epafras se convirtieron en creyentes entusiastas, ambos volvieron a sus respectivos hogares (uno a Colosas y la otra a Tiatira) para transmitir la palabra a toda su red de conocidos: familias de gran tradición, contactos comerciales, etc. Tenían un hogar. No necesitaban buscar un empleo. Eran conocidos en sus respectivas ciudades y despertaban confianza. Se habían ganado el suficiente respeto como para que siempre hubiera un par de oídos dispuestos a escuchar sus primeros y atolondrados sermones.

Dado que dos de las siete iglesias del Apocalipsis (Ap 2,1-3,22) eran de fundación paulina (Éfeso y Laodicea del Lico) y dado también que una tercera, Tiatira, fue fundada por Lidia, conversa paulina de Filipos (He 16,14), parece lógico atribuir la creación de varias comunidades en Esmirna, Pérgamo, Sardes y Filadelfia a la iniciativa misionera de Éfeso. A estas ciudades sería posible añadir Magnesia y Tralles (en el valle del río Meandro), que se hicieron populares por aparecer citadas en las cartas de Ignacio a comienzos del siglo II d.C. Todas ellas se sitúan en un radio de 192 km de Éfeso y estaban unidas por excelentes rutas[7]. Hasta se podía llegar a Colosas, la ciudad más alejada de todas, en un cómodo paseo de una semana de duración.

Pablo nunca escribió a ninguna de estas misiones. Con tan sólo una excepción, Pablo escribió sólo a las iglesias que fundara en su primer gran viaje desde Antioquía de Orontes a Corinto. Su experiencia le había dado muchas lecciones: en primer lugar que no podía hacerlo todo por sí solo, pero también que no tenía siquiera por qué

7 R. TALBERT (ed.), *o.c.*, mapas 56 y 61.

intentarlo. Aprendió a delegar en los demás. El misionero que fundaba una comunidad determinada tenía también la función de resolver cualquiera de los problemas de mantenimiento que pudieran surgir allí. Pablo se ofrecería como consejero, de eso no hay duda, pero sólo mantendría contacto directo con aquellas iglesias que hubiera fundado personalmente. La única excepción fue la iglesia de Colosas, pero las circunstancias eran excepcionales.

Crisis en Galacia

Al dejar Antioquía de Orontes durante la primavera del año 52 d.C., Pablo pensaba que había terminado para siempre con la comunidad que le había decepcionado con tanta amargura. En efecto, no tenía ninguna intención de volver. Toda su atención estaba concentrada en las misiones del oeste que aguardaban su consejo. Lo que Pablo no sabía era que las autoridades de Antioquía también pensaban en esas iglesias; y lo hacían de un modo que habría de afectar a nuestro protagonista causándole enormes problemas e inquietudes durante los tres años siguientes.

Antioquía reclama sus iglesias filiales

Pablo fundó las iglesias de Galacia, Filipos, Tesalónica y Corinto siguiendo el mandato de la iglesia de Antioquía. Debemos suponer, por tanto, que las autoridades de Antioquía verían a esas iglesias como hijas suyas. Pablo no había sido más que un agente. Si Pablo rechazaba ahora a la iglesia de Antioquía, pensarían algunos, entonces también estaba rechazando sus derechos sobre las iglesias filiales de Antioquía. Y lo que es más importante, el cristianismo separado de la ley judía que Pablo había predicado por aquellas iglesias necesitaba ser corregido de inmediato, de modo que los conversos pudieran seguir la ética oficial judaizante de la madre iglesia cuanto antes.

Por desgracia, los argumentos espirituales básicos que aseguraban el control sobre las misiones paulinas (la verdad debe prevalecer, y el movimiento cristiano debe permanecer unido) coincidía plenamente con ese deseo, demasiado humano, de dominación que tanto predicamento tenía entre las iglesias paulinas. La necesidad de intervenir se habría visto reforzada sin medida si un antiguo defensor del cristianismo no judaizante (por ejemplo, Bernabé) hubiera estado de acuerdo en ir personalmente para reformar las iglesias. Esta reforma habría de descalificar a Pablo a los ojos de la mayoría.

En la euforia de su triunfo por el encuentro en Jerusalén, Pablo había dado cuenta de todos sus éxitos apostólicos ante las autoridades de Antioquía. Estos, por tanto, conocían la localización de las iglesias que Pablo había fundado, tanto por Asia como por Europa. Es probable incluso que hasta supieran los nombres de aquellos que se habían convertido en líderes de las diversas comunidades. Al saber esas cosas, no es de extrañar que los dirigentes de Antioquía vieran refrendada su posición como máxima autoridad a la cual Pablo (y los demás misioneros) debían rendir cuentas. Así, Antioquía decidió enviar una delegación reformista encargada de seguir la ruta de Pablo a través de Galacia, por Macedonia hasta llegar a Acaya.

No cabe duda de que Pablo habría explicado su plan de tomar Éfeso como base principal, así que los antioquenos sabían que sus caminos sólo podrían cruzarse en un punto. La delegación le dio a Pablo ventaja suficiente

antes que este partiera para Galacia. Sabían cuánto se tardaba en llegar allí gracias a la información que les había facilitado el propio Pablo, con lo cual es muy probable que tuvieran planeado llegar a finales de agosto. Para entonces, Pablo ya se habría ido, pues tenía intención de llegar a Éfeso antes del invierno.

Los antioquenos, por su parte, no tenían problema en pasar los meses de invierno en Pesino. El invierno impediría a los gálatas viajar fuera de la ciudad. Así, los antioquenos tendrían acceso a todos aquellos con los que querían hablar. Además, los reformistas eran conscientes de que el proceso debía hacerse con tiempo y delicadeza. Daban por sentado que las misiones de Pablo serían leales a él y no estaban seguros de que Pablo hubiera prevenido a los gálatas contra ellos.

Y muy probablemente lo habría hecho. Pablo debió de anticipar lo que iba a ocurrir, pero no pudo imaginarse la estrategia que adoptaron en Antioquía. Aquellas eran *sus* iglesias. Pablo era el padre que les dio la vida, la matrona que les había amamantado (1Tes 2,7.11). No importa lo atribulado que estuviera Pablo acerca de los progresos que se llevaban a cabo en Antioquía, Pablo era demasiado hábil como para complicar más la vida de los apocados gálatas. No iba a molestarles contando que había otras visiones del cristianismo en abierta disputa con la suya. Eso sólo hubiera servido para acrecentar el sentimiento de inseguridad de los gálatas.

Informes para Pablo

Si la delegación fue más o menos sutil es irrelevante, los gálatas no habrían tardado mucho en descubrir que les estaban proponiendo una visión diferente del cristianismo. Y eso sólo podía traer problemas. Ya era muy complicado intentar descubrir el mejor modo de llevar a cabo el cristianismo de Pablo. Ahora les pedían que se decantaran por una de las dos versiones en liza. Lo tremendo de la decisión les paralizó del todo. Se refugiaron en una especie de resistencia pasiva e intentaron ganar tiempo insistiendo en que debían consultar con Pablo.

Pablo no debió de enterarse de lo que ocurría en Galacia hasta finales de la primavera o principios del verano del año 53 d.C., en función de cuándo empezó el emisario su viaje de tres semanas. La delegación de Antioquía debió de poner mucha resistencia a la misión, llamando la atención sobre la poca relevancia de Pablo y los peligros del camino. También tenían un argumento financiero para oponerse al viaje. La misión iba a costar una considerable suma de dinero a una iglesia que no tenía demasiados recursos financieros. El emisario gastaría sus ganancias de, como mínimo, seis semanas, de modo que no podría recuperarse si no le ayudaban otros creyentes. Con todo, los gálatas insistieron. Por una vez, su excesiva precaución jugó a favor de Pablo.

La delegación de Antioquía ya llevaba varios meses machacando a los gálatas; el emisario (o alguno de sus ayudantes) tendría tiempo suficiente para recordar los argumentos que se habían usado para minar los postulados paulinos. En líneas generales, los antioquenos prepararon primero el camino desacreditando la figura del apóstol; después intentaron contrastar la superficialidad

del evangelio paulino con la riqueza y la variedad de su concepción del plan de salvación divina.

Había que desconfiar de Pablo (argüían los delegados) pues, de mala fe, les había enseñado un evangelio distinto al que le enseñaron las máximas autoridades de la cristiandad, aquellos que habían conocido al Mesías en vida[8]. Eligieron a Pablo para que divulgara la palabra del evangelio, sí. Pero el apóstol, quien, por cierto, había sido circuncidado, se dio cuenta de que tendría muchísimo más éxito entre los gentiles si omitía una parte concreta del evangelio de Jerusalén que los paganos consideraban inaceptable (en concreto, la circuncisión y las leyes sobre la dieta); entonces, decidió volcarse en su interpretación personal de los evangelios. La verdad (insistían los antioquenos) era menos importante para Pablo que la fama y la popularidad. Sus superiores nunca aprobaron las omisiones de su interpretación y, en consecuencia, fue duramente amonestado por el propio Pedro (el más antiguo seguidor de Jesús) en Antioquía. En una palabra, Pablo sólo se representaba a sí mismo. Nadie más compartía sus opiniones.

En comparación con la interpretación paulina del evangelio, la cual se centraba por completo en la idea de Jesucristo crucificado, la delegación antioquena proponía una versión que sólo hablaba de Dios[9]. Abrahán, decían,

8 La preocupación de Pablo en Gál 1-2 de distanciarse de Jerusalén ha dado pábulo a la creencia de que sus oponentes en Galacia y en otras partes venían de Jerusalén. Es más probable, sin embargo, que sus adversarios invocaran la autoridad de Jerusalén, pues no en vano compartían su perspectiva sobre la ley, del mismo modo en que los católicos conservadores de hoy en día argumentan sobre la base de que la palabra del Papa no tiene la autoridad del Vaticano. Es poco probable que las autoridades de Jerusalén tuvieran idea alguna de dónde estaban localizadas las iglesias paulinas, mientras que Antioquía tenía todo el derecho a conocer sus emplazamientos.

9 La mejor reconstrucción del modo en que dicha delegación presentó su versión del evangelio se halla en J. L. MARTYN, *Galatians*, en *The Anchor Bible Dictionary*, *o.c.*, 302-306. Cito una versión ligeramente distinta en *Paul: A Critical Life*, *o.c.*, 196-198.

fue el primer monoteísta. Dios selló con él un pacto irrompible, en cuyas cláusulas figuraban la circuncisión y la observancia de las leyes referidas a la comida. Abrahán, en consecuencia, fue el primero que vivió obedeciendo la ley. Dios también le prometió a Abrahán que, en él, todas las naciones serían bendecidas y que su descendencia sería tan numerosa como las estrellas del cielo. La delegación confirmó la identificación de Jesús con el Mesías, pero insistieron en que su única importancia era la de haber inaugurado una nueva era. Una era en que la salvación prometida por Dios a los descendientes de Abrahán sería extendida también a los gentiles. Pero para poder salvarse, los gentiles tenían que vivir como Abrahán; esto es, debían aceptar la ley y sus múltiples obligaciones.

El último argumento de la delegación debió de haber resultado particularmente atractivo para los gálatas. Pablo estaba equivocado (seguían los delegados), al haber dado tan sólo unas pocas directrices y al insistir en que se tomaran decisiones morales personales. Eso sólo podría traer miedo e incertidumbre. Los seiscientos trece mandamientos de la ley, por el contrario, cubrían todos los aspectos de la vida humana. Sólo ofrecían paz de espíritu y seguridad personal. Los gálatas ya no tenían que pensar ni preocuparse nunca más. Sólo tenían que obedecer.

Una estrategia compleja

Es fácil figurarse el susto que debió llevarse Pablo al escuchar que varios delegados de Antioquía se habían propuesto asumir el control sobre su misión en Galacia, e incluso que varios de sus conversos prestaban oído al evangelio judaizante. La respuesta de Pablo destila perplejidad (Gál 5,7) y

desesperación (Gál 4,11) en grandes cantidades. Aun así, el sentimiento dominante es de ira contenida.

Pablo tenía claro que la situación era demasiado seria como para justificar una explosión de ira. Eso sólo serviría para calmar sus sentimientos. Ventilar su cólera con unos gálatas perplejos sería poner a estos en manos de sus adversarios; la admonición suele ser signo de culpabilidad. Lo único que podía hacer, pensó Pablo, era dar una respuesta meditada (y muy trabajada) a todos y cada uno de los argumentos que se habían propuesto contra él. No se trataba sólo de reafirmar la verdad de su evangelio ante los gálatas; no. Los intrusos estarían todavía en Galacia (Gál 1,7; 5,10), así que lo mejor era persuadir a estos de que su perspectiva evangélica no estaba tan bien fundada como imaginaban.

Aunque dirigida a los gálatas, era inevitable que la delegación también leyera la carta de Pablo. El apóstol era consciente de ello. Es más, convirtió la circunstancia en base de su estrategia. Es inevitable que se dirija a los gálatas, pero su verdadero público era la delegación antioquena. Si su presencia en Galacia era el primer paso de una estrategia global para recuperar a las que consideraba sus iglesias filiales, Pablo no podía contentarse tratando de aplacar la inquietud y separando a los gálatas de la delegación judaizante. Debía ir a la raíz del problema y desarrollar una solución duradera. El único modo de impedir el avance de los antioquenos en su territorio (y ya de paso asegurar permanentemente el futuro de los gálatas) era socavar las convicciones de la delegación judaizante. Así, Pablo tomó la crucial decisión de concentrarse en aquellos, dejando a los gálatas en un discreto segundo plano. La recuperación de estos últimos sería un producto derivado directamente de la derrota de aquellos.

Pablo no podía esperar que los gálatas, conversos paganos (Gál 4,8), asimilaran la fuerza de unos argumentos que dependían, en buena medida, de un conocimiento detallado de la historia judía. Unos ataques tan calculados como los que contiene la Carta a los gálatas sólo podrían estar concebidos para sumir a los intrusos en la confusión. La consternación resultante habría de constituir un argumento bastante persuasivo en lo tocante a los gálatas. Contaba con reestablecer su autoridad sobre aquellos dejando en silencio a los cristianos judaizantes. Y si los gálatas entendían la dirección de su argumento, pues mejor todavía. Además, la evocación de su propia conversión habría de mantener a los gálatas al tanto de todo. Estos sí podían entender la fuerza de un llamamiento como ese. Igual que los intrusos, por otra parte, cuya conversión al cristianismo no tuvo, en absoluto, nada que ver con la ley mosaica.

La complejidad de esta aproximación a una situación tan peligrosamente voluble confirma dos extremos que ya hemos comentado: por una parte, que Pablo conocía, al detalle, los argumentos de sus oponentes y, por otra, la capacidad y formación intelectual de nuestro protagonista. Sólo alguien totalmente convencido de sus habilidades retóricas y literarias intentaría llevar a cabo una estrategia tan delicada... ¡por carta! Habría sido mucho más fácil actuar en persona. ¿Por qué no tomó esta última opción? ¿Por qué no fue él mismo a Galacia? Esto sólo pudo deberse a que alguna circunstancia hacía imposible su viaje a Galacia (Gál 4,20). Quizá ya habían comenzado los movimientos que más tarde habrían de dar lugar a su encarcelamiento en Éfeso (en cuyo caso, la huida habría sido vista como prueba de su evidencia). O puede también que Pablo tuviera problemas importantes

con la comunidad de Éfeso y hubiera de permanecer allí.

Defensa propia

La delegación había cometido un grave error táctico al insistir en que Pablo dependía de Jerusalén, la fuente del auténtico evangelio según decían. La situación habría sido distinta si hubieran enfatizado más la larga relación que Pablo había tenido con la iglesia de Antioquía. Pablo había vivido allí por un período de tiempo bastante largo, pero, además, había sido elegido para trabajar de misionero mano a mano con Bernabé. A Pablo, el mismo que daba tanta importancia a la comunidad, le hubiera sido imposible negar su antigua pertenencia a la iglesia de Antioquía. Y esa pertenencia, desde su propio punto de vista, implicaba dependencia.

En la Carta a los gálatas, Pablo no tuvo grandes dificultades para acreditar el poco tiempo que había pasado en Jerusalén *como cristiano*. Cabe subrayar esto último porque, como ya hemos comentado, Pablo pasó allí unos quince años como fariseo. Si la iglesia judaizante no había comentado este extremo, Pablo no iba a complicar las cosas mencionándolo en su carta. La situación exigía economizar, en cierta medida, la verdad. Y en retórica, cuando se trataba de defenderse utilizando hechos, era básico decir en todo momento, pero sin enfatizar, cualquier cosa que pudiera ir en contra del defendido. Así, con respecto a su primer contacto con los cristianos, Pablo sólo dice haber perseguido «la iglesia de Dios» (Gál 1,13) y las «iglesias de Cristo en Judea» (Gál 1,22). Pero nunca llega a mencionar la ciudad sagrada.

Después de su conversión, Pablo sólo había efectuado dos breves visitas a Jerusalén. Tres años después de su conversión pasó quince días en Jerusalén y sus contactos allí se limitaron a las charlas con Pedro y Santiago (Gál 1,17-19). La segunda visita se produjo unos quince años después (Gál 2,1), cuando discutió, de igual a igual, con Santiago, Pedro y Juan. Pablo, además, salió victorioso: la ley no debía ser impuesta a los conversos gentiles. Pablo cita después Siria y Cilicia (Gál 1,21) como las ciudades donde ejerció su apostolado durante el intervalo, pero sabemos bien que llegó más lejos. Esta omisión permite atisbar algunas habilidades retóricas de Pablo. Quintiliano advertía así a los oradores: «Cuando una conclusión da idea suficiente de las premisas, debemos conformarnos con sugerir un único detalle que permita al público comprender lo que no se ha dicho»[10]. Exacto, como Pablo había estado en Galacia, y se dirigía al oeste cuando dejó la ciudad de Pesino, el apóstol puede permitirse el lujo de callarse sus movimientos. Esa discreción habría de reforzar el poder de convicción de su presentación, pues dejaba al descubierto una confidencia cargada de poder de persuasión. Si hubiera dado detalles innecesarios (siempre desde el punto de vista de los gálatas), lo único que habría conseguido sería crear más sensación de inquietud y ansiedad. La complicidad del conocimiento compartido halagaba a sus lectores.

Aunque no decía nada de su relación con Antioquía, Pablo se había adelantado a la circunstancia afirmando desde el principio que su mandato apostólico no venía «de parte de los hombres o por mediación de los hombres» (Gál 1,1). Su mandato no derivaba de comunidad alguna,

10 QUINTILIANO, *Institutio Oratoria* 4, 2, 41.

ni tampoco de los dirigentes eclesiásticos, sino que venía directamente de Cristo, cuya autoridad estaba garantizada por la resurrección. Sus palabras implicaban, pues, que sólo Jesús tenía derecho a juzgar si Pablo era un emisario fiel (1Cor 4,1-4). Además, los adversarios de Pablo no podían negar el carácter milagroso de su conversión; los gálatas sabían que el primer contacto de Pablo con los cristianos fue la persecución que aquel llevó a cabo (Gál 1,13).

Si Pablo hubiera probado su independencia de Jerusalén, ¿podría entonces afirmar que su evangelio no dependía de la máxima autoridad de la tradición cristiana, la iglesia de Jerusalén? En respuesta, Pablo escribió: «Hermanos, os aseguro que el evangelio predicado por mí no es un producto humano, pues yo no lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo» (Gál 1,11). Sólo aquí podríamos acusar a Pablo de no ser muy honrado, pues, de hecho, él sí había aprendido bastante de las comunidades establecidas en las ciudades donde vivió: Damasco, Jerusalén y Antioquía. Pero Pablo piensa aquí en el corazón de su evangelio no judaizante, el cual, como hemos visto, fluía directamente de su nuevo orden de ideas, el orden causado por su encuentro con el Señor Resucitado. Todo el discurso que Pablo absorbió de los creyentes que vio en Damasco, Jerusalén o Antioquía fue debidamente depurado a través de sus filtros mentales, de tal modo que se convirtió en mera confirmación (y elaboración) de sus propias intuiciones personales.

Es dudoso que Pablo fuera consciente de este selectivo proceso por el cual se apropió de la tradición cristiana más incipiente. Todo aquello que armonizaba con su visión del evangelio pasó a formar parte de su discurso. Aquello que no cuadraba con sus intuiciones fue desestimado sin ninguna acritud. Era coherente sólo con aquello que

había escogido de la tradición cristiana. Todo aquello que permitía o toleraba, por muy importante que fuera para otros, no implicaba compromiso alguno por su parte. Puede pensarse que se concentraba en lo esencial, pero visto desde otro ángulo, también podría decirse que tenía cierta estrechez de miras. Pablo veía las cosas con claridad, pero su ancho de miras era muy limitado. La oscura periferia nunca ejerció su poder para sorprenderle.

Madurando en conocimientos

Pablo no tuvo grandes dificultades para rebatir los intentos, por parte de la delegación, de denigrar su persona. Más difícil resultó refutar la sustancia de sus argumentos. Pero eso no quiere decir que Pablo sintiera, ni siquiera de pasada, que la delegación había conseguido tambalear los cimientos de sus convicciones. Pablo *sabía* que él tenía razón y que ellos estaban equivocados. Pero tampoco podía afirmar esto y callarse, sobre todo porque eso era exactamente lo que había hecho en Antioquía y no le había dado ningún resultado. Si quería seguir el juego de la delegación, tenía que aceptar su punto de partida. Sólo así podría demostrarles que desde allí partía una calzada en una dirección distinta.

Pablo se concentró primero en Abrahán. Tardó poco en darse cuenta de que Abrahán había sido bendecido porque había aceptado la palabra de Dios (Gén 15,6). Este acto de fe era la base que explicaba la fidelidad característica del linaje de Abrahán. La fe, por tanto, era fundamental. Y todo lo demás, secundario; muy particularmente la ley, que fue otorgada 430 años tras la promesa que Abrahán aceptó con tanta fe (Gál 3,17).

Pablo entonces se dio cuenta de que la promesa hecha a Abrahán (la que tanto había enfatizado la delegación) decía «descendiente» en singular. Haciendo gala de una agresividad legalista soberbia, Pablo insistió en que el término se refería a Cristo (Gál 3,16). En efecto, *Él* es el descendiente de Abrahán. En consecuencia, aquellos que pertenecen a Cristo son también descendientes genuinos de Abrahán. La delegación, claro, entendió «descendiente» como nombre colectivo (y no estaban equivocados), pero la atrevida insistencia, por parte de Pablo, de utilizar el término en singular acabó por minar el argumento de la delegación. Era un argumento perfecto para un debate: simple, claro e imposible de refutar.

Al reconocer la importancia de la fe de Abrahán, Pablo no pudo más que pensar en la fe de Cristo, la cual es, a un tiempo, causa y ejemplo para la fe de los creyentes. Tan estrecha es la relación que une un tipo de fe con otra, que Pablo acabó identificando la una con la otra: «Y ya no vivo yo, pues es Cristo el que vive en mí. Mi vida presente la vivo en la fe en el hijo de Dios. El cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gál 2,20). La fe ejemplifica el amor del sacrificio de uno mismo. En el acto de amar, Pablo es Cristo, por cuanto se hace presente en el mundo el propio ente de Cristo. Pero lo mismo puede decirse de todos los demás creyentes. En conclusión, todos ellos son Cristo. Todos han sido «revestidos de Cristo» y son «uno en Cristo» (Gál 3,27-28).

Esta intuición supuso un avance radical en la comprensión que Pablo tenía de la relación de Cristo con sus seguidores. Contenía las semillas de otras dos premisas revolucionarias en la cristología paulina: por una parte, el acto de dar el nombre de Cristo a la comunidad creyente (por ejemplo, en 1Cor 6,15) y, por otra, la definición de

la naturaleza comunitaria como «el cuerpo de Cristo» (por ejemplo, en 1Cor 12,12). Con todo, se necesitaría una nueva crisis para que Pablo volviera a sacar a la luz estas ideas. En el carácter de Pablo, había cierto letargo intelectual que frenaba la progresión de su lógica. Nunca exploró una línea de pensamiento por el simple placer de explorarla. Pablo funcionaba mejor reaccionando contra las cosas, pero sólo hasta el límite que marcaba la solución del problema que estaba tratando. Aun así, tenía una mente tenaz y era coherente por instinto. Cada nuevo problema le llevaba a profundidades cada vez más estimulantes, nunca a la fragmentación de su discurso. Su cristología creció como un todo coherente. Y todas aquellas soluciones que Pablo daba y que, en principio, parecían soluciones provisionales, siempre acababan llevando la red básica de intuiciones interrelacionadas.

8

Segundo año en Éfeso

Tras entregar la carta al emisario de Galacia, Pablo sólo podía rezar y esperar. Había hecho todo lo posible para volver a reconquistar Galacia. Habría de pasar mucho tiempo hasta que recibiera noticias de cómo habían recibido la carta los gálatas. Vivía con la preocupación de que podía haberlo hecho mucho mejor. Con todo, la época de autoindulgencia introspectiva no duró demasiado. En el verano del año 53 d.C. ocurrieron sucesos muy dramáticos, después de haber pasado un año entero en Éfeso. Acabaría siendo la época más agitada de su vida.

Encarcelamiento

El retorno de Pablo a Éfeso no fue saludado de la misma forma por todos los miembros de la comunidad cristiana. Para algunos miembros, los fundadores de la misión habían sido Priscila y Áquila, por eso les molestaba que Pablo, a su llegada, se hubiera arrogado la autoridad sobre la iglesia. En lo que a ellos respectaba, Pablo era un recién llegado, y la comunidad había ido perfectamente sin su concurso. Pablo se hubiera enfurecido ante la más leve insurrección de un grupo opositor; es muy probable, incluso, que hubiera empeorado la situación

al insistir en la aplicación de criterios de compromiso bastante irrealistas. Esta circunstancia puso a Priscila y a Áquila (que, como es natural, discrepaban de las opiniones de Pablo) en una situación muy comprometida. Aun así, la lealtad del matrimonio hacia Pablo nunca se vio menoscabada.

Esto explicaría que algunos creyentes estuvieran encantados de ver a Pablo encarcelado (finales de julio del 53 d.C.). Ahora podrían enseñarle que no era, en modo alguno, indispensable, para la convivencia o la misión de la iglesia de Éfeso. En el pasado, la comunidad había crecido sin él y podría por tanto expandirse sin él también. Mientras este grupo concreto estimulaba el crecimiento de la actividad apostólica, otro grupo permanecía aterrado y en silencio y, en fin, un último grupo permanecía fiel a Pablo (Flp 1,14-15). La comunidad vivía una época de enorme tensión.

El arresto de Pablo fue consecuencia de su éxito. Los gobernadores de las provincias senatoriales cambiaban cada año y el nuevo procónsul de la provincia de Asia tomó posesión de su cargo el primero de julio. Un lugareño que buscaba acercarse a los poderosos para obtener beneficios en el futuro, informó al procónsul de un movimiento particular que estaba ganando muchos adeptos. Como tenía una estructura indefinida, no se sabía mucho sobre él, por lo que no se podía descartar que se tratara de un movimiento subversivo. El procónsul tuvo que prestar oídos a esta delación porque su principal responsabilidad era mantener el orden público. La prudencia más elemental obligaba a encarcelar al máximo dirigente del movimiento hasta que el asunto estuviera aclarado. Si iba a ayudar a los romanos con sus pesquisas, lo mejor era tenerlo cerca y a buen recaudo.

No había reglas absolutas que determinaran las condiciones del encarcelamiento preventivo[1]. El modo de la detención quedaba, en su totalidad, a la discreción del magistrado, cuya decisión estaba determinada, no sólo por la naturaleza del caso y la personalidad del arrestado en general, sino también por el grado de influencia que poseyera el prisionero o sus contactos más cercanos. El trato que se dispensaba a los ricos, sobre todo si se les detenía en su ciudad residencia, difería sustancialmente del programa de actuación que se les imponía a los más necesitados o a los extranjeros.

Pablo entraba en el último grupo, y recibió, como era de esperar, un trato acorde a su condición (Flp 1,13). El apóstol fue encarcelado en la pretoría, la residencia oficial del procónsul de Asia y el lugar en el que este ejercía sus funciones judiciales. Además, Pablo fue encadenado a una columna o a un soldado, aunque también puede que le obligaran a llevar esposas o grilletes.

Aunque se le impidió moverse con libertad, las condiciones del encarcelamiento de nuestro protagonista no fueron muy severas. No se le confinó a una celda de aislamiento, antes al contrario, pudo recibir visitas y entregar mensajes. Sabemos que tuvo acceso a un secretario profesional que le ayudó a escribir las cartas a los filipenses, los colosenses y a Filemón[2].

En la introducción de esas tres cartas, Timoteo aparece como coautor, aunque no estaba sufriendo

1 T. MOMMSEN, *Römisches Strafrecht,* Akademische Druck-und Verlagsanstalt, Graz 1955, 299-305, 945-948.

2 Se ha creído durante mucho tiempo que estas cartas escritas en la cárcel fueron redactadas durante su cautiverio en Roma (He 28,16-20), pero esta idea ha sido ya abandonada por la mayoría de estudiosos, principalmente por dos razones muy buenas. Cf, por ejemplo, R. E. BROWN (dir.), *The New Jerome Biblical Commentary,* Prentice-Hall, Englewood Cliffs (Nueva Jersey) 1990, 792, 870, 1336; y, con más detalle, J. MURPHY-O'CONNOR, *Paul: A Critical Life,* Clarendon Press, Oxford 1996, 175-182.

cautiverio, pues tenía libertad para ir a Filipos si Pablo lo hubiera considerado necesario (Flp 2,19). Parecía lógico esperar que Timoteo fuera detenido como parte de la misma investigación por la que fue encarcelado Pablo. Las conclusiones de las cartas a Filemón y a los colosenses respectivamente son únicas en su género, pues incluyen sendas listas de personalidades que enviaban sus saludos a la iglesia de Filemón (v. 23) y a la comunidad de Colosas (4,10-14). Es obvio que ambos se conocían entre sí. Es más, los nombres de las listas coinciden en buena medida. Todos los nombres incluidos en la Carta a Filemón aparecen también en la Carta a los colosenses. ¿Acaso estaban todos encarcelados con Pablo? Es muy probable, pues Epafras aparece como prisionero en el listado de la Carta a Filemón, pero no en la Carta a los colosenses, mientras que a Aristarco le ocurre al contrario. Hubiera sido tedioso señalar que todos los individuos citados eran prisioneros, para un escritor tan versado como Pablo, una breve insinuación era suficiente.

Pablo y Timoteo no ejercieron su labor evangelizadora por el valle del Lico (Col 2,1). Lo atravesaron, sí, pero sólo de paso, camino de Éfeso. El mérito hay que atribuírselo a Epafras, sin saber incluso si le ayudó un grupo de fieles o fundó la misión él solo (Col 1,7–4,13). Esto supondría que el resto de nombres que aparece en las cartas a los colosenses (4,10-14) y a Filemón (23) formaban parte de una delegación de Colosas. En efecto, debieron viajar con Epafras a Éfeso en una delegación encargada de pedir consejo a Pablo sobre asuntos que no podían resolverse a nivel local.

Cuando llegó la delegación a ver a Pablo, las autoridades romanas se sorprendieron de ver que el movimiento cristiano no estaba restringido al área local de Éfeso. Sus

tentáculos se desplegaban hacia el interior del país. Esta circunstancia agravaba en cierto modo el problema. Un movimiento que ya se extendía por toda una provincia era una amenaza segura. Es más, si el cristianismo podía reunir una delegación de ese tamaño, quería decir que sus seguidores eran bastante numerosos. Así, el grupo que venía del valle del Lico también acabó en prisión. Ahora bien, todos ellos tenían seres queridos que sin duda se preocuparían por ver que aquellos tardaban mucho en volver. De ahí que fuera necesario mandar una nota de aviso, una nota para asegurar a sus seres queridos que todo estaba bien, en la carta de Pablo. Lo que ya no parecía muy conveniente, claro, era especificar que se hallaban prisioneros. Eso no hubiera hecho más que generar inquietudes innecesarias.

Peligro de muerte

Aclarado esto, ya podemos entender por qué Pablo creía estar en peligro de muerte (Flp 1,20-25). Como el resto de sus coetáneos, el apóstol sabía que el abuso arbitrario de la autoridad estaba restringido sólo por el temor a las represalias. Ahora bien, Pablo era extranjero y carecía de contactos de alto nivel en Éfeso, con lo cual, no había forma de crear problemas al procónsul de Asia. Lisa y llanamente, el apóstol desaparecería sin necesidad de anuncio oficial. Al principio sorprende que Pablo se confesara atraído por la idea de la muerte. Pero si recordamos el intenso compromiso que sentía para con la figura de Cristo, su actitud se hace perfectamente comprensible. La muerte supondría la unión definitiva con Cristo.

Pero Pablo no deseaba la muerte. Aunque, sobre el papel, parecía la mejor opción, la realidad es que no hubiera sido

algo bueno. Sus conversos todavía le necesitaban: «Por otra, deseo continuar viviendo, lo que juzgo más necesario para vosotros. Estoy seguro de que me quedaré y permaneceré con vosotros para vuestro progreso y gozo en la fe» (Flp 1,24-25). La afirmación indica con precisión el modo en que, para Pablo, debían acuñarse los juicios morales. El criterio fundamental no era si el curso de la acción resultaba bueno o malo en sí mismo, sino más bien si dicho curso favorecía o dañaba los intereses del prójimo. Esta intuición, derivada de una situación llena de tensión, habría de ser clave en la correspondencia que Pablo mantendría, más adelante, con los corintios (cf 1Cor 8).

Como Pablo reconociera que todavía lo necesitaban sus fieles, es posible también que estuviera convencido de que la Divina Providencia no iba a permitir su encarcelamiento por mucho más tiempo. También alimentaba sus esperanzas saber que, entre aquellos miembros de la pretoría con los que había entablado contacto, nadie le consideraba un revolucionario o un criminal (Flp 1,13). No pasaría mucho tiempo, pensaba, antes de que su inocencia llegara a oídos de los responsables de su caso.

Pero, aunque no le ejecutaran, Pablo debía contemplar la posibilidad de que los romanos le expulsaran de Éfeso. Ya le había pasado lo mismo en Filipos. No era un ciudadano con total garantía de sus derechos. En su condición de judío, Pablo tenía un estatus legal indirecto por haber sido aceptado por la *politeuma*, la corporación oficial encargada de representar a los judíos ante las autoridades civiles. Una sola palabra de estas le haría bastante impopular ante su propia gente.

Sea como fuere, Pablo no fue ejecutado ni deportado. Fue liberado de la prisión y un año después todavía tenía su residencia en Éfeso (1Cor 16,18).

Un regalo en mal momento

Hemos de suponer que a principios de verano del año 51 d.C., emisarios de Filipos llegaron a Corinto con otro envío de ayuda para Pablo, pero llegaron justo cuando este acababa de partir de regreso a Antioquía de Orontes. Sin embargo, antes de su partida, Pablo había dicho a los corintios que, a la vuelta de Antioquía, Éfeso habría de ser su base de operaciones. Así, al volver a Filipos para pasar el invierno, los emisarios sabrían que Pablo estaría en Éfeso a finales del verano siguiente (52 d.C.) como muy tarde.

La experiencia había demostrado a los filipenses que Pablo necesitaba ayuda de verdad; no porque fuera a una nueva ciudad a desarrollar su apostolado (Éfeso), sino porque un buen número de conversos acabaría quitándole su tiempo justo cuando lo necesitaba para ganarse la vida. Así, a finales de la primavera (principios de verano como muy tarde) del año 53 d.C., Epafrodito de Filipos apareció en Éfeso con ayuda financiera para Pablo. Conforme llegaba, sin embargo, se puso enfermo y Pablo tuvo que buscar un miembro de la comunidad de Éfeso para encargarle la entrega de la Carta de agradecimiento (Flp 4,10-20) a los filipenses[3].

Pablo debió de saltar de alegría al recibir esa prueba de lealtad por parte de los filipenses, máxime en el estado de inquietud general en que se encontraba ante la posibilidad de que los gálatas desertaran al bando del evangelio judaizante. Con todo, su Carta a los filipenses tiene un

3 La Carta a los filipenses está compuesta, en su origen, por tres cartas independientes entre sí y escritas en el orden siguiente: Carta A: 4,10-20; Carta B: 1,1-3: 1 y 4,2-9; Carta C: 3,2-4. Para más detalles cf J. MURPHY-O'CONNOR, *Paul: A Critical Life*, *o.c.*, 215-220.

tono algo peyorativo, como si Pablo se hubiera puesto a la defensiva. La circunstancia es sorprendente, pues Pablo estaba muy acostumbrado a recibir ayuda de los filipenses. En algún momento pudo llegar a pensar que el gesto era ofensivo, pero si eso fue así, Pablo había tenido muchas oportunidades en el pasado para asegurarse de que no se volviera a repetir. Lo cierto es que Pablo no sentía vergüenza por el regalo en sí, sino por el momento concreto de su entrega. Pablo había comenzado a pedir ayuda financiera para la colecta de Jerusalén a los miembros de la comunidad de Éfeso. Si Pablo aceptaba un regalo personal en ese preciso momento, parecería que se apropiaba de fondos comunitarios destinados para cumplir otro propósito. Se hacía imperativo subrayar, pues, que nunca había solicitado fondos de los filipenses y que tampoco necesitaba ninguna entrega más (Flp 4,17-18).

Puede que al escribir aquella carta, Pablo se diera cuenta de que su gesto generoso para con la iglesia de Jerusalén (organizar colectas en todas sus misiones) sólo serviría para complicarle mucho la vida, más incluso de lo que ya era. Pablo vivía en un mundo en que todos los oficiales robaban del erario público. Sólo levantaban sospechas si robaban demasiado. Pablo debía tener extremo cuidado para que el subsidio filipense no minara su íntegra imagen pública. Cualquier enemigo malicioso podría extender rumores fatales.

La debilidad de un pastor

El hecho de que la primera Carta enviada a Filipos (Flp 4,10-20) sólo trate el asunto del subsidio traído por Epafrodito, podría sugerir a los habitantes de aquella

ciudad que todo marchaba bien en su comunidad. Por lo menos no tenían problemas que demandaran la atención de Pablo. Esto, sin embargo, no quería decir que la comunidad fuera perfecta. Lo cierto es que la comunidad no estaba al tanto de bastantes problemas, pues habían fracasado al distinguir del todo la diferencia entre los valores de la propia comunidad y aquellos de la sociedad que la rodea. No se podía cambiar las costumbres de toda una vida sólo porque los paganos se convirtieran al cristianismo. Había una tendencia irrefrenable a incorporar los valores y las estructuras de la sociedad al seno de la comunidad creyente. Esta tendencia debía ser erradicada si la iglesia quería alcanzar su máximo potencial.

Pudo haber momentos dramáticos cuando Epafrodito cayó enfermo, pero no duraron demasiado. Pablo, sin dejar de compadecer al enfermo, debió de ver una oportunidad única para descubrir de primera mano cómo era la situación en la colonia de Filipos. Al no esperar a que Epafrodito se recuperara para enviar la respuesta a Filipos, Pablo mató dos pájaros de una pedrada. La prontitud de la respuesta hacía ver a los filipenses el afecto que aquel sentía por estos, al tiempo que le permitía infiltrar a un efesio neutral que observara los progresos de la misión con toda naturalidad.

El informe que trajo de vuelta el emisario fue, en términos generales, bastante bueno. Dos cosas, sin embargo, preocuparon a Pablo. La comunidad de Filipos estaba recibiendo presiones de la comunidad pagana, muy probablemente de las autoridades romanas (Flp 1,28) y había disputas entre los máximos dirigentes de las dos casas-iglesias, lo cual suponía una clara amenaza para la unidad de la iglesia (Flp 4,2). Para Pablo, esto último representaba un problema bastante serio, pues concebía la sociedad

de la nueva era como un grupo carente de clases o divisiones (ya fueran sociales, económicas o religiosas). Una iglesia dividida no se distinguía en nada del mundo que la rodeaba. Sólo demostrando su unidad, podría la iglesia fomentar la unificación de la sociedad.

Así, Pablo se sintió obligado a escribir una segunda Carta a los filipenses (Flp 1,1–3,1; 4,2-9). En ella se tratan los dos problemas arriba mencionados, pero resulta chocante que por ella sepamos más de la situación en Éfeso que en Filipos. Una situación, por cierto, que no dice nada muy bueno de Pablo.

Persecución y unidad

Al recordar el miedo que experimentó cuando supo de la persecución a los tesalonicenses, Pablo bulló de inquietud por no saber cuál sería el impacto de la persecución romana sobre sus fieles de Filipos; por eso hubo de encontrar alguien que fuera inmediatamente a Macedonia para informar del estado de la comunidad. Timoteo estaba preparado para llevar a cabo la empresa, pero Pablo prefería mantener junto a sí a su más cercano colaborador, por lo menos hasta que su destino inmediato fuera sellado. Los demás debieron de rechazar el encargo porque vieron que Pablo podía comunicarse con Filipos enviando de vuelta a Epafrodito, cuando este se hubiera recuperado (Flp 2,25). Además, la situación no parecía tan grave como para enviar a un mediador. ¿Qué razón había, pensarían los creyentes efesios, para interrumpir un trabajo apostólico que daba tan buenos frutos, y, además en su propia ciudad? ¿Sólo para satisfacer los deseos de información de Pablo? No debe sorprendernos que Pablo dejara de considerar esta perspectiva.

El berrinche de Pablo (Flp 2,21) deja entrever cierta tozudez, así como cierta intolerancia a la frustración. La identificación de sus necesidades con las necesidades de Cristo resulta pueril y no necesita de más comentarios. Con arranques de este estilo, no era de extrañar que los miembros de la comunidad intensificaran su renuencia a que Pablo asumiera la total responsabilidad sobre la comunidad de Éfeso. Así, el apóstol sólo conseguiría que aumentara el grupo opositor del que he hablado más arriba. La hostilidad hacia Pablo no se debía única y exclusivamente a su posición teológica. Los rasgos de su propio carácter también fueron un factor muy significativo.

El grado de ensimismamiento por parte de Pablo se eleva cuando reflexiona sobre la unidad de la iglesia en Filipos. En su mente, la directriz «no hagáis cosa alguna por espíritu de rivalidad o de vanagloria; sed humildes y tened a los demás por superiores a vosotros» (Flp 2,3) venía muy bien al respecto de las disputas entre Evodia y Síntique (Flp 4,2). Como vimos, ambas mujeres habían participado, de forma activa, en la divulgación del evangelio, y por alguna razón ambas pensaban que su talento y su devoción valían un puesto de responsabilidad en la incipiente iglesia de Filipos. Bien, pero, ¿quién era más importante de las dos? Esta actitud competitiva, característica, sin duda, de la sociedad pagana, dio pie a un espíritu perjudicial para el futuro de la comunidad en cuestión.

Uno, sin embargo, se pregunta: ¿Qué debieron sentir los filipenses ante la llamada de unidad y reconciliación de Pablo, cuando este sólo transmitía desprecio por aquellos que no estaban de acuerdo con él en Éfeso? ¿Acaso llegó a percibir que estaba enviando mensajes contradictorios en la misma carta, cuando dice: «Practicad lo que habéis

aprendido y recibido, lo que habéis oído y visto en mí, y el Dios de la paz estará con vosotros» (Flp 4,9)? A pesar de reconocer que su deber consistía en ponerse por encima de los sentimientos de dolor, Pablo no puede resistir su lado malicioso: «Pero, al fin y al cabo, ¿qué importa? De cualquier manera que Cristo sea anunciado, hipócrita o sinceramente, yo me alegro, y me alegraré» (Flp 1,18). La sinceridad de su alegría es, cuanto menos, discutible. Si Pablo reconocía que el poder del evangelio se derivaba de su encarnación factual en aquellos que lo predicaban (Flp 2,14-16), ¿cómo podía llegar a admitir la posibilidad de que el evangelio podía ser proclamado con falsos motivos, como parte de un plan para herir a un compañero creyente?

Aviso contra los judaizantes

La prueba definitiva de que, en aquel momento, Pablo estaba a merced de su lado más introspectivo, lo constituye un hecho sorprendente: Pablo se olvida por completo de advertir a los filipenses del peligro que representan los delegados de Antioquía de Orontes. Si, como parece probable, los delegados estaban siguiendo la misma ruta que Pablo recorriera a lo largo de sus viajes apostólicos, era razonable pensar que aquellos se dirigirían a Filipos una vez abandonaran Galacia.

Por esta razón, Pablo escribió una tercera Carta a Filipos (Flp 3,2–4,1), la cual recoge el esbozo general de su Carta a los gálatas. El material autobiográfico (Flp 3,4-8) recuerda al que se presenta en Gál 1. Pero no se usa de igual forma. En Gál 1, Pablo intentaba demostrar su independencia tanto de la iglesia de Jerusalén, como, indirectamente, de la de Antioquía. En Flp 3, sin embargo, Pablo intenta transmitir que aunque en el pasado había sido un judío devoto, ahora había encontrado algo mucho mejor. El contraste que se establece entre la rectitud adquirida por la obediencia a la ley y la ganada «por la fe en Cristo» (Flp 3,9 = Gál 2,16) recuerda a Gál 3-4. Gál 5-6 se resume de forma muy precisa en la admonición de que la salvación no es un don inmutable, sino una lucha constante hacia un premio futuro (Flp 3,10-16).

Problemas en Colosas

Como ya vimos, la estrategia misionera con respecto a la provincia romana de Asia que se practicaba en Éfeso consistía en confiar la evangelización de la zona a diversos visitantes convertidos en la ciudad. Estos llevarían el evangelio a sus lugares de origen. Esta estrategia tenía la ventaja de que permitía a los misioneros empezar su tarea de forma activa. No obstante, el plan traía consigo una seria desventaja. Los misioneros no tenían casi ninguna experiencia, ni en términos teológicos ni en términos de cómo construir una comunidad. En sus casas, los nuevos misioneros debían cumplir con ciertas obligaciones (familias, negocios), no podían permitirse el lujo de pasar más de dos semanas (si es que llegaba) en compañía de Pablo. En consecuencia, su entrenamiento resultaba bastante limitado.

Desde la perspectiva de Pablo, el entrenamiento era más que suficiente. ¡Después de todo, ahí estaba el Espíritu Santo para guiarlos! Las instrucciones que tenía preparadas para los futuros misioneros serían bastante simples: debían, en primer lugar, predicar el evangelio

de Cristo crucificado; en segundo, pedir a todos sus conversos que imitaran el sacrificio de Cristo amándose los unos a los otros; tercero, predicar el evangelio allá donde fueran y siempre que pudieran, y, en fin, hacer el esfuerzo de conseguir un converso con espacio suficiente en su casa para dar acomodo a la comunidad.

Aunque tenía todas las probabilidades en su contra, la estrategia, de alguna manera, funcionó. Pablo había acertado al depositar su confianza en los nuevos misioneros. Las iglesias se multiplicaban como hongos. Por desgracia, sólo conocemos los detalles internos de una de estas iglesias: Colosas, en el valle del Lico.

La iglesia de Colosas fue fundada por un misionero nativo de la ciudad: Epafras (Col 4,12). Su primer converso fue Filemón, cuya mujer, Apia, le siguió en el camino de la fe. Después se convirtió Arquipio, cuya relación con los dos primeros se desconoce (Flm 1). Los cuatro participaron activamente en la evangelización de Colosas.

Filemón era justo el tipo de persona que Pablo hubiera buscado nada más llegar a una nueva ciudad. Tenía, al menos, un esclavo, Onésimo, y poseía una casa con espacio suficiente para una habitación de invitados (Flm 22). Su hogar se convirtió en casa-iglesia (Flm 2) (probablemente tenía espacio de sobra para reunir a todos los miembros de la iglesia cuando la ocasión lo requiriese).

Un esclavo culpable

Filemón no obligó a que sus esclavos adoptaran la nueva fe. Les dejó libertad para decidir. Uno de ellos pagó la tolerancia de aquel hiriendo a Filemón. El esclavo actuó

en contradicción con el significado de su nombre (típico de esclavo), Onésimo, «útil». No tenemos idea de lo que ocurrió, salvo que el asunto fue muy serio (Flm 18). Onésimo, desesperado porque no sabía cómo compensar a su maestro por el daño causado, pidió ayuda a Epafras.

Según la ley romana, un esclavo prófugo agravaba su ofensa, pero un esclavo que acudía a un amigo de su señor no tenía el estatus de fugitivo[4]. La huida, cómo no, implicaba la asunción de la culpa, pero también mostraba voluntad de reconciliación y propósito de enmienda (en efecto, el interés de la visita consistía en solicitar la mediación del amigo). Por su parte, Epafras creía no tener suficiente peso en la opinión de Filemón como para poder ayudarle y, en consecuencia, aconsejó a Onésimo que acudiera a Pablo. Incluso le dijo cómo podía encontrarlo en Éfeso.

No hay duda de que Onésimo se dirigió a la costa a toda velocidad; el factor tiempo era esencial. En efecto, el problema debía estar resuelto antes de que la ira momentánea de Filemón se transformara en amargura permanente. Llegando a Éfeso, Onésimo debió llevarse un sobresalto al comprobar que Pablo no estaba en el taller de Priscila y Áquila, sino en prisión. Con todo, Onésimo perseveró y no sólo logró hablar con Pablo, sino que llegó a mantener contacto con él durante algún tiempo. La visión de Pablo encadenado tocó la fibra sensible de Onésimo (algo que no había logrado hacer Epafras con sus sermones). Así, el esclavo se hizo cristiano (Flm 10).

Pablo quiso enviar a Onésimo de vuelta a Colosas con una carta pidiendo clemencia (si no perdón completo) dirigida a Filemón. Pero antes de que pudiera hacerlo,

4 P. LAMPE, *Keine «Sklavenflucht» des Onesimus,* Zeitschrift für die neutestamentliche Wissenschaft 76 (1985) 135-137.

IDTP

Epafras llegó a Éfeso con la delegación de Colosas, que, como hemos visto, fue puesta en prisión inmediatamente. Pablo supo al instante que algo iba mal en Colosas, pues seis personas con trabajo y familia no suelen ausentarse de su trabajo, por un período mínimo de dos semanas, para realizar una visita social.

Falsas enseñanzas

Rápidamente se supo que las falsas enseñanzas del evangelio hacían avances entre los miembros de la comunidad de Colosas. Tanto era así que incluso Arquipio, uno de los dirigentes de la casa de Filemón (Flm 1) se había pasado al enemigo (Col 4,17). Epafras no tenía suficiente entrenamiento intelectual para manejar esta situación. Epafras era un hombre de negocios, no un teólogo, ni mucho menos un filósofo. El hecho de que trajera consigo una delegación daba a entender que ni siquiera había entendido del todo el asunto. Es fácil imaginar la frustración de Pablo al intentar comprender el meollo de seis informes distintos y con diversos grados de detalle.

Pronto empezó a tomar forma el problema. Los cristianos de Colosas mostraban una curiosidad insana por el movimiento místico-ascético judío. Esta tendencia estaba muy en boga en el valle del Lico, pues parecía ofrecer un credo más elevado pero también más concreto que las enseñanzas del bueno de Epafras. Se creía que el ayuno y el cumplimiento escrupuloso de los festivales religiosos judíos podían provocar un ascenso místico a los cielos que culminaba con la visión de ángeles adorando el trono de Dios[5].

5 La reconstrucción más convincente de la herejía de los colosenses es la de T. J. SAPPINGTON, *Revelation and Redemption at Colossae*, Journal for the Study of the New Testament sup. 53 (Journal for the Study of the Old Testament Press, Sheffield 1991); cf, sobre todo, el resumen de p. 170.

El ministerio de Epafras estaba basado en el de Pablo. Por consiguiente, también aquel debía poner mucho énfasis en Cristo crucificado como el único medio de salvación. Los creyentes de Colosas influidos por la tendencia místico-ascética del judaísmo, apenas tomaron de la cristología de Pablo aquellos elementos que resultaban compatibles con sus especulaciones cósmicas. Los himnos didácticos eran parte esencial de la liturgia de Colosas (Col 3,16). En un momento inspirado, un colosense capturó la esencia de lo que sentían en un himno de dos estrofas (Col 1,15-20). La delegación de Epafras trajo el himno a Pablo:

> Aquel que es imagen del Dios invisible,
> primer nacido de toda la creación,
> pues en él fue creado todo,
> a través de él y para él fue creado todo.
>
> Aquel que es el principio,
> primer nacido de entre los muertos,
> pues en él, la plenitud vive con placer
> y a través de él todo se reconcilia con él.

Ahora se comprendía mejor la perplejidad de Epafras. El himno se alejaba mucho del evangelio paulino, pero, ¿cómo podría negarse a una exaltación tal de la salvación? El himno transmitía una sensación de inefable profundidad con la que Epafras, un simple hombre de negocios, no podía lidiar.

Muchos otros miembros de la comunidad de Colosas debieron de sentir lo mismo. Su humillación, sin

embargo, estaba teñida de orgullo. Estaban en compañía de un grupo de mentes extraordinarias que luchaban por abrirse camino hacia el corazón del misterio. Eran felices cantando esos himnos, pues creían estar articulando verdades esenciales cuyo significado, sin embargo, parecía inaprensible.

Los iniciados, por el contrario, sentían que la leche con que el representante de Pablo les había amamantado había sido por fin sustituida en el menú por un suculento bistec en el que poder hincar el diente intelectual. La ambigüedad del himno ofrecía material infinito para el debate, un debate en el que los individuos pudieran resplandecer como ángeles gracias, exclusivamente, al brillo de sus intuiciones.

El pastor en su mejor momento

Aunque Pablo se ocupó de los problemas en Filipos y en Colosas con un mes de diferencia, su actitud parece muy distinta en ambos casos. El ensimismamiento del prisionero pudo haber puesto en peligro la situación en Filipos. Sin embargo, cuando llegó el momento de tratar el problema en Colosas, la celda de Pablo ya no estaba ocupada por un misionero errático, sino por el auténtico pastor, aquel pastor cuya generosidad de espíritu apela con elocuencia a la rehabilitación de Onésimo, cuya inteligencia incisiva se abre camino a través del «discurso seductor» del falso credo para dejar al descubierto el «vacuo engaño», la «simple sombra» que contrasta con la «esencia» de Cristo (Col 2,4.6.17).

Una carta para cubrirse

Al contrario de lo que pudiera esperarse, la carta que Pablo envió con Onésimo no iba únicamente dirigida a su maestro Filemón, sino a «Filemón, amigo querido y colaborador nuestro, a la hermana Apia, a Arquipio, nuestro compañero de fatigas y a la Iglesia que se reúne en su casa» (Flm 1-2). Sin embargo, tras el saludo comunitario, la carta se dirige a un único individuo: el propio Filemón.

Este juego retórico parece obedecer a una sutil forma de chantaje moral. El rasgo manipulador del carácter de Pablo parece dar aquí un paso al frente. El saludo comunal asegura el hecho de que la carta no va a ser leída en la intimidad. En efecto, de ese modo, la carta debía ser leída en alto para todos los miembros de la comunidad. Así, los demás miembros de la comunidad se harían eco de la petición que Pablo formulaba a Filemón. Es más, la simpatía que aquellos sintieran por el apóstol encarcelado se transformaría en reproche a Filemón si este no accedía a las peticiones de Pablo. Eso es más de lo que cualquiera esperaría de un mediador.

Pablo reconoce explícitamente que Onésimo había herido a Filemón, e incluso se considera a sí mismo como el responsable único y último de los daños: «Yo, Pablo, escribo esto de mi puño y letra, yo pagaré el daño» (Flm 19). Al responder de los daños, Pablo se implicaba mucho más de lo necesario en la rehabilitación de Onésimo. No obstante, el gesto solo no servía para apaciguar la cólera de Filemón. Pablo se descuelga con una serie de graciosos cumplidos porque quiere algo más de Filemón. Quiere que libere a Onésimo para que este pueda trabajar con el propio Pablo (Flm 11-13). Esta petición era bastante

delicada. Un esclavo adulto, activo y competente representaba un recurso económico considerable. Renunciar a sus servicios constituía un sacrificio financiero muy serio.

Esta aproximación de doble filo (presiones y halagos) a Filemón proviene de la idea que Pablo tenía acerca de su relación con las iglesias que había fundado. Su posición le confería cierta autoridad paterna, pero no podía dar órdenes para que fueran obedecidas sin más. Esa actitud equivaldría a imponer una nueva ley. Y ya sabía, por su experiencia en Antioquía, adónde conduciría la imposición de otra ley. Obligar a hacer el bien repugnaba a Pablo (Flm 14). Si quería respetar la autonomía moral tanto de sus comunidades como de sus miembros, lo único que podía hacer era intentar convencerles de que debían hacer lo correcto (lo que Pablo consideraba que era correcto). Queda claro, por lo que hemos explicado aquí, que Pablo concebía la idea de «convencer» en un sentido bastante amplio.

Corrigiendo la situación en Colosas

Desde el punto de vista de Pablo, el problema central que había en Colosas era el siguiente: los honores que se rendían a Cristo lo habían marginado. A Cristo le habían dado un significado cósmico a costa de sacrificar su realidad terrestre. Había sido elevado hasta tal punto que ya no podía ser imitado. En consecuencia, los creyentes ya no sentían el desafío del sufrimiento agónico de un salvador crucificado. En su lugar, se les invitaba a relajarse y a contemplar, serenamente, la alabanza de los ángeles en el cielo.

Con el arte de un retórico consumado, Pablo se lanza directamente al corazón de la falsa enseñanza diseccionando y corrigiendo el himno que Epafras había traído de Colosas. El hecho de que el himno se centrara en la figura de Cristo le dio la oportunidad de atacar a los falsos profetas con sus propias armas. Aceptó su discurso, y de allí sacó conclusiones que destruyeron su posición.

El himno atribuía a Cristo una función en la creación, así como en la reconciliación del «todo» en uno. Pablo señala el hecho de que el universo debe incluir ángeles de todos los colores (Col 1,16bcd). Como Cristo es instrumento de la creación, debe ser infinitamente superior a todos los seres espirituales. ¿Por qué, entonces, deben ocuparse los colosenses de dichos seres? No sólo los pecadores, también los ángeles requieren la reconciliación de todas las cosas (Col 1,20c). Es notorio que sólo los ángeles buenos pueden mediar efectivamente con Dios. Pero, ¿cómo saben los mortales qué ángeles han sido reconciliados? En otras palabras, los ángeles son tan irrelevantes como inútiles en lo que a la humanidad respecta. Pablo, sin embargo, no llega a esta conclusión. Todo lo que pueda ser deducido por los colosenses constituirá siempre un correctivo mucho más eficaz que las conclusiones preconcebidas por Pablo. Cualquier orador entrenado sabe halagar a su público dando por sentada su inteligencia.

Habiendo dejado de lado a esos ángeles que tanta atención recibían de los colosenses, Pablo ya tiene el campo libre para reiterar las enseñanzas que inculcó a Epafras. La reconciliación es la creación de la paz, pero esto sólo se consigue por gracia de «la sangre de su cruz» (Col 1,20b). La imaginería es muy elocuente, pero, de hecho, se intensifica aún más con la alusión a los «clavos» (Col 2,14). Pablo no quiere que se olvide la verdad del mensaje de

Cristo: la reconciliación se consigue en la historia a costa del sufrimiento agónico que soportó Jesucristo. De nuevo, los colosenses debían sacar, por su cuenta, una conclusión elemental: estaban en deuda con Cristo.

Pablo se vale de la estructura del himno para introducir, entre las dos estrofas, una idea que, a partir de entonces, habría de ser fundamental en su cristología: «Él es también la cabeza del cuerpo, de la iglesia, siendo el principio, el primogénito entre los muertos para ser el primero en todo» (Col 1,18a). La afirmación no es sino una extensión lógica de la intuición expresada en la Carta a los gálatas: «Vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gál 3,28). En ambos pasajes Pablo piensa en los mismos términos. Véase si no el claro paralelismo que une este último verso y lo dicho en Col 3,11, cuando se habla del nuevo hombre: «Ya no hay distinción entre griego y judío, circunciso o incircunciso, extranjero o ignorante, esclavo o libre, sino que Cristo es todo en todos».

El «nuevo hombre» representa, de hecho, una colectividad unificada de forma única: «[adhiriéndose] a la cabeza, por la que todo el cuerpo, sustentado y ligado por las articulaciones y junturas, aumenta su crecimiento en Dios» (Col 2,19). La interpretación del término «cabeza» con el sentido de «origen» cuadra mejor que con el sentido de «superioridad», el cual, sin embargo, representa claramente el sentido de Col 2,10. Pablo insiste en que Cristo está presente tanto en él como en los demás miembros de la iglesia. Afirmación que rebaja la dimensión cósmica de la reflexión cristológica de los colosenses al nivel eclesial que Pablo quiere enfatizar.

Col 1,18a es la primera ocasión en que Pablo articula la unidad orgánica de la Iglesia en términos corporales. Es poco probable, sin embargo, que se limitara a adaptar la visión de la sociedad como cuerpo humano que promulgaban los filósofos griegos. No cuadra en modo alguno con la psicología de Pablo que este describiera la Iglesia empleando un tropo que se utilizaba para describir a la sociedad. Para Pablo, la sociedad era un conjunto inarticulado y lleno de divisiones (Gál 3,28; 5,19-20). En cambio, la cualidad básica de la Iglesia era la unidad arraigada en el amor (1Tes 4,9); (Col 3,14).

Parece mucho más probable que Pablo concibiera a la iglesia en términos de «cuerpo» al reflexionar sobre el rasgo más memorable de los templos de Asclepio que se repartían por el Mediterráneo: en concreto, la representación en cerámica de las partes del cuerpo que han sido curadas. Las recomendaciones de Vitruvio *(De Architectura*, 1, 2, 7) para que estos templos fueran construidos en áreas con aire fresco y aguas puras, convertía a dichos templos en lugares preferidos para el recreo y la diversión, por lo que no había motivo para que Pablo no frecuentara sus dependencias de vez en cuando. La visión de piernas reproducidas en barro hizo que Pablo se diera cuenta de que una pierna no es una pierna si no pertenecía a un cuerpo. Los creyentes, deducía, sólo estaban «vivos» de verdad cuando «pertenecían» a Cristo y a sus miembros (Col 2,6.13; 3,4). La «muerte» por el aislamiento egocéntrico había sido reemplazada por la «vida» de la existencia compartida.

La Carta a los colosenses es un texto muy distinto de la Carta a los gálatas. La delegación de Antioquía de Orontes había desarrollado un plan de ataque muy calculado contra la figura de Pablo y todo en lo que creía. En Gálatas, Pablo se veía obligado a demoler una sólida visión del cristianismo. Una visión cuyos argumentos estaban anclados de forma coherente en la revelación. Antioquía, en cambio, no tenía nada que ver con Colosas. Sus repre-

sentantes, que por aquel entonces debían de ir camino de Filipos, ni siquiera sabían que la iglesia existía.

Los adversarios intelectuales de Pablo en Colosas carecían de la profundidad intelectual de los antioquenos. Describían misterios, visiones apocalípticas cuya existencia no podía ser verificada. En contraste con los cultivados representantes de Antioquía, los colosenses flotaban en un mundo de fantasía. Pablo intentaba, por tanto, reestablecer un elemental sentido de la realidad para que los descarriados pudieran poner sus pies en tierra firme. Ellos perseguían sombras; él debía mostrarles que Cristo era la esencia (Col 2,17). La táctica más eficaz consistía en no excitar más a los místicos, sino en introducir, de forma consistente, ligeras modificaciones a su credo. El impacto acumulado de dichas modificaciones habría de subvertir el evangelio místico-ascético por completo. Pablo confiaba en el poder aleccionador que caracteriza a una tranquila toma de autoridad.

Planes de futuro

Aunque todavía era objeto de sospechas en Éfeso, era comprensible que Pablo hiciera planes de futuro para cuando fuera liberado. Pero los planes no parecían muy coherentes. Pablo escribe a los filipenses: «Confiado en el Señor, espero ir yo mismo pronto» (2,24). Y poco después hace una petición a Filemón en Colosas: «A la vez, ve preparándome el hospedaje, pues espero que, gracias a vuestras oraciones, volveré pronto a veros» (Flm 22). Pablo hizo estos planes con el corazón, no con la cabeza. La ruta hacia Filipos iba hacia el norte, mientras que la «vía común» hacia Colosas iba en dirección este. Si Pablo

quería actuar, debía decidirse por una de las dos opciones. Y sólo podemos adivinarla por su razonamiento.

Pablo salió de prisión aproximadamente a finales de verano del año 53 d.C. Como todavía tenía planeada una visita a Filipos un año después (1Cor 16,5), debemos suponer que no fue allí tras su liberación, lo cual es comprensible. Ya hemos visto que había importantes grupos opuestos a su liderazgo en la iglesia de Éfeso (Flp 1,14-15). Un viaje de ida y vuelta de Éfeso a Filipos duraría un mínimo de un mes en óptimas condiciones. Esta cantidad de tiempo acercaría peligrosamente el momento en que se cancelaban las travesías por mar. Si ya no partían barcos desde Neápolis a Tróade, Pablo quedaría atrapado en Macedonia durante el invierno, lo cual traería consecuencias inaceptables para el apóstol. Una ausencia prolongada podría garantizar el éxito de un evangelismo opuesto a la interpretación paulina en Éfeso. Por otra parte, dejar la ciudad en un momento tan crucial podría interpretarse como un acto de cobardía.

Con todo, estas premisas no constituían un impedimento para que Pablo visitara la iglesia de Colosas. Los motivos para que Pablo fuera a Filipos eran, esencialmente, el placer de visitar a un grupo de creyentes que siempre se habían mostrado leales y cooperantes. La visita rejuvenecería el espíritu del apóstol tras una época en la cual había sido objeto de una tensa investigación. Aparte de las tensiones generadas por la competencia personal entre Evodia y Síntique (Flp 4,2), no había problemas en Filipos que demandaran la presencia de Pablo. Por otra parte, no sería difícil para Pablo explicar por qué no había mantenido su promesa de visitar a los filipenses. Se conformaría diciendo que repudiaba una decisión egoísta que había tomado en un momento de debilidad.

La visita que había planeado a Colosas era más difícil de cancelar. Había que resolver un importante asunto doctrinal y Pablo había aceptado la responsabilidad de resolverlo de manos de su representante en la zona, Epafras. Así, Pablo se comprometió a escribir cartas tanto a los colosenses como a los laodiceos para que ambas comunidades las intercambiaran entre ellas (Col 4,16). Necesitaba saber si el modo en que había atajado la controversia de los falsos profetas había tenido éxito. Si no, era necesario hacer un esfuerzo extra.

Pero tampoco había necesidad de que Pablo apareciera en Colosas en persona. Allí habría, por lo menos, dos fuentes fiables de información. Tíquico era un miembro permanente del séquito de Pablo (2Tim 4,12). Aunque no se dice explícitamente, hay que suponer que aquel volvería a Éfeso con informes acerca de cómo había afectado la carta de Pablo a la situación en Colosas (Col 4,7-8); Epafras regresaría sin dilación a Colosas en el momento de su liberación, y podría estar de vuelta en Éfeso en un par de semanas si la situación lo requería.

Pablo debió de dudar sobre la necesidad de confiarse a una fuente de información secundaria o si, por el contrario, debía acercarse a Colosas en persona. Un elemento primordial de este debate interno era, sin duda, la autonomía de las comunidades locales. Cualquier solución que fuera necesaria como resultado de su carta habría de llevarse a cabo desde dentro, con la colaboración de todos los miembros de la comunidad. En muchas otras iglesias esto significaría nada más que volver al nicho que había ocupado durante uno o más años. En Colosas, la gente sólo le conocía de oídas. Pablo no conocía, personalmente, a ninguno de los miembros de la comunidad (Col 2,1). Conocerles (y dejarse conocer) llevaría cierto tiempo. Y

luego había que tener en cuenta Laodicea e Hierápolis (Col 4,13). Cuanto más pensaba en ello, más se convencía Pablo de que, si decidía ir a Colosas, habría de pasar el invierno en el valle del Lico.

¿Podía Pablo permitirse estar tanto tiempo fuera de Éfeso? Lo cierto es que no. Su propia situación personal en la comunidad estaba en peligro y, además, Éfeso era el lugar que había elegido como base para sus contactos con otras iglesias. Lo más probable es que tuviera que tratar los problemas en Corinto a través de cartas (1Cor 5,9). Además, tampoco había prometido formalmente a los colosenses que los visitaría. No se dice nada de una visita en la Carta a los colosenses. Y tampoco planeó quedarse con Epafras, líder de la comunidad y con quien había compartido una celda. Sí, Pablo había pedido alojamiento a Filemón (Flm 22), pero eso podría ser considerado como un asunto privado. Lo más prudente era esperar a que llegaran los informes de Tíquico y Epafras.

Nunca sabremos qué noticias le llevaron. A partir de la primavera siguiente, Pablo quedó enfrascado en los problemas de la iglesia de Corinto. Colosas quedó al cuidado de Epafras.

9

Conversaciones con Corinto

Pablo reanudó sus contactos con Corinto a finales del verano del año 53 d.C. (o a principios de la primavera del año 54 d.C.), cuando Apolo volvió a Éfeso. No se habían visto nunca. Tenían personalidades muy distintas y a Pablo le había molestado la presencia de Apolo entre sus discípulos. Sin embargo, tras conocerse, ambos se llevaron muy bien. Pablo se dio cuenta de que sus dones eran complementarios: «Yo planté y Apolo regó, pero quien hizo crecer fue Dios» (1Cor 3,6).

Ya fuera en tono formal o informal, Apolo transmitió a Pablo su impresión acerca de los progresos llevados a cabo por la iglesia de Corinto. Resaltó la discrepancia que había entre las creencias de algunos miembros y su comportamiento. Algunos todavía continuaban las prácticas inmorales de su pasado pagano. La comunidad reconocía la situación, pero aparentemente no sabían cómo ponerle remedio. ¿Cómo había que tratar a los pecadores de la comunidad? La profesión de la fe les convertía en hermanos y hermanas a quienes amar sin recelo. ¿Cómo encajaba este precepto con la desaprobación que algunos miembros sentían por otros?

Seguramente ese titubeo puso nervioso a Pablo. Si los corintios habían aceptado su responsabilidad para con los demás, estaba claro lo que tenían que hacer. Pablo se apresuró a escribir una carta que, por desgracia, se ha per-

dido (1Cor 5,9). En ella señalaba que lo único que debían hacer era evitar el trato con los individuos en cuestión. Sabemos esto sólo porque el problema estaba todavía de actualidad varios meses después. La carta trataba también otros asuntos.

Informes sobre la situación en Corinto

Al comienzo de la temporada de travesías (a finales de abril del año 54 d.C.), Cloe, una rica mujer de negocios, oriunda de Éfeso, envió un grupo de emisarios a Corinto. Probablemente se trataba de esclavos o libertos de su confianza. Corinto era el centro de las rutas comerciales del Mediterráneo oriental. Cloe esperaba, sin lugar a dudas, poder ser de las primeras en disfrutar de las comodidades que venían del oeste. Los primeros productos de la temporada que venían del oeste eran tan escasos que sus precios solían ser más altos de lo normal. Puede que sus emisarios entraran en contacto con los compañeros cristianos de forma totalmente casual, pero es poco probable que Pablo no aprovechara la oportunidad de saber cómo andaban las cosas en una misión que no había visto en tres años. Uno de los factores que más influyeron en su elección de Éfeso como base de operaciones es que podía encomendar sus mensajes a los viajeros que entraban y salían.

En aquel momento de su carrera, Pablo había lidiado con los escollos fundacionales de una serie de iglesias (Tesalónica, Galacia, Éfeso, Filipos y Colosas). Tenía una idea muy clara de las cosas que podían ir mal en el camino de la comunidad hacia la madurez. Pablo debió de comentar a la gente de Cloe qué áreas de la vida comunitaria en Corinto podían ser problemáticas. Esto es así por sentido

común, pero también porque Pablo no conocía a la gente de Cloe personalmente. Es evidente que sus emisarios no le preocupaban tanto como para recordar sus nombres, y se puede suponer que los miembros de las clases más bajas necesitaban que les deletrearan todo. Uno de los aspectos que, a buen seguro, tuvieron que evaluar era la moral sexual del grupo. Esto debió de ser así por el impacto que le causó a Pablo la anterior misiva.

El informe de los emisarios de Cloe

El informe que trajeron los emisarios de Cloe dejó a Pablo de piedra (1Cor 1,11-12). La situación en Corinto era mucho peor que cualquier otra de las situaciones con que se había encontrado en su carrera como pastor. La ley de Murphy se había cumplido en todos sus párrafos: todo lo que podía salir mal, salió mal.

La peor de las heridas abiertas era la que se refería a la unidad de la comunidad. Esta se había dividido en tres facciones. Apolo de Alejandría (He 18,24-28) no había tenido problemas para encontrar un hueco en el competitivo mundo de la iglesia corintia. Los sermones de Pablo eran minimalistas. El apóstol proclamaba a Cristo crucificado como paradigma de la auténtica humanidad (1Cor 2,1-5) y no veía la necesidad en el desarrollo especulativo de la idea. Estaba más interesado en obtener pruebas del poder de la gracia transformadora, tanto en su vida como en la de los demás (2Cor 3,2). No quedaba muy bien en comparación con otros oradores que atraían a las masas con su elocuencia. También decepcionaba a los creyentes que aspiraban a comprender una teología de verdad. Apolo, en cambio, podía satisfacer las necesidades de

estos creyentes. Apolo tenía la habilidad de asociar ideas, es decir, de establecer relaciones entre distintos aspectos de la fe. Este era un aspecto fundamental de la educación retórica. Apolo utilizaba los métodos de interpretación, así como el marco general de la filosofía de Filón para transmitir plenitud emocional a aquellos que la desearan. Apolo lograba dicha plenitud construyendo una rica síntesis de aquellos elementos que Pablo había puesto, sin desarrollar, sobre la mesa en el debate espiritual.

Siendo como es la naturaleza humana, las aspiraciones intelectuales de aquellos que se arremolinaban alrededor de Apolo terminaban por alienar a los demás, acaso los miembros menos educados de la comunidad, los cuales, reaccionaban insistiendo en la importancia de los mínimos básicos que inculcaba Pablo, el fundador de la iglesia. Lo único que importaba, insistían, era el amor al prójimo.

Cuando Apolo apareció en escena, fue inevitable que se formaran dos grupos: el de Apolo y el de Pablo. Ahora bien, parece ser que también había un tercer grupo, aquel que Pablo identificaba con Pedro (1Cor 1,12). No hay pruebas de que Pedro pusiera pie alguno en Corinto. Mi teoría es que, tras los sucesos en Antioquía (Gál 2,11-14), la figura de Pedro servía como epítome del cristiano «judío», es decir, el cristiano que ha probado la libertad y después la había rechazado. Por ello, debemos imaginar a un grupo de conversos judíos que encuentran muchas dificultades para integrarse en una comunidad eminentemente gentil (1Cor 12,2). El estilo filosófico de los sermones de Apolo pudo haber contribuido al sentimiento de alienación del grupo. En cualquier caso, tenían poca influencia en la comunidad.

La aparición de las distintas facciones era un asunto de capital importancia a los ojos de Pablo, pero para los

emisarios de Cloe, la situación palidecía de insignificancia en comparación con una serie de apariciones fascinantes. La iglesia se enorgullecía de un matrimonio incestuoso, la cohabitación de un hombre con su madrastra (1Cor 5,1-8), porque eso les distinguía de judíos y gentiles (ambos credos condenaban tales uniones). Al fin y al cabo, Pablo les había pedido que tuvieran un comportamiento característico con objeto de poder disertar sobre la palabra de la vida.

Con todo, informaron los emisarios de Cloe, los creyentes de Corinto no tenían reparo en acudir a los tribunales paganos (1Cor 6,1-11), y justificaban el uso de prostitutas arguyendo que Pablo les había liberado de cumplir cualquier ley (1Cor 6,12-20). Una excusa tan infantil o más (Pablo, decían los corintios, sostenía que la iglesia no podía dar cabida a las diferencias tradicionales que caracterizaban la sociedad) les servía para explicar la elección de un homosexual afeminado como principal dirigente de la asamblea litúrgica (1Cor 11,2-16). Después de todo, Pablo había dicho: «No hay hombre, ni mujer» (Gál 3,28). Por si esto no había escandalizado lo suficiente a la gente de Cloe, también se encontraron con que la congregación de la eucaristía se había dividido en dos grupos: los que tenían muchísimas cosas para comer y beber y los que no tenían nada (1Cor 11,17-34). El verbo «compartir», que debía caracterizar la cena del Señor, estaba completamente ausente.

De vuelta a Éfeso, los emisarios de Cloe rivalizarían entre ellos por ver quién contaba el ejemplo más raro de comportamiento en la iglesia de Corinto. Pablo no podía creer lo que estaba oyendo. El habla nerviosa, casi balbuceo, de los emisarios de Cloe, alimentó la impresión, a los ojos de Pablo, de que estuvieran exagerando. También

cabía la posibilidad de que hubieran malentendido qué ocurría exactamente en Corinto. Después de todo, se trataba de gente de negocios que no tenían experiencia en asuntos de credo e iglesia.

No hubiera sido sensato, por parte de Pablo, reaccionar basándose en poco menos que un puñado de chismes. Antes de intervenir, el apóstol debía descubrir qué era exactamente lo que estaba ocurriendo. A su lado, Pablo tenía la persona adecuada para llevar a cabo las pesquisas pertinentes. Timoteo ya había cumplido una misión algo similar en Tesalónica (1Tes 3,1-6). No sólo era un discípulo digno de confianza; también tenía experiencia. Por fortuna, todavía no había partido hacia Filipos (Flp 2,19-24).

Tan pronto como le fue posible, Timoteo compró un pasaje en uno de los barcos que hacían el trayecto entre Éfeso y Corinto. La duración del viaje era un misterio. Dependía de muchos factores: muy especialmente del buen tiempo, vientos favorables y buenos augurios. A Cicerón le costó 16 días de travesía (del 6 al 22 de julio del año 51 d.C.), navegar de Atenas a Éfeso, y eso que él estaba en viaje oficial utilizando equipo naval[1]. Timoteo tardaría un mínimo de dos semanas por trayecto. Ahora bien, tampoco podía permitirse el lujo de pasar menos de quince días en Corinto. Por ello, debemos suponer que pasó unas seis semanas lejos de Timoteo, probablemente de comienzos de mayo a mediados de junio.

1 *Cartas a Ático,* 5, 11-13.

Carta a los corintios y delegación

La gente de Cloe habría avisado a los corintios de que Pablo había logrado afincarse en Éfeso. Poco después de que Timoteo zarpara de Éfeso camino de Corinto, una delegación formada por Esteban, Fortunato y Acaico (1Cor 16,15-17), llegó de Corinto para entregar una carta en la cual la iglesia de Corinto requería a Pablo su opinión sobre un número de disputas internas (1Cor 7,1).

Había un notable desacuerdo sobre lo apropiado del sexo entre cónyuges (1Cor 7,1-11), sobre la legitimidad de comer carne que no había sido sacrificada a ídolos paganos (1Cor 8-10), sobre la jerarquía de los dones espirituales (1Cor 12,14) y sobre la resurrección de los muertos (1Cor 15). Cada disputa tenía su bando, y este, a su vez, tenía sus partisanos. Los debates estaban cargados de una intensidad que ponía en peligro la caridad fraternal que debía reinar en la comunidad. Unos a otros se acusaban de tener motivos particulares para tomar unas posiciones u otras y la mala voluntad acababa triunfando. Pablo, que ya se había preocupado mucho cuando se enteró de la existencia de tres facciones, se quedó anonadado al oír noticias de nuevas divisiones en el seno de la iglesia, a niveles incluso más elementales.

La presencia de la delegación significaba que Pablo tenía ya a su disposición toda la información que esperaba recibir de Timoteo. Y además, la información venía de una fuente tan representativa como digna de confianza. Timoteo tenía acceso a personas que podían hablar, con plena autoridad, sobre el estado de la comunidad y todos sus problemas. Por fin podría saber si los chismes de la gente de Cloe tenían o no fundamento. La precisión de la información que incluyó en su carta era tal que hasta

citaba los lemas con que las diversas facciones solían responder en los debates. Así, Pablo estaba en condiciones de formular su respuesta, no sólo a las dudas que, inexplicablemente, se hacían los corintios, sino también a ciertos aspectos de su vida que a ellos no les causaban problemas pero que Pablo consideraba problemáticos. La urgencia de la situación no daba margen a más dilaciones. Un día cercano, pero anterior, al 2 de junio, la fecha de Pentecostés (1Cor 16,8) del año 54 d.C., Pablo escribió la carta que hoy conocemos como primera Carta a los corintios.

Primera Carta a los corintios

Una personalidad que no reuniera todas las habilidades de Pablo se hubiera echado atrás ante la serie de complejos asuntos que habían propuesto los corintios. ¡Pablo los despacha en tan sólo 6.829 palabras! La organización de su material revela su formidable destreza retórica. Pablo había aprendido que en cualquier discurso largo debe tratar los asuntos más importantes al principio y al final. Todo el mundo está despierto cuando comienza a hablar el orador y vuelve al mundo de los vivos cuando escucha, de forma inconsciente, las palabras mágicas: «Y ahora, como conclusión»[2].

Y así, como era de esperar, Pablo aborda primero las divisiones que se han producido en el seno de la comunidad (1-5) y concluye con una defensa de la resurrección

2 El gran teórico de la retórica, Quintiliano, bautizó esta disposición como «Homérica» *(Institutio Oratoria*, 5, 12, 14) debido a la descripción de la disposición de los ejércitos en la llanura delante de Troya. «[Néstor] había situado delante a los cocheros con sus carros y caballos, y detrás a los infantes, que eran muchos y valerosos, como bastión de combate; y había intercalado a los cobardes para forzar a cada uno a pelear incluso contra su voluntad» (HOMERO, *Ilíada*, 4, 297-300).

(15). Por una parte, una comunidad dividida no difiere en nada de una sociedad, de *la* sociedad, y, por otra, sin la resurrección, Cristo no tiene ningún sentido. Si Pablo no pusiera el énfasis sobre estos importantísimos fundamentos doctrinales, la iglesia de Corinto no sería sino otra organización seglar cualquiera. Entre estos dos asuntos básicos, Pablo agrupa los asuntos según el grado de relación que tengan entre ellos. Algunos eran comentarios de la gente de Cloe, otros de la delegación de Corinto. Pablo trata primero de la importancia del cuerpo (5-6), después, de los problemas causados por el estatus social (7), después de los problemas surgidos del ambiente pagano en el que vive la iglesia (8-10), para luego comentar los problemas surgidos en la asamblea litúrgica (11-14). Pablo trata cada asunto como si fuera un hombre de negocios: de forma clara, convincente y sucinta.

El grupo de hombres espirituales, la raíz de todo mal

Si leemos con atención 1Cor 1-4, capítulos en que Pablo se expresa de forma muy explícita con las divisiones en la comunidad, surge un grupo de personas cuyos miembros creían que la posesión de la «sabiduría» les hacía «perfectos» (2,6). Como depositarios del «Espíritu que viene de Dios» (2,12), eran hombres «espirituales» (2,15). Se concebían a sí mismos como «llenos [de bendiciones divinas]», «ricos», «reyes» (4,8), «sabios», «fuertes», «honrados» (4,10). Miraban con desdén al resto de miembros de la comunidad que no habían conseguido su mismo estatus espiritual y los trataban como «niños» capaces únicamente de mamar «leche» (3,10), o de «locos» débiles y sin dignidad (4,10). Me referiré a ese grupo como «grupo

espiritual». Procedían, principalmente, de la facción más adinerada y bien educada de la iglesia de Corinto. Sólo ellos podían permitirse el tiempo libre y la capacidad suficientes para dedicarse a la especulación teológica.

El discurso del grupo espiritual recuerda la distinción que Filón de Alejandría hacía entre hombres celestiales y terrenales[3]. Los elementos clave mencionados en el párrafo anterior aparecen en dos pasajes de una única obra del gran filósofo judío: *De sobrietate,* 9-11 y 55-57. Así, podemos suponer que el resto de elementos esenciales que conforman la filosofía sobre el cielo y la tierra de Filón también formaban parte del panorama religioso del grupo espiritual. Pablo tiene esto en mente cuando discute sobre estos extremos en su carta.

El cuerpo era un punto de discordia esencial que separaba al hombre celestial del hombre terrenal. La sabiduría del primero le había permitido ver que «el cuerpo es malo por naturaleza y traicionero para el alma» *(Legum allegoriae,* 3, 71), mientras que el hombre terrenal era un «amante del cuerpo» *(Legum allegoriae,* 3, 74). Si el cuerpo «conspira contra el alma, es un cadáver y siempre estará muerto» *(Legum allegoriae,* 3, 69), es lógico concluir que el grupo espiritual niegue la resurrección (1Cor 15,12). La muerte, desde su punto de vista, era la liberación del peso y la corrupción del cuerpo *(De somniis,* 148). Recuperar el cuerpo tras la muerte carecería pues de sentido. Es muy poco probable, sin embargo, que la gente espiritual aceptara el evangelio paulino (Cristo como el Señor Resucitado) tal y como el apóstol lo concibió.

3 Se puede leer una buena selección de introducciones sobre Filón de Alejandría en E. SCHÜRER, *The History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ,* T&T. Clark, Edimburgo 1973-1987, 3. 809-889 (rev. y ed. por G. VERMES, F. MILLAR y M. GOODMAN), y en P. BORGEN, *Philo de Alexandria,* en *The Anchor Bible Dictionary* V, Doubleday, Nueva York 1992, 333-342.

Quizá pensaban en Jesús como en un «Señor de la gloria» (1Cor 2,8). En realidad no sabían nada del Jesús histórico; su actitud hacia él era, de hecho, la del «¡Maldito seas, Jesús!» (1Cor 12,3). En consonancia con su formación, el grupo espiritual estaba formado por teístas, un grupo con el que Pablo nunca dudó en enfrentarse para recordarle la importancia de Jesucristo (1Cor 2,16; 3,23; 8,6; 10,16; 15,3-5).

Sólo cuando se asocia el sentimiento de menosprecio que Filón sentía hacia el cuerpo con la máxima de que «sólo el hombre sabio es libre» *(De posteritate caini,* 138) –esto es, que el hombre sabio «tiene el poder de hacer lo que quiera y de vivir según su voluntad» *(Quod omnis probus liber sit,* 59)–, llegamos a comprender el lema de los corintios: «Todo está permitido» (1Cor 6,12; 10,23) y «cualquier otro pecado cometido por el hombre está fuera del cuerpo» (1Cor 6,18). Su creencia en la irrelevancia moral del cuerpo capacitaba al grupo espiritual para satisfacer sus apetitos sexuales (1Cor 5,1-8; 6,12-20) o para comer lo que quisieran (1Cor 8,10).

En este contexto, también conviene recordar la importancia que algunos corintios atribuían al «don de lenguas» (1Cor 12-14). Para Filón, la posesión del espíritu profético se expresaba en el éxtasis y producía frenesí místico, ya que «la llegada del espíritu divino desahucia a la mente» *(Quis rerum divinaxym heres,* 264-265). Cuando habla de las lenguas, Pablo menciona, específicamente, el «frenesí» (1Cor 14,23) y la inactividad de la mente (1Cor 14,14). Un discurso misterioso e ininteligible halagaba al grupo espiritual, que se creía superior a los demás.

En resumen, el grupo espiritual era la principal fuente de los problemas tratados en trece de los dieciséis capítulos de la primera Carta a los corintios.

La vía de entrada de la filosofía de Filón a la comunidad corintia había sido, cómo no, Apolo, el judío converso de Alejandría[4]. Ahora bien, lo que Apolo decía y lo que entendía la comunidad no tenía por qué coincidir. Si no supieron aprender bien las enseñanzas de Pablo, es muy poco probable que llegaran a entender los sermones de Apolo. Es evidente que la lucha de Pablo era lidiar con las implicaciones prácticas de aquello que la comunidad creía haber aprendido de Apolo, y no con la figura o las ideas de este último (1Cor 16,12). De hecho, es probable que Apolo hubiera salido ya de Corinto y hubiera ido a vivir con Pablo a Éfeso, máxime teniendo en cuenta la irritación que le produciría la puesta en práctica, por parte de los corintios, de sus enseñanzas.

Una estrategia muy poco cristiana

Cuando Pablo se dio cuenta de que el grupo espiritual se hallaba en el corazón de casi todos los problemas que asolaban a la comunidad de Corinto, el sesgo que sentía en contra de la teología especulativa se vio reforzado sobremanera. Esta estrategia se había retratado a sí misma en los frutos que había dado. No sólo era innecesaria, también era bastante dañina. Así, en lugar de hacer un esfuerzo por ir a la raíz del problema y entender las aspiraciones legítimas del grupo espiritual, la reacción de Pablo fue enormemente displicente. Como estaba seguro de que

4 Para Apolo como integrador del discurso de Pablo en el marco Filónico, cf la serie de artículos de R. A. HORSLEY, *Pneumatikos vs. Psychikos: Distinctions of Spiritual Status among the Corinthians,* Harvard Theological Review 69 (1976) 269-288; *Wisdom of Word and Words of Wisdom in Corinth,* Catholic Biblical Quarterly 39 (1977) 224-239; *How can some of you say that there is no resurrection from the dead?: Spiritual Elitism in Corinth,* Novum Testamentum 20 (1978) 203-231.

todos esos intelectuales nunca llegarían a ser más que una minoría sin apoyo popular, Pablo escogió jugar en el lado oscuro de la mayoría, convirtiendo al grupo espiritual en figuras cómicas. En esta campaña, Pablo elegiría como arma la risa cruel.

Quizá, si fuera por él mismo, Pablo no hubiera cometido lo que podría convertirse en un error fatal. Puede que la sugerencia venga de su coautor: Sóstenes (1Cor 1,1). Aun así, debemos preguntarnos cuáles fueron los motivos de Pablo para aceptar una estrategia tan poco cristiana. Los factores personales parecen desempeñar un papel decisivo en este contexto. La influencia de Apolo era una crítica implícita al liderazgo de Pablo. Este se contentaba con revelar quiénes eran incapaces de recibir algo más elevado, pero el grupo espiritual esperaba mucho más. Pronto se detecta una nota desafiante (1Cor 2,15; 4,3). Si Pablo no ofrecía «sabiduría», ¿no sería porque era incapaz de desarrollar un discurso de especulación religiosa de calidad? Este era un componente que los espiritualistas consideraban esencial para poder ser un verdadero líder religioso. ¿La ausencia de dicho don no era acaso indicio suficiente de que no estaba preparado para dirigir una comunidad? Una audacia de ese estilo, pensaba Pablo, merecía un incisivo desprecio, y eso es lo que ofrece en 1Cor 1-4, la sección que marca el tono de su relación con el grupo espiritual.

En 1Cor 2,6-16, Pablo propone a sus adversarios un cruel juego intelectual. Su único propósito consiste en desconcertarlos para luego reducirlos a un silencio de perplejidad que a su vez se diluya entre las risas de los demás conversos que estén escuchando la lectura en voz alta de la carta. Pablo consigue su objetivo apropiándose de algunos de los términos preferidos por el grupo espiritual,

pero dándoles un significado completamente distinto al que ellos le suelen dar. En efecto, Pablo admite que son «espirituales» y que poseen «sabiduría», pero continúa su exposición afirmando que su «espíritu» es el «espíritu» del mundo (2,12), y que su sabiduría es «la sabiduría de esta época» (2,6). Pablo acepta la definición que de sí mismos hacen los espiritualistas: seres «maduros». Pero lo hace para redefinir el término como «infantilismo» (3,1). Aquellos que se proclaman jueces son tachados de incompetentes (2,14). La certera precisión con la que Pablo ataca al corazón de los principios espiritualistas no podría explicarse jamás sin el concurso de Apolo, que estaba junto a Pablo en el momento de escribir la carta (1Cor 16,12). El punzante tono de burla estaba pensado para pinchar la burbuja del orgulloso grupo espiritual.

Las salvajes preguntas retóricas con que termina esta sección principal (3,3-4) vuelven a aparecer en 4,7: «Pues, ¿quién te hace a ti superior? ¿Y qué tienes que no hayas recibido?». Los espiritualistas, insinúa Pablo, no tienen mimbres para ser buenos aliados. Son destinatarios, no creadores. El tono desdeñoso sube enteros cuando Pablo se burla de ellos al utilizar, literalmente, su mismo lenguaje; de ese modo, el apóstol logra transformar sus legítimas aspiraciones religiosas en logros sociales absurdos e irrisorios. No hace falta mucha imaginación para figurarse el murmullo de risas maliciosas en la congregación, así como las desdeñosas miradas de soslayo que los espiritualistas lanzarían al encargado de leer la carta en voz alta y enfatizando bien las palabras. «¡Habéis llegado a reinar sin nosotros! ¡Ojalá reinaseis de verdad, para que reinásemos con vosotros!» (4,8).

Tras entregar la carta a la delegación de Corinto, Pablo pudo relajarse con la conciencia del trabajo bien hecho. Había hecho uso de sus habilidades retóricas con tanta

astucia que sentía verdadero optimismo de que sus tesis prevalecerían sobre las demás. Lo que ahora necesitaba eran unas buenas vacaciones. Sus dificultades en Éfeso parecían haberse resuelto, así que, pensó, una vuelta por las iglesias de Macedonia era lo mejor para descansar el ánimo. Cuando por fin llegó a Corinto a finales del verano del año 54 d.C., Pablo tuvo ocasión de atar todos los cabos que quedaban sueltos (1Cor 16,5-7). La falta de urgencia en los planes de futuro de Pablo sugiere que este había olvidado a la delegación de Antioquía. Macedonia era la siguiente etapa en el recorrido de la delegación judaizante de Antioquía de Orontes, la misma que había estado creando problemas en Galacia un año antes.

Improvisada visita a Corinto

Timoteo todavía estaba en Corinto cuando volvió la delegación con la carta de Pablo. Se debió de llevar un buen susto cuando escuchó la lectura de la carta. El impacto era tan desastroso que le resultó muy difícil de creer que Pablo hubiera sido tan tontamente insensible. Deseaba desesperadamente haber podido estar en Éfeso para contener el ímpetu de su maestro. El calidoscopio de nuevas intuiciones teológicas que proyectaba la carta se perdió en una explosión de emociones. Si Pablo se regodeaba en la victoria, a la mayoría le repugnaba la falta de caridad que mostraba el apóstol en su trato a los miembros del grupo espiritual. El veneno de Pablo decía poco de él, y menos delante de los verdaderos cristianos de la comunidad. Sentían que había ido muy lejos. Por eso, su juicio empezó a levantar sospechas y el apoyo incondicional se convirtió en un auténtico problema.

Para el grupo espiritual el asunto fue más grave. Sus miembros habían sufrido la humillación de haber sido ridiculizados en público, y se sentían alienados: iban a convertirse en el peor enemigo de Pablo. Pero como no podían atacarle directamente, decidieron canalizar su dolor y su ira en frustrar sus ambiciones para la comunidad. Fue el grupo espiritual el que ofreció cobijo a la delegación judaizante de Antioquía de Orontes (la misma que había causado tantos problemas en Galacia) cuando esta llegó a mediados de verano del año 54 d.C. Así dejaban claro que al menos algunos corintios estaban dispuestos a escuchar una versión alternativa del cristianismo.

Timoteo no podía volver a Éfeso con la rapidez que hubiera querido para poner a Pablo al corriente de su catastrófico error. Se hacía, pues, necesario crear algún tipo de cordón sanitario para que el daño no se extendiera a otras zonas del cuerpo de la iglesia. Pablo habría podido dudar de si el problema no era más que una cuestión sobre la susceptibilidad del grupo espiritual. En su agenda, el grupo aparecía como una banda de alborotadores con pretensiones irrealizables. Si tenían que sufrir por la confusión que habían causado a las mentes sencillas de la comunidad, mejor que mejor.

La presencia de la delegación de Antioquía en Corinto era ya otro cantar. Tras su misión en Galacia, llegaron a Corinto en tiempo récord pasando por Filipos y Tesalónica. Habían cumplido su cometido para con las iglesias filiales de Antioquía, y lo habían hecho con tanta celeridad que Pablo sólo podría concluir que las iglesias de Macedonia habían traicionado su lealtad hacia él. Además, todavía no sabía cómo habían terminado las disputas teológicas en Galacia.

Pablo se vio entonces entre la espada y la pared. El apóstol era tan responsable de las iglesias de Macedonia como de la comunidad de Corinto. Y llegó incluso a planear una visita a aquellas iglesias (1Cor 16,5). Pero no podía estar en dos lugares al mismo tiempo. Y el tiempo era un factor crucial para poder resolver los problemas de sus otras iglesias. Pablo tenía que tomar una decisión y, al final, optó por ir a Corinto[5]. La delegación judaizante acababa de llegar allí. Si Pablo no perdía tiempo en llegar allí, todavía podría enfrentarse con ellos en persona y destruir así la visión «legalista» del evangelio antes de que calara con profundidad en la comunidad. Macedonia habría de esperar. En su opinión, el daño que habían recibido allí ya estaba hecho. Por lo menos podría enviar a Timoteo, como les había prometido (Flp 2,23), para que este hiciera todo lo que estuviera en su mano para preparar la posterior llegada del apóstol.

Con gran pesar de corazón debió de irse Timoteo rumbo al norte. Iba acompañado por Erasto (He 19,22), que le ayudaría a tomar un barco en Tróade. Las noticias de Corinto desanimaron mucho a Pablo. Timoteo jamás había visto a su líder tan abatido. El apóstol sufrió mucho por el grado de responsabilidad que le tocaba aguantar y temía la enemistad que podía granjearse por parte de los macedonios.

La inquietud de Timoteo no era nada comparada con la que sentía Pablo. Pablo, profundamente deprimido, no dejaba de preocuparse, mientras esperaba impaciente en el puerto a la llegada de la mercancía, los vientos favorables y los mejores augurios para la travesía. El viaje

5 La visita no se menciona en los Hechos de los apóstoles, pero es una deducción lógica de 2Cor 12,14; 13,2; cf J. MURPHY-O'CONNOR, *Paul: A Critical Life,* Clarendon Press, Oxford 1996, 290-291.

debió parecerle interminable a medida que su cerebro iba fantaseando con la situación que se iba a encontrar en Corinto. La única forma que Pablo tenía de combatir esta inquietud era sopesar diferentes estrategias posibles. No podía imaginarse a sí mismo triunfando sobre sus enemigos (formulando brillantes argumentos con que derrotar a la delegación judaizante y confirmar así su posición entre los corintios) durante más de cinco minutos. Al final siempre volvía el fantasma de la derrota. Si perdía Corinto, los adversarios habrían completado el círculo. Éfeso y sus iglesias filiales en Asia tampoco podrían resistir mucho tiempo. El futuro de la iglesia de los gentiles estaba en juego.

Conflicto en Corinto

El estado mental de Pablo a su llegada a Corinto es fácil de imaginar. Ira justificada, miedo paralizante y autocompasión lacrimógena se sucederían en la conciencia de nuestro protagonista. La proliferación de unos pensamientos tan confusos y generalizados a buen seguro que no mejoraron las habilidades retóricas del apóstol durante el primer encuentro que tuvo con los máximos dirigentes de la delegación de Antioquía. La línea argumental que adoptaron dichos dirigentes sería seguramente parecida a la que ya adoptaron en Galacia. Pablo, afirmaban los delegados, era un representante deshonesto de la iglesia que había sido enviado a proclamar la fe común de todos los cristianos. Pero Pablo traicionó el encargo que se le había encomendado y se dedicó a promulgar sus propias ideas, no las del evangelio. El tono despectivo con que se proferirían las acusaciones elevaba la injuria a la categoría de

insulto. Pablo no deja duda alguna de que él mismo fue profundamente humillado, y su autoridad fue desafiada del modo más radical posible[6].

Pero lo que más le perturbó fue la actitud de los corintios: su negativa a apoyarle le hirió de la forma más profunda. Desde la perspectiva de un observador, esta circunstancia no debía parecer tan desconcertante como le pareció a Pablo. La actitud de la iglesia de Antioquía era irrelevante en lo que concierne a los corintios. Estos tenían confianza en su propia identidad, y habían absorbido las enseñanzas de Pablo sólo porque se consideraban iglesia autónoma del resto. La idea de estar afiliados a una iglesia remota de oriente les debió parecer un tanto ridícula. A los conversos corintios no les importaba nada que Jerusalén hubiera conseguido imponer sus tesis cristianas a la iglesia de Antioquía. Es posible que a Pablo sí le importara, pero en ese caso, el apóstol podría discutir el asunto con el intruso a nivel personal.

Como es natural, Pablo no veía las cosas de la misma manera. Su vanidad había sido seriamente atacada. Aquellos a quienes Pablo había engendrado por medio del evangelio (1Cor 4,15) deberían preferirle a él por encima de los demás. Además, la «neutralidad» de los corintios inducía a la sospecha, por parte del apóstol, de que los fieles corintios estaban preparados y dispuestos a escuchar a los judaizantes. Pablo pidió a los corintios que rechazaran de pleno a la delegación judaizante. A lo que estos replicaron que nadie debía ser condenado sin ser oído antes. Esto era precisamente lo que intentaba evitar Pablo. El informe de Galacia le había revelado el

6 Los argumentos que sostienen esta reconstrucción de los hechos se hallan en C. K. BARRETT, *Ho adikesas (2Cor 7,12)*, en O. BOCHER-K. HAACKER (eds.), *Verborum Veritas: Festschrift für Gustav Stalin*, Brochaus, Wuppertal 1970, 149-157.

carácter seductor del evangelio judaizante. Es probable que el grupo espiritual estuviera detrás del rechazo a que Pablo les dirigiera (2Cor 1,23); las heridas que abriera el apóstol en el seno del grupo estaban todavía abiertas y sangrando.

La terquedad de los corintios puso a Pablo en una situación tremendamente difícil. Por una parte, quería quedarse en Corinto para contraatacar los argumentos de la delegación judaizante, y por otra, se creía imprescindible en Macedonia. Pablo no podía quedarse indefinidamente en Corinto, y acaso aceptaba que su presencia sólo podría servir para empeorar las cosas. Es muy probable que tuviera en cuenta este argumento a la hora de partir.

Pablo anunció su marcha a Macedonia, pero también dejó claro que volvería a Corinto tan pronto como acabara allí sus asuntos. Entonces disputaría un combate final con los cristianos judaizantes.

La fiel Macedonia

Es muy poco probable que Pablo zarpara desde Corinto al norte. No sólo se trataba de un viaje largo y peligroso, sino que los vientos etesios soplaban muy fuerte desde el cuadrante norte a partir de la segunda mitad de junio y hasta casi mediados de septiembre. La ruta por tierra desde Corinto a Tesalónica era de unos 580 km. A una media de 32 km por día, el viaje habría durado entre dieciocho y veinte días. (Que Pablo fuera capaz de mantener esa media es ya otro cantar). Prácticamente tuvo que arrastrarse a duras penas por la doble llanura de Tesalia, una de las zonas más calurosas de toda Europa durante el verano. Las montañas que la rodean daban cobijo a osos,

leones y jabalíes. Estos, pensaba Pablo, estarían aguardándole en el paso norte. ¡Cuánta aprensión (acrecentada por el cansancio y el calor de un camino abrasado por el sol) sentiría nuestro protagonista![7].

Sin duda, el estado de cansancio físico que sufría Pablo debió de ser un reflejo bastante preciso de su deprimido estado de ánimo. El apóstol entró medio a rastras por la muralla de Tesalónica hacia mediados de julio del año 54 d.C. Sin embargo, el problema que había previsto no se había materializado. No hay noticia de que Pablo tuviera que enfrentarse con los cristianos judaizantes en Tesalónica o en Filipos. Antes al contrario, el compromiso de los macedonios para con su amado proyecto de recaudar fondos para Jerusalén hace ver que aquellos permanecieron siempre de su parte (2Cor 8,1-4).

Pablo supo entonces por qué la delegación de Antioquía había conseguido llegar a Corinto tan pronto. La delegación fue recibida con cajas destempladas por parte de los tesalonicenses, una vez que quedó clara la animadversión que los miembros de aquella sentían por el apóstol. El contraste que había entre la fidelidad de los creyentes de Tesalónica y Filipos y la neutralidad burlona de los corintios intensificó la acritud que Pablo empezaba a sentir hacia estos últimos.

Bajo la más que probable influencia del carácter moderado de Timoteo, quien a buen seguro se había quedado allí en Macedonia, Pablo tuvo el buen criterio de aceptar que su presencia en Corinto era del todo improductiva. Muchos corintios seguirían furiosos con él (2Cor 2,1). La vuelta del apóstol a la ciudad sólo podría acabar en otra explosión de ira e incluso más dañina si cabe que la ante-

7 R. TALBERT (ed.), *Barrington Atlas of the Greek and Roman World*, Princeton University Press, Princeton 2000, mapas 50 y 55.

rior. Visto así, lo mejor era regresar directamente a Éfeso. Era consciente de que, al faltar a su palabra, los corintios podrían tener una nueva vara para atacar al apóstol. Este ya había cambiado dos veces sus planes de viaje por este asunto. ¿Por qué no habrían de azotarle los corintios con la vara de la inconsistencia? Eso no fue óbice para que Pablo zarpara rumbo a Éfeso.

Una carta escrita entre lágrimas

Con suerte, Pablo estaría de vuelta en Éfeso para mediados de agosto del año 54 d.C. Aunque había decidido no volver a Corinto, Pablo sintió que debía una explicación a los corintios acerca de cuáles eran sus sentimientos en torno a lo que allí había ocurrido durante su última visita. La carta no iba a ser fácil de escribir: «Os escribí esa carta profundamente acongojado y angustiado, y hasta con lágrimas en los ojos, no para causaros tristeza, sino para manifestaros el amor tan grande que os tengo» (2Cor 2,4). Por desgracia, la carta no ha sobrevivido, pero Pablo nos da suficientes pistas como para entender cuál fue el enfoque que le dio.

La carta no se parecía en nada a la que escribió a los gálatas. No se preocupó de contestar a los argumentos de la delegación judaizante, sino que se concentró exclusivamente en su relación con los corintios (2Cor 1,9; 7,12). Su estrategia consistía en ganarse la simpatía de estos revelando su traición a través de la descripción de su propio dolor. La carta estaba pensada para tirar de las cuerdas del corazón, al tiempo que causaba un *shock* severo a sus lectores. La misiva tenía que ser suficientemente fuerte como para agitar la conciencia de los corintios, pero sin llegar

a la violencia (en ese caso, los corintios podrían sentirse alienados de su apóstol). El texto debía combinar la reprobación más eficaz con la reafirmación de su afecto. Las decisiones que debía tomar eran tan delicadas que el proceso de redacción debió ser una completa agonía. Incluso después de haberla despachado, Pablo debió de sentirse inquieto por el efecto que produciría entre sus fieles. Era incluso probable que la carta provocara más daño que beneficio. ¿No hubiera sido mejor decir esto en lugar de aquello? La incertidumbre le pesaba muchísimo.

La carta fue entregada por Tito (2Cor 2,13; 7,6). No hubiera sido muy adecuado el haber enviado a Timoteo, pues no hay que olvidar que este, como mínimo, había estado presente cuando se produjo el primer encontronazo entre Pablo y los corintios. No importa si Pablo tenía a mano otros discípulos que le pudieran ayudar. Tito estaba especialmente cualificado para la tarea: había acompañado a Pablo durante el concilio de Jerusalén (Gál 2,1-3). Tito, en otras palabras, era un envoltorio perfecto para la «Carta llena de dolor», la carta sobre la que Pablo había vertido sus decepciones y su angustia. Tito estaba en disposición de informar, con toda autoridad, del acuerdo que había entre Pablo y la madre iglesia. En otras palabras, Tito podía refutar cualquier demanda o incluso llamar la atención sobre cualquier deformación de la realidad que se produjera por parte de la delegación judaizante.

10

Macedonia e Iliria

La reacción que pudieran experimentar los corintios ante una carta tan llena de angustia representaba sólo uno de los problemas que rondaban por la cabeza de Pablo durante el verano del año 54 d.C. Pablo temía que lo forzaran a dejar Éfeso. Evidentemente, la hostilidad de todos aquellos que tenía «en contra» (1Cor 16,9; cf 15,32) se había incrementado. Pablo empezó a detectar dicha hostilidad a principios de verano. Es de suponer que estos fueron los enemigos responsables de «las dificultades que encontramos en Asia», «tuvimos como segura la sentencia de muerte, para que no confiemos en nosotros mismos, sino en Dios, que resucitará de los muertos» (2Cor 1,8-9). No sabemos qué ocurrió, pero tuvo que ser bastante aterrador.

Plan de emergencia

Antes de que Tito saliera con la carta de las lágrimas, Pablo preparó un plan de emergencia en caso de que ocurriera lo peor. Aunque era mucho más rápido, y Pablo estaba desesperado por recibir noticias de Corinto, el apóstol pidió a Tito que no tomara un barco desde allí. En efecto, Tito debía tomar la ruta más larga, a través de Macedonia, y cruzar entonces por mar desde Neápolis

a Tróade. Una vez allí sólo tenía que seguir la ruta costera y llegar directo a Éfeso. Si Pablo se viera obligado a abandonar Éfeso, entonces tomaría la misma ruta, en sentido contrario, para emprender un nuevo ministerio en Tróade. De ese modo, acabarían encontrándose con toda seguridad.

La elección de Tróade como centro para una nueva iglesia era obvia. En el pasado, el alcance de la iglesia de Éfeso se había limitado a lugares situados a una semana de distancia a pie. La evangelización del área colindante al este con la «vía común» podía dejarse en manos de las iglesias que ya se habían establecido por la zona: ciudades al norte de Éfeso, como Esmirna, Tiatira y Pérgamo, ya habían sido seleccionadas como próximos objetivos del programa evangélico de Éfeso. Al sur, Mileto también llamaba la atención; no en vano se trataba de una importante ciudad[1].

Con todo, no podía compararse con Tróade, que, además, no era desconocida para Pablo. Pablo había pasado por allí dos veces (antes de su primera incursión en Europa y a su vuelta a Éfeso tras abortar la visita a Corinto) y no dejó de reconocer las evidentes ventajas de la urbe. Se trataba de un gran centro urbano en el que Pablo podría operar con la máxima eficacia. Tróade, además, poseía otra ventaja[2]. Una comunidad cristiana asentada en Tróade podría servir de enlace entre las iglesias de Europa y Asia. Garantizar la hospitalidad cristiana en la zona facilitaría la comunicación entre regiones. Por último, Tróade constituía una base desde la cual podría

1 R. TALBERT (ed.), *Barrington Atlas of the Greek and Roman World*, Princeton University Press, Princeton 2000, mapas 56 y 61.

2 Cf E. M. YAMAUCHI, *Troas*, en *The Anchor Bible Dictionary* VI, Doubleday, Nueva York 1992, 666-667.

divulgarse el evangelio por toda la zona del Helesponto (actual zona de los Dardanelos) y por toda la costa sur de Propóntide (actual mar de Mármara) hasta llegar, por el este, a Bitinia[3]. Por fortuna todas esas ventajas coincidían con el deseo, por parte de Pablo, de poder adentrarse por la ruta de Tito y salir así a su paso para escuchar las noticias que trajera de Corinto.

De hecho, Pablo tuvo que abandonar Éfeso antes de que volviera Tito. Desconocemos las razones específicas de por qué esto tuvo que ser así[4]. Pablo sólo dice: «Llegué a Tróade para anunciar el evangelio de Cristo, y, aunque se me presentó una ocasión propicia para trabajar por el Señor, mi corazón no estaba tranquilo por no haber encontrado a Tito, mi hermano. Me despedí de ellos, y partí para Macedonia» (2Cor 2,12-13). La voluntad de Pablo estaba dividida entre la ilusión por llevar a cabo un nuevo y fructífero apostolado y el ansia desesperada por escuchar las noticias de Tito. Con el paso de los días, crecían las posibilidades de que se vieran atrapados, cada uno en una orilla, en la costa del mar de Macedonia. Pablo esperó hasta el último momento antes de zarpar para Neápolis, el puerto de Filipos.

Al desembarcar, Pablo vio cómo se secaba una fuente de inquietud. Al menos el invierno no se interpondría

3 R. TALBERT (ed.), *o.c.*, mapas 51 y 52.

4 Justo antes de que Pablo dejara Éfeso (He 20,1), Lucas narra las revueltas de los orfebres (He 19,23-40). Aun así, hay que resistir la tentación de creer que ambos hechos tuvieron relación de causa y efecto. Esta narración proviene exclusivamente de Lucas (M.-É BOISMARD–A. LAMOUILLE, *Les Actes des deux apôtres*, Études bibliques, nouvelle série 13-14, Gabalda, París 1990, 2, 314-315; 3, 243). Su autenticidad histórica está puesta en entredicho. E. Haenchen, por ejemplo, opina que el episodio está lleno de errores, preguntas sin contestar y contradicciones internas que le restan mucho valor histórico (*The Acts of the Apostles: A Commentary*, Westminster, Filadelfia 1971, 569-579). J. Taylor no es tan negativo como Haenchen, pero tampoco puede especificar un núcleo de hechos históricos relevante (*Les Actes des deux apôtres*, Études bibliques, nouvelle série 30, Gabalda, París 1996, 6, 43-59).

entre él y Tito. No obstante, con el lento paso de los días, el nerviosismo del retraso comenzó a abatir el ánimo de nuestro protagonista. Pablo menciona un período caracterizado por «conflictos» y «temores» (2Cor 7,5). La presión provocada por la incertidumbre de saber cómo reaccionarían los corintios se vio acrecentada por el temor a la situación de Tito. Este, de hecho, ya llevaba mucho tiempo de retraso. Pablo se hallaba en un estado de constante tensión; cualquier roce le irritaba. Su estado emocional inflaba las preguntas y las discusiones hasta convertirlas en acusaciones y disputas.

Pablo no podía pasar por Filipos sin parar para visitar a sus creyentes. Si Tito no hubiera estado por allí, su estancia habría sido muy breve. Es muy posible que anduviera 144 km hasta Tesalónica antes de que Tito apareciera. La alegre reunión pudo haber ocurrido en cualquier parte[5].

El invierno ya acechaba, y tanto Pablo como sus compañeros de viaje se asentaron en la comunidad cristiana más cercana hasta que volviera el buen tiempo por primavera. Tuvo entonces el apóstol mucho tiempo para asimilar los informes de Tito, así como para formular una respuesta apropiada con ayuda de Timoteo. Pablo no iba a cometer el terrible error que cometió al escribir la primera Carta a los corintios.

El informe de Tito

Tito bien podría haber comenzado su informe diciendo: «Tengo buenas y malas noticias. ¿Cuáles quieres oír primero?». Pablo tenía muchísimas ganas de escuchar las

5 R. TALBERT (ed.), *o.c.*, mapas 50 y 51.

buenas, por supuesto. La carta de las lágrimas produjo exactamente el mismo efecto que Pablo esperaba causar entre sus fieles. Los corintios se sentían sinceramente arrepentidos por haber fallado al apóstol. Esto quedaba confirmado por las represalias que los corintios tomaron contra el líder de la delegación antioquena (2Cor 2,5-11). No se especifica la naturaleza del castigo, quizá porque no había más que una posibilidad de castigo: en concreto, el completo ostracismo. Los creyentes simplemente dejaron de tener contacto con el líder antioqueno. Este fue arrojado a merced de una sociedad a la que no le preocupaba si vivía o moría. Los corintios estaban del lado de Pablo.

No obstante, la alegría de Pablo se vio mitigada por una serie de comentarios sobre la vida en la comunidad corintia, que sirvieron para demostrar la perspicacia y la sagacidad de Tito como observador.

El grupo espiritual y los judaizantes

El ataque frontal contra Pablo por parte del líder antioqueno había fracasado. Tito, sin embargo, se dio cuenta de que los cristianos judaizantes no se habían rendido del todo. En realidad, llevaron a cabo una retirada estratégica para reagruparse, reforzando sus lazos de unión con el grupo espiritual. A primera vista, una alianza entre creyentes pseudo-intelectuales de ascendencia griega (el grupo espiritual) y judeo-cristianos devotos de la ley mosaica parecía bastante improbable. Con todo, la historia abunda en ejemplos de grupos minoritarios, con objetivos totalmente dispares entre sí, que se unen para derrocar a un enemigo común. Cuando los cristianos judaizantes llegaron a Corinto, su primera medida habría sido sondear

a la comunidad que Pablo había levantado, en busca de puntos débiles por los cuales atacar al apóstol. Con el objeto de trabajar desde dentro, la delegación antioquena debía alojarse bajo los auspicios de algún miembro y la prudencia dictaba que ese miembro fuera parte de un grupo que estuviera enfrentado con Pablo.

Tito confirmó palabra por palabra el informe de Timoteo acerca del grupo espiritual y cómo se sentían sus miembros con relación al apóstol. No había cambios sustanciales a ese respecto. Su orgullo todavía buscaba vengarse de la violenta humillación pública que Pablo había obrado en 1Cor. Si Apolo se hubiera quedado en Corinto, es posible que el grupo hubiera formado una iglesia alternativa, pero aquel se marchó para unirse a Pablo y, por lo visto, no parecía que fuera a regresar muy pronto (1Cor 16,12). La traición, por la cual a buen seguro culparon a Pablo, no hizo sino intensificar su acritud. En este orden de cosas, insistía Tito, Pablo se convertía en blanco legítimo de sus adversarios. La alianza, en consecuencia, debía producir beneficios para ambas partes. Los cristianos judaizantes hallaron un lugar de privilegio entre la elite de la comunidad corintia y el grupo espiritual se hizo con el instrumento para dañar, si no destruir, los logros de Pablo.

Un espacio común tan poco creativo constituía una base muy frágil para poder llevar a cabo una acción conjunta. Pero Tito también señaló que ambas facciones mostraban un interés muy desarrollado en la figura de Moisés. Para el grupo espiritual, Moisés era el perfecto hombre sabio, aquel que encarnaba todas las virtudes helenas propias de los reyes, los legisladores, los sacerdotes y los profetas. Moisés, en otras palabras, ejemplificaba todo aquello a lo que aspiraba el grupo espiritual. En cambio,

la delegación Antioquena, valoraba al Moisés autor de la ley, de la cual, por cierto, también era la viva encarnación. Había diferencias entre ambos, pero si se manejaba el asunto con destreza, repetía Tito, Moisés podría convertirse en la llave de los corazones del grupo espiritual.

Tito también intentó desengañar a Pablo de que la tosquedad sirio-palestina de los antioquenos no iba a hacer que los elegantes ciudadanos corintios los trataran como un elemento extraño o amenazante. En Antioquía no andaban escasos de habilidad política y sabían que habrían de hacer concesiones a los miembros del grupo espiritual. Pronto se dieron cuenta los judaizantes de que la hostilidad que aquellos sentían hacia Pablo se debía a que este no había podido satisfacer sus expectativas de liderazgo religioso. Así, los judaizantes sólo tenían que recalcar que estaban mejor cualificados para ser líderes de la comunidad. Proclamaron sus credenciales promulgando a los cuatro vientos las revelaciones que habían experimentado y los milagros que habían obrado. Introdujeron las convenciones de la retórica griega en la enseñanza del evangelio. Desarrollaban ciertos temas en profundidad y luego los sazonaban con una pizca de misterio que había de servir para halagar las sensibilidades del grupo espiritual. Aun así, esta «helenización» del evangelio, no entró nunca en conflicto con el compromiso para con la ley de la delegación.

Falta de coherencia

Tito continuó su informe haciendo notar que la atmósfera de la comunidad en Corinto estaba siendo enrarecida de forma consciente y voluntaria. El método era simple:

criticar a Pablo constantemente. Los miembros del grupo espiritual destilaban malicia en cada gesto y en cada palabra. Falsificaron los motivos de Pablo y promovieron, conscientemente, una mala interpretación de sus palabras (2Cor 1,12-14).

El grupo espiritual, reforzado por la delegación judaizante, insistió en que Pablo era incapaz de mantener su palabra. En lo que respecta a sus planes de viaje, Pablo dijo primero que iría a Macedonia y luego a Corinto (1Cor 16,5-6), pero, en realidad, pasó antes por Corinto que por Macedonia. Estando en Corinto, prometió volver a la ciudad al acabar su visita a Macedonia, pero no cumplió su palabra, volvió a Éfeso (2Cor 1,15-16) y les escribió otra carta. Tales indecisiones fueron suficientes para que los espiritualistas acusaran a Pablo de sufrir la falta de coherencia típica del adulador (cuyo criterio de comportamiento se basaba en el placer momentáneo del oyente). Algunos conversos de Corinto afirmaban que Pablo no les inspiraba ninguna confianza. En consecuencia, no podía ser ni un amigo de verdad, ni un auténtico líder.

La actitud de Pablo hacia el dinero demostró ser otra fuente de comentarios insidiosos. Dado que la llegada de miembros de otras iglesias hermanas no podía ser mantenida en secreto dentro de la comunidad, Pablo tuvo que explicar las razones que lo llevaron a aceptar la ayuda financiera de los filipenses y a rechazar la de los corintios. La distancia era la gran diferencia. Pablo rechazó la ayuda de la comunidad corintia (la comunidad en la cual residía) para evitar una red de relaciones de clientela. De ese modo, sólo conseguiría ser prisionero de la parte más adinerada de la comunidad (en detrimento, claro está, de los miembros más pobres). Las contribuciones individuales, como las obligaciones que traían consigo, ya no existían

en el subsidio que le trajeron de Macedonia. Aquel era un regalo de toda la comunidad y por eso Pablo podía aceptarlo. Pablo podía aceptar ese tipo de patronazgo, por eso lo recompensó con su apoyo y sus consejos epistolares.

Para los seguidores de Pablo, la explicación resultaba perfectamente razonable. Pero sus enemigos no tuvieron dificultad en descalificarla, por su propio interés y para subrayar los hechos. En su opinión, esos mismos hechos sólo probaban una cosa: Pablo amaba a los filipenses, pero no a los corintios, pues rechazaba sistemáticamente cualquier esfuerzo de apoyo caritativo que le ofrecieran.

La colecta de Jerusalén

Tito había mostrado tal sensibilidad a la hora de analizar el sentimiento antipaulino en Corinto, que no escatimó amabilidad a la hora de guardar una buena noticia para el final. Los corintios, dijo Tito, habían depositado verdadero entusiasmo en la colecta para los pobres de Jerusalén.

Tito no tenía instrucciones de sacar este tema en Corinto. La carta de las lágrimas sólo tenía un objetivo, muy difícil, eso sí, y Pablo gozaba de demasiada experiencia como para complicar un asunto que ya era demasiado espinoso por sí solo.

Sin embargo, en el debate con los cristianos judaizantes, Tito se dio cuenta de que la colecta proporcionaba un argumento *ad hominem* de libro. El esfuerzo que Pablo puso en aquella colecta demostraba, de la manera más práctica posible, todo el amor y la preocupación que Pablo sentía por la madre iglesia, es decir, la misma iglesia a la que la delegación decía representar. No podían recha-

zar el regalo de las iglesias paulinas sin poner en peligro la supervivencia de sus compatriotas en Jerusalén, pero tampoco sin ponerse a sí mismos en la misma situación que los corintios censuraban en el caso de Pablo.

Una vez que Tito se convenciera de que los corintios habían aceptado la reprimenda de la carta dolorosa, parece bastante normal que aquel les hubiera recordado elegantemente su compromiso para con la colecta, ¡un gesto que los cristianos judaizantes habrían necesariamente de secundar (2Cor 8,6)! Al menos en ese instante, Pablo, los corintios y los cristianos judaizantes habrían sido todos uno, lo cual justificaría una nota más optimista al final del informe de Tito.

Una carta bien escrita

La suerte sonrió a Pablo: el invierno llegó justo cuando Tito se encontró con él en Macedonia. El tiempo hacía impensable una vuelta a Corinto, por lo menos en un futuro inmediato. La circunstancia evitó que Pablo respondiera a los corintios de forma precipitada, como ya ocurriera con el desastre de 1Cor. Pablo tuvo tiempo para dictar y corregir muchísimos borradores antes de que los mensajeros pudieran llegar a Corinto a la primavera siguiente. Como muy pronto, la carta (2Cor 1-9) fue enviada en marzo o abril del 55 d.C[6]. Por tanto, las condiciones climáticas forzaron a Pablo a seguir un período de reflexión sobre cuál sería la mejor estrategia que debía

6 La division de 2Cor en dos cartas (capítulos 1-9 por una parte y capítulos 10-13 por otra) está bastante aceptada hoy día; cf, por ejemplo, V. P. FURNISH, *II Corinthians*, en *Anchor Bible*, Doubleday, Garden City (Nueva Jersey) 1984, 35-41. Para la fecha relativa de ambos documentos, cf J. MURPHY-O'CONNOR, *The Date of 2 Corinthians 10-13*, Australian Biblical Review 39 (1991) 31-43.

seguir. Esta vez tenía una ventaja adicional: Timoteo, que demostró ser mucho mejor coautor de lo que había sido Sóstenes en 1Cor.

El principal interés que muestra Pablo al escribir 2Cor 1-9 era abrir una brecha entre el grupo espiritual y la delegación judaizante de Antioquía. No menos importante resultaba la necesidad de convencer al grupo espiritual de que el sufrimiento y la debilidad (no el porte digno ni la elocuencia) conformaban los auténticos mimbres del auténtico líder cristiano.

Ruptura de una alianza

Para poder privar a los cristianos judaizantes de su base de operaciones en Corinto, Pablo critica la administración mosaica en unos términos a los que el grupo espiritual se muestra particularmente sensible, al tiempo que presenta la administración cristiana a través de un prisma que aquellos debían encontrar bastante atractivo[7].

En 2Cor 3,7-18 Pablo se concentra en la figura de Moisés, es decir, el resorte que los cristianos judaizantes habían accionado para ganarse el favor del grupo espiritual. El tono polémico que utiliza al exponer «los israelitas dirigían su mirada a la cara de Moisés y veían su piel radiante, y Moisés volvía a poner el velo en su cara hasta que entraba de nuevo a hablar con el Señor» (Éx 34,34-35) se hace explícito en el contraste que establece entre su propio comportamiento y el de Moisés: «Teniendo tal esperanza, procedemos con entera libertad; y no como Moisés, que se tapaba la cara con un velo para

7 Para más detalles, cf J. MURPHY-O'CONNOR, *Pneumatikoi and Judaizers in 2Cor 2,14–4,6*, Australian Biblical Review 34 (1986) 42-58.

que los israelitas no se fijasen en su resplandor, que era pasajero» (2Cor 3,12-13). Al presentarse tal cual es, sin pretensiones, Pablo reclama para sí, de forma implícita, todo un abanico de cualidades de las que Moisés, por su parte, carecería, ya que disimulaba su rostro con un velo.

Tras sembrar la duda en la opinión que el grupo espiritual tenía de Moisés, Pablo intenta asociar los logros de Moisés con la ceguera intelectual (2Cor 3,14-15). Los cristianos judaizantes se habían convertido en un juguete en sus manos al introducir la idea de un *nuevo* pacto. Esa idea le permitía a Pablo estigmatizar la ley de Moisés (el «antiguo pacto»), quitándole así el atractivo que pudiera tener para aquellos que se creían en la vanguardia del pensamiento religioso. Al escribir «Moisés» y no «El libro de Moisés», Pablo introduce esta connotación peyorativa de lo «viejo» a la figura de Moisés. Pablo refuerza esta última idea gracias a una sutil adaptación de Éx 34,34, que no es sino un simple y eficaz argumento *ad hominem*. La presencia de los antiguos judíos en la comunidad corintia demostraba por sí misma que aquellos habían encontrado en el cristianismo algo de lo que carecían durante su etapa de judíos obedientes a la ley. Estaban ciegos y ahora veían. ¿Por qué entonces, sugiere Pablo, el grupo espiritual se empeña tanto en comprometerse con la oscuridad intelectual de la ley, cuando pueden disfrutar de la luz que proyecta la auténtica gloria, la gloria del evangelio?

En 2Cor 3,17 Pablo pasa de la crítica indirecta a la seducción apropiándose de dos términos clave del léxico espiritualista: «espíritu» y «libertad». Si antes Pablo había asociado la ley con la ceguera intelectual, el vicio que más despreciaban los espiritualistas, ahora el apóstol identifica el evangelio con los valores que aquellos más aprecian. El «espíritu» evoca al hombre celestial de Filón, mientras

que la libertad se asocia a la virtud, la perfección y la sabiduría.

La intrincada sofisticación del argumento de Pablo está a años luz de las burdas cuchilladas de 1Cor. Muestra que Pablo era capaz de aprender de sus propios errores. Se tomó muy a pecho la crítica de Timoteo y, en un extraordinario gesto de humildad, pergeñó un modo de penetrar en el mundo religioso del grupo espiritual, con ayuda de Apolo, con toda seguridad.

Pablo abandonó el ataque frontal que tan mal rendimiento le reportó en 1Cor. En su lugar, fue menoscabando poco a poco, con delicadeza, las convicciones del grupo espiritual. La sutil denigración de Moisés que el apóstol pone en marcha, disminuía el espacio común que compartían judaizantes y espiritualistas. Su reformulación del evangelio estaba calculada al detalle para cumplir un doble propósito: por una parte, armonizar con la perspectiva filónica, la perspectiva que los espiritualistas habían aprendido de Apolo y, por otra, realizar un cambio firme en esa misma perspectiva filosófica. El grupo espiritualista, como bien sospechaba Pablo, se oponía legítimamente a las restricciones impuestas por la ley. No había más que desnivelar la balanza a favor de los judaizantes. El discreto enfoque indirecto de Pablo eludía el peligro de una reacción perversa como la que había provocado 1Cor.

Un auténtico líder cristiano

Pablo resume la actitud del grupo espiritual a la figura histórica de Jesús con la sorprendente frase «¡Maldito seas, Jesús!» (1Cor 12,3). La idea de un salvador crucificado repugnaba a los espiritualistas. Por eso ellos preferían

pensar en un salvador sobrehumano que viniera del cielo, «el señor de la gloria» (1Cor 2,8). Pablo no podía aceptar esta separación entre Jesús y Cristo, pues, como bien dijo uno de sus primeros comentaristas, Jesús es la verdad de Cristo (Ef 4,21). Sólo un ser de carne y hueso, situado en un espacio y un tiempo concretos, podía demostrar las posibilidades reales inherentes a la humanidad redimida que se proclaman en el evangelio. A menos que el ideal se haga carne, seguirá siendo una posibilidad teórica más, bella de contemplar, pero sin ninguna garantía de poder convertirse en realidad. Así, Pablo tuvo que insistir en la idea de que Jesús no sólo hablaba del amor, sino que lo encarnaba.

La forma de morir de Cristo era, para Pablo, la demostración elemental del amor de Cristo por la humanidad. Así, aunque la tradición apostólica de la iglesia antigua hablara sólo de la muerte de Jesús, Pablo sostenía, de forma coherente, que Jesús murió de un modo particularmente horrible, si bien también reconocía que un Cristo crucificado era un «escándalo para los judíos y una locura para los paganos» (1Cor 1,23). El grupo espiritual prefería apartar su mente de esta dimensión; no podía ser integrada en ningún enfoque filosófico de la religión. Sin duda los judaizantes cooperaron a ello. Podían afirmar, de forma perfectamente justificada, que el énfasis que ponía Pablo en la muerte de Cristo era, lisa y llanamente, excepcional. Es más, la adaptación del conjunto a lo que el grupo espiritual esperaba de los líderes religiosos implicaba un modo de vida mucho más compatible con el de un «Señor de la gloria» que con el de un criminal torturado.

Estas actitudes obligaron a Pablo a defender tanto su ministerio como la historicidad de Jesús. Se hacía necesario un enfoque integral y su búsqueda llevó a Pablo a explorar una nueva dimensión de su discurso. Al reflexionar sobre las condiciones del ministerio de Jesús, Pablo entendió la relevancia de su propia situación. En el proceso, Pablo le dio mayor profundidad a su comprensión del evangelio de Cristo, aquel que se refleja en la tradición evangélica.

La forma en que se desarrolló el ministerio de Cristo venía determinada por Dios: «Al que no conoció pecado, le hizo pecado en lugar nuestro para que nosotros seamos en él justicia de Dios» (2Cor 5,21). En otras palabras, Dios quería que Cristo estuviera sujeto a las consecuencias del pecado. Jesús estaba tan integrado en la «humanidad que necesita salvación» que aguantó los castigos inherentes a su pertenencia en la humanidad «caída». Jesús salvó a la humanidad desde dentro aceptando su condición y transformándola. Se convirtió en los demás seres humanos para revelarles el potencial de aquello en lo que podían convertirse. Por eso sufrió, como sufren otros y murió como mueren otros, incluso aunque nunca mereciera dichas aflicciones.

Si 2Cor 5,21 enfatiza el plan divino, otros textos enfatizan la libertad con la que Cristo cooperó: «[Cristo] se hizo pobre por vosotros» (2Cor 8,9) y la razón de su elección: «Uno murió por todos» (2Cor 5,14). Su vida y su muerte constituyeron un deliberado sacrificio del yo, un sacrificio del que se pudieran beneficiar los demás. La lección fundamental del auto-sacrificio de Cristo es que «los que viven no vivan para sí» (2Cor 5,15). Antes de Cristo, se daba por supuesto que los objetivos primordiales de la humanidad eran la supervivencia, la comodidad y el éxito. A la luz del radical altruismo de Cristo, ya sólo se puede entender ese modo de vida como la «muerte» encarnada

en el egoísmo. Se trata, nada menos, que de la antítesis de la auténtica *vida*, la cual sólo se orienta al beneficio de los demás.

La presentación de Cristo como «imagen de Dios» (2Cor 4,4) revela lo esencialmente auténtico de la investidura de poderes, la habilidad para llegar a «capacitar» a los demás. En el capítulo del Génesis donde aparece esta fórmula (Gén 1,26-27), Dios aparece sólo como creador. En consecuencia, la creatividad se revela como referente primario a la hora de determinar el sentido de la frase. Los humanos nos parecemos a Dios porque somos creativos. Como Adán, antes de la caída, Cristo es «imagen y gloria de Dios» (1Cor 11,7) en el sentido de que da gloria a Dios precisamente por ser aquello que intentó crear Dios.

El poder creativo que convierte a Cristo en el nuevo Adán (cf 1Cor 15,45) se ejerce en y a través de la pobreza y la ignominia. Su sola existencia era un «sufrimiento de muerte» (2Cor 4,10), pero trajo al ser una «nueva creación» (2Cor 5,17). Una vez llegado a esta intuición concreta, fue fácil para Pablo percibirla como el arquetipo de su propia situación. Era consciente de su «debilidad» (1Cor 9,22), pero aun así, él disponía de una «pujanza extraordinaria», una especie de fuerza (2Cor 4,7) que creaba nuevas comunidades de individuos transformados (2Cor 3,2-3). La premisa básica de la identificación de Pablo con Jesús (que es a la vez el rasgo distintivo que caracteriza su comprensión del apostolado en 2Cor 1-9), era su común experiencia del sufrimiento.

Hasta aquí, Pablo había aceptado el sufrimiento como un proceso inherente a la condición humana. Las duras experiencias que había soportado no lo iban a apartar del mundo antiguo. La vida era brutal y la supervivencia era

poco más que una cuestión de suerte. Ningún conocido de Pablo discreparía de la máxima de Homero: «Los dioses sin pena han tejido así el hilo que determina que los desdichados mortales vivamos en el dolor» *(Ilíada* 24, 525). Por fin, Pablo veía una oportunidad de darle significado al sufrimiento. Aunque pensara en términos de su propio apostolado, su intuición es válida para todos los creyentes. El sufrimiento puede ser revelador cuando se acepta con gracia lo inmutable. Si el logro no es proporcional a los medios, el poder de Dios se hace visible.

Pablo se percibía a sí mismo como un prisionero de guerra destinado a la ejecución durante el momento crítico de un desfile militar romano, conmemorativo de una victoria (2Cor 2,14). Su primera intuición fue comprender ese sufrimiento como una prolongación del sacrificio de Cristo. Él es el «aroma de Cristo» (2Cor 2,15). El olor a humo se difunde por toda la ciudad anunciando un sacrificio a aquellos que no están en el templo. De igual modo, Pablo viajó en numerosas ocasiones para proclamar a Jesús por el mundo, no sólo con palabras, sino más bien con su comportamiento. Pablo habla de sí mismo en los términos siguientes: «Llevamos siempre y por doquier en el cuerpo los sufrimientos de muerte de Jesús para que la vida de Jesús se manifieste también en nosotros. Porque, viviendo, estamos siempre expuestos a la muerte por causa de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestra carne mortal» (2Cor 4,10-11).

Esta afirmación tan extraordinaria constituye el momento más crítico de 2Cor 1-9, y la intuición más profunda jamás articulada para expresar el significado del sufrimiento y la naturaleza del verdadero apostolado. La muerte acechaba a Pablo cada paso que este daba; podía morir en cualquier momento. Como viajero que se dirige

a un inevitable destino, Pablo concibió su vida como el «sufrimiento de muerte», el mismo proceso que el apóstol identificaba con la figura de Jesús, quien, a su vez, también había predicho su propia muerte (por ejemplo, Mc 8,31). La aceptación del sufrimiento por parte de Pablo generó una transparencia a través de la cual podía verse la auténtica humanidad de Jesús. Por causa de su actitud, Pablo era para su generación lo que Jesús había sido para la suya.

Ahora bien, Pablo nunca se puso al mismo nivel que Jesús. Él nunca habría conseguido llevar a cabo todos sus logros sin Jesús. Aun así, Pablo admitía que si Jesús fuera el único que podía mostrar qué tipo concreto de humanidad deseaba el Creador, su revelación podría haber pasado inadvertida muy fácilmente: no sería más que un suceso, único en su género, pero carente de significado para el resto de la humanidad. De ahí que Pablo acepte la responsabilidad de *ser Jesús* para sus conversos. Lo explícito de su presentación del ministro como un *alter Christus* no tiene parangón en el Nuevo Testamento. Le fue impuesta por el grupo espiritual y la delegación judaizante, especialmente por su negación de la existencia terrenal de Jesús y su desprecio hacia el ministerio apostólico de Pablo. Cristo, tal y como vivió en la tierra, representaba el auténtico modelo de liderazgo.

La colecta para Jerusalén

Ya que Tito había obtenido una respuesta positiva, por parte de Corinto, al proyecto para la colecta de los pobres en Jerusalén, Pablo decidió golpear mientras el hierro estaba todavía incandescente. Quiso que 2Cor 8 fuera el

pasaje final de la carta, pero cuando cogió la pluma con sus propias manos para escribir el último párrafo con su firma, su corazón tomó el mando e hizo un ferviente llamamiento a la participación (2Cor 9).

Estos dos capítulos muestran las mejores cualidades de Pablo como líder religioso. Su habilidad consumada en el arte de la persuasión indica lo mucho que ha madurado en un solo año. A pesar incluso de tener que trastocar un poco la realidad, Pablo alaba aquello que merece ser alabado –a saber, el voluntarismo de los corintios, aunque este se manifestase con un año de retraso (9,2)– y evita con maestría cualquier atisbo de crítica. Incluso llega a afirmar que no ha pedido a los corintios que contribuyan (8,8a), que sólo está expresando su opinión (8,10). Introduce luego el ejemplo de los macedonios de modo tal que la dignidad de los corintios pueda ejercer la función de incentivo interno. Para aplacar cualquier posible ansiedad por su parte con respecto a la suma final de la colecta, Pablo se afana dolorosamente en subrayar que cuenta la actitud, no el valor del donativo (8,12). No obstante, cerca ya del final surge un destello del antiguo Pablo cuando este destaca explícitamente la posibilidad de que una iglesia mucho más pobre pueda humillarlos (9,4). Una vez más captamos una nota de chantaje moral, la cual, además, se ve reforzada con la afirmación superflua de que la colecta «será una muestra de generosidad, y no de tacañería» (9,5).

En una ocasión anterior, sin embargo, los corintios habían dado su consentimiento y luego no habían hecho nada. En esta ocasión, Pablo no estaba dispuesto a fiarse sólo de promesas, por lo que decidió enviar emisarios a Corinto: su presencia debía servir como recordatorio diario de su invitación. El problema era, sin embargo, que

la presencia de un grupo de presión como el que conformarían los emisarios, aunque fuera muy discreto, podía ser interpretada por los corintios como una intrusión en los asuntos locales de la iglesia.

El nerviosismo de Pablo se palpa en su presentación de Tito. El apóstol quiere dejar bien claro que no está enviándoles a Tito, como pudiera pensarse en 8,6. ¡Este ha decidido volver a Corinto, por propia voluntad en respuesta al ruego de Pablo (8,17)! Esta breve estampa dice mucho sobre el modo en que Pablo trataba a sus discípulos. Pablo nunca da órdenes a sus subordinados sino que solicita las cosas a «un compañero y un colega» (8,23). Como pueden suponer, Tito portaba la carga que en tan buen lugar le dejaba.

A Tito le acompañó un hermano elegido por las iglesias de Macedonia para actuar como delegado en la compilación de las colectas para Jerusalén (8,19). Llama la atención que se ponderen las cualidades de este individuo, pero que no se cite nunca su nombre. A la luz de los contactos de las iglesias de Corinto y Macedonia (1Tes 1,7-9; 2Cor 11,9), la hipótesis más simple que explica este hecho es que el misionero era un cristiano corintio que había emigrado para ayudar a la expansión de la iglesia de Macedonia y que se había ganado una reputación allí, dadas sus buenas cualidades para divulgar el evangelio. Al reconocerlo los corintios y al escuchar estos el elogio de Pablo, debieron de sentirse halagados y aliviados al mismo tiempo. Su contribución a una iglesia hermana estaba siendo alabada en público, y el emisario de Pablo no podía ser ni mucho menos crítico con Macedonia (9,4), pues, de hecho, pertenecía a su congregación. Su función concreta consistía en garantizar la integridad de la colecta (8,20-21).

Tampoco se conoce el nombre del tercer miembro del grupo de emisarios. Por la descripción que de él se da podemos deducir que era uno de los discípulos más antiguos de Pablo, el cual además mantenía cierta relación con Corinto. Es probable que acompañara a Pablo en su segunda visita, o quizá a Tito cuando este llevó la carta dolorosa. Era práctica habitual de Pablo viajar en compañía de otros y es muy poco probable que permitiera a Tito viajar solo a Corinto. Un compañero de viaje era absolutamente indispensable, no sólo para poder plantar cara a los ladrones con alguna garantía, sino también para guardar la mercancía que llevaran cuando el otro fuera a los baños o a cualquier otro sitio.

El misionero en Iliria

Según 2Cor 9,4, Pablo tenía intención de ir a Corinto en un futuro cercano (concretamente durante el verano del 55 d.C.) para terminar la colecta, en la cual había estado trabajando durante los últimos cuatro años. Tenía bastante claro que no podía entrar en Corinto, ponerse en contacto con la iglesia y salir camino de Jerusalén. A pesar del optimismo inherente a sus palabras en 2Cor 7,5-16, Pablo era plenamente consciente de que el restablecimiento de las relaciones con la iglesia había dejado un buen número de problemas sin resolver. Tendría que pasar en Corinto una buena temporada. El tiempo exacto dependería de las circunstancias, pero no podría arriesgarse a estropear el proceso de reconciliación estableciendo una fecha de salida prematura. Cuanto más reflexionaba, más se convencía de que cuando fuera a Corinto, sería para pasar allí un invierno.

Los macedonios, por su parte, no querían retrasar el encuentro. Era lógico que quisieran librarse cuanto antes de la gran responsabilidad que suponía el dinero recogido para los pobres de Jerusalén. Sólo podrían viajar a Jerusalén en verano y el viaje de ida y vuelta habría de durarles varios meses. Cualquier retraso en ese momento podría suponer un aplazamiento de hasta un año de duración. Esto justifica la sombra de duda que se cierne en las palabras de Pablo: «Pues *si* van los macedonios» conmigo (2Cor 9,4). El asunto todavía no estaba resuelto cuando Pablo envió 2Cor 1-9.

Cuanto más reflexionaba sobre sus planes de futuro, más razones hallaba Pablo para no apresurar su marcha a Corinto. En 2Cor 1-9 el apóstol pide tiempo para que los lectores asimilen adecuadamente la sutileza de su mensaje. Una discusión larga y profunda por parte de los destinatarios sólo podría traer beneficios para Pablo. Este estaba convencido de que Tito dirigiría la discusión en la dirección correcta y una manipulación tan delicada como esa no debía llevarse a cabo con prisas.

Pablo hallaba esas razones convincentes porque llevaba cinco años sin realizar trabajo apostólico personalmente. Sus agentes habían fundado iglesias en Asia, y había comenzado una nueva comunidad en Tróade. Este último episodio fue bastante breve, pues no en vano había empleado la mayor parte de sus energías en mantener las comunidades que ya existían. Crisis tras crisis (en una iglesia y otra) habían demandado su atención. Ahora todas las comunidades estaban en calma. No podía estar seguro, sin embargo, de cuánto podría durar esta tranquilidad. Era hora de actuar. El largo verano que se cernía representaba una oportunidad de oro para explorar territorio virgen de nuevo y dedicarse a aquello para lo que había

sido escogido por Dios, un fundador de iglesias, alguien que predicaba a Cristo allá donde todavía no había sido siquiera nombrado (Rom 15,20). La perspectiva debía de ser irresistible. En cualquier caso, Pablo no se contuvo de ningún modo.

No importa en qué lugar de Macedonia pasaran Pablo y sus discípulos el invierno, lo que es casi seguro es que el apóstol escoltó a Tito y a sus dos compañeros de viaje hasta Tesalónica. Desde allí, para ir a Acaya, Tito tenía la opción bien de tomar un barco, bien de emprender la marcha por la Vía Egnacia.

Pablo se dirigió al oeste. Los primeros kilómetros de la gran Vía Egnacia no le eran desconocidos. En una visita previa, Pablo había ido hacia el suroeste, camino de Berea, un poco más allá del río Axios. Esta vez, cruzar el río simbolizaba el inicio de una nueva empresa en territorio desconocido, algo que Pablo no había hecho en los últimos diez años. ¿Recordó entonces su salida de Antioquía de Pisidia y las circunstancias imprevistas que habrían de llevarle a Europa a través de Galacia[8]? Para no transgredir el terreno que los tesalonicenses podrían, legítimamente, considerar su territorio, Pablo decidió ir mucho más hacia el oeste, concretamente hasta Iliria (Rom 15,19)[9]. Si dejó

8 Para el trazado por Macedonia de la Vía Egnacia, cf R. TALBERT (ed.), *o.c.*, mapa 49.

9 No había ninguna provincia romana llamada Iliria en tiempos de Pablo. En el año 9 d.C. había sido dividida en dos: Panonia y Dalmacia (ambas al norte de Macedonia). Cf *Illyricum* en S. HORNBLOWER-A. SPAWFORTH (eds.), *The Oxford Classical Dictionary*, Oxford University Press, Oxford 1996, 747. La parte occidental de Macedonia, sin embargo, estaba habitada por nativos de Iliria. Según Estrabón *(Geografía*, 7. 7. 4), su territorio se extendía desde la costa adriática de Pilón por la Vía Egnacia; cf R. TALBERT (ed.), *o.c.*, mapas 1 y 49. Con un sentido común inusual para los comentaristas de Rom 15,19, W. SANDAY y A. C. HEADLAM afirman: «San Pablo habría continuado por esa ruta [la Vía Egnacia] hasta llegar a Tesalónica, y señalando hacia el oeste habría podido preguntar por la región montañosa y la gente que habitaba en ella; entonces hubiera sabido que se trataba de Iliria» *(A Critical and Exegetical Commentary on the Epistle to the Romans*, ICC, T&T. Clark, Edimburgo 1902, 407-408).

Tesalónica a mediados de abril, es de suponer que, a finales de mes, ya habría cubierto los 320 km que había hasta el paso fronterizo (no muy bien delimitado) de Pilón. No se sabe muy bien cuánto se adentró en territorio ilirio. Todo dependía de cuánto tiempo estuviera dispuesto a dejar pasar antes de emprender el camino hacia Corinto.

Si Pablo sólo tenía en mente una campaña de verano, es de suponer que no fue más allá de la ciudad importante más cercana de la frontera, en este caso Lycnidos (actual Ohrid, en Serbia), a orillas del bello lago Ohridsko y en la falda de sus montes circundantes. Ahora bien, si Pablo tenía intención de pasar más o menos un año en Iliria, parece mucho más probable que se hubiera adentrado otros 160 km hasta el puerto de Dirraquio (actual Durrës, en Albania). Dirraquio era el cabo más septentrional de las dos terminales orientales de la Vía Egnacia y justo el tipo de ciudad-encrucijada en la que Pablo podría reforzar el alcance de su misión apostólica.

Malas noticias desde Corinto

Podemos deducir cuánta ilusión había puesto Pablo en sus planes para el verano del año 55 d.C. en Iliria por la profundidad de la frustración que sintió cuando las noticias de Corinto le obligaron a cambiar dichos planes.

Su anterior Carta a los corintios (2Cor 1-9) tenía dos objetivos: en primer lugar, abrir una brecha entre los cristianos judaizantes y el grupo espiritual y, en segundo, poner este último grupo de su lado. No sabemos si Pablo consiguió este segundo propósito, pero es seguro que los cristianos judaizantes sí quedaron aislados del resto. Tras perder la que, creían, iba a ser su base más estable en

Corinto, los cristianos judaizantes no podían hacer más que redoblar sus ataques a la persona y a la autoridad de Pablo. Aunque ya no había muchas más oportunidades de convertir el grupo espiritual en un grupo judaizante, los delegados de Antioquía aún veían la posibilidad de hacer que los espiritualistas fueran receptivos a las críticas contra Pablo.

Tito, o alguien enviado por él, encontró a Pablo en Iliria y le informó de que las viejas críticas sobre la insignificancia de su persona, así como sobre su poco inspirado apostolado, habían resurgido de forma más perversa si cabe. Los cristianos judaizantes se las habían arreglado para convencer a varios corintios de que sus dones espirituales los situaban por encima de Pablo (2Cor 11,5). Los judaizantes sostenían que el apóstol no había sido capaz de actuar con firmeza durante su segunda visita, lo cual, afirmaban, era buena prueba de su falta de autoridad. Su huida y su ausencia sólo podían interpretarse como signos de cobardía.

La importancia que Pablo atribuía a la colecta para los pobres de Jerusalén dio a los cristianos judaizantes la oportunidad de destacar la sospechosa ambigüedad del apóstol hacia el dinero. Aparentemente rechazaba dinero para sí mismo, pero lo pedía para los pobres. ¿Seguro que iría a Jerusalén? Lo único que debían hacer los judaizantes cuando los corintios preguntaran por la pobreza de la iglesia de Jerusalén era encogerse de hombros. Ni siquiera tenían necesidad de negar la importancia de la colecta. Lo único que debían hacer era descalificar por ingenuos a aquellos que se fiaran de las palabras de Pablo.

Una respuesta airada

Pablo sólo podía tomarse esas críticas como una distorsión maliciosa de sus motivos y sus actos. Su rabia más acre se vio agrandada al darse cuenta de que si sus enemigos conseguían desacreditarlo, su versión del evangelio estaba en peligro. Otro evangelio podría entonces ocupar su lugar. Lleno de ansiedad desesperada por el futuro de la comunidad corintia, Pablo escribió a toda prisa la última carta que habría de enviar a su iglesia más problemática (2Cor 10-13). El tono razonable y los argumentos sutiles de 2Cor 1-9 son aquí sustituidos por una especie de arrebato con el que Pablo logra dar rienda suelta a su capacidad para el sarcasmo y la ironía.

El estilo con que vilipendia la credulidad de los corintios es la mejor ilustración del carácter de su carta más desaforada: «Vosotros, tan sensatos, soportáis con mucho gusto a los insensatos. De hecho, si alguno os esclaviza, os explota, os engaña, os trata con soberbia, os abofetea, todo lo aguantáis. Me da vergüenza decirlo: todo esto hace creer que me he portado con demasiada debilidad con vosotros» (2Cor 11,19-21). ¡La «sabiduría» de los corintios no conoce la dignidad, por eso aceptan de buena gana que les exploten!

La calidad del estilo está a la altura de la estrategia retórica del texto. Sus adversarios le han forzado a compararse a sí mismo con ellos, y el apóstol no hace sino mostrar su desprecio por las pretensiones de los judaizantes dando la vuelta a las propuestas retóricas. Tras dar debida cuenta de su estirpe (2Cor 11,22-23), Pablo se mofa de la fanfarronería de la delegación judaizante poniendo el énfasis en aquellos elementos que deberían permanecer ocultos y minimizando aquellos otros que deberían ser subrayados

(2Cor 11,23-20). Pablo sólo menciona a las iglesias y a los conversos de pasada; y coloca el centro de gravedad de su discurso sobre aquellas situaciones en las que él se había sentido menospreciado. Haciendo gala de su facilidad para el drama, Pablo concluye su lista de «logros» dando cuenta, gráficamente, de su humillante huida de Damasco, cuando fue bajado en un cesto por la muralla como un bebé desamparado (2Cor 11,32-33).

El escarnio no es la única arma del arsenal retórico de Pablo. El apóstol también logra desinflar las revelaciones que sus adversarios afirman haber experimentado hablando de sí mismo en tercera persona (2Cor 12,2-4). La técnica aleja a Pablo del episodio narrado, subrayando así la poca importancia que dicho episodio tiene para su apostolado. En efecto, el suceso no le hizo cambiar en ningún aspecto y tampoco le dio información alguna que pudiera utilizar en el futuro. La crítica a sus adversarios es incluso más efectiva porque no está explicitada. Si la experiencia de los miembros de la delegación hubiera sido igual a la de Pablo, también hubiera resultado inútil para ellos. ¡Si la experiencia consistía en algo que podían transmitir y contar, entonces es que no era tan inefable como la de Pablo!

2Cor 10-13 es reveladora de un Pablo que difícilmente se halla en otro de sus textos. El rígido control que el apóstol impone normalmente a su naturaleza apasionada se diluye en el calor de su ira. El apóstol da rienda suelta a sus emociones y con ello revela la calidad de su educación –algo que suele negar en los demás textos, cf 1Cor 2,1-5)–. La fluida creatividad de su pensamiento está a la altura de la facilidad magistral y la libertad con las que emplea un gran número de recursos retóricos. La seguridad que transmite su adecuado manejo de dichos recursos

sólo puede ser fruto de largos años de estudio y práctica. No puede haber duda de que Pablo fue educado en una clase socialmente privilegiada. Pablo fue formado para adornar dicha clase.

Una espina clavada

Pablo termina la reivindicación de su persona con un *tour de force* retórico, un reconocimiento humilde que sólo conduce a una paradoja: «Y para que no sea orgulloso por la sublimidad de las revelaciones, me han clavado una espina en el cuerpo, un ángel de Satanás, que me abofetea para que no me haga un soberbio (...) pues cuando me siento débil, es cuando soy más fuerte» (2Cor 12,7-10). La naturaleza de la espina clavada ha intrigado a comentaristas desde el período patrístico hasta nuestros días[10]. En cualquier caso, el análisis sensato de los logros de Pablo en el transcurso de su vida excluye cualquier enfermedad física o psíquica. Nadie con una enfermedad física podría haber caminado los miles de kilómetros que recorrió por todo tipo de terrenos y bajo todas las condiciones climáticas posibles. Es obvio que Pablo gozaba de una complexión fuerte y una salud de hierro. Las pocas excentricidades de su carácter que hemos visto no dejan translucir ningún indicio de enfermedad mental. De hecho, Pablo demuestra una resistencia y un control mental impresionantes.

La única suposición seria que se puede hacer es que la espina clavada simbolizaba la animadversión que desde

10 Para comentarios sobre estas sugerencias, cf V. FURNISH, *II Corinthians*, en *Anchor Bible o.c.*, 547-549, o R. P. MARTIN, *2 Corinthians*, en *Word Bible Commentary*, Word Books, Waco (Texas) 1986, 412-416.

dentro del movimiento cristiano se desarrolló contra el ministerio de Pablo. Su referencia al «mensajero de Satán» implica una fuente de aflicción personal externa. Previamente, además, Pablo identifica a sus adversarios antioquenos como «sirvientes de Satán» (2Cor 11,14-15). En el Antiguo Testamento, las «espinas» simbolizaban a los enemigos de Israel, tanto internos (Núm 33,35) como externos (Ez 28,24).

En todas las comunidades de las que formó parte Pablo, incluidas aquellas que fundó, hubo siempre un grupo de creyentes que le causaron dolor: los cristianos judaizantes de Antioquía de Orontes, los ociosos de Tesalónica, Evodia y Síntique en Filipos, los gálatas paralizados por la prudencia, los resentidos de Éfeso, los místico-ascetas de Colosas, el grupo espiritual de Corinto, etc. Ninguna de las iglesias que fundó estuvo a la altura de sus expectativas. Y no había comunidad a la que pudiera mirar con orgullo complaciente. A pesar de todas las bondades que engalanaban las diversas iglesias, todos los intentos, por parte de Pablo, de sentirse orgulloso, siquiera satisfecho, acababan chocando contra algún tipo de disensión. Esto suponía una fuente continua de sufrimiento, un sufrimiento, además, que no tenía valor redentor alguno. Las divisiones que lo causaban no estaban en el plan de Dios, el Ser Supremo ante quien la iglesia debería ofrecer la unidad orgánica de un cuerpo vivo. Así, Pablo podía rezar de forma legítima para que estos sufrimientos tocaran a su fin.

El humor sardónico de su auto-evaluación continúa con la presentación de la respuesta divina a sus plegarias: «Te basta mi gracia, pues mi poder triunfa en la flaqueza» (2Cor 12,9a). La paradoja es tan extrema como profundo es su significado. La espina recuerda al apóstol que carece

de las cualidades que en el mundo se consideran indispensables para la continuación de su misión. Y aun así, Pablo cumple la función de canalizar la gracia divina expresada en el poder de Cristo (2Cor 12,9b) y cuya «vida» exhibe el apóstol: y el mundo habrá cambiado.

11
Adiós al Este

Los mensajeros que habían traído las malas noticias desde Corinto regresaron de allí con 2Cor 10-13. Pablo prometía en ella una visita para un futuro próximo (2Cor 12,14; 13,1-2). Los corintios sentían la inquietud hirviendo por sus venas, pero Pablo no tenía libertad para salir de Iliria inmediatamente. Su experiencia le había enseñado que no podía dejar, así sin más, que el Espíritu Santo guiara a sus nuevos conversos. Dios actuaba a través de agentes humanos (1Cor 3,5-9) y era responsabilidad de Pablo crear buenos fundamentos para la incipiente comunidad. Es fácil imaginar el vigor renovado con que trabajaba el apóstol, intentando ganar cuantos más adeptos mejor antes de que la caída del invierno le obligara a emprender el largo viaje a Corinto.

Si Pablo estaba en Lycnidos, su mejor plan consistía en ir hacia el oeste por la Vía Egnacia hacia Dirraquio, y desde allí seguir la ruta comercial hacia el sur, por la costa. Lo ideal sería tomar luego un barco que le llevara por lo menos a Patrás, en el cabo occidental del golfo de Corinto. Desde allí había que recorrer unos 135 km hasta Corinto. La alternativa consistía en recorrer un duro camino de 464 km bordeando la costa. De cualquier forma, el viaje a Corinto duraría poco menos de tres semanas[1].

1 R. TALBERT (ed.), *Barrington Atlas of the Greek and Roman World*, Princeton University Press, Princeton 2000, mapas 49, 54, 55 y 58.

La necesidad, por parte de Pablo, de capitalizar el impacto que había causado con 2Cor 10-13 hace impensable que Pablo hubiera pospuesto su visita a Corinto hasta la primavera siguiente. No sería muy propio de él confiar a uno de sus ayudantes la dirección de la iglesia incipiente. Con toda seguridad, Timoteo debió acompañar a Pablo hasta Corinto (Rom 16,21).

La planificación del futuro

Con el desesperante paso de los días, durante el interminable viaje a Corinto, Pablo tuvo mucho tiempo para reflexionar sobre su futuro. Pasaría el invierno en Corinto porque no tenía otra opción. Ahora bien, tras el invierno, jamás emplearía más tiempo en las chiquillerías de la que debía ser su comunidad más brillante. Ya era hora de concentrar sus energías en algo mucho más provechoso.

La estimulante experiencia de sus breves incursiones misioneras en territorio virgen de misiones como Tróade e Iliria habían reforzado el fervor apostólico en el pecho de Pablo. La experiencia le había recordado que había sido llamado por Dios para divulgar el evangelio, siempre un paso más allá. Vistos desde esta perspectiva, los tres años que había empleado para solucionar crisis no encarnaban el mejor modo de utilizar su don. Los servicios que había prestado para mantener las misiones habían resultado imprescindibles para la supervivencia de estas. Pero ya había hecho bastante trabajo de mantenimiento. Pablo había dado lo mejor al anillo de comunidades que había establecido alrededor del mar Egeo. Si todavía no habían alcanzado la madurez suficiente como para tomar las decisiones apropiadas y poder encarnar así a Cristo en sus

vidas, Pablo ya no podía hacer nada al respecto, excepto rezar.

Un último intento

Pero, ¿adónde debía ir entonces? La fatiga del largo viaje debió recordar a Pablo lo avanzado de su edad. Ya no podía ir de un sitio a otro como en años anteriores. Su edad frisaba ya los sesenta y, dada la esperanza de vida de su época, poco tiempo más le quedaría para hacer cosas[2]. Ahora necesitaba un gesto espléndido en honor y a mayor gloria de Dios.

Pablo siempre concibió su vocación en términos proféticos, incluso mesiánicos. Las palabras clave en la Carta que escribió a los gálatas –«Pero cuando Dios, que me había elegido desde el vientre de mi madre, me llamó por su gracia y me dio a conocer a su Hijo para que yo lo anunciara entre los paganos, inmediatamente, sin consultar a nadie» (1,15-16)– estaban pensadas para evocar la llamada no sólo del profeta Jeremías (1,5), sino también la de la figura mesiánica del seguidor de Yavé: «Desde el vientre de mi madre, desde el seno ha pronunciado mi nombre. (...) Yo te he puesto como luz de las gentes, para que llegue mi salvación hasta los extremos de la tierra» (Is 49,1-6).

¿Qué mejor clímax para la carrera apostólica de Pablo que ir a los «extremos de la tierra»? La verdad es que no quedaban muy lejos. Cualquiera que viviera en la cuenca del Mediterráneo habría estado de acuerdo con el gran geógrafo Estrabón en que el fin del mundo miraba al

2 Cf J. G. HARRIS, *Old Age*, en *The Anchor Bible Dictionary* V, Doubleday, Nueva York 1992, 10-12.

Océano Atlántico: «El Cabo sagrado (actual cabo San Vicente, en Portugal) es el punto más occidental, no sólo de la tierra, sino de todo el mundo habitado»[3]. En una explosión de júbilo y entusiasmo, Pablo decidió que su próxima iglesia debía ser fundada en la península Ibérica.

Más tarde, al reflexionar sobre la idea, Pablo debió de darse cuenta de la cantidad de dificultades, pero quizá no comprendió su alcance. En toda la zona del Mediterráneo oriental Pablo se comunicaba hablando una lengua que conocía. Además, en el mundo grecolatino oriental había una red de instituciones judías de las cuales se podía aprovechar. En España, Pablo no tendría estas ventajas[4]. La diáspora judía no se había extendido más allá de la península Itálica. Esto significaba que no habría «temerosos de Dios» cuyas mentes ya estuvieran preparadas para el evangelio gracias a las escrituras. Tampoco había mucha gente que hablara griego. La lengua se mantuvo en las pocas colonias griegas antiguas que se localizaban en la costa este. Tierra adentro, sin embargo, el territorio estaba dominado por un enorme número de tribus que hablaban dialectos íberos. El latín era la lengua de la administración romana, pero ningún sector importante de la población autóctona lo hablaba.

3 *Geografía*, 3. 1. 4; DIODORO SÍCULO, *Historia*, 25, 10, 1. La impresionante forma de cuña del cabo San Vicente –el Sacrum Promontorium, cf R. TALBERT (ed.), *o.c.*, mapa 26–, impresionaba mucho más a los antiguos que el Magnum Promontorium –el actual cabo Da Roca, al norte de la desembocadura del río Tajo–, pero que, de hecho, está 48 km más al oeste que el primero.

4 Sobre la presencia de los judíos en la península Ibérica, cf W. P. BOWERS, *Jewish Communities in Spain in the Time of Paul the Apostle*, Journal of Theleological Studies 26 (1975) 395-402, y el mapa en J. B. PRITCHARD (ed.), *The Times Atlas of the Bible*, Times Books, Londres 1987, 170-171. La mareante cifra de dialectos íberos queda ilustrada gráficamente en A. GARCÍA Y BELLIDO, *Die Latinisierung Hispaniens* en *Aufsteig und Niedergang der römischen Weet* I, de Gruyter, Berlín 1972, 1, 462-491, aquí 476-477.

¿Un apóstol de Roma?

Pero aunque Pablo no hubiera previsto estos problemas, al menos sí debería saber que el extremo occidental del Mediterráneo era muy distinto de todo aquello que había vivido en pasadas experiencias. No tardó, pues, mucho tiempo en concluir que necesitaba entrenarse en compañía de aquellos que vivieran cerca de aquel país extranjero. Pablo decidió que Roma sería su trampolín hacia el oeste.

Pablo sabía muy bien que el cristianismo ya se había establecido en la Ciudad Eterna. No sólo Priscila y Áquila, sus fieles colaboradores, habían pertenecido a una comunidad cristiana en Roma; también le habría extrañado que no hubiera cristianos romanos entre los mercaderes y viajeros que abarrotaban Corinto. Estos podrían proporcionarle información de primera mano sobre su comunidad de origen. Pablo pudo así asegurarse de que, a su llegada a Roma, iba a encontrar trabajo y alojamiento entre sus correligionarios romanos. Muchos de ellos habían sido formados en la ética cultural del mediterráneo oriental, de ahí que la hospitalidad para con los viajeros fuera casi una segunda naturaleza.

Con todo, Pablo decidió echar mano de Priscila y Áquila. Les pidió que dejaran de nuevo su casa y fueran a Roma antes que él para ejercer de avanzadilla (Rom 16,3). Esta estrategia tuvo sentido en Éfeso; allí, como ya se dijo, el matrimonio aceptó la carga de tener preparada una base adecuada, cómoda y estable para cuando llegara Pablo. Pero en Roma la cosa parecía innecesaria. Los cristianos de allí no necesitaban ser apaciguados ni mucho menos advertidos de nada. En consecuencia, Pablo debía tener otra cosa en mente que no fuera una visita de cortesía.

En efecto, lo que Pablo quería era ser aceptado como miembro de la comunidad romana. Quería ser *enviado* a España como misionero de Roma (Rom 15,24)[5]. Esto no era un problema de logística o ayuda con el idioma (aunque una ayuda en estos dos aspectos de la misión sería también bastante útil). Pablo necesitaba que Roma le diera la misión de actuar en su nombre como antaño hiciera Antioquía de Orontes. Todo lo ocurrido en Galacia y Corinto le hizo ser consciente de lo vulnerable que había sido a las acusaciones de disidencia e inconformismo. Necesitaba, pues, una nueva coraza.

El sentido de unidad del movimiento cristiano de Pablo seguía creciendo. Pablo creía en la unidad por encima de la variedad de expresiones concretas del culto cristiano en los distintos países. Desde ese ángulo, Pablo comenzaba a apreciar la importancia de los vínculos institucionales. Una iglesia «madre» tenía derecho a desautorizar a sus iglesias «filiales». En efecto, aquella podía decidir si las estructuras que dichas filiales habían desarrollado para administrar unas u otras circunstancias eran o no compatibles con los valores del movimiento cristiano. En caso negativo, la iglesia madre podía exigir que la comunidad filial reconsiderara la situación. A través de sus cartas, Pablo había ejercido esa función tutelar con respecto a sus propias iglesias. Pero Pablo no iba a vivir para siempre. ¿Qué ocurriría entonces? Había librado a sus comunidades del influjo de Antioquía. Ya nadie podría exigirles nada. Si moría, Pablo dejaría huérfanas a sus comunidades.

5 El verbo que utiliza Pablo es *propemto*, que significa, literalmente, «ayudar en el viaje de uno», pero que «en la antigua cristiandad, casi es un tecnicismo para referirse a la provisión de una iglesia para el apoyo económico de las misiones» (J. D. G. DUNN, *Romans*, Word Bible Commentary 38B, World Books, Dallas 1988, 872). La iglesia sólo aceptaría esa responsabilidad financiera si estuviera ordenada por el apóstol. Al escribir la carta, Pablo se contenta con una delicada indirecta. Las peticiones más específicas vendrían más tarde, cuando ya se había establecido en Roma.

Pablo se vio forzado entonces a ser extremadamente honrado consigo mismo. Pablo comprendía que si permanecía fuera del sistema de representantes apostólicos acreditados, aquellos encargados de establecer vínculos genéticos, él mismo estaría privando a sus iglesias del canal de la gracia divina. Lo que estaba hecho, estaba hecho. Puede que se arrepintiera, pero ya no podía cambiar nada. El futuro era ya otro cantar. Debía haber alguna iglesia con poder sobre cualquier comunidad que fundara en España. Roma podría asumir perfectamente esa responsabilidad si le enviaban allí como misionero apostólico. Por el bien común, Pablo estaba dispuesto a sacrificar el título del que estaba tan orgulloso («apóstol de Jesucristo por la gracia de Dios») para convertirse en «un apóstol de Roma».

Cuando llegó a Corinto, Pablo ya había solucionado sus dilemas personales. Sabía qué era lo que tenía que hacer y también había decidido cómo iba a llevarlo a cabo. Eso le dio fuerzas renovadas para enfrentarse con los corintios e intentar reestablecer su autoridad.

Parece ser, sin embargo, que su aprensión estaba bastante poco justificada. La airada carta que escribió en Iliria tuvo un efecto beneficioso. No hay indicios de que Pablo tuviera que pasar el invierno (55-56 d.C.) reivindicándose a sí mismo o arbitrando debates internos. Dado el carácter de los corintios, hubiera sido milagroso que no surgieran disputas de cuando en cuando, pero por lo menos no eran aquellas catastróficas explosiones que habían sido la nota dominante de la relación entre el apóstol y sus conversos aqueos.

Decisiones tácticas

Es muy poco probable que Priscila y Áquila hubieran ido con Pablo, primero a Tróade, luego a Macedonia e Iliria y, por último, a Corinto. Ese no era el *modus operandi* de Pablo. Timoteo y alguno más, como mucho, eran sus únicos compañeros de viaje. Es probable, pues, que antes de que Pablo fuera obligado a dejar Éfeso en el verano del año 54 d.C., Pablo pidiera al matrimonio que, en caso de tener algún problema, partieran directamente hacia Corinto. Luego él se reuniría con ellos en algún momento.

Priscila y Áquila aceptaron con gusto el plan de ir a Roma que les proponía Pablo. Ellos hacían todo lo que quisiera el apóstol. La divulgación del evangelio era lo único que importaba. Es posible incluso que se alegraran de tener la oportunidad de volver a la Ciudad Eterna. Ya habían pasado trece años desde que Claudio tomara represalias contra la sinagoga a la que pertenecían, y sin duda tendrían curiosidad por saber cómo se habían desarrollado las cosas en ese tiempo.

Es de suponer que Pablo enviaba a Priscila y Áquila para que hicieran propaganda del apóstol. Así, cuando él llegara a Roma, los miembros de la comunidad no sólo sentirían que Pablo era uno de ellos, sino también que era digno de representar a la iglesia. El matrimonio, o quizá Timoteo, sugirió un pequeño cambio en el plan. Una carta personal en la cual Pablo describiera buena parte de su carácter y, más importante, los principios de su teología, podría ser un complemento muy útil a sus esfuerzos.

Pablo debió de resistirse a la idea en un principio, pues nunca había escrito una carta de esa naturaleza. Todos sus escritos previos habían sido en respuesta a problemas

concretos en iglesias a cuyos miembros conocía. ¿Qué podría decir que fuera de interés para los miembros de una iglesia extraña en la capital del imperio? Además, no había mucho tiempo de escribir tal carta antes de que partiesen Priscila y Áquila.

Estas pegas no eran difíciles de superar. Pablo no tenía que escribir la carta inmediatamente. Sería incluso mejor que la misiva llegara algún tiempo después de que llegaran sus primeros emisarios. Así, ya tenía tiempo (por lo menos hasta la próxima primavera) para pensar en el contenido de la carta. La seguridad que da el saber que se pueden retrasar las cosas supone casi una inducción a la aquiescencia. Además, Priscila y Áquila le recordaron a Pablo que tenía conocimiento genérico de la iglesia de Roma. Por la experiencia que había vivido el matrimonio, sus miembros eran predominantemente gentiles que solían mantener estrecho contacto con las sinagogas judías antes de convertirse en cristianos. Pablo había tratado con «temerosos de Dios» de ese estilo en las ciudades en las que ya había predicado y conocía muy bien sus preocupaciones y sus problemas. Priscila y Áquila, en fin, también prometieron enviarle un informe sobre la comunidad romana tan pronto como se reabrieran las comunicaciones por barco tras la parada invernal. (Sería bastante sorprendente que ningún mercader de Roma se dirigiera a Corinto, el centro neurálgico del comercio entre oriente y occidente, cuando se abrieran los puertos en primavera). Esa información permitiría a Pablo ser más personal al final de su carta. Incluso a lo mejor tenía preguntas para contestar.

Así, entre todos acordaron una estrategia mucho más precisa. Si todo iba según lo previsto, Pablo tendría una carta lista para ser enviada a Roma en la primavera del 56 d.C. Una vez hechos los añadidos personales, basa-

dos en los datos aportados por Priscila y Áquila, la carta podía ir a Roma bien en la bolsa de un mercader que fuera en viaje de ida y vuelta a Corinto, bien en manos de un dócil corintio que tuviera negocios pendientes en la Ciudad Eterna. Una vez enviada la carta, Pablo zarparía de Corinto con rumbo a Jerusalén, para entregar la colecta a los pobres. ¡Por fin acabaría una de sus máximas preocupaciones de los últimos cinco años! El viaje no habría de ser muy largo. Un barco rápido propulsado por vientos constantes del noroeste debería llegar al litoral siro-palestino en un par de semanas. Una vez en Jerusalén, Pablo sólo tenía que entregar el dinero e irse. Allí no tenía ningún asunto que atender, y las visitas sociales no eran la prioridad del apóstol. Si todo iba como estaba previsto, Pablo podría estar en Roma a finales de verano del 56 d.C. La primera parte del plan se cumplió, pero luego todo se torció y las cosas se desarrollaron de forma catastrófica. Pablo no llegaría a Roma hasta varios años después.

Una carta para Roma

Cuando Pablo se sentó a escribir la carta que había prometido a Priscila y Áquila, el principal problema del apóstol era encontrar un tema que, por una parte, fuera de interés para los romanos y, por otra, sirviera de introducción a su persona y a su evangelio.

La elección del tema

Tras el incidente en Antioquía de Orontes, Pablo había tenido que tratar en numerosas ocasiones el problema

de la convivencia de conversos procedentes del judaísmo y conversos de ascendencia gentil. No era un problema que le inquietara demasiado personalmente. El episodio en Antioquía consiguió iluminar, aún más si cabe, en el interior de Pablo, una intuición clarísima. Si uno pertenecía a Cristo, las demandas de la ley eran completamente irrelevantes. La única ley a la que estaban sometidos los cristianos era el seguimiento de Cristo (Gál 6,2). Pero en todas las iglesias en las que había al menos unos cuantos creyentes de origen judío, surgía de nuevo el asunto.

A causa del toma y daca propio de los muchos debates en los que el apóstol tuvo que justificar su actitud hacia la ley, Pablo se hizo cada vez más experto en explicar sus teorías de forma cada vez más eficiente. Conocía tan bien las clásicas objeciones que ponían los judíos a su evangelio que él mismo podría haber conducido el caso en su contra mejor que ellos. El apóstol seleccionó un canon de pasajes de las escrituras que eran relevantes para sus argumentos pero que también formaban parte del ideario común a judíos y cristianos. La otra parte, por supuesto, era la experiencia, que todos compartían, de la gracia de Cristo. Sus respuestas se hicieron cada vez más refinadas y complejas a medida que iba aprendiendo cuáles eran los argumentos más eficaces.

La información que Priscila y Áquila facilitaron a Pablo sobre la composición de la comunidad de Roma –mayoría de gentiles y algún judío (compárese Rom 1,13 y 11,13 con 2,17; y 3,9)– confirmó a Pablo que la comunidad se había encontrado con los mismos problemas que él. Quizá todavía estaban lidiando con ellos. El mismo problema de siempre: la identidad judía de los conversos. Si estaba en lo cierto, la narración de sus experiencias podría valer de mucho a los creyentes romanos.

Es más, una exposición detallada de su caso también podría tener efectos beneficiosos para Corinto. Aquellos que se habían sentido molestos con la delegación de Antioquía, o que simplemente estaban interesados en el asunto, tendrían la oportunidad de asistir al proceso de construcción de los argumentos de Pablo, y asistir, cómo no, a la lectura del producto final que Pablo dictaría al escriba Tercio (Rom 16,22). Como beneficio extra, Pablo se dio cuenta de que su carta podría representar una oportunidad inmejorable para que el grupo espiritual conociese de primera mano tanto la maestría de su arte retórico, como la complejidad y sutileza de su intelecto.

El plan salvador divino

El tema de la carta se establece con admirable brevedad: «Yo no me avergüenzo del evangelio, que es poder de Dios para la salvación de todo el que cree, del judío primero y también del griego» (Rom 1,16). A lo largo de los diez capítulos que siguen, el apóstol desarrolla el significado de esta afirmación, aparentemente engañosa. El enunciado simboliza la clase de elemento que todo el mundo cree haber entendido hasta que salen a la luz las implicaciones ocultas de sus palabras[6].

Para poder atravesar el caparazón de esa presunción tan arrogante que los judíos y los gentiles a buen seguro asumieron en la discusión sobre la salvación, Pablo comienza con un retrato minucioso de la realidad de los modos de

6 Para análisis más accesibles sobre el argumento de los romanos, cf B. BYRNE, *Reckoning with Romans: A Contemporary Reading of Paul's Gospel*, Glazier, Wilmington 1986) y C. D. MYERS, *Romans, Epistle to the*, en *The Anchor Bible Dictionary* V, Doubleday, Nueva York 1992, 816-830, especialmente 821-825.

vida gentil y judío. Si ambos han de ser juzgados por sus obras, entonces serán condenados por un Dios justo. El camino pecaminoso está por todos lados y los pecadores no pueden sacarse a sí mismos de su error sin el concurso de Dios.

¿Cómo, entonces, puede salvarse alguien? Sólo si Dios toma la iniciativa: «Pero ahora, sin ley, se ha manifestado la justicia de Dios, atestiguada por la ley y los profetas; justicia de Dios mediante la fe en Jesucristo, para todos los creyentes, sin distinción alguna, porque todos pecaron y están privados de la gloria de Dios; ahora son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención de Cristo Jesús» (3,21-24). La fe consiste en reconocer y aceptar este extraordinario donativo. Y esa fe es la que se le exige tanto al judío como al gentil. El modelo de creyente es Abrahán. Él no escogió a Dios. Dios le escogió a él, y no porque estuviera circuncidado u obedeciera la ley. Estos preceptos (circuncisión y ley) llegaron mucho después, mucho más tarde de la promesa con que Dios recompensó la fe desnuda de Abrahán (4,1-25).

Pablo desarrolla las implicaciones inherentes a la vida en la fe para los individuos (5,1-11). Están en paz con Dios, aunque hayan padecido el sufrimiento. Ese dolor debe percibirse a la luz del sufrimiento que padeció Cristo, cuya muerte nos revela el amor de Dios a cada uno. En este instante, Pablo amplía su perspectiva para así poder abarcar toda la historia de la humanidad, desde la creación a la consumación, tal y como la encarnan dos individuos: Adán y Cristo. El primero representa el pecado y la muerte, mientras que el segundo representa la gracia y la vida (5,12-21).

Tras esbozar estas dos tesis principales, Pablo pasa a elaborarlas haciendo gala de su enorme habilidad

docente. Los capítulos 6-8 desarrollan 5,1-11. Las realidades más cruciales que el hombre debe afrontar son el pecado, la muerte, la ley y la carne. «Pues cuando seguíamos nuestros bajos instintos, la ley avivaba nuestras pasiones pecaminosas, que producían en nuestro cuerpo frutos de muerte» (7,5). Según Pablo, estas son las estructuras de la existencia irredenta. En cierto modo, los creyentes han dejado atrás esas estructuras por medio del bautismo, pero en otros aspectos, esas estructuras todavía se hallan en el duro camino del modo de vida cristiano: «Lo hizo Dios enviando a su propio Hijo en condición semejante a la del hombre pecador, como sacrificio por el pecado y para condenar el pecado en su misma naturaleza humana» (8,3). Para sus devotos, la victoria de Cristo es una victoria sólo en principio; debe ser trasladada al ámbito de la realidad con ayuda del Espíritu.

La amplia perspectiva histórica de 5,12-21 reaparece en los capítulos 9-11. En esta ocasión, el apóstol subraya un tema con el que él mismo tuvo que luchar cada vez con mayor intensidad a medida que su evangelio comenzó a atraer a más gentiles que judíos. Si Dios había escogido a los judíos y les había dado tanto, ¿cómo es que los gentiles son mayoría entre aquellos que alaban a Cristo del modo en que este quiso? Pablo explicita de forma clara la premisa a partir de la cual se puede llegar a responder esta pregunta: «Y no es que las promesas de Dios no se hayan cumplido» (9,6). El pueblo de Israel creyó de forma errónea que ellos eran los destinatarios de ese enunciado, pero lo cierto es que la palabra divina iba destinada a un público mucho más amplio. Ahora que se dirigía de forma clara y explícita a los gentiles, estos han respondido, igual que muchos judíos.

El intrincado argumento de Rom 9-11 constituye una prueba impresionante del conocimiento que Pablo tenía de las escrituras. La complejidad de su interpretación refleja de nuevo la solidez de su formación intelectual. Y la calidad del estilo es también notable. El himno (11,33-36) mediante el cual declara su adoración con tanta elocuencia, puede considerarse su mayor logro literario.

Las muestras de gratitud finales son una conclusión muy adecuada a la recapitulación de su argumento en 11,25-32. En este pasaje, Pablo revela su solución al problema de la salvación de Israel. Pablo nunca flaqueó en su convicción de que Dios no podía negarse a sí mismo y abandonar a aquellos a los que había bendecido como el pueblo elegido (11,1-2). Pablo descubre la veracidad de esta premisa en su propio ministerio. El libro de Isaías siempre había desempeñado un papel crucial en su concepción de su apostolado entre los gentiles. Pablo se veía como parte de los pocos judíos fieles que todavía quedaban en el mundo, aquellos que proclamaban la salvación a las naciones, realizando así la escatológica tarea para la que había sido elegido el pueblo de Israel. Por eso, no debe sorprendernos que, leyendo a Isaías, Pablo comprendiera los medios por los cuales habría de salvarse el pueblo de Israel.

Para poder apoyar sus tesis de que todo Israel será salvado (11,26), Pablo cita: «Pero como libertador vendrá para Sión y para los convertidos de su pecado en Jacob, dice el Señor. En cuanto a mí, este es mi pacto con ellos» (Is 59,20-21); «así será perdonado el pecado de Jacob» (27,9). La alusión es a la *parusía* de Cristo. En otras palabras, los judíos se salvarán del mismo modo en que se salvará Pablo. Su compromiso fariseo con la ley no sólo le impidió comprender la verdadera función de Cristo, sino

incluso engendró una hostilidad amarga en él. Esa actitud se corrigió gracias a un encuentro completamente inesperado en el camino de Damasco, donde Cristo tomó la iniciativa. Igual ocurrirá con Israel, en la *parusía* de Cristo, cuando este descienda glorioso de los cielos. Entonces los judíos no podrán rechazar a Cristo como hiciera el propio Pablo cuando era fariseo.

Problemas prácticos

Si el grupo espiritual escuchó la parte de la carta que acabamos de citar (compuesta durante el invierno entre el año 55 y 56 d.C. en Corinto), seguro que quedaron impresionados con la increíble habilidad retórica del apóstol. Pablo lograba controlar toda una compleja amalgama de citas e interpretaciones a la vez que construía una cuidada estructura argumental compuesta por una serie de tesis relacionadas entre sí. Se habrían quedado intrigados por el modo en que Pablo daba vida a su presentación introduciendo un interlocutor y creando un diálogo imaginario. Pablo utilizaba con maestría la técnica retórica de la invectiva.

Ahora bien, los miembros más perspicaces del grupo espiritual habrían notado que Pablo no conocía mucho del ámbito local de Roma. Pablo comunicaba ideas genéricas, no se ocupaba de asuntos concretos. Si estos mismos miembros todavía sentían cierto resentimiento desde el incidente de 1Cor seguro que también notaron una diferencia, particularmente dolorosa, entre el uso apasionado que Pablo había hecho de los grandes temas espiritualistas en 1Cor y la calma didáctica contenida en las estilizadas objeciones de la Carta a los romanos.

No hay duda de que Pablo compuso Rom 1-11 antes de recibir noticias de Priscila y Áquila. El mensaje que estos habían prometido a Pablo llegó con los primeros viajeros que llegaron a Corinto desde Roma a comienzos de la primavera del 56 d.C. A la vista de la información que le facilitaron, Pablo decidió añadir el material que compone los capítulos 12-14, los cuales reflejan un conocimiento muy preciso de algunos de los problemas que inquietaban a los conversos romanos. Pablo comenta el problema de los impuestos (13,1-7), al tiempo que reflexiona sobre las tensiones causadas por aquellos creyentes empeñados en obedecer las leyes de la dieta y los festivales (14,1-23). A través de estos pasajes, Pablo expresa su concepción de la iglesia como cuerpo de Cristo, así como su convicción de que dicho cuerpo debe alimentarse con el amor sacrificado que Cristo demostró en la cruz. «Cristo no buscó lo que le agradaba» (15,3).

Planes de viaje

Si consideramos el propósito político de la carta, los capítulos 1-14 pueden ser considerados una *captio benevolentiae* prolongada, un ardid para ganarse el favor de los lectores. Sólo al final de la carta vuelve Pablo a recordar la cuestión de su próxima visita –un tema que se introduce al principio de la carta (1,10-15)–. Pablo explica por qué no les ha visitado antes. El apóstol estaba cumpliendo una misión divina: «Desde Jerusalén en todas direcciones hasta Iliria he anunciado el evangelio de Cristo» (15,19).

Por fin se explicita el motivo principal de la carta: «Pero ahora, como ya no hay nada que me retenga en estas regiones y como desde hace tiempo tengo muchas ganas

de ir a veros, en mi viaje para España espero pasar por ahí. Como también espero que, tras disfrutar durante algún tiempo de vuestra compañía, me ayudéis a continuar el viaje» (15,23-24). Pablo siente claramente que ya no tiene nada que hacer en el Mediterráneo oriental. Nótese que Pablo no pide a las claras que se le conceda un apostolado para divulgar el evangelio en nombre de la iglesia romana. Pero la petición está ahí, implícita, en el uso que hace del verbo «ayudar». Con mucho cuidado, Pablo prepara el terreno para su visita.

La serie de saludos que pone fin a la carta revela la destreza con que Pablo se postula ante la comunidad romana[7]. El apóstol saluda a veintiséis individuos y se refiere a veinticuatro de ellos por su nombre. Además, menciona tres casas-iglesias y dos agrupaciones de esclavos (¿quizá libertos?) que acaso funcionaran también como casas-iglesias[8].

Pablo sí conocía personalmente a varios de los destinatarios. Priscila y Áquila estuvieron con él en Corinto y luego en Éfeso. Los términos «querido» y «amigo» aplicados a Epéneto, Ampliato, Estaquis y Pérsida no pueden ser simples fórmulas vacías de significado. Si la madre de Rufo también fue «la madre de» Pablo, entonces este tuvo que haber conocido tanto a ella como a su hijo. Ciertas dudas surgen en el caso de Andrónico y Junias, pues la expresión «compañeros de cárcel» puede significar que

7 Con todos los comentaristas modernos, yo considero que el capítulo 16 es una parte esencial de la Carta a los romanos; cf en particular, H. GAMBLE, *The Textual History of the Letter to the Romans,* Eerdmans, Grand Rapids (Michigan) 1977.

8 *Tous ek tôn Aristoboulou / Narkissou* sólo puede traducirse por «Los cristianos entre los esclavos de Aristobulus y Narcissus»; así, F. BLASS-A. DEBRUNNER-R. W. FUNK, *A Greek Grammar of the New Testament and Other Early Christian Literature* (Cambridge University Press-University of Chicago Press, Cambridge-Chicago 1961, §162(5). Traducciones como «aquellos que pertenecen a la familia de Aristobulus / Narcissus» (traducción estándar revisada, traducción estándar nuevamente revisada) deberían ser corregidas.

sufrieron el encarcelamiento *al igual que* Pablo. No debe sorprendernos que Pablo, durante su ministerio en Grecia y Asia Menor, hubiera conocido a unas ocho o diez personas que luego acabaran asentándose en Roma.

Si Pablo sabía dónde estaban esas personas fue, probablemente, gracias a Priscila y Áquila. El matrimonio también le dio información sobre los logros de sus miembros, lo cual brindó a Pablo la oportunidad de enviarles los cumplidos que coronan la carta. Los dirigentes de las casas-iglesia están, por su parte, mencionados por su nombre de pila. Seguro que todos ellos (amigos y dirigentes) recibieron de muy buen grado el reconocimiento público de Pablo. Las ministras tienen particular relevancia en la lista: «Saludad a María, que tanto ha trabajado entre nosotros (...) a Trifena y Trifosa, que trabajaban en la obra del Señor. Saludad a mi querida Pérsida, que tanto ha trabajado en la obra del Señor» (16,6.12). Todas ellas debieron sentirse halagadas de saber que su obra se conocía en otras regiones. Y, aún más importante, dicho reconocimiento reforzaba la posición igualitaria de las mujeres en las iglesias paulinas.

En ningún otro pasaje de las cartas de Pablo vemos al apóstol tan entregado a ganarse adeptos como en este. El esfuerzo que dedicó a ganarse a los miembros de la iglesia romana transparenta muy bien la importancia que tenía Roma en el compromiso, por parte de Pablo, de evangelizar España.

Viaje a Jerusalén

En la Carta a los romanos, Pablo informa a aquellos de que debe cumplir con un importante deber antes de poder

ir a Roma. Sus iglesias de Macedonia y Acaya han hecho realidad las esperanzas más preciadas del apóstol al reunir una cantidad de dinero muy significativa en la colecta para los pobres de Jerusalén. La entrega de ese dinero en Jerusalén supondría el momento álgido de la obra de Pablo en el Mediterráneo oriental.

Esta noticia debería haber provocado el júbilo de Pablo, pero la verdad es que el apóstol se puso muy nervioso. La sola idea de ir a Jerusalén desequilibró su paz interior, hasta el punto de no poder ocultársela, inconscientemente, a sus correligionarios romanos. Su inquietud le cegó en extremo: la sugerencia de que tenía dificultades con la madre iglesia podía dañar su imagen a los ojos de aquellos a quienes el propio apóstol pretendía hacer sus aliados. En consecuencia, Pablo pidió a los romanos que rezaran «para que me vea libre de los incrédulos que hay en Judea y para que la ayuda que llevo a Jerusalén sea bien recibida por los hermanos. De esta manera, si Dios quiere, iré muy contento a veros y descansaré algo con vosotros» (15,31-32).

Causa de aflicción

«Los incrédulos que hay en Judea»: el enunciado resulta algo oscuro, pero si se lee con atención, Pablo se refiere a los judíos que no han aceptado a Cristo. El apóstol transmite cierta sensación de peligro. Al hablar de sus experiencias anteriores en Jerusalén, nuestro protagonista nunca dio a entender que pudiera sentirse físicamente amenazado (Gál 1,18-19; 2,1-10). Se intuye un elemento de secretismo en la primera visita que Pablo realizó como cristiano (no vio a nadie más que a Pedro y a Santiago),

que bien pudo ser por vergüenza: Pablo no querría enfrentarse con aquellos a quienes había perseguido no muchos años antes. Ese elemento está totalmente ausente en la narración de su segunda visita. La serie de encuentros con Santiago, Pedro y Juan debió de ser conocida por el resto de la congregación. Los demás judíos no parecían mostrar ningún interés. Si estos judíos eran conscientes de que la asamblea había decidido no circuncidar a los conversos gentiles, debieron alegrarse al saber que los cristianos no iban a convertir a los paganos simbólicamente en judíos.

¿Por qué ahora Pablo daba por sentado que los judíos palestinos iban a ser hostiles con él? Sospecho que el apóstol era víctima de sus pensamientos más sombríos. En este escenario minimalista, debemos imaginarnos al Pablo fariseo juzgando y condenando a Pablo el cristiano defensor de los gentiles y azote de la ley. Pablo reflexionaba, por una parte, en el modo en que él mismo, durante su etapa de fariseo, había atacado a los seguidores de Cristo que discrepaban de forma leve con la ley mosaica y, por otra, en el modo en el que hubiera actuado, también durante su etapa de fariseo, contra aquellos que repudiaban la ley por completo. Estas reflexiones excitaban la imaginación de Pablo hasta el punto de considerar reales las amenazas de los judíos más obedientes. Pablo estaba dejando claro cuál era su mayor temor.

Puede haber incertidumbre respecto a la actitud que Pablo mostraba hacia los judíos palestinos en general, pero no hay duda alguna respecto de sus sentimientos y su actitud hacia la iglesia de Jerusalén. Como hemos visto, una delegación de Antioquía estuvo siguiendo los pasos de Pablo durante cuatro años, desafiando la actitud de aquel frente a la ley. En Galacia, los cristianos judaizantes tuvieron oportunidad de leer la carta que Pablo había enviado

a las iglesias de allí e incluso es razonable pensar que aquellos delegados enviaron a Antioquía una copia de la misiva. En cualquier caso, es poco probable que los cristianos judaizantes se pasaran muchos años viajando y sin enviar informes a la sede de su iglesia. La iglesia de Antioquía debió escuchar, al menos, un informe verbal de la posición radical en contra de la ley que defendía Pablo.

Podemos suponer, sin ánimo a equivocarnos, que hubo contactos regulares entre Antioquía y Jerusalén. El apoyo mutuo incluso debió acrecentarse conforme se intensificaban las presiones antisemitas en el Mediterráneo oriental. Por tanto, Pablo podía tener completa seguridad de que Santiago y sus cohortes conocían la radicalización de sus posturas: estas eran ya la antítesis de las tesis defendidas por la iglesia de Jerusalén. Era pues razonable que Pablo dudase si Santiago aceptaría un donativo con el que él estaba tan íntimamente relacionado.

En principio, los judíos no tenían ningún problema en aceptar donaciones de los gentiles para rezar en el templo. A medida que se deterioraron las relaciones con Roma, las facciones más extremistas judías de Jerusalén empezaron a ver con muy malos ojos la participación de los paganos en los ritos judíos[9]. En este contexto político se puede llegar a entender las reservas que tenía Pablo sobre la posible aceptación o no de su regalo. El apóstol había sido testigo de la actitud nacionalista de Santiago: tanto en su vertiente amable (Gál 2,3) como en su versión más hostil (Gál 2,12), y era muy consciente de que un gesto que suponía, de facto, crear un vínculo con los paganos, podía

9 El momento crítico llegó en el año 66 de nuestra era, según Flavio Josefo: «Eleazar, hijo de Ananías, el sumo sacerdote, un joven muy atrevido, que por aquel entonces era gobernador del Templo, convenció a los sacerdotes que oficiaban el servicio sagrado para que no recibieran regalos o sacrificios de extranjero alguno. Ese fue el verdadero comienzo de nuestra guerra contra los romanos» *(La Guerra de los judíos*, 2, 409).

ser rechazado sin más contemplación. Pero tampoco tenía la completa seguridad de que las cosas fueran a suceder así; en realidad, Pablo no sabía cuánto necesitaba el dinero la iglesia de Jerusalén.

Pablo podría haber optado por no ir a Jerusalén. Su participación en la delegación no era necesaria. Con él viajaban los delegados de las iglesias contribuyentes, a quienes Pablo podría haber confiado la misión. Eran perfectamente capaces de ir sin él. Ahora bien, en ese caso, el orgullo de Pablo hubiera quedado gravemente herido. Su perseverancia en el proyecto (por encima del peligro moral o la posible futilidad del gesto) deja ver un profundo sentimiento de preocupación por lograr la unión entre cristianos judíos y gentiles. Nadie era más consciente que él del abismo que separaba a aquellos que creían en Cristo como único Salvador y aquellos otros para quienes la ley constituía el mayor imperativo. Y aun así, se hacía necesario tender un frágil puente de caridad a través de dicho abismo. Pablo lo arriesgó todo en el intento.

El transporte de la colecta

Jamás sabremos exactamente cuánto dinero acumuló Pablo. Pero la suma fue considerable. El valor simbólico del gesto podría verse afectado si la suma no estaba a la altura de lo esperado. Los miembros de la iglesia de Jerusalén lo habrían entendido como un insulto extemporáneo. Si no se conseguía una enorme cantidad de dinero, Pablo daría por fracasada la empresa. De haber sido así, Pablo habría devuelto el dinero a las comunidades contribuyentes junto con un agrio comentario sobre su falta de generosidad.

Cabe preguntarse, en cualquier caso, cómo llevaron Pablo y sus compañeros el dinero a Jerusalén. El primer modelo que considerarían para llevar el dinero era el mismo que se utilizaba para pagar el impuesto anual por el uso del templo. Este impuesto lo pagaban los judíos de la Diáspora y les daba derecho a utilizar el templo. La cantidad del impuesto era fija: medio shekel. En este caso, el sistema de transporte era bastante sencillo: el dinero recaudado por las distintas comunidades de la zona se cambiaba por oro con el fin de que ocupara el menor volumen posible.

Dadas las condiciones de viaje del siglo primero, la mayor preocupación de Pablo sería asegurar los fondos que le habían sido confiados. El apóstol no estaba en posición de poder contratar los servicios de guardias armados. En consecuencia, debemos excluir el uso de animales de tiro para transportar cofres u otros recipientes como bolsas o sacos para transportar tintineantes monedas de oro. Imagínense las caras de los viajeros cuando se vaciara el contenido de las carretas en la primera posada: los ladrones de la zona no tardarían en enterarse.

La mejor protección era, sin duda, mantener el traslado en absoluto secreto. Cada miembro de la delegación llevaría sus fondos para el viaje en la clásica bolsita anudada alrededor del cuello o en el cinturón habilitado a tal efecto. Ahora bien, cada uno de ellos también llevaría una cantidad de monedas de oro cosidas a su túnica de tal manera que no tintinearan durante el camino. Dado que el oro es muy pesado para el volumen que ocupa, el problema de distorsionar la forma de la túnica hacía necesario limitar el número de monedas de oro que cada individuo podía transportar. En consecuencia, el número de acompañantes que viajarían con Pablo iría en función de la cantidad de monedas que habría que transportar.

Todavía quedaba una pregunta en el aire: ¿qué medio de transporte habría de usar el grupo? En todas las ocasiones anteriores, Pablo había ido hacia el este en barco. En este caso, la travesía marítima era el medio de transporte más seguro. El número de tripulantes y pasajeros que cabían en un barco era limitado y se podía conocer con facilidad. Todos sus movimientos, además, podían ser controlados. Los ladrones sólo podían escapar si no se les descubría durante la travesía.

La seguridad del viaje por tierra era mucho más difícil de garantizar. Las caras que se veían por la carretera o los huéspedes de las posadas cambiaban de un día para otro. Pablo nunca sabría si su misión secreta se había desvelado o si alguien planeaba asaltar al grupo. El grado de ansiedad, por tanto, era bastante alto. La travesía marítima, por su parte, aseguraba largos períodos de relajación entre puerto y puerto, siempre y cuando, claro, el mar estuviera en calma.

Así y todo, ¡Pablo decidió ir por tierra (He 20,3–21,16)! Él y sus compañeros fueron hacia el norte, hacia Macedonia y luego en dirección sur, por la costa oeste de Asia Menor. El camino era más largo y más peligroso que la ruta por mar (los tres lados de un cuadrado alrededor del mar Egeo comparados con una rápida travesía por el lado sur)[10]. ¿Qué motivó esta decisión tan extraña? A

10 R. TALBERT (ed.), *o.c.*, mapa 57. Sólo tenemos una fuente que describa el último viaje de Pablo a Jerusalén: el evangelio de Lucas, quien toma a su vez el relato de su fuente en primera persona del plural. Un compañero de viajes de Pablo mantuvo un esquemático diario de viaje (cf M.-É BOISMARD–A. LAMOUILLE, *Les Actes des deux apôtres*, Études bibliques, nouvelle série 13, Gabalda París 1990, 2, 215-227). Estas son pruebas suficientes para garantizar que Pablo recorrió un circuito alrededor del mar Egeo, pero, ¿cuándo, exactamente? En algún momento anterior de su carrera, pues la fuente de Lucas no menciona explícitamente la colecta a la que se había comprometido Pablo (ese parecía ser el motivo del viaje de Pablo). El silencio sobre la colecta no es del todo absoluto. La mayor parte de los comentaristas creen ver una referencia a las colectas descritas en Hechos 24,17. Por si fuera poco, J. Taylor encuentra una referencia más

pesar del optimismo con que Pablo veía el futuro (véase de nuevo Rom 15-16), debemos suponer que su lado más pesimista acabó por imponerse con el tiempo. Pablo se convenció a sí mismo de que nunca volvería de Jerusalén: en efecto, quería ver sus iglesias una vez más.

Pablo quiso ir a Macedonia para despedirse de las comunidades de Tesalónica y Filipos. Estas habían sido sus primeras misiones en Europa y habían estado mucho más a la altura de sus expectativas que todas las demás. No sólo expulsaron inmediatamente a la delegación judaizante de Antioquía; en ellas, la calidad de vida en comunidad encarnaba vivamente el evangelio. Para Pablo, los creyentes de Macedonia vivían su fe hasta el punto de encarnar el modelo (1Tes 1,6) y el mensaje (Flp 2,14-16) cristianos.

Navegación por la costa

Según la fuente en primera persona del plural, los viajeros dejaron la ruta terrestre en Neápolis y zarparon en dirección sur bordeando la costa occidental de Asia en una serie de barcos de cabotaje. La primera etapa (de Neápolis a Tróade) era de unas 120 millas náuticas, que recorrieron en cinco días a la desesperante baja velocidad de un nudo (He 20,6)[11]. La depresión que Pablo a buen seguro sufriría se vio intensificada por varias noches incómodas en alta mar.

en He 21,19, es decir, en la sección cuya fuente es la «primera persona del plural» *(Les Actes des deux apôtres,* Études bibliques, nouvelle série 30, Gabalda, París 1996, 6, 108). Además, en Rom 15,32-23 Pablo planea precisamente un viaje desde Grecia a Jerusalén y luego de ahí a Roma. Por último, el miedo que tenía Pablo a lo que podía esperarle en Jerusalén (He 20,22) recuerda al sentimiento que se expresa en Rom 15,31.

11 Una milla náutica equivale a 1853,2 m. Un nudo equivale a una milla náutica por hora.

La visita, por parte de Pablo, a Tróade debió provocar una experiencia emocional desgarradora. La iglesia de la ciudad portuaria era una de las dos a las que Pablo no pudo dedicar mucho tiempo (la otra, cómo no, era la iglesia de Iliria). Es de suponer que cuando Pablo cruzó el Egeo para ir a Macedonia, debió prometer que volvería a los habitantes de Tróade. Cuando por fin cumplió su promesa fue para decirles que, con toda probabilidad, ellos no volverían a verlo jamás. Ellos se aferraron al apóstol. Por eso, aunque en puerto hubiera un barco con destino a Assos, Pablo no podía irse abruptamente, sin prestarles atención durante un tiempo. Para darse un día más, Pablo pidió a sus compañeros que izaran velas. Se encontrarían en Assos: Pablo atajaría cruzando a pie por el cabo (He 20,13). Era una marcha de unos 48 km que podía completarse, fácilmente, en un día. Por otra parte, había garantías de vientos favorables alrededor del cabo Lecton.

La fuente en primera persona del plural continúa: «Así que llegó a Assos, lo recogimos y fuimos a Mitilene. Seguimos navegando, y al día siguiente nos encontramos frente a Quíos; al otro día atracamos en Samos; al siguiente llegamos a Mileto. Pablo había resuelto pasar de largo por Éfeso para no perder tiempo en Asia, pues tenía prisa por encontrarse en Jerusalén el día de Pentecostés, si era posible» (He 20,14-16). A pesar de su brevedad, el pasaje constituye un retrato preciso e intenso del cabotaje en tiempos de Pablo: una travesía pausada de día y un puerto seguro de noche[12].

Desde Assos a Mitilene, en la costa oriental de la isla de Lesbos, había unas 26 millas náuticas. Si pasaron unas

12 R. TALBERT (ed.), *o.c.*, mapas 56 y 61.

doce horas de travesía diaria, debemos suponer que fueron a una velocidad de unos 2,17 nudos: es decir que tuvieron un viento bastante poco favorable. Quizá también pudieran haber zarpado más tarde y llegado más temprano. Al día siguiente cubrieron el doble de distancia. Tras bordear la esquina sureste de la isla de Lesbos, debieron de coger un buen viento de popa que les trasladase a una respetable velocidad de 4,3 nudos[13]. Cruzar el canal que separa la isla de Quíos del continente debió de ser un momento de terribles mareos, al menos para los pasajeros. El canal sólo tiene 17,6 km de ancho y en medio de sus aguas se sitúan las islas Oinusas, un pequeño archipiélago de unos 12 km de longitud. El capitán tenía que decidir sin dilación si dejarlas a babor o a estribor. Cuántas caras de alivio debió ver el capitán tras atracar en Quíos.

La ruta más lógica por la que habría que continuar el día siguiente sería dirigirse a Éfeso. Parece, sin embargo, que los vientos poco favorables les obligaron a bordear la isla de Samos antes de encontrar abrigo en su puerto. Ese día recorrieron unas 69 millas, lo cual significaba que se estaban arrastrando a una media de 5,7 nudos. El viento ululante y el violento vaivén del barco asustaría mucho a todo el pasaje salvo a aquellos acostumbrados a la mar, que quizá encontraran excitante la situación. Sin embargo, al día siguiente, el viento amainó y apenas pudieron cubrir unas 17 millas.

Según la fuente en plural, fue Pablo quien decidió evitar Éfeso. En realidad, el apóstol no tenía control sobre el destino del barco. Tanto él como sus compañeros no eran sino simples pasajeros. A su llegada a Mileto, el apóstol tenía dos opciones: ir a Éfeso a despedirse de la

13 Sobre la velocidad de los barcos antiguos, cf L. CASSON, *Ships and Seamanship in the Ancient World*, Princeton University Press, Princeton 1971, 281-291.

comunidad o invitar a una comitiva efesia para que se reuniera con él.

Pablo optó por la segunda opción (He 20,17). Al mandar llamar a los Ancianos de la iglesia, Pablo ganó cuatro o cinco días (el viaje de ida y vuelta era de unas 100 millas) para recuperarse. Y necesitaba descansar de verdad. Su salida de Tróade había significado una experiencia emocionalmente agotadora, seguida además por dos días de mucha tensión en la mar. Pablo estaba exhausto y lo último que quería ver era una repetición de las desgarradoras escenas de las cuales había sido testigo en Tróade. Si anunciaba su presencia a los cristianos de Éfeso, la situación podría volver a repetirse. Los ancianos, estaba seguro, lucirían un porte más digno. Con todo, cuando llegaron los ancianos, Pablo no pudo despedirse formalmente de ellos: todo lo más que pudo hacer fue compartir con ellos el temor de un final trágico en Jerusalén: «Únicamente sé que el Espíritu Santo me asegura en todas las ciudades que me esperan prisiones y tribulaciones» (He 20,22) y avisarles de que, a partir de entonces, ellos eran responsables de la iglesia en Éfeso (He 20,28)[14].

La aprensión en torno al futuro de Pablo condujo a este a tomar una decisión que a buen seguro le rompió el corazón. Timoteo debía quedarse en Éfeso. Aquel debió protestar airadamente. No en vano, se trataba del mejor amigo, el más cercano, de Pablo, su más estrecho colaborador y sabía muy bien cuánto dependía de él el apóstol. ¿Por qué quería Pablo separarse de él, justo en este momento, cuando bien podría necesitar todo el apoyo del mundo? Las

14 Para la mayoría de exegetas, el discurso de Pablo en Mileto fue compuesto por Lucas, y lo insertó entre las secciones correspondientes a la fuente en primera persona del plural. En cambio, Boismard y Lamouille, han demostrado que Lucas no hizo sino amplificar un breve discurso que provenía de la fuente en primera persona del plural (*Les Actes des deux apôtres*, 2, 222; 3, 247-251).

razones de Pablo tenían que ver con la dimensión pastoral de su apostolado. Timoteo podría ofrecer apoyo a los seguidores de Pablo en una u otra región si la iglesia en cuestión se hallaba dividida. Pero el motivo real de la decisión de Pablo era de distinto orden. Timoteo estaba íntimamente relacionado con él y también era de origen judío. Así, para poder preservar a su más preciado compañero de los peligros de Jerusalén, Pablo halló una excusa para mantenerlo alejado de aquella ciudad. Pablo ponía en marcha el amor sacrificado que predicaba.

No tenemos forma de saber cuánto tiempo pasó Pablo en Mileto (departiendo con los ancianos o esperando un barco que lo llevara rumbo hacia el sur). Pasado un tiempo, tres pequeños barcos de cabotaje llevaron a Pablo y sus compañeros a través de Cos, Roda y Patera (al sur de Turquía) a una velocidad media de 4,3 nudos (He 21,1)[15]. Allí encontraron a los que habían ido a buscar: un barco que les llevara a Fenicia. Aun así, el barco en que zarparon se dirigía a Tiro, que no era el destino ideal (hubieran preferido un barco que les llevara más al sur), pero se acercaba bastante. Si, como asegura la fuente en primera persona de plural, la comitiva viajó dejando Chipre a babor (He 21,3-15), debemos suponer que el barco se adentró en alta mar para cruzar en línea recta y a buen ritmo en dirección sureste hasta Tiro. Incluso yendo a una velocidad media de 4,5 nudos, una travesía en mar abierto como esa, no debió tardar más de tres o cuatro días en recorrer las 347 millas náuticas que separan un puerto de otro. A una media de 6 nudos, el tiempo de la travesía se habría visto reducido en un día entero.

15 R. TALBERT (ed.), *o.c.*, mapas 61 y 65.

De acuerdo con la narración en primera persona del plural, los pasajeros se detuvieron una semana en Tiro para recuperarse, antes de descender en barco primero hasta Tolemaida (actual Akko, en Israel) y luego hacia Cesarea Marítima, donde se tomaron otro período de descanso antes de comenzar la marcha de dos días hacia Jerusalén (He 21,3-15)[16]. Parece plausible deducir una cierta reluctancia por parte de Pablo. No iba a cambiar su decisión, pero estaba preparado para perder parte de su tiempo. Sin embargo, es perfectamente posible que llegara a Jerusalén antes de Pentecostés (He 20,16), que en el año 56 d.C. tuvo lugar el 11 de junio[17].

Recepción en Jerusalén

Pablo tenía que pensar mucho en la recepción que iban a dispensarle en Jerusalén. Había motivos para tener miedo, pero es poco probable que se sintiera paralizado por ese miedo. Pablo no era el tipo de persona que se dejara conducir tranquilamente como un cordero al matadero. Antes al contrario, podemos estar seguros de que su prolífica mente consideró diversos planes para poder conseguir su objetivo, muy a pesar de cualquier oposición con que pudiera encontrarse.

El objetivo de Pablo no era tan complicado como pudiera parecer. Sólo había que entregar a la iglesia de Jerusalén el dinero que las iglesias gentiles habían recaudado para los pobres y dirigirse hacia el oeste lo antes posible. La clave de la solución estaba en la persona de

16 Ib, mapas 69 y 70.
17 R. JEWETT, *Dating Paul's Life*, SCM Press, Londres 1979, 48, facilita una tabla de fechas de las fiestas judías de los años 52-60 d.C.

Santiago. La comunidad obedecería en todo lo que aquel dijese. Aunque estaba comprometido con un tipo de cristianismo judaizante, Santiago ya había dado extraordinarias muestras de pragmatismo durante el concilio de Jerusalén, cuando se aprobaron las misiones gentiles (exentas de cumplir la ley) de Pablo. En consecuencia, el apóstol tenía razones para pensar que, en la práctica, Santiago nunca rechazaría el donativo, aunque tuviera objeciones contra la famosa colecta por principios religiosos.

El diseño de la estrategia

Pablo sabía perfectamente que Santiago conocía su radical oposición a la ley[18]. La delegación judaizante que había amenazado las comunidades de Galacia y Grecia habría enviado, antes o después, informes a la sede de Antioquía de Orontes, la cual estaba en contacto permanente con Jerusalén. Pablo podía imaginarse a Santiago diciendo: «Ves, hermano, cuántos millares de judíos han creído, y todos siguen siendo fieles observantes de la ley. Pero han oído decir de ti que induces a los judíos que viven entre paganos a que dejen la ley de Moisés, que no circunciden a sus hijos y que no sigan las tradiciones» (He 21,20-21). En efecto, el margen de maniobra de Santiago era demasiado estrecho. La oposición a su liderazgo podría recrudecerse si el hermano de Jesús hacía demasiadas concesiones

18 La narración de Lucas sobre el regreso de Pablo a Jerusalén se hace en primera persona del plural hasta Hechos 21,19, y luego vuelve a utilizar el «nosotros» en Hechos 27,1. El material que hay entre estas dos citas tiene una historia literaria muy compleja; cf M.-É BOISMARD–A. LAMOUILLE, *Les Actes des deux apôtres*, 2, 254-259, 325-348; 370-381; 3, 257-291; J. TAYLOR, *Les Actes des deux apôtres*, 6, 103-201. Así, sólo mantengo, como hecho histórico, el esbozo general y el nombre de los oficiales romanos.

al apóstol «renegado». En estas circunstancias, la pregunta fundamental para Pablo era la siguiente: ¿qué necesitaría Santiago para que la aceptación de la colecta fuera viable políticamente?

El primer paso consistía en desmentir los rumores que circulaban sobre Pablo. Un simple desmentido verbal no cabía entre las posibilidades que barajaba Pablo, pero es que, además, hubiera sido completamente ineficaz. Las palabras son baratas. Pablo intenta hallar algún tipo de gesto público que reafirme su judaísmo, algo que tan sólo hicieran los judíos y con lo que estos pudieran identificarse. Pablo no tenía escrúpulos para realizar esos gestos. Para él, carecían de significado completamente. En una de sus cartas escribió: «Con los judíos me hago judío (...) para ganar a los que están bajo la ley (...) con los que están sin ley, como quien está sin ella, para ganarlos» (1Cor 9,20-21). De este modo, para Pablo, actuar como un judío practicante no suponía ningún problema. Si los demás entendían sus gestos como el rechazo a su cristianismo no «legalista» era problema de los demás.

Una vez establecidos estos principios, la respuesta se hizo obvia. El acto más simple, y el mínimo que Santiago aceptaría, sería pasar por el proceso de purificación que habían de seguir los judíos que venían de territorio pagano para poder entrar en el Templo. Se daba por sentado que los peregrinos que venían de territorio pagano, no tenían el cuerpo purificado. Un sacerdote eliminaba esa impuridad levítica rociando al peregrino con el agua de la expiación durante los días tercero y noveno (Núm 19,11-16). Sólo pasando este ritual, podría Pablo estar en disposición de relacionarse con los miembros, extremadamente legalistas, de la comunidad de Jerusalén, los cuales,

probablemente, se alegrarían por la implícita condena a los gentiles.

Santiago debió de tranquilizarse bastante al saber que Pablo tenía intención de seguir el rito de purificación de los siete días. Como resultado, el dirigente cristiano-judío habría de enfocar el asunto de la donación con espíritu de cooperación. Puede incluso que fuera el mismo Santiago quien sugiriera una solución elegante, que probablemente complació a Pablo (si es que no se le había ocurrido antes a él, por supuesto). El dinero no sería entregado directamente a la congregación de Jerusalén. Eso sólo podría haber acabado en un agrio debate. En lugar de esto, el dinero sería gastado, en secreto, para beneficio de la comunidad, antes de que los miembros de esta se dieran cuenta de lo que estaba ocurriendo. Así, además, se lograrían desbloquear otros fondos comunitarios.

El engranaje de este astuto ardid era la institución del voto nazireo (Núm 6,1-21). Liberarse uno mismo de ese voto era un negocio muy caro. La ofrenda obligatoria era así: «Para hacer su ofrenda al Señor: un cordero de un año, sin defecto, para el holocausto; una cordera, de un año para el sacrificio de reconciliación y una cesta de panes sin levadura, de tortas de flor de harina amasada con aceite, para la ofrenda y la libación» (Núm 6,14-15). Para una persona pobre, la carga financiera era considerable, y tardaría demasiado en reunir el dinero. Ayudar se consideraba un buen gesto entre la comunidad judía.

Santiago tenía cuatro nazireos que necesitaban ayuda (He 21,23). El plan sería que Pablo pagara sus gastos. Cuando el gesto se supiera, la iglesia de Jerusalén no podría rechazarlo, pues no en vano provenía de un peregrino judío que había sido purificado. Por lo demás, el

gesto podría aliviar las deudas financieras de la iglesia. ¡La aceptación, sin embargo, implicaba que la iglesia ya se había aprovechado de la colecta!

Bajo custodia romana

Desafortunadamente, el plan se puso en marcha, pero nunca llegó a realizarse. Antes de que terminaran los siete días de purificación (es decir, antes de que Pablo pudiera hacer nada por los nazireos), la segunda gran amenaza que Pablo había previsto se hizo realidad.

Durante las visitas al templo, los judíos no cristianos intentaron lincharlo alegando, sin razón justificada, que había metido a un gentil en la parte del templo reservada a los judíos. Esta zona era el área de 500 codos cuadrados que había en medio de la corte de los gentiles. Para proteger su santidad, estaba rodeado por una muralla a la altura de la cintura. Cada una de sus puertas llevaba inscripciones, en griego y en latín, que prometían la muerte a aquellos gentiles que cruzaran la barrera.

Un atento centinela romano que estaría vigilando desde las almenas de la fortaleza Antonia (en la esquina noroeste del templo) vio la violencia del apelotonamiento de la muchedumbre. Temiendo que hubiera una revuelta, el centinela avisó al tribuno, Claudio Lisias, quien intervino de inmediato, sacando a Pablo de las garras de la multitud. Lisias estaba preparando el interrogatorio, bajo tortura, de Pablo cuando este reclamó sus derechos como ciudadano romano (He 22,25). Este episodio data de mediados de verano del 56 d.C.

El tribuno no podía hacerse cargo de las posibles responsabilidades inherentes a la tortura de un ciuda-

dano romano, de ahí que decidiera pasarle la pelota a su superior directo, el procurador de Judea, que tenía la base en Cesarea Marítima. En aquel momento el cargo lo ostentaba Félix (52-58 d.C.), un esclavo liberto de la casa imperial que, según Tácito, «ejercía el poder real con los instintos de un esclavo» *(Historia* 5, 9). Al igual que ocurriera en Éfeso, Pablo fue apresado en el pretorio. En Cesarea, este era el palacio antiguo de Herodes el Grande, construido en el mar, encima de un promontorio. Dos años más tarde, cuando Félix fue reclamado por el emperador Nerón, el caso de Pablo todavía no había sido resuelto y, por tanto, pasó a ser responsabilidad del nuevo procurador, Porcio Festo (He 24,27). Este cambio de administración debió de ocurrir en torno al verano del año 58 d.C.[19].

En el transcurso de estos dos años, la figura de Pablo parece estar en el limbo. Puede ser que las condiciones de su encarcelamiento fueran entonces más duras que las de su encarcelamiento en Éfeso. En cualquier caso, no tenemos constancia de ninguna actividad que afectara a las iglesias. Sin duda, Pablo ejercería el mismo ministerio interno que había llevado a cabo en el pretorio de Éfeso (Flp 1,13), pero debió ser bastante frustrante para el apóstol el no poder cruzar las murallas de su prisión. Ningún interrogatorio había durado tanto antes. Pero, ¿qué podía hacer? No había ninguna ley de *Habeas corpus* para evitar que la gente fuera encarcelada durante un tiempo indefinido sobre la base de una mera suposición. Pablo no tenía amigos influyentes que pudieran

19 Esta fecha se basa en lo que conocemos de las actividades de Pablo desde que se enfrentó con Galión en Corinto (a finales de verano del año 51 d.C., He 18,12). La fecha es aceptable, según E. SCHÜRER, *The History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ* I, T&T. Clark, Edimburgo 1973-1987, 465 (rev. y ed. por G. Vermes, F. Millar y M. Goodman).

intervenir en su favor. Estaba a merced absoluta del procurador.

Pablo debió de vivir con el miedo de ser entregado a las autoridades judías. Esta circunstancia ayudaba a que Pablo no exigiera que su caso fuera decidido con prontitud. Al mismo tiempo, seguro que se sentía desesperado por saber noticias del mundo exterior, en particular acerca del destino que había seguido la colecta. Pablo había sido arrestado antes de poder ayudar a los nazireos, y fue encarcelado en una celda incomunicada del mundo exterior, por tanto no podía saber qué había ocurrido con el dinero que había recaudado con tanto esfuerzo. ¿Qué había ocurrido con sus compañeros? ¿Acaso su plan conjunto con Santiago se había mantenido cuando se calmó la situación entre los judíos? Pablo no tenía respuestas para esas preguntas. Los días pasaban lentos y tediosos en el pretorio de Porcio Festo.

Debió de pasar un año o dos más antes de que el procurador estuviera obligado a tomar una decisión. Las autoridades judías insistían en pedir que le entregaran a Pablo para juzgarlo y, a tal fin, empezaron a presionar a Festo. Aunque le costara demasiado, el procurador no habría podido oponerse a tal juicio. Porcio retrasó el juicio todo lo que pudo y obligó a los judíos a ir a Cesarea. Allí expusieron el caso para pedir un cambio de jurisdicción. Pablo reclamó su inocencia vehementemente; sus palabras cruciales fueron: «Estoy ante el tribunal del César, donde debo ser juzgado» (He 25,10). Pablo quería que el procurador, el representante del César, tomara una decisión acorde con las pruebas y que luego lo dejara libre. Festo, sin embargo, interpretó las palabras de Pablo como una petición para ser enviado y juzgado en Roma, ante el propio emperador. El procurador se libraría de toda la

responsabilidad sobre el caso, pero irritaría a las autoridades judías[20]. Estamos, con toda probabilidad, en verano del año 59 d.C.

20 Sobre los problemas legales relacionados con la apelación de Pablo al César (He 25,12) cf J. TAYLOR, *Les Actes des deux apôtres*, 6, 201-205 y las referencias que allí se dan.

12
Los últimos años

La inexperiencia, o quizá la holgazanería, del centurión escogido para escoltar a Pablo a Roma condenó a la comitiva a un viaje aterrador. El centurión no veía el final del trayecto por tierra a través de Asia Menor y Macedonia, especialmente en invierno, así que la última solución era ir por mar. Sus amigos debieron de avisarle de que no era la mejor época del año para iniciar ese viaje. Él lo sabía muy bien, pero tenía órdenes que cumplir. Fue mala suerte, además, encontrar un capitán dispuesto a llevarlos por mar a pesar de todos los peligros. Una travesía relativamente tranquila hasta Creta hizo albergar a la comitiva falsas esperanzas de que se podía llegar a Roma sin problemas, y el viaje continuó. No tuvieron que esperar mucho antes de que llegara la tormenta de turno. Aterrados, los miembros de la comitiva se deshicieron de la carga y atravesaron la tormenta bajo la protección de apenas unos postes. Finalmente llegaron a la región de Malta. Los isleños les trataron bien y, al inicio de la temporada naviera (en primavera), subieron a otro barco y zarparon rumbo a la costa occidental de Italia[1]. Por fin llegaron a

1 El viaje de Pablo a Roma se narra en He 27,1–28,14. Los textos occidentales y alejandrinos ofrecen variantes muy significativas, pero ambos señalan muestras evidentes de manipulación editorial. Para más detalles, cf J. MURPHY-O'CONNOR, *Paul: A Critical Life*, Clarendon Press, Oxford 1996, 351-354; J. TAYLOR, *Les Actes des deux apôtres*, Études bibliques, nouvelle série 30, Gabalda, París 1996, 6, 207-266. Para la ruta que surcó, cf R. TALBERT (ed.), *Barrington Atlas of the Greek and Roman World*, Princeton University Press, Princeton 2000, mapa 1.

Roma a finales de la primavera o principios del verano del 60 d.C.

Una misión en España

Lo único que sabemos del cautiverio de Pablo en Roma (He 28,30) es que el apóstol acabó siendo puesto en libertad. Cómo ocurrió depende de la imaginación de cada uno. ¿Tomó el emperador una decisión providencial? ¿Se trató de una amnistía destinada a dejar más espacio en las prisiones? ¿O del deseo de un magistrado de bajo cargo por acortar la lista del tribunal soltando a prisioneros sin importancia? En cualquier caso, tras algún tiempo, Pablo quedó en libertad, probablemente en el año 62 d.C. Ese año volvieron los problemas[2].

La iglesia romana no dio a Pablo la bienvenida por la que el apóstol había trabajado. Esto no fue debido a la mala voluntad de los romanos, sino más bien a que había pasado demasiado tiempo. Los romanos recibieron la carta el año 56 d.C. Aunque hubieran estudiado la carta que con tanto detalle había elaborado el apóstol, lo cierto es que ahora ya apenas se acordaban de ella. Priscila y Áquila habían cantado sus alabanzas nada más llegar a Roma, pero hubiera sido inútil seguir con dicha estrategia si la llegada de Pablo seguía retrasándose tanto: en esas circunstancias era posible incluso que Pablo hubiera decidido cancelar su viaje. Incluso es posible que llegaran a Roma noticias poco halagüeñas del largo encarcelamiento de Pablo en Cesarea.

2 Lucas no dice cómo terminó la estancia de Pablo en Roma y los estudiosos han discutido con fervor sobre si Lucas quería que sus lectores descubrieran si Pablo fue o no ejecutado. Por mi parte, estoy convencido de que 2Tim es auténtico y, por tanto, debe ser fechado tras el encarcelamiento de Pablo en Roma; cf J. MURPHY-O'CONNOR, *Paul: A Critical Life, o.c.,* 356-359, así como mi reseña de H. MARSHALL-P. TOWNER, *A Critical and Exegetical Commentary on the Pastoral Epistles,* ICC, T&T. Clark, Edimburgo 1999, en Revue Biblique 108 (2001) 630-632. Mi reconstrucción de lo que ocurrió tras la liberación de Pablo es un intento por integrar todos los datos en 2Tim.

Pablo se negó a admitir que el mundo había evolucionado. Nada había cambiado en su compromiso de llevar el evangelio a los confines de la tierra. Todavía quería que Roma le nombrara apóstol en tierras iberas. Los creyentes romanos no estaban de acuerdo con la idea y podían argüir toda una serie de buenas razones para justificar su posición. En primer lugar, España estaba dentro de su ámbito de influencia. Por tanto, era responsabilidad única de los romanos divulgar el evangelio por esas tierras; eran ellos, pues, quienes debían escoger a la persona más idónea para llevar a cabo dicha misión. No era bueno que un arribista se arrogara el poder de realizar la misión apostólica. En segundo lugar, los romanos eran los únicos que podían comunicarse con las colonias latinoparlantes de la península ibérica. Pablo, por su parte, tendría problemas lingüísticos casi insalvables para poder comunicarse con los habitantes de esas colonias. En tercer lugar, los romanos debían decidir cuál era el mejor momento para iniciar la evangelización de la península ibérica. Por último, un eventual e inevitable fracaso de Pablo entorpecería cualquier otro intento romano por evangelizar la península.

Pero a Pablo no le afectaron ninguna de estas razones. Los creyentes romanos ya habían notado la tendencia del apóstol a identificarse con su evangelio y a identificar sus deseos con la voluntad divina. Y como no podía pararse a pergeñar un discurso que refutara los argumentos romanos, Pablo sólo pudo recurrir a la fanfarronada, igual que ocurrió durante la disputa financiera con Corinto. Con palabras mordaces, Pablo se dedicó a comparar su compromiso total con el desinterés complaciente de los

romanos, cuya iglesia, parece ser, ¡no tenía congregación filial alguna! La atmósfera se enrarecía conforme ambos contendientes se enfrascaban en sus posiciones.

En algún momento, Pablo debió de decir que pensaba ir a España de todos modos. Esta actitud desembocó en una prohibición total por parte de los romanos. Sería muy arrogante, por parte del apóstol, si este decidía viajar a España sin el consentimiento romano: estaría poniendo en peligro la credibilidad de la iglesia de la capital del imperio. En lo que a Pablo respectaba, esos argumentos tan mundanos estaban pensados para torearle. Sus adversarios romanos lo acosaban. Su determinación crecía implacablemente.

Lo cierto es que Pablo acabó yendo a España. Dadas las circunstancias y su carácter, sería bastante sorprendente que no hubiera sido así. La ruta por mar era la más sencilla de atravesar. Podía llegar a la costa de Cataluña en apenas cuatro días, o a Gades (Cádiz) en siete si cogía un barco desde Ostia, el puerto de Roma. Una vez que tomara tierra, vaticinaban los romanos, no conseguiría apenas nada. Sería un fracaso tan ignominioso como aquel intento que tuvo el apóstol de evangelizar a los nabateos poco después de su conversión. Aunque el entusiasmo le ayudó a emprender ambas misiones, lo cierto es que, tanto la evangelización de los iberos como la de los nabateos estuvieron muy mal preparadas. No podría pasar más de un verano hasta que Pablo se convenciera de ello, pues casi nadie hablaba griego en la península ibérica. En un futuro inmediato, Pablo no iba a conseguir adentrarse mucho en España.

Regreso a Iliria

El debate con los romanos y el fiasco ibérico debieron ocurrir en el verano de 62 d.C. ¿Qué iba a hacer Pablo ahora? La experiencia en España le había mostrado las dificultades con que se iba a encontrar para fundar misiones en el litoral de la Galia o en el norte de Italia, donde las condiciones eran similares a las que hemos expuesto con respecto a España. Las limitaciones lingüísticas del apóstol no le dejaban más alternativa que volver hacia el este. Pablo pensaba que había hecho todo lo que podía en la región, pero lo cierto es que todavía tenía ciertos asuntos pendientes que bien podrían acaparar toda su atención. La necesidad que tuvo el apóstol de partir para Corinto a finales de verano del año 55 d.C. había interrumpido la misión de aquel en Iliria. La iglesia de aquella zona no se había nutrido tanto de la sabiduría del apóstol como lo habían hecho las demás de la zona. La misión ya tenía unos siete años de antigüedad, pero eso no debió de ser óbice para que el apóstol dirigiera sus pasos hacia allí: su aportación al desarrollo de la comunidad había sido truncado violentamente.

La atractiva posibilidad de poder volver a realizar su tarea apostólica debió animar a un Pablo frustrado por el viaje a España. Su orgullo hacía imposible una visita a Roma. Los creyentes de allí no le habrían ayudado a superar su fracaso. A menos que el barco atracara en algún puerto al sur de Ostia, lo más probable es que el apóstol rodeara la ciudad por el sur para coger la Vía Apia, la «reina de los caminos», que habría de llevarle directamente a Beneventum (el actual Benevento). En una ciudad tan opulenta, Pablo tenía que elegir: podía continuar por la Vía Apia, pasando a través de Venusia y Tarento, antes

de cruzar el talón de la «bota» itálica hasta el puerto de Brundisium (actual Brindisi) en el mar Adriático; o, desde Beneventum, ir al noreste para luego torcer un poco al sureste atravesando Canusium (actual Canosa) y así alcanzar el Adriático en Barium (actual Bari), luego bordearía la costa hasta Brundisium[3].

En el año 109 d.C., esta ruta se convirtió en la vía Trajana, pero su existencia en tiempos de Pablo está perfectamente acreditada por Horacio, el cual la recorrió cuando era miembro del séquito de Mecenas en el año 37 a.C. El poeta dejó una descripción preciosa en sus *Sátiras* (1, 5); Lionel Casson lo resume así: «Tardó unas dos semanas en recorrer 375 millas, pero se entretuvo bastante con las vicisitudes del viaje: tiempo soleado, caminar ligero por las vías principales, alojamiento de primera calidad, buena compañía, mucha diversión, algo de lluvia, marcha lenta por las peores vías, hoteles primitivos, dolores de barriga, noches en vela y una cita con una chica que nunca apareció»[4]. Pablo, ni que decir tiene, no viajaba en compañía del hombre más rico de la tierra. La comida y el alojamiento que podía pagarse debieron de ser de una calidad bastante menor. Y jamás podría pagarse los carruajes que permitía a Mecenas y compañía recorrer 59 y 63 km en los dos últimos días de travesía.

Brundisium era el principal puerto comercial entre Italia, Grecia y el Oriente próximo. Si todavía era verano, Pablo no tendría problemas para coger un barco rumbo a Dirraquio (actual Durrës), extremo oriental de la Vía Egnacia y puerta de entrada a Iliria. Con un viento favorable de 48 km, la travesía no duraría ni un día.

3 R. TALBERT (ed.), *o.c.*, mapas 44 y 45.
4 L. CASSON, *Travel in the Ancient World*, Allen & Unwin, Londres 1974, 196.

No sabemos exactamente dónde se desarrolló la actividad apostólica de Pablo en Iliria. Si fuera en Dirraquio, el apóstol llegaría a casa al término de la travesía. Si fuera en Lycnidos, todavía debería recorrer un trecho de 144 km por la Vía Egnacia. Al aproximarse a uno u otro destino, Pablo debió de preguntarse por la recepción que iban a dispensarle. ¿Acaso le reconocería alguien? Habían pasado seis años (entre el 46 y el 52 d.C.) entre sus dos visitas a los gálatas y esta iglesia todavía seguía viva e incluso, si cabe, gozando de buena salud. Sin embargo, Pablo había pasado apenas dos meses entre los habitantes de Iliria. La instrucción de su iglesia había resultado ser la más superficial de todas las que jamás fundara el apóstol. Pero Pablo no se habría sentido deprimido por esos pensamientos. Si la iglesia no existía, Pablo lamentaría la pérdida y luego volvería a tener el éxito que había tenido antaño en la zona.

Contando con que llegó a Dirraquio o a Lycnidos a finales de verano del 62 d.C., Pablo debió dejar la zona a principios de la primavera del año 64 d.C., cuando ya no había problemas para cruzar por las montañas del norte de Grecia. Este período de tiempo fue aproximadamente el mismo que empleó el apóstol en evangelizar Corinto, pero menos que la duración de la estancia en Éfeso. Pablo abandonó la zona cuando vio que la iglesia ya estaba sólidamente establecida, pues sabía que si prolongaba su estancia sólo conseguiría perjudicar el desarrollo normal de la comunidad. Si se quedaba, los creyentes de Iliria lo convertirían automáticamente en la figura de mayor autoridad en todos los aspectos de la vida en comunidad. Sólo cuando se liberaran del peso de su prestigio, podrían desarrollarse de forma natural los carismas de otros miembros, particularmente los que tenían dotes de líder.

Macedonia y Asia

La marcha de Iliria tuvo que ser un momento de gran tristeza para Pablo. El apóstol sabía, en lo más profundo de su corazón, que ya no iba a divulgar el evangelio por territorio virgen nunca más. Cuando volvía la vista al mundo que le era más familiar, el mundo del Mediterráneo oriental, no podía encontrar ningún lugar que no estuviera bajo los auspicios de alguna iglesia. ¡Había tenido tanto éxito que ya no le quedaba trabajo por realizar! Además, con setenta años, Pablo ya notaba los achaques propios de la edad. Con todo, el apóstol no consideraba, de ningún modo, la posibilidad de retirarse. Seguro que todavía podía echar una mano en cualquiera de las iglesias que había fundado en Macedonia y Asia Menor.

Así emprendió camino al este por la Vía Egnacia. Su estado de ánimo distaba mucho de ser el que le había acompañado en el camino que emprendiera, por la misma Vía, hacia el oeste, hacia la libertad del oeste, nueve años antes. Sus visitas a Tesalónica y Filipos debieron animarle. Las misiones de Macedonia tenían sus problemas, pero, en cualquier caso, se habían convertido en el orgullo de las iglesias de Pablo. Tesalónica y Filipos irradiaban la verdad del evangelio (1Tes 1,6-8; Flp 2,14) y si los miembros de ambas iglesias todavía recordaban el pesimismo que marcó la anterior visita del apóstol (camino de Jerusalén, en el 56 d.C.), es posible que ahora se alegraran de verle con vida una vez más[5].

No podemos saber cuánto tiempo pasó Pablo entre los tesalonicenses o los filipenses, pero ya estaba bien entrado el verano cuando el apóstol zarpó con dirección a Tróade.

5 R. TALBERT (ed.), *o.c.*, mapas 49 y 51.

Ya no necesitaba sus pesadas ropas de invierno. Quedaban 350 km hasta Éfeso y hacía un calor insoportable[6]; no podía permitirse el lujo de cargar con esos ropajes. En consecuencia, el apóstol decidió dar a Carpio (un miembro de la iglesia) sus ropas, sus códices y los demás pergaminos con sus notas (2Tim 4,13).

Los pergaminos debían de contener textos de las escrituras judías, proverbios de Jesús o material de archivo (copias de las cartas que Pablo había enviado a sus iglesias, etc). El contenido de sus cuadernos variaba, seguramente, de lo profundo a lo mundano: ideas para sermones, soluciones a problemas pastorales, nombres de potenciales dirigentes religiosos (o acaso de miembros problemáticos) de sus iglesias, direcciones para encontrar a ciertos individuos en diferentes ciudades, etc.

Un problema en Éfeso

Camino hacia el sur, Pablo pudo haberse detenido para visitar Pérgamo y Esmirna, dos de las comunidades fundadas por la iglesia de Éfeso. Pero lo más probable es que no lo hiciera. Pérgamo y Esmirna habían sido fundadas por los colaboradores del apóstol y este no las conocía muy bien. Pablo deseaba volver a Éfeso cuanto antes. Los dos años que había pasado allí fueron relativamente felices y productivos. Muchas iglesias habían sido fundadas por los agentes de Éfeso. Y allí escribió el apóstol la mitad de las cartas que habrían de ser su legado para la posteridad. Su idea, sin embargo, era reunirse con Timoteo, su antiguo compañero de armas y a quien no había visto

6 Ib, mapas 56 y 61.

desde hacía ocho años, cuando Pablo lo dejó allí camino de Jerusalén.

La alegría que debió de sentir Pablo por el reencuentro no duró mucho, sólo lo justo antes de que nuestro protagonista descubriera lo mal que Timoteo había llevado la misión. Una cuidadosa lectura de 2Tim demuestra que el magnífico compañero y consejero de Pablo era, de hecho, un dirigente muy malo. Para los exigentes criterios de Pablo, la llama de la gracia se había extinguido en el corazón de Timoteo. Este ya no hacía bien su trabajo evangélico, no llevaba a cabo su ministerio de la forma debida. Su fracaso no había sido doctrinal, sino personal. La responsabilidad le aterraba, y por eso se había retirado, quizá con la excusa de que tenía que salir adelante y no podía ser más una carga para la comunidad. En realidad no podía soportar el peso que supone el liderazgo. Timoteo carecía del compromiso enérgico que Pablo demandaba y la comunidad había sufrido por ello. En concreto, Timoteo no había sido capaz de controlar a un grupo que había convertido a la iglesia de Éfeso en una iglesia de «palabras». Investigaciones absurdas e inexpertas generaban debates que se reducían a intercambios de palabras profanas y vacuas (2Tim 2,14-18).

La respuesta de Pablo fue destituir a Timoteo del cargo y asumir él mismo la responsabilidad. Timoteo lloró tras darse cuenta de que había fallado a su antiguo maestro (2Tim 1,4). Pablo no negó a este su favor en público. Lo único que supieron los conversos efesios era que Timoteo había sido enviado a evaluar el estado de las iglesias de la cuenca del Meandro y el valle del Lico. Quizá su mandato se extendió hasta la región de Galacia. La misión tenía sentido, pues Pablo no había estado en contacto con estas iglesias durante mucho tiempo. Es posible que esta fuera

la delicada misión a la que contribuyó tan decisivamente Onesíforo (2Tim 1,18). Sólo él y su séquito parecen estar del lado de Pablo sin ninguna reserva (2Tim 4,19).

Pablo asumió el control de la misión, pero eso no mejoró las condiciones de la iglesia. La oposición a Pablo no cejaba en Éfeso (Flp 1,14-18). Por otra parte, el apóstol demostraba muy poca simpatía hacia las aspiraciones teológicas de los miembros de los debates. Sin el consejo de Timoteo, Pablo repetía los mismos errores que había cometido al tratar de solucionar los problemas de sus correligionarios en Corinto, la facción espiritual. La mentalidad de Pablo era tal que le resultaba imposible entender o apreciar una u otra. Estaba irritado por tener que volver a la misma tontería. Así, en vez de calmar la situación, el apóstol exacerbó las tensiones que habían resquebrajado a la comunidad. Por si fuera poco, la mayoría de creyentes le abandonaron (2Tim 1,15).

Con el tiempo, Pablo se dio cuenta de que no tenía las cualidades necesarias para dirigir la iglesia de Éfeso. Su presencia no hacía más que empeorar las cosas. En un gesto de gran humildad, el apóstol se retiró a una zona cerca de Mileto. Esta ciudad portuaria estaba a 80 km de Éfeso. Esa barrera de distancia era suficiente para que el apóstol no influyera más en la comunidad pero tampoco perdiera el contacto con ella (todavía podía haber cambios en Éfeso).

Pablo no estaba solo. De hecho se mudó a Mileto en compañía de una pequeña comunidad (2Tim 4,9-11). Tito formaba parte de su séquito habitual. Lucas y Dimas habían sido compañeros de Pablo durante su encarcelamiento en Éfeso en el año 53 d.C. (Col 4,14). Tíquico fue quien llevó la Carta a los colosenses desde Éfeso (Col 4,7). Y no se sabe nada de Crescencio. Lo último que

se supo de Erasto fue que estaba en compañía de Pablo cuando este visitó Corinto en la primavera del año 56 d.C. (Rom 16,23). Es posible que aquel fuera a Éfeso en viaje de negocios y se encontrara con Pablo por pura coincidencia. Trófimo formó parte de la delegación que llevó la colecta a Jerusalén (He 20,4). En la Ciudad Sagrada, Trófimo había sido el gentil que Pablo habría conducido hasta el recinto sagrado del templo, según la versión judía (He 21,29). Tras ser parte del error involuntario de Pablo, aquel volvió a su Asia natal.

Un fatídico viaje a Roma

Pablo pasó el invierno del año 64 en Mileto, esperando, sin duda a que su exilio voluntario tuviera el efecto deseado entre los creyentes de Éfeso. Pablo adoptó la misma táctica después de su segunda visita a Corinto, en Macedonia, cuando escribió la carta de las lágrimas (2Cor 2,1-4). Sin embargo, en esta ocasión, Pablo no tenía a Timoteo para aconsejarle, y no pensó en ningún momento en escribir carta alguna para facilitar el proceso de reconciliación.

Aunque Mileto no era para Pablo más que un refugio (igual que lo había sido Tróade cuando Pablo tuvo que dejar Éfeso en la vez anterior), es muy poco probable que Pablo dedicara su tiempo a la vida contemplativa. La ciudad era suficientemente grande para que Pablo encontrara trabajo[7]. Mileto era la primera ciudad que se había construido en forma de cuadrícula, con bloques grandes y pequeños. El mérito hay que atribuirlo a uno

7 Cf J. McRay, *Miletus,* en *The Anchor Bible Dictionary* IV, Doubleday, Nueva York 1992, 825-826.

de sus ciudadanos, Hipodamo (c. 479 a.C.), de quien toma nombre dicha disposición urbanística: sistema hipodámico. En tiempos de Pablo, los cuatro puertos y los tres mercados de Mileto convertían a la ciudad en un bullicioso centro comercial con una población estimada de unos sesenta mil habitantes. Pero lo que prometía ser un fructuoso ministerio acabó de forma repentina a finales de verano del año 65 d.C.

Nerón acosa a los cristianos

Al amanecer del 19 de junio del año 64 d.C., uno de los talleres cercanos al circo máximo de Roma voló en llamas. El fuego se extendió por todo el valle entre las colinas Esquilina y Palatina y asoló la ciudad durante los nueve días siguientes. Cuando por fin fue controlado, el fuego había arrasado diez de las catorce regiones en ruinas. El emperador Nerón se apresuró a dar cobijo a los ciudadanos que se habían quedado sin techo. Pronto, sin embargo, se anunció que el emperador iba a expropiar 125 acres de terreno privado en el centro de Roma para construirse un magnífico palacio, la Domus Aurea, rodeada de un ancho parque. Fue inevitable que comenzaran a circular los rumores de que el propio emperador había mandado iniciar el fuego. Un rumor espontáneo empezó a pasar rápidamente de boca en boca[8]. Como

8 El informe de Suetonio recoge estos rumores: «Una vez, en medio de una conversación general, alguien citó la frase: "Cuando me muera, que el fuego se trague la tierra". Pero Nerón apuntó que la primera parte de la frase decía, en realidad, "mientras yo viva", y no tardó en convertir su fantasía en realidad. Fingiendo estar disgustado por los edificios viejos y sin gracia del centro de la ciudad, así como por las estrechas y sinuosas avenidas de Roma, prendió fuego a la ciudad con todo el descaro. Un grupo de ex cónsules pillaron *in fraganti* a sus criados con estopa prendida y antorchas, cruzando las propiedades de aquellos, pero no se atrevieron a detenerles. Nerón también codiciaba

creyera que su situación estaba amenazada, a comienzos de la primavera del año 65 d.C., el emperador decidió utilizar un método drástico para desviar la atención sobre sí mismo.

> «Para suprimir el rumor, Nerón fabricó chivos expiatorios y castigó a los cristianos (los cuales, ya se sabe, son famosos por su depravación) con todos los refinamientos a su alcance (...). Las muertes de aquellos sobrevinieron por los métodos más absurdos. Vestidos con pieles de animales salvajes, los cristianos eran hechos trizas por los perros, o crucificados, o quemados vivos como antorchas durante la noche. Nerón cedía sus jardines para el espectáculo o exhibía crueles festivales en el circo. El propio Nerón se mezclaba con el público o permanecía en un carro vestido de carretero» (Tácito, *Anales*, 15. 44).

Las noticias de la brutalidad desplegada por Nerón se difundieron por el Imperio como la pólvora. En el verano del año 65, como poco, la noticia ya se comentaba en las iglesias paulinas de Grecia y Asia. Los creyentes debían de estar horrorizados al pensar en las horribles muertes que sufrían sus correligionarios. Al ver el impacto que tanto pavor provocaba en sus propios conversos, Pablo no tuvo dificultades en calcular las consecuencias que pudieran sufrir los cristianos romanos que hubieran abandonado el cerco de Roma. La brutal realidad adelantaba el posible martirio y lo que antes era una posibilidad remota, casi un ideal, se convertía ahora en una posibilidad real cer-

los emplazamientos de diversos graneros, sólidamente construidos en piedra, cerca de la casa dorada. Una vez derribadas sus paredes con máquinas de guerra, prendió fuego a su interior. El terror duró más de seis días y siete noches y muchos habitantes tuvieron que buscar refugio en monumentos y tumbas (...). Nerón observaba las llamas desde la torre de Mecenas, embelesado por lo que él denominaba "la belleza de las llamas"; entonces se puso su disfraz trágico y cantó "El saqueo de Troya" de principio a fin» *(Los doce Césares, Nerón*, § 38).

cana. La visión de una muerte extremadamente dolorosa y prolongada no debió de tener efectos beneficiosos en la moral de los cristianos.

Pablo entendió con claridad que, de sobrevivir la comunidad romana, las iglesias hermanas de esta habían de acudir en su ayuda. Ahora bien, ¿tenía Pablo el derecho de pedir a los miembros de otras iglesias que rompieran sus raíces, que dejaran a sus familias y a sus hijos para enfrentarse con una amenaza mortal? «El amor de Cristo nos apremia, pensando que si uno murió por todos, todos murieron con él; y murió por todos, para que los que viven no vivan para sí, sino para quien murió y resucitó por ellos» (2Cor 5,14-15).

Los pocos miembros del séquito de Pablo decidieron seguirle. No obstante, todavía había mucho trabajo que hacer en Éfeso. Pablo decidió enviar a Tíquico para informar a la comunidad efesia de sus planes (quizá incluso también para que el propio Tíquico asumiera el mando de la misión [2Tim 4,12]).

Camino a Roma

Una vez tomada la decisión, Pablo quiso salir enseguida. Su carácter le pedía entrar en acción cuanto antes. El deterioro de la situación en la iglesia de Roma debía ser detenido de inmediato. Además, había que cruzar dos mares. Para Pablo, era absolutamente necesario estar en tierras italianas antes de que el invierno interrumpiera las comunicaciones marítimas entre el Egeo y el Adriático. Lamentablemente, Trófimo cayó enfermo en el momento más crucial, pero la urgencia de la situación era insoslayable. Había que dejar a Trófimo atrás (2Tim 4,20). No

estaba en peligro de muerte y en Mileto había suficientes cristianos para cuidar de él.

Pablo convenció a Erasto de lo urgente de la situación, y este se unió a la empresa salvadora. No obstante, con el tiempo, el discípulo fue perdiendo el fervor por ayudar al maestro. Ya sin distracciones, Erasto tuvo tiempo para reflexionar sobre lo que el viaje a Roma, la ciudad donde estaban siendo torturados los cristianos por su fe, podía significar para él. La imaginación del discípulo fue erosionando poco a poco su valentía. Cuando por fin atracaron en Cencreas, el puerto oriental de Corinto, Erasto le dijo a Pablo en tono sombrío que no tenía fuerzas para continuar el viaje. Tanto él como su familia permanecerían fieles hasta el final si se organizaba una persecución contra los cristianos en su propia ciudad, pero no podía meter la cabeza en la boca del lobo yendo a Roma (2Tim 4,20).

Con el séquito muy mermado, Pablo cruzó el istmo a paso ligero, desde Cencreas hasta Liqueo. Tardó menos de un día. Puede que en Liqueo tuviera la suerte de encontrar un barco que fuera con rumbo a Italia. Si fue así, seguro que el apóstol lo interpretó como un buen augurio. Dios aprobaba su viaje a Roma y, por tanto, lo facilitaba en la medida de lo posible. Si no fue así, Pablo se vería forzado a tomar varios barcos de cabotaje hasta llegar a Italia. Su frustración entonces iría en aumento. Su sentimiento de desesperación se habría visto incrementado aún más al acercarse poco a poco al golfo de Corinto. El retraso ya era bastante grande, pero si llegaban tarde al final de la temporada marítima, entonces tendría que quedarse en el Peloponeso durante todo el invierno.

De nuevo en una prisión romana

De un modo u otro, Pablo y su reducido séquito lograron llegar a Roma, probablemente, a finales de verano o principios de otoño del año 65 d.C. En esa época ya había pasado la peor parte de la persecución. No es probable que dicha persecución durara más de lo necesario para distraer la atención de los ciudadanos de Roma. Prolongar el asedio a los cristianos podría poner de nuevo al emperador en el punto de mira de la opinión pública. Pronto, además, el emperador Nerón tendría otras cosas de las que ocuparse. Un grupo de antiguos terratenientes que perdieron parte de sus posesiones más valiosas durante el fuego de Roma habían conspirado para matar al emperador y subir así a Cayo Calpurnio Pisón al trono. La conspiración ya había salido a la luz. Las ejecuciones subsiguientes dieron de qué hablar a los ciudadanos de Roma. A partir de entonces, Nerón sospechaba de todo el mundo y las cabezas rodaban al albur del emperador.

Un visitante inoportuno

Las víctimas de la paranoia del emperador pertenecían a las clases acaudaladas; el emperador entendía que dichas clases suponían un peligro potencial para su persona. Nerón no constituía ninguna amenaza para los ciudadanos corrientes; en realidad, estos le admiraban por su generosidad y por los entretenimientos que les proporcionaba. En este contexto, Pablo podía adoptar la postura prominente que, según él, la situación requería. Andar yendo de un escondrijo a otro hubiera sido fatal para los objetivos que el apóstol perseguía en Roma. Por su carácter extremo, la

discreción no representaba más que el primer paso hacia la apostasía. La audacia a la hora de difundir el evangelio era, según Pablo, el camino para devolver la moral y el coraje a una comunidad desesperanzada.

Pero los cristianos de Roma no estaban muy por la labor de comportarse con la audacia de Pablo. Lo último que querían era volver a estar en el punto de mira de las iras imperiales. A ojos de los creyentes romanos, Pablo era un extranjero alborotador. Ya habían experimentado su intransigencia con el asunto de la misión en España y ahora se temían que el apóstol iba a seguir haciendo caso omiso de las protestas de los locales, por mucha razón que estos tuvieran. Roma era su iglesia. Ellos eran los que sufrían. Sólo ellos eran responsables de determinar la estrategia para recuperar el terreno perdido. La arrogancia de un individuo que asumía el papel de líder de la iglesia romana sin consultar a los cristianos autóctonos, llevaba implícito el mensaje de que dichos creyentes eran unos auténticos cobardes.

El grado de resentimiento que sentían los romanos por Pablo se revela en el hecho de que el apóstol acabó siendo arrestado. Y cuando este tuvo que comparecer ante el magistrado por primera vez, nadie acudió para apoyarlo con su presencia o sus oraciones (2Tim 4,16).

El propósito de la vista preliminar era determinar la identidad del acusado y la validez general de los cargos que se imputaban contra él. La vista preliminar era pública, e incluso se permitía que los partidarios del acusado animaran, aconsejaran o testificaran a favor de él. Si algún ciudadano de notable reputación hablaba bien en público del acusado, había probabilidades de que fuera puesto en libertad, especialmente si parecía que la acusación había actuado con malicia.

Pero Pablo no tenía parientes, amigos o siquiera contactos comerciales que lo identificaran, lo cual despertó las sospechas del magistrado. Como cristiano confeso, ¿no habría venido Pablo a Roma para vengarse del emperador por el trato que aquel había dispensado a sus correligionarios? Si Pablo, pensaba el magistrado, tuviera contacto con aquellos miembros de la nobleza que intentaban librarse de Nerón, es posible que el fanático asesino llegara a obtener el apoyo logístico suficiente para llevar a cabo su infamia. Sólo contando con esos dos razonamientos, cualquier magistrado prudente ya habría hecho dos cosas: en primer lugar, retener al prisionero hasta que la situación estuviera totalmente clara y, en segundo, pedir consejo a sus superiores para comprender las implicaciones políticas del caso antes de tomar cualquier decisión.

Encadenado como un criminal

Como consecuencia, Pablo fue encadenado como «un criminal» (2Tim 2,9). La expresión del apóstol acaso dé a entender que las condiciones de su encarcelamiento fueron algo más duras que en las ocasiones anteriores. Ahora bien, tampoco debe olvidarse que Pablo seguía disfrutando de las ventajas de poder recibir visitas y escribir cartas, como ya ocurriera durante el cautiverio de nuestro protagonista en Éfeso.

Poco debe sorprendernos que ningún cristiano romano visitara a Pablo durante su cautiverio. Es evidente que aquellos querían distanciarse lo más posible del apóstol. Esa era la actitud más sensata y prudente. Esta circunstancia contrasta sobremanera con el coraje que demostró uno de los pocos cristianos que sí fueron a visitar a Pablo:

Onesíforo, que vino de Éfeso expresamente para ver al apóstol. La comunidad efesia había tenido noticias de la atrevida cruzada del apóstol, primero por boca de Tíquico y después por boca de Trófimo. Sólo Onesíforo tuvo la empatía suficiente para visualizar el calvario que estaría sufriendo Pablo y, en un ataque de entusiasmo, decidió emprender el camino para unirse a su séquito.

La alegría y la sorpresa que sintió Pablo se revela en sus palabras: «Que el Señor tenga misericordia de la familia de Onesíforo, porque muchas veces me ha reconfortado y no se avergonzó de mis cadenas, sino que tan pronto como llegó a Roma, se puso sin descanso a buscarme hasta que me encontró» (2Tim 1,16-17). El tono triunfal del último enunciado sólo se comprende cuando se recuerda que Roma tenía más de un millón de habitantes, ningún nombre en las calles y ningún número en las casas. Onesíforo tuvo primero que descubrir el paradero de Pablo y después pergeñar el modo de llegar allí: ambas tareas se hacían extremadamente complicadas si uno no conocía la ciudad o sus hitos más destacados. La empresa requería una gran tenacidad.

Una vez que supo el paradero de Pablo, Onesíforo efectuó visitas frecuentes. Pero entonces sucedió un imprevisto que le costó la vida (2Tim 1,18). No sabemos qué fue: quizá un accidente, pero puede también que fuera asesinado de forma absurda tras ser víctima de un intento de robo en un callejón oscuro de la ciudad. Pablo tuvo que quedar destrozado. Su sentido de aislamiento crecía a medida que iban dispersándose todos aquellos que lo habían acompañado desde el Mediterráneo oriental (2Tim 4,9-11). Dimas escapó a Tesalónica en busca de ayuda. Pablo se muestra menos disgustado cuando hace referencia a la partida de Crescencio y Tito. Suponemos que el

primero se retiró a las misiones en la Galia y el segundo hizo lo propio en Dalmacia. Pablo no muestra mucho entusiasmo al mencionar estas deserciones. Esto puede indicar que Pablo padecía la misma nostalgia y ensimismamiento de anteriores cautiverios. Lucas (cuenta Pablo a Timoteo lastimeramente) es el único que permanece junto a él. El séquito había quedado reducido a una persona.

Una última carta

La estancia en la cárcel proporciona mucho tiempo para escribir cartas, pero si Pablo escribió más de una, las demás se han perdido. Por fortuna, se conserva la última carta que envió a Timoteo. La carta es bastante curiosa para un hombre en la situación de Pablo. El apóstol no sermonea sobre asuntos sesudos en torno a la vida, la muerte, la gloria o el martirio. En realidad, la carta trata temas muy prácticos. Aun así, el texto nos permite ver destellos de la personalidad de Pablo en ese momento crítico de su vida.

Tras pensar mucho sobre ello, Pablo se dio cuenta de que no era sensato, ni justo, dejar que Timoteo flotara por un limbo indeterminado, allá al este de Éfeso. Timoteo no tenía ni el carácter ni la habilidad suficiente para combatir la verborrea teológica que había invadido Éfeso y que, muy probablemente, ya se había extendido por el interior del continente. Pablo sabía que Timoteo iba a ser más feliz cumpliendo su antigua función de ayudante. Así, el apóstol reclama su presencia en Roma bajo el pretexto de que lo hacía por y para beneficio del propio Pablo (2Tim 1,4; 4,9.21). El cariño que Pablo sentía por Timoteo no se había visto disminuido ni un ápice, ni siquiera porque

este hubiera fracasado en su intento de estar a la altura de las expectativas de aquel.

Pablo pidió a Timoteo que le trajera la capa, los pergaminos y las notas que aquel había dejado en Tróade (2Tim 4,13). Pablo esperaba, por tanto, que Timoteo fuera por tierra hasta Roma, a través de Macedonia por la Vía Egnacia, cruzando luego en diagonal a través de Italia por la Vía Apia. Hablamos de un viaje de unos 1.920 km. El emisario de Pablo habría hecho el mismo recorrido a la inversa, lo que significa que la carta debió de tardar unos dos meses en llegar a su destino en Asia[9]. La preocupación que Timoteo sentía por Pablo tuvo que ser suficiente para que el discípulo saliera raudo y de inmediato al encuentro con el apóstol. Pero aun así, todavía habría de pasar un verano entero antes de que Timoteo llegara a Roma en respuesta a la carta.

Aquí vemos el carácter más optimista de Pablo. A pesar de las circunstancias, Pablo esperaba estar con vida cuatro o cinco meses después de la redacción de la carta. Y no sólo eso, el apóstol esperaba estar libre entonces para poder trabajar, codo con codo, con Timoteo y Marcos. Eso, al fin y al cabo, era lo que le había enseñado la experiencia de toda una vida. En efecto, al final de sus otros cautiverios, Pablo siempre había acabado en libertad. Nunca imaginaba qué nuevas pruebas podrían aparecer en su segunda vista oral.

En esta ocasión, sin embargo, en el fondo de su mente, Pablo no estaba seguro de qué iba a ocurrir. Hubiera sido mucho más amable, y, sobre todo mucho más efectivo, corregir el comportamiento de Timoteo en persona, cuando este llegara a Roma. El hecho de que Pablo discuta en detalle los cambios que quiere en el ministerio de Timoteo revela su miedo inconsciente a no volver a ver a su discípulo. Si Timoteo tenía veinte años cuando se unió al equipo apostólico de Pablo de camino a Europa, ahora debía tener en torno a los cuarenta y cinco o cincuenta años. Todavía le quedaban muchos años de práctica apostólica, sobre todo si seguía los consejos que le daba Pablo ahora. Pablo no podía dejar escapar la oportunidad. Esperar podría ser fatal.

9 R. TALBERT (ed.), *o.c.*, mapas 44, 45, 49, 50, 51, 56, 61, 65.

Un sentido claro de finalidad se percibe en las frases que quizá desvelen, de la forma más explícita, la conciencia del apóstol: «Yo ya estoy a punto de ser ofrecido en sacrificio; el momento de mi partida está muy cerca. He combatido el buen combate, he concluido mi carrera, he conservado la fe; sólo me queda recibir la corona merecida, que en el último día me dará el Señor, justo juez; y no sólo a mí, sino también a todos los que esperan con amor su venida» (2Tim 4,6-8). La idea de haber llegado al final del camino, no puede estar más clara. Con todo, no se trata del ansia por la ejecución que sentiría un condenado a muerte cuya fecha de ejecución está cerca, sino el reconocimiento complaciente de una vida bien vivida.

Pablo, que superaba ya los 70 años de edad, se dio cuenta de que sus buenos años ya habían pasado. Había dado lo mejor de sí en el campo de batalla, en la propia vida. Su tiempo se había acabado, ahora vivía de un tiempo prestado, y más si tenemos en cuenta el número de años en los que Pablo había soportado en su cuerpo la carga de la muerte de Jesús (2Cor 4,10). Cada día era un día más de gracia y Pablo intentaba sacar lo mejor de cada momento. Quizá no viviría mucho después de salir de prisión, pero eso no le eximía de sus obligaciones como

apóstol. Así, Pablo decidió hacer planes para el futuro, y si no sobrevivía, Timoteo y Marcos tomarían el relevo.

Sentencia de muerte

El optimismo de Pablo estaba fuera de lugar. En el último cuarto del año 67 d.C., Pablo fue citado de nuevo por el magistrado. Esta vez habría una sentencia en firme. El solo hecho de haber admitido ser cristiano era suficiente (2Tim 4,17). Nerón había establecido el siniestro precedente de que los cristianos podían ser considerados culpables, y de que la pena más apropiada para ellos era la pena capital.

Dadas las circunstancias, el destino de Pablo dependía del juicio que se formara el magistrado sobre él. Si el magistrado respetaba la ciudadanía romana de Pablo y aplicaba la ley de forma estricta, entonces dicho magistrado crearía un dilema para Pablo que no tiene paralelismo posible en nuestra sociedad. Hoy día, en aquellos países donde hay pena capital, los condenados se mantienen bajo vigilancia aún mayor de la que tenían antes de la condena. La ley romana ofrecía al reo la posibilidad de elegir. En origen, el magistrado estaba obligado a dar al reo la oportunidad de escapar después de dictar sentencia. La pena autoimpuesta del exilio se consideraba como una alternativa aceptable a la pena de muerte. Se reconocía por un decreto de «*aqua et igni interdictio*» («negativa al agua y al fuego») emitido por el propio tribunal tras la marcha del reo. El decreto anulaba toda la protección legal del reo y promulgaba la sentencia de muerte para dicho reo en caso de que volviera, de forma ilegal, a la jurisdicción donde había sido condenado. Durante el siglo I d.C., este tipo de exilio fue reemplazado por sentencia formal de

deportación a un lugar concreto, por ejemplo, la isla de Gyara, que no era más que un peñón en forma piramidal con una base de 4x4 km. Gyara era el equivalente romano a la isla del Diablo en la Francia del siglo XIX o la isla de Alcatraz en los Estados Unidos del siglo XX. Si Pablo hubiera tenido esa opción, ¿qué habría elegido? Dudo que hubiera cambiado las conclusiones a las que había llegado años antes, cuando fue encarcelado en Éfeso:

> «Pues para mí la vida es Cristo, y la muerte la ganancia. Mas si continuar viviendo es para mí fruto de apostolado, no sé qué elegir. Me siento apremiado por ambas partes: por una, deseo la muerte para estar con Cristo, lo que es mejor para mí; por otra, deseo continuar viviendo, lo que juzgo más necesario para vosotros. Estoy seguro de que me quedaré y permaneceré con vosotros para vuestro progreso y gozo en la fe» (Flp 1,21-25).

Puede que la muerte fuera la opción preferida por Pablo, pues no en vano significaría la unión inmediata y eterna con Cristo, pero él era apóstol por decisión divina. Pablo tenía una obligación que cumplir, y él mismo no estaba autorizado a aliviarse. Debía, en efecto, llevar el evangelio a los demás. En consecuencia, Pablo habría elegido la vida sin dudarlo un momento, como ya hizo en Éfeso. Puede que Gyara no fuera el lugar ideal para vivir, pero ahí había almas que salvar, y a buen seguro conocería otras muchas camino del este. Si aceptamos el testimonio de Eusebio («está acreditado que Pablo fue decapitado durante el reinado de Nerón»[10]), debemos concluir que Pablo no tuvo la oportunidad de decidir el futuro que, por ley, se merecía. El magistrado, pues, consideró prudente

10 *Historia de la Iglesia*, 2, 25; cf 3, 1.

seguir el ejemplo del emperador (ejecutar a cualquier cristiano que fuera traído ante él). No obstante, el magistrado guardó un poquito de dignidad y no ordenó las prácticas de tortura que habían convertido a Nerón en un monstruo depravado. Pablo, como ciudadano romano, debía ser decapitado. Probablemente Pablo no tuvo que esperar mucho a la ejecución de la sentencia. En cualquier caso, no necesitaba mucho tiempo para preparar su alma. No debió pasar apuros para controlar la habitual convulsión que genera el instinto de conservación. Para alguien que ha luchado por «llevar en el cuerpo los sufrimientos de muerte de Jesús» (2Cor 4,10-11), la oportunidad de morir como testigo del sufrimiento, igual que Cristo, debía ser la gracia suprema jamás concedida. «Deseo la muerte para estar con Cristo» (Flp 1,23): y el deseo se cumplió en las mejores condiciones posibles. Al instante de descubrir el cuello para recibir la espada del verdugo, Pablo supo que su muerte iba a significar la proclamación más enérgica de que había mantenido la fe.

Epílogo

Mucha gente se alegró cuando las noticias de la muerte de Pablo llegaron al Mediterráneo occidental. Nunca gozó del favor de aquellos que creían en un cristianismo arraigado en el credo judío, se escandalizaban cuando el apóstol se negó a circuncidar a sus conversos paganos. Por otra parte, su disposición a que los conversos judíos continuaran sus prácticas religiosas no sirvió para moderar el antagonismo de sus rivales. Al fin y al cabo, no sólo estaban en su derecho, sino también en su obligación, su obligación para con la ley divina. La situación no se prolongó demasiado. Cuando Pablo se convenció de que la ley suponía una amenaza, prohibió a sus conversos judíos que circuncidaran a sus hijos, y que respetaran las leyes referentes a los alimentos. Esta decisión prendió la chispa de la ira entre los cristianos judíos, que llegaron a amenazarlo de muerte en su última visita a Jerusalén. Durante los siglos II y III d.C., el descrédito de Pablo por parte del cristianismo judaizante se volvió sistemático. Su estrategia básica consistía en comparar su credo con la ortodoxia de Pedro. En la *Epistula Petri*, este llega a decir: «Algunos gentiles rechazaron la autoridad de mi evangelio y prefirieron en su lugar la doctrina absurda y sin ley de mi enemigo» (2,3). La *Kerygmata Petrou* describe la relación de Pedro y Pablo como «luz sobre tinieblas, conocimiento sobre ignorancia, remedio contra enfermedad (H II; 17, 3). La *Kerygmata* continúa

cuestionando si Pablo estaba o no cualificado para ser un verdadero apóstol del evangelio. La visión implícita en la conversión de Pablo fue descalificada como «la obra de un demonio malvado» (H XVII 16, 6). Si Pablo hubiera llegado a tener un encuentro con Jesús, quiere decir que falseó lo que este le enseñó. Pedro afirma:

> «Si te visitó por el espacio de una hora para instruirte y, por tanto, para convertirte en apóstol, entonces, ¿por qué no proclamas sus palabras y expones lo que te enseñó? ¿Por qué no eres amigo de sus apóstoles y dejas de discutir conmigo, que fui su confidente? Tú me guardas rencor porque soy firme como una roca, la piedra fundacional de la iglesia. Si no eres enemigo mío, no me calumnies ni lances infundios contra mi apostolado para que nadie me crea cuando digo lo que he escuchado en persona del Señor. Me tratas como si estuviera condenado y tú lo supieses» (H XVIII 19,4-5).

Nadie acudió en defensa de Pablo. Pero no porque le faltaran apoyos en la cristiandad, sino más bien porque se hacía innecesario responder a las acusaciones. Las mentiras y los infundios venían de una facción interna de la iglesia que pronto sería marginada. El evangelio judaizante no tuvo éxito alguno en Europa y, tras la expulsión de los judíos de su tierra en el año 135 d.C., los seguidores del cristianismo judaizante emigraron al noroeste y se perdieron en el olvido.

Las comunidades paulinas necesitarían al menos una generación para liberarse del abrumador influjo del apóstol. Fue entonces cuando llegaron a apreciar la verdadera importancia de su figura. Esta circunstancia fue puesta de manifiesto cuando se renovó el interés por sus cartas. Aunque los textos trataban problemas específicos

de distintas misiones, se reconoció en ellos muchísimos principios sagrados de valor eterno. Así, cada comunidad decidió conservar, con gran celo y cuidado, las cartas que habían recibido. Pero, además, se pusieron en contacto con las demás comunidades para que compartieran las cartas que aquellas habían recibido.

En Macedonia (1 y 2 Tesalonicenses y Filipenses) y en Acaya (Romanos y 1 y 2 Corintios y quizá Gálatas) se promovieron compilaciones de las cartas de Pablo. Ambas regiones tenían fácil acceso a la ciudad de Éfeso, lugar donde se completaron las colecciones parciales de las cartas de Pablo. El encargado de recopilarlas pudo haber sido Onésimo, el esclavo mencionado por Pablo en su Carta a Filemón. Onésimo era oriundo de Colosas y acabó siendo obispo en Éfeso.

Las colecciones de cartas y el hecho de que se pudiera disponer de ellas fácilmente a lo largo y ancho de la cristiandad, revelan claramente la intención de prolongar la influencia de Pablo. Otros muchos, animados por igual motivo, fueron un paso más allá y escribieron cartas en nombre de Pablo. Creyendo que el credo de Pablo debía adaptarse a los nuevos problemas surgidos en las comunidades paulinas, los nuevos autores revistieron sus escritos con la autoridad de la fuente original. La Carta a los efesios constituye un amplio comentario así como una extensión de las ideas expuestas en Colosenses; 1Timoteo y Tito, cartas personales inspiradas en 2Timoteo, institucionalizaron los ministerios de la iglesia de un modo que Pablo hubiera sentido como ajeno. Con todo, estas tres cartas fueron incluidas en el canon definitivo de las cartas paulinas bastante pronto.

Las trece cartas fueron ampliamente conocidas y reconocidas como textos autorizados a partir del siglo II. Los

estudiosos habían detectado su influencia en otras obras del Nuevo Testamento, concretamente en el corpus juanista, Hebreos y las dos Cartas de Pedro –Pedro llega a decir: «De hecho, así se expresa en todas las cartas cuando trata de este tema, es cierto que en estas se encuentran algunos puntos difíciles, que los ignorantes e inestables tergiversan para su propia perdición, lo mismo que hacen con el resto de la Sagrada Escritura» (2Pe 3,16)–, Santiago y Judas. Otros autores del cristianismo antiguo también revelaron la influencia de Pablo, por ejemplo Hermas, Bernabé, Clemente, Ignacio, Policarpo y el autor de la *Didaché*.

El mayor impacto que las cartas produjeron en un autor de la antigua cristiandad fue sobre Marción, una de las figuras dominantes de la iglesia del siglo II. Marción veía a Pablo como el auténtico apóstol. Heredó la teoría paulina de que la ley no puede tener cabida alguna en la iglesia, rechazando así las raíces judías del cristianismo. Este principio fue la premisa fundamental en la que se basan sus análisis de los evangelios. Marción dividió los hechos que allí se narran en elementos auténticos y falaces. Marción saqueó a Pablo para crear su propia idea de la revelación.

Pablo se hubiera llevado una decepción similar si hubiera conocido la repercusión que tuvieron sus cartas entre los gnósticos valentinos. Estos se valieron de la ambigua expresión de algunas de sus cartas, haciendo un uso particularmente creativo de sus referencias al gran «misterio». Sus alusiones a la carne y al espíritu como dos facetas distintas de la personalidad humana dieron lugar a un dualismo radical. Los gnósticos estaban convencidos de ser los depositarios del conocimiento (gnosis) que alimentaba sus espíritus para que pudieran librarse de los

grilletes de la materia. Su propia iluminación los llevó al reino de la luz.

Con el paso del tiempo, la iglesia renegó tanto de Marción como de los gnósticos. Hubiera sido comprensible que, como consecuencia, Pablo, la fuente de la que confesaban haber bebido, también hubiera caído en el olvido para acabar en el bando de los misioneros poco representativos del verdadero evangelio. Y si unimos esta circunstancia a la ruidosa polémica antipaulina sobre el cristianismo judaizante, resulta extraordinario que las cartas paulinas se hayan ganado un puesto privilegiado en el canon del Nuevo Testamento.

No hay duda de que, a finales del siglo II, las cartas de Pablo eran las preferidas de un público demasiado grande como para que dichas cartas salieran de la circulación. Además, su popularidad inspiraba un deseo por saber más acerca de su autor. Los indicios que aparecían en las cartas, junto con las historias de los Hechos de los Apóstoles, no hicieron sino estimular el apetito por los detalles más gráficos y dramáticos. Estos apetitos coincidieron en un autor de mediados del siglo II cuya imaginación carecía de lo más importante: el refuerzo de una fuente histórica. Los *Hechos de Pablo*, que, en origen incluían también los *Hechos de Pablo y Tecla* y el *Martirio de Pablo*, es una vivaz historia que deleitaba y enseñaba al mismo tiempo. Estos textos nos proporcionan el único retrato literario de Pablo (3,1), pero no se queda ahí, también contiene todos los clásicos ingredientes dramáticos del viaje, el amor frustrado, grandes peligros y rescates milagrosos (por ejemplo, cuando Pablo es condenado a morir entre los leones y uno de ellos lo protege después de ser bautizado por él). No debe sorprendernos, pues, que los *Hechos de Pablo* atrajeran a los lectores de todo el mundo

antiguo. En lugares tan distantes como Siria o el norte de África, el texto se consideró libro canónico de las escrituras. Sin embargo, debo añadir que el libro tuvo un fin teológico del que el protagonista hubiera renegado. La heroica figura del apóstol obrador de milagros fue secuestrada para promover la renuncia a la vida ordinaria y sus valores. Para ser un auténtico cristiano había que guardar un celibato eterno.

La estatura de Pablo creció gracias al apoyo del primer gran teólogo de la época posapostólica. Ireneo (c. 130-c. 200) constituyó el primer y más sólido puente teológico entre el este y el oeste. Nacido en Esmirna, en Asia Menor, donde se sentó a los pies de Policarpo, Ireneo estudió en Roma y terminó su carrera como obispo de Lyon en Francia. En su gran obra, *Contra las herejías*, Ireneo ataca a aquellos que, como Marción, reclamaban demasiado para Pablo, alegando que «sólo Pablo conocía la verdad» (3. 13. 1). También se despacha contra aquellos que «no reconocen a Pablo como apóstol» (3. 15. 1). El respeto que Ireneo profesaba y reclamaba para Pablo se articula formalmente en el principio fundacional de su obra. El test de la verdad doctrinal para todas las iglesias era estar de acuerdo con «aquella tradición derivada de los apóstoles, de su grande y antigua iglesia universal fundada y organizada en Roma por los dos apóstoles más gloriosos, Pedro y Pablo» (3. 3. 2). No debe, pues, sorprendernos que Ireneo cite o aluda a Pablo en más de 400 ocasiones o que evoque cada carta con excepción de la de Filemón. Lo que Ireneo no hizo, sin embargo, fue adoptar la visión teológica de Pablo. En su último análisis aprovecha las cartas como una cantera de pruebas textuales. Este habría de ser el destino de Pablo a través de los siglos venideros. Todos los grandes debates teológicos han hecho uso de sus

textos de forma muy selectiva. Si Agustín exageraba un aspecto de la descripción que Pablo hizo de la humanidad irredenta, los reformistas pasan por alto la importancia de la fe en el contexto social derivado del amor que proponen las cartas.

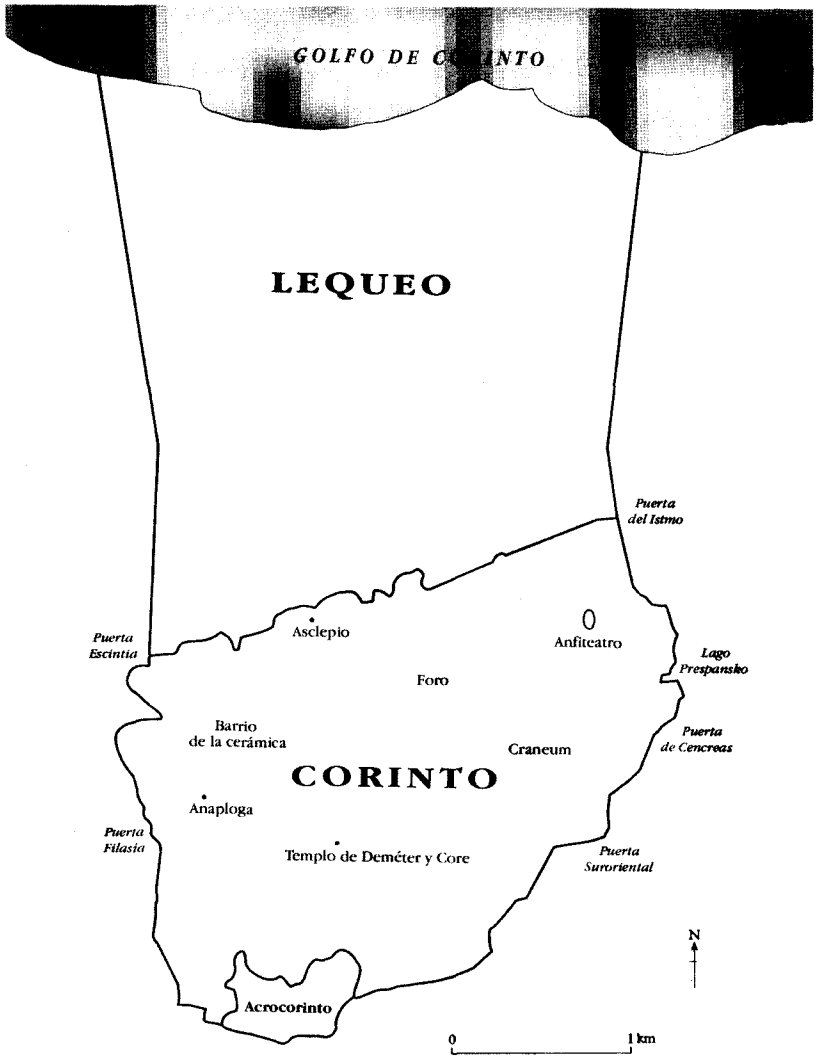
El análisis que Pablo hizo del mundo en que vivió todavía vale para nuestra sociedad contemporánea. Tal grado de precisión e intuición debería darnos confianza suficiente en las soluciones que propuso a fin de que la cristiandad fuera un verdadero instrumento de cambio. No es que el cristianismo paulino haya fallado, es que nunca se ha puesto en práctica seriamente.

Mapas

1. Asia Menor en tiempos de Pablo
2. Provincia romana de Macedonia y Vía Egnacia
3. Corinto: las murallas

1. Asia Menor en tiempos de Pablo (Fuente: *Tübinger Atlas des Vorderen Orients,* BV7, © Ludnig Reichert Verlag, Weisbader).

2. Provincia romana de Macedonia y Vía Egnacia (Fuente: F. PAPAZOGLOU, *ANRW* II 7 / 1, © Walter de Gruyter GmbH et Co. KG.)



3. Corinto: Las murallas (basado en D. ROMANO, T. E. GREGORY [ed.], en *The Corinthia in the Roman Period,* JRA Supl. 8, Ann Arbor 1993).

Índice de nombres

Abrahán, estímulo para Pablo 223
Antioquía de Orontes
  centro apostólico 81
  compañerismo en la mesa 78
  comunidad heterogénea 76
  crítica de Pablo 215-216
  delegación en Corinto 261, 272
  delegación en Filipos 238
  delegación en Galacia 214
  encargos apostólicos a Pablo 81, 85, 186
  fin de la comunidad heterogénea 185
  fundación de la iglesia 71
  iglesias filiales 212
  llegada de ministros judíos 166
  persecución de los cristianos 72
  plano de la ciudad 74
  rechazo de Pablo 185
  subsidio para Jerusalén 177
  versión del evangelio 216-217
  vuelta de ministros judíos 178
Antioquía de Pisidia 85-87, 98, 100, 122, 202, 301
Antisemitismo 173-174
Apolo
  Ayuda a Pablo 291
  Estudiante con Filón 205
  Maestro en Corinto 266, 291
Arabia 50
Arameo 14
Aretas IV 51
Atenodoro de Tarso 20
Atenas base de poco provecho 131

Beneficencia
  cimiento de la sociedad 158
  distinción de Pablo 158

Cabo Sagrado 312
Calzadas romanas
  «vía común» 199, 202, 203, 250, 280
  vía Apia 351, 368
  vía Egnacia 122, 125, 129, 301, 302, 309, 352, 353, 354, 368
  vía Sebaste 84, 85, 100
  vía Trajana 352
Canon de las cartas de Pablo 375
Casa-iglesia 77, 240
Cencreas 145, 147, 151, 362
Celtas
  descripción, 9
  gálatas 102
Cesarea Marítima 23, 339, 344
Cicerón 16
Ciudadanía romana 17, 121, 146, 370
Co-autoría

Sóstenes 267
Timoteo 98
Colecta
en Corinto 286
en Galacia 201
en Macedonia 286
problemas de transporte 331
requerida por Jerusalén 287
Colecciones de las cartas de Pablo 375
Colosas
delegación a Éfeso 230
falsas enseñanzas 242
fundada por Epafras 210
himno 243
Comunidad heterogénea 76
Corinto
adaptación de secta judaizante 285
cartas perdidas a 255, 276
composición de la comunidad 149
continuación de los problemas 283
Craneum 140
crítica de Pablo 276, 302
delegación de Antioquía 270
delegación y carta de 261
Diolkos 137
enseñanzas de Apolo 266
estrategia anticristiana 266
grupos (facciones) 257
grupo espiritual 263
grupo espiritual y las sectas judaizantes 283, 289
inconsistencia del estatus 146, 149
informe de la gente de Cloe 257
mito de Sísifo 141
palabras en griego 134
plano en forma de cuadrícula 139
postura neutral 273
primeros conversos 144
proverbio 137
reacción a la primera carta 269
«ricos» 142
Talleres 142
ventajas como base 134
Cristo
iglesia como cuerpo de Cristo 249
ley de 193
mandamientos de 194
Crucifixión 67
Cuerpo de Cristo, orígenes de 249

Damasco 60
Delos 15
Desafío de las iglesias madre a las iglesias filiales 314

Éfeso
distancia con otras iglesias 163
encarcelamiento de Pablo 227
expansión misionera 209
fundada por Priscila y Áquila 165
hostilidad hacia Pablo 227
huida de emergencia 279
iglesias filiales 209
secta de los juanistas 207
vuelta de Apolo 255
Epafras
apóstol del valle Lico 209
formación teológica 240
Epafrodito 233
Carta de Pedro 373
Cartas de Pablo
1Cor 262
1Tes 1,1–2,12; 4,3-5 151
1Tes 2,13–14,2 151
2Cor 10-13 304
2Cor 1-9 288

2Tes 156
2Tim 367
carta falsa 156
cartas en su nombre 375
cartas perdidas 255, 276
colosenses 246
compilación de cartas 375
Filemón 245
Flp 1,1–3,1; 4,2-9 236
Flp 3,2–4,1 238
Flp 4,10-20 234
gálatas 186, 217
romanos 318
uso de secretario 156
España, misión de Pablo a 314
Estoicismo 20
Estrabón 20
Europa 111

Fabricante de tiendas 57
Fariseos
conocimiento de Jesús 46
doctrina 29
localización 29
matrimonio 32
vida diaria 31
Filipos
Ciudad 115
expulsados por los romanos 120
fuente de subsidios 125-126
judaizantes 238
Filón de Alejandría
formó a Apolo 205
hombre divino y humano 264

Galacia
Carácter 200
circunstancias de su fundación 100
informe para Pablo 215
reacción contra la delegación de Antioquía 199
territorio celta 102
Galión 160
Gamaliel I 30
Guiscala 29
Gnósticos 376
Grupo espiritual, actitud hacia Jesús 291

Hebreo 13
Hechos de Pablo 377
Helesponto 108, 114, 281
Herodes Antipas 51
Herodes el Grande
calles en Antioquía 75
edificios en Damasco 53
Hierápolis 203
Horacio 352

Iliria, apostolado de Pablo en 352-353
Instrucción pastoral 193
Ireneo 378
Istmo de Corinto 137
templo de Poseidón 138

Jerusalén
Conferencia 168
congestión en Pascua 36
construcción de nuevas instalaciones 25
fortaleza Antonia 24, 25, 343
palacio de Herodes 24
pobreza 177
reservas de agua 27

templo 23, 24, 25, 26, 343
Jesús
auto-sacrificio 67
conocido por los fariseos 46
El Señor, Cristo e Hijo de Dios 48
en el templo de Jerusalén 208
Mesías muerto 65
personalidad 63
recuerdos de Pedro 61
vuelta gloriosa 154
Josefo, conocimiento de Jesús 46
Juanistas en Éfeso 207
Juegos
Ístmicos 137
necesidad de tiendas 139
Júpiter
estatua en el templo judío 71-72
templo en Damasco 54

Kerygmata Petrou 373

Ley
Elección 189
la palabra de Dios 192
legalismo 191
línea de sucesión 171
rival de Cristo 190
Liderazgo 190
Lidia de Tiatira 117

Marción 377
Mesías
autosacrificio 67
muerte de 65
visión farisaica 46
Mileto 359
Misia 108
Monte Casio 23
Mujeres como cabeza de la casa-iglesia 117
Mujeres ministras 117

Navegación
cerca de la costa 334
por los estrechos marítimos 111
Nerón
conspiración de asesinato de 363
persecución de los cristianos 359

Onesíforo 366
Onésimo
mediador requerido 241
compilador de las cartas de Pablo 375

Pablo
abandona Antioquía 185
académico pobre 32
acreditación apostólica 186
actitud ante la ley 80, 189
ancestros 14
apelación al César 345
apostolado con Bernabé 85
apostolado de los gentiles 323
apostolado en Arabia 50
apostolado en Atenas 131
apostolado en Corinto 136
apostolado en Éfeso 199
apostolado en España 312-314
apostolado en Filipos 110
apostolado en Galacia 212
apostolado en Iliria 299
apostolado en Tesalónica 124
aprende un oficio 55
apropiación de la tradición 222

aproximación exclusivista al cristianismo
arte de persuasión 297
base preestablecida 163
chantaje moral 297
colecta para Jerusalén 177, 287
concepto de apostolado 291-292
concepto de pecado 94
conocimiento de Jesús 61
conversión 43
cristología personal 223
decisión de volver a Roma 361
derechos de ciudadano romano 121
deseo de saber sobre Tesalónica 132
deseo de ser enviado por Roma 313
desobedece los mandamientos de Jesús 193-194
despedida de Éfeso 335
despedida de Tróade 334
duda en abandonar Éfeso 250
educación 18
elección de Éfeso 163
embajador en Antioquía 81, 97, 185
en Tróade 280
encarcelado en Cesarea 344
encarcelado en Éfeso 227
encarcelado en Filipos 229
encarcelado en Roma 345
encuentro con Galión 160
enderezamiento de colosenses 246
entrenamiento de los misioneros 239
estrategia anticristiana 266
estrategia apostólica 121
estrategia de Jerusalén 340
estrategia financiera 157
experiencias de viaje 87-94
fariseo 46
firma sus cartas 157
habilidad retórica 19, 146, 304
hablante de arameo 14
hasta los extremos de la tierra 311
idea de los romanos 317
imprecisión al predicar 150-151, 154, 182-183
independiente de Jerusalén 220
informe de Apolo en Corinto a 255
inquietud en Macedonia 280
investigación en Filipos 235
invitación a Macedonia 110
alegría en Antioquía 178-179
Jesús en Jerusalén 35
la carta dolorosa 285, 299
la espina en la carne 101
liberado por Roma 347
llegada a Galacia 100
maltratos físicos a 121
manda la vuelta de los viajeros 210, 239
matrimonio 35
mecanismo de la decisión moral 232
naufragios 112
noche en una posada 92
obstinación 348-349
orígenes en Galilea 14
padres ricos 17-18
pensador coherente 225
perseguidor de la iglesia 40
posesivo con sus conversos 206
preferencia por Filipos 119
prohibición de ir a Asia 100

reacción a las noticias de los gálatas 217
recepción dispensada por la iglesia de Roma 348
recepción en Jerusalén temida por 364
reclama a Timoteo desde Roma 99
reclutado en Antioquía 72
rehúye comandar 195-196
relación con Timoteo 98
ruptura con Bernabé 97
salida de Damasco 61
se muda a Mileto 357
segunda visita a Corinto 272
sentenciado a muerte 370
sentimiento de aislamiento 187
subsidio de Filipos 233, 296
sustento 152, 164, 192
taller 125
tercera visita a Corinto 315
visita España 348
vuelta a Antioquía 166
vuelta a Éfeso 355
vuelta a Galacia 199-200
vuelta a Iliria 351
Patronazgo 56, 287
Pedro
deja el mando 171
juzgado por Pablo 183
visita Antioquía 179
Pesino
calle principal inusual 104-105
templo de Cibeles 106
Posadas 92
Principios morales 193
Priscila y Áquila 142
de nuevo en Corinto 316
en Éfeso 164
en Roma 316
Pseudoepigrafía 375

Roma
crítica con Pablo 348, 363
incendio de 359
miembros de la iglesia 324
primer encarcelamiento de Pablo 348
segundo encarcelamiento de Pablo 363
razones para el regreso de Pablo 361
Montañas Escironias 137

Saduceos 29
Salmos de Salomón 40
Santiago,
Judaizante 72-73
presiones políticas 176
Seguros marítimos 114
Sustento, necesidad de 152, 164, 192

Talleres 125, 142
Tarso 15
Temerosos de Dios
en Antioquía 79
en Corinto 160
en Filipos 116
Territorio nabateo 61
Tesalónica
Comunidad 124
culto a Cabiro 127
malinterpretan a Pablo 154
Pablo como fuerza subversiva en 127-128
Timoteo
abandonado en Éfeso 338

co-autor 98
fracaso en Éfeso 356
parientes 98
reclamado en Roma 99
relaciones con Pablo 98
Tito
informa desde Corinto 282
primera aparición 168
promueve la colecta 296
portador de una carta dolorosa 299
Tolemaida 15
Traficantes de esclavos 15
Tróade
apostolado de Pablo 280
despedida de 335
ciudad 108

Viajar
imposible en invierno 107, 113-114, 199
peligros 89, 136
necesidad de compañeros 43, 94
Viajes
Antioquía a Pesino 199
Antioquía de Pisidia a Pesino 102
Atenas a Corinto 136
Brundisium a Dirraquio 352
Corinto a Jerusalén 334
Corinto a Tesalónica 274
Éfeso a Cesarea 165
Éfeso a Corinto 260
Filipos a Tesalónica 122
Iliria a Corinto 309
Jerusalén a Damasco 43
Neápolis a Filipos 115
Peligro en 89, 136
Pesino a Éfeso 202
Pesino a Tróade 108
Roma a Brundisium 352
Tarso a Jerusalén 21
Tesalónica a Atenas 129
Tesalónica a Iliria 301
Tróade a Neápolis 111
Tróade a Éfeso 355
Viaje por mar 111
Valle del Lico 203

Bibliografía recomendada

AA.VV., *Diccionario de san Pablo,* Monte Carmelo, Burgos 1999.

BADIOU A., *San Pablo: la fundación del universalismo,* Anthropos, Barcelona 1999.

BARBAGLIO G., *Pablo de Tarso y los orígenes cristianos,* Sígueme, Salamanca 1997[3]; *La teología de san Pablo,* Secretariado Trinitario, Salamanca 2006.

BARTOLOMÉ LAFUENTE J. J., *Pablo de Tarso. Una introducción a la vida y a la obra de un apóstol de Cristo,* CCS, Madrid 1998[2].

BECKER J., *Pablo, apóstol de los paganos,* Sígueme, Salamanca 1996[2].

BORNKAMM G., *Pablo de Tarso,* Sígueme, Salamanca 1996[

BOVER J. M., *Teología de san Pablo,* BAC, Madrid 1967[4].

BRUCE F. F., *Pablo, apóstol del corazón liberado,* Mundo Bíblico, Las Palmas 2004.

COMBLIN J., *Pablo, apóstol de Jesucristo,* San Pablo, Madrid 1995.

COTHENET E., *San Pablo en su tiempo,* Verbo Divino, Estella 1988[6].

DREYFUS P., *Pablo de Tarso, ciudadano del imperio,* Palabra, Madrid 1997.

FABRIS R., *Pablo. El apóstol de las gentes,* San Pablo, Madrid 1999.

FITZMYER J. A., *Teología de san Pablo,* Cristiandad, Madrid 1975.

GNILKA J., *Pablo de Tarso. Apóstol y testigo,* Herder, Barcelona 1998.
GUTIÉRREZ MARTÍN D., *Pablo. Perfil psicológico de un apóstol,* BAC, Madrid 1999.
HOLZNER J., *San Pablo,* Herder, Barcelona 1985[16].
LÉGASSE S., *Pablo apóstol. Ensayo de una biografía crítica,* Desclée de Brouwer, Bilbao 2005.
MARTÍN JIMÉNEZ J. A., *Por los caminos de san Pablo,* Verbo Divino, Estella 1993.
MEEKS W. A., *Los primeros cristianos urbanos: el mundo social del apóstol Pablo,* Sígueme, Salamanca 1988.
MUÑOZ IGLESIAS S., *Por las rutas de san Pablo,* Palabra, Madrid 2002[5].
MURPHY-O'CONNOR J., *Becoming Human Together: The Pastoral Anthropology of St. Paul,* Glazier, Wilmington 1982; *St. Paul's Corinth: Text and Archaeology,* Liturgical Press, Collegeville 2002[3].
OLÓRIZ J., *Pablo, apóstol,* Verbo Divino, Estella 1987.
SALAS A., *Pablo de Tarso,* San Pablo, Madrid 1994[2]; *Vida de san Pablo,* San Pablo, Madrid 1998[2].
SÁNCHEZ BOSCH J., *Maestro de los pueblos. Una teología de Pablo el apóstol,* Verbo Divino, Estella 2007.
SUÁREZ PÉREZ M., *Pablo, apóstol de los gentiles,* Edicep, Valencia 2002.
VOUGA F., *Yo, Pablo. Las confesiones de un apóstol,* Sal Terrae, Santander 2007.

Índice general

Págs.

Prólogo 7

1. Los años de juventud 13
Galilea 14
Tarso 15
La educación 18
Camino de Jerusalén 21
Una ciudad situada en la montaña 25
El Templo 26
Un fariseo en la ciudad sagrada 29
Estilo de vida 31
Pobreza 32
¿Se encontraron Pablo y Jesús en Jerusalén? 35
Confrontación con el cristianismo 37
O la ley o el Mesías 38

2. Conversión y sus consecuencias 43
Aceptar lo inaceptable 44
¿Qué sabía un fariseo de Jesús? 46
Encuentro con el Señor resucitado 48
Misión en Arabia 50
Tres años en Damasco 53
Aprendiendo un oficio 55
El trabajo de un fabricante de tiendas 58
Una salida apresurada 60
Pedro y Jesús 61
La personalidad de Jesús 63

Págs.

Un Mesías que no debería haber muerto 65
Crucifixión como sacrificio personal 67

3. Aprendizaje en Antioquía 71
La tercera ciudad del Imperio 73
Una comunidad heterogénea 76
Compañerismo en la mesa 78
Otro cambio de opinión acerca de la ley 80
Misiones desde Antioquía 81
Las vías romanas en Asia Menor 83
Misión con Bernabé 85
El viajero en tierras extrañas 87
Peligros en el camino 88
El origen del concepto de pecado de Pablo 94

4. Viaje a Europa 97
Visita inesperada a los celtas 100
Los tolistobogos 102
Un mundo extraño 104
Hacia el oeste y Europa 108
Invitación a Macedonia 110
Primer viaje por mar 111
Sociedad en Filipos 115
Ministras 117
Expulsión 120
Estrategia misionera 121
El trabajo en Tesalónica 124
Del salón al taller 125
La trampa de Cabiros 127

5. Hacia el Sur: Acaya 131
Inquietud en Atenas 131

Págs.

Planes para el futuro 133
Corinto, el cruce de caminos 136
Cruzando el istmo 137
La ciudad de Pablo 139
El encuentro con Priscila y Áquila 142
Los primeros frutos obtenidos en Acaya 144
¿Por qué escucharon el evangelio? 146
La construcción de la iglesia de Corinto 149
Correspondencia con Tesalónica 151
De la ambigüedad a la confusión 154
Problemas financieros 157
Fecha crucial 160

6. Antioquía y Jerusalén 163
Una misión sin reglas 165
Encuentro en Jerusalén 169
Un problema preocupante 169
Pedro ya no estaba al mando 171
¿Por qué Santiago estuvo de acuerdo con Pablo? 173
Colecta para los pobres en Jerusalén 173
Problemas en Antioquía 178
Pedro en una comunidad heterogénea 179
Alborotadores de Jerusalén 181
Despedida de Antioquía 184
Autentificando a un apóstol 186
La ley como rival de Cristo 189
Instrucción pastoral 193

7. Primer año en Éfeso 199
De vuelta a Pesino 199
Éfeso 202
Noticias de Apolo 205

Págs.

Discípulos de Jesús juanistas 207
Expansión apostólica por Asia 209
Crisis en Galacia 212
Antioquía reclama sus iglesias filiales 212
Informes para Pablo 215
Una estrategia compleja 217
Defensa propia 220
Madurando en conocimientos 223

8. Segundo año en Éfeso 227
Encarcelamiento 227
Peligro de muerte 231
Un regalo en mal momento 233
La debilidad de un pastor 234
Persecución y unidad 236
Aviso contra los judaizantes 238
Problemas en Colosas 239
Un esclavo culpable 240
Falsas enseñanzas 242
El pastor en su mejor momento 244
Una carta para cubrirse 245
Corrigiendo la situación en Colosas 246
Planes de futuro 250

9. Conversaciones con Corinto 255
Informes sobre la situación en Corinto 256
El informe de los emisarios de Cloe 257
Carta a los corintios y delegación 261
Primera Carta a los corintios 262
El grupo de hombres espirituales, la raíz de todo mal . 263
Una estrategia muy poco cristiana 266
Improvisada visita a Corinto 269

Págs.

Conflicto en Corinto 272
La fiel Macedonia 274
Una carta escrita entre lágrimas 276

10. Macedonia e Iliria 279
Plan de emergencia 279
El informe de Tito 282
El grupo espiritual y los judaizantes 283
Falta de coherencia 285
La colecta de Jerusalén 287
Una carta bien escrita 288
Ruptura de una alianza 289
Un auténtico líder cristiano 291
La colecta para Jerusalén 296
El misionero en Iliria 299
Malas noticias desde Corinto 302
Una respuesta airada 304
Una espina clavada 306

11. Adiós al Este 309
La planificación del futuro 310
Un último intento 311
¿Un apóstol de Roma? 313
Decisiones tácticas 316
Una carta para Roma 318
La elección del tema 318
El plan salvador divino 320
Problemas prácticos 324
Planes de viaje ..... [illegible]
Viaje a Jerusalén ..... [illegible]
Causa de aflicción ..... [illegible]
El transporte de la colecta ..... [illegible]

Págs.

Navegación por la costa 334
Recepción en Jerusalén 339
El diseño de la estrategia 340
Bajo custodia romana 343

12. Los últimos años 347
Una misión en España 348
Regreso a Iliria 351
Macedonia y Asia 354
Un problema en Éfeso 355
Un fatídico viaje a Roma 358
Nerón acosa a los cristianos 359
Camino a Roma 361
De nuevo en una prisión romana 363
Un visitante inoportuno 363
Encadenado como un criminal 365
Una última carta 367
Sentencia de muerte 370

Epílogo 373

Mapas 381
Índice de nombres 385
Bibliografía recomendada 393
Índice general 395

Este libro fue distribuido por cortesía de:

Para obtener tu propio acceso a lecturas y libros electrónicos ilimitados GRATIS hoy mismo, visita:
http://espanol.Free-eBooks.net

Comparte este libro con todos y cada uno de tus amigos de forma automática, mediante la selección de cualquiera de las opciones de abajo:

Para mostrar tu agradecimiento al autor y ayudar a otros para tener agradables experiencias de lectura y encontrar información valiosa, estaremos muy agradecidos si
"publicas un comentario para este libro aquí".

INFORMACIÓN DE LOS DERECHOS DEL AUTOR

Free-eBooks.net respeta la propiedad intelectual de otros. Cuando los propietarios de los derechos de un libro envían su trabajo a Free-eBooks.net, nos están dando permiso para distribuir dicho material. A menos que se indique lo contrario en este libro, este permiso no se transmite a los demás. Por lo tanto, la redistribución de este libro sín el permiso del propietario de los derechos, puede constituir una infracción a las leyes de propiedad intelectual. Si usted cree que su trabajo se ha utilizado de una manera que constituya una violación a los derechos de autor, por favor, siga nuestras Recomendaciones y Procedimiento de Reclamos de Violación a Derechos de Autor como se ve en nuestras Condiciones de Servicio aquí:

http://espanol.free-ebooks.net/tos.html